JØRGEN
JÆGER
CAZANDO SOMBRAS
PUBLISHING
INTERNATIONAL

Table of Contents

Portada

Página del título

Preámbulo

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29

Epílogo

Copyright

CAZANDO SOMBRAS

Ole Vik 1

Jørgen Jæger

Traducido por Lotte Katrine Tollefsen

Para Marit, mi gran amor e inspiración.

Sin ti no habría podido realizar mi sueño.

Preámbulo

La esquizofrenia es una de las enfermedades mentales más severas que existen y afecta a entre el 0,5 y el 1 por ciento de la población.

La enfermedad pertenece al espectro de las psicosis y tiene como consecuencia que los pacientes, en menor o mayor grado, pierdan el sentido de la realidad y que con frecuencia se sientan dominados por una persona fallecida, un poder desconocido o voces que solo ellos oyen.

Quienes la padecen pueden, en su angustiosa situación, dar miedo o resultar antipáticos. Suelen ser individuos muy infelices que, en su mundo aislado y distorsionado, sienten que viven en un entorno amenazador.

La esquizofrenia con frecuencia se manifiesta ya en la juventud y acompaña al paciente durante toda su vida. La enfermedad se puede moderar y tratar con medicación y psicoterapia, y los afectados consiguen llevar una vida casi normal, asintomática, durante prolongados periodos de tiempo.

Sus desvaríos, a veces, se manifiestan como manía persecutoria, y las paranoias forman parte del cuadro de síntomas de la esquizofrenia.

En esta novela conocerás, entre otros, a Ingolf Holgersen. Padece una esquizofrenia paranoide latente. Es un personaje de ficción, igual que el resto de los protagonistas. Los lugares que se mencionan también son de mi invención.

Capítulo 1

El inspector de la policía rural Ole Vik se desperezó en la silla del despacho, entrelazó las manos sobre la barriga y recostó, satisfecho, su robusto cuerpo, lo que provocó que el asiento dejara escapar un sonoro quejido. Colocó una pierna encima del escritorio, cruzó la otra y, así, adoptó su postura favorita para estar en la oficina.

Con un gemido de satisfacción, sacó un enorme puro habano del bolsillo de la camisa, lo humedeció con los labios y se lo introdujo entre los dientes. Al encenderlo, la habitación se llenó de humo. Ole Vik estaba encantado.

Junto al escritorio, tumbado en una alfombrilla, se encontraba Birk, su *border collie* blanco y negro, que lo miraba fijamente y moviendo las orejas. El perro se levantó con un suspiro, fue a un rincón y se dejó caer con aire reivindicativo.

El humo del puro no le iba nada bien.

Era la tarde del domingo siete de enero y el policía rural dedicaba el fin de semana a poner al día el trabajo atrasado. A las siete y diez sonó el teléfono. Se había acabado la paz.

***

Unos minutos antes, hacia las diecinueve horas, se habían iniciado una serie de sucesos en casa del otrora chatarrero Ingolf Holgersen, en Strandveien. Esa calle estrecha y, en apariencia, modesta era un atajo que serpenteaba desde el puerto hacia la exclusiva zona de playa de Fjellberghavn. Allí abajo, en el pueblo más grande del municipio, las carísimas residencias costeras se sucedían una tras otra. La mayoría eran amplias cabañas, propiedad de gente que vivía en la ciudad, pero entre ellas se colaba algún que otro chalé que había sido reformado para pasar de ser casa de veraneo a residencia permanente.

La vivienda de Ingolf Holgersen era una de ellas. El jubilado, viudo y de setenta años, vivía solo en la preciosa propiedad que limitaba con el mar. Bueno, tanto como solo…; los vecinos estaban convencidos de que el ama de llaves, que acudía a limpiar tres días a la semana, había acabado por hacer bastante más por el anciano caballero que cuidar de su casa.

Holgersen llevaba bien la edad. Era alto y esbelto, de cuerpo erguido como el de un joven, y cabello espeso con un digno toque canoso que

peinaba hacia atrás. Nadie le habría echado más de sesenta.

Trabajador como era, y con un instinto comercial innato, había tenido gran éxito como chatarrero. Por desgracia, había tenido que dejar el negocio dos años antes, cuando enfermó seriamente y ya no estuvo en condiciones de cuidar ni del negocio ni de sí mismo. Pero la venta de la empresa le había garantizado una situación económica desahogada para el resto de su vida.

Esa tranquila tarde de enero Holgersen se encontraba en el salón, viendo el Telediario. El ama de llaves, Helga Moene, estaba de visita. Era una señora de sesenta años, eficiente y revestida de autoridad, que se había ocupado de Ingolf durante su dolencia y se había ganado su corazón. En los últimos años había perdido oído y utilizaba un audífono. Mientras se concentraba en las complejidades de un crucigrama, había optado por aislarse del mundo, por lo que se había quitado y apagado el audífono. Por eso no oyó que llamaban a la puerta.

Holgersen sí, y se levantó lanzando una maldición, molesto porque lo interrumpieran en mitad de un interesante reportaje. Helga miró distraída por encima de las gafas, arqueó las cejas y volvió a sus profundas reflexiones sobre quién, seis letras, había ganado el premio Nobel de la Paz en 1983.

Fuera no se veía a nadie. Holgersen dio un par de pasos por el sendero y oteó a derecha e izquierda.

—¡¿Hay alguien ahí?! —gritó.

Esperó unos instantes, sin recibir respuesta. Encogiéndose de hombros, se giró y se encaminó hacia la puerta.

—*¡Holgersen!*

Oyó la voz con nitidez, procedía de algún lugar a su espalda. Sonaba baja, pero a la vez estaba revestida de autoridad. Holgersen se detuvo de golpe y observó, con los ojos muy abiertos, a una persona de vestimenta oscura que se deslizaba por el patio. El hombre se plantó, con las piernas separadas, y lo señaló con las dos manos. Su cuerpo quedaba oculto por un holgado chándal negro. Pero lo que hizo latir con fuerza el corazón del viejo chatarrero fue la visión terrorífica del pasamontañas que cubría el rostro del hombre vestido de oscuro y el hecho de que le apuntara con una pistola.

Antes de que Holgersen tuviera tiempo de reaccionar, oyó un estallido sordo procedente del arma. En el mismo instante, sonó una detonación más aguda en algún lugar en las alturas y un polvillo se extendió por la escalera.

Holgersen se encogió, se tambaleó hasta el recibidor y echó la llave. Luego entró en tromba en el salón.

—¡Helga! —gritó—. ¡Helga!

Ella miró por encima del borde de las gafas y se esforzó por colocarse el audífono.

—¿Qué ocurre, Ingolf?

—Hay un hombre en el jardín. —Las palabras brotaban a golpes—. Un hombre vestido de oscuro. Él… me ha disparado. ¡Dios mío, Helga, tenía una pistola!

Helga empalideció, dejó a un lado el crucigrama y se puso de pie. Lo miró, preocupada.

—¡Oh, no, Ingolf! —gimió—. Eso no, por Dios, ¡eso no! —Se acercó a él y le puso la mano en el brazo—. Seguro que son imaginaciones tuyas —dijo con calma—. Ya sabes que nadie va pegando tiros a la gente en la pacífica Fjellberghavn.

Holgersen se soltó. El temor asomaba a sus ojos.

—Pero lo he visto con claridad. Llevaba un pasamontañas y un traje oscuro. Dios mío, Helga, alguien quiere acabar conmigo.

—Tonterías, Ingolf —lo tranquilizó ella—. No debes hablar así. Ahora, vas a sentarte y acabar de ver el Telediario mientras yo preparo un té.

Holgersen no se tranquilizó lo más mínimo.

—Ya no estoy enfermo, Helga —insistió—. Esto es real. —Agitó los brazos y se inclinó detrás de la butaca—. ¡Agáchate! Nos puede disparar por la ventana.

Helga se llevó las manos a las caderas con gesto testarudo.

—Pues deja que dispare —dijo—. Yo voy a preparar una taza de té, y que pase lo que tenga que pasar.

Se dio media vuelta y se dirigió a la cocina con paso firme.

Holgersen intentó protestar, pero comprendió que no serviría de nada. Con una agilidad impresionante, corrió agachado hasta el escritorio, se lanzó sobre el teléfono y marcó el número de su hijo. Poco después tenía a su nuera al aparato.

—Charlotte —su voz sonó alterada—, pásame a Cato.

Ella dudó.

—Está en el trabajo —respondió—. Tiene guardia este fin de semana. ¿Qué ocurre, Ingolf?

—Es imprescindible que hable con él —siguió Holgersen—. Alguien me está disparando.

—¡Vaya por Dios! —dijo Charlotte en voz baja. Hizo una pausa—. Lleva el móvil —prosiguió—. Seguro que das con él, o puedes intentar llamarlo a la comisaría de la Policía Rural. ¿Tienes los números?

Holgersen no respondió. Había colgado y ya había marcado la mitad de los dígitos del móvil de Cato. Sonaron solo dos tonos de llamada, y oyó la voz familiar de su hijo.

—Hola, al habla el oficial Holgersen.

Ingolf suspiró, aliviado.

—Cato, gracias a Dios que doy contigo. Tienes que venir ahora mismo. Alguien me ha disparado en el jardín, y Helga y yo nos hemos parapetado.

Cato Holgersen se quedó callado unos instantes.

—¿Te han disparado? ¿Quién? —dijo, escéptico.

—Era un hombre. Él… él llevaba un pasamontañas y vestía de oscuro.

—Entiendo —suspiró el hijo—. Padre, quédate tranquilo en casa hasta que yo llegue. No abras a nadie y manteneos alejados de las ventanas. Voy a llamar al inspector. Intentaremos llegar en cinco o seis minutos.

La comunicación se cortó y Holgersen colgó. Helga había vuelto y lo miraba con evidente preocupación.

—¿Hace falta molestar a tu hijo con esto, Ingolf? —Lo agarró por el brazo—. He mirado por las ventanas del baño y de la cocina, y no se veía a nadie.

Holgersen se dejó caer en la butaca más próxima.

—Dios santo, no me crees, ¿verdad que no? —murmuró.

—Por supuesto que te creo —dijo ella con suavidad—. Pero resulta desconcertante, Ingolf. Acuérdate de todo lo que pasó cuando estuviste enfermo, ahora reabres la herida.

—No lo compares con aquello —dijo con firmeza—. Entonces alucinaba, ¿no es cierto? Ahora estoy bien, Helga. Cato y el inspector comprobarán que tengo razón, porque la bala impactó en la pared, por encima de la puerta, y el polvo cayó a mi alrededor. Esas cosas se pueden demostrar, ¿entiendes?

Helga esbozó una sonrisa.

—Sí —dijo con voz queda—, tienes razón, Ingolf. Uff, no sé qué me pasa, será por el susto.

Se quedaron hablando en voz baja hasta que el teléfono los interrumpió unos minutos más tarde. Holgersen se levantó de un salto, corrió agachado hacia el escritorio y agarró el auricular.

—¡Holgersen! —gritó en tono estridente.

—Padre, soy yo —dijo la voz de Cato—. Escúchame bien: estoy aparcado delante del portón y no veo nada sospechoso. Antes de entrar, daré una vuelta por la propiedad. Luego llamaré al timbre tres veces, así sabrás que soy yo.

Holgersen suspiró, aliviado.

—Gracias, Cato —dijo—. Me alegro de que estés aquí, hijo. Esperaré.

Pasados unos minutos, oyeron la señal acordada y salieron juntos a abrir. Cato Holgersen estaba en la puerta, vestido de civil, con una chaqueta moderna, un poco holgada, y pantalones y zapatos a juego. Con su metro noventa de altura, tenía buena planta: era moreno, el cabello algo menos denso que el de su padre, y tenía un rostro más marcado, casi nervudo, con cejas oscuras y un hoyuelo en la barbilla. El cuerpo, esbelto y atlético.

—Hola, padre —dijo—. He revisado el jardín y no hay nadie. —Miró más allá de él y sonrió—. Buenas, Helga —añadió—. Me alegro de verte.

Ella correspondió a su sonrisa y saludó con un movimiento de cabeza.

—Bien —prosiguió Cato—, he hablado con el inspector Ole Vik y me ha pedido que me ocupe de esto. ¿Dónde viste la silueta?

Ingolf salió a la escalera y señaló.

—Ahí —dijo—. Cuando me disparó, estaba más o menos ahí. —Fue al patio y se plantó con las piernas abiertas para mostrarle lo que quería decir—. Cuando disparó, oí un estallido sordo —continuó—. Pero el sonido de la bala al impactar fue más penetrante. Creo que ha debido incrustarse encima de la puerta, porque cayó mucho polvo sobre los escalones y el felpudo.

—Entiendo. —Cato Holgersen lo escuchaba con mucho interés.

Salió a la explanada y revisó la zona que su padre le había indicado. En ocasiones se ponía en cuclillas y pasaba los dedos por la grava. Fue muy meticuloso al llegar al lugar desde el que, según su padre, el hombre vestido de negro había disparado. Al final, se aproximó a la puerta, revisó en detalle la escalera y el felpudo, y observó la pared por encima de la puerta.

—Hum —dijo, pensativo—. ¿Dices que cayó polvo a tu alrededor?

—Sí, así es —respondió Ingolf—. Se extendió por la escalera y por el felpudo.

Cato se pasó una mano nerviosa por el cabello.

—¿Estás seguro?

—¿Que si estoy seguro? —Holgersen tenía el rostro congestionado—. ¿Crees que me lo estoy inventando, chaval?

—No, claro que no. —Cato estaba a la defensiva—. Pero tienes que comprender que encima de la puerta no hay nada roto, al menos que yo vea. Solo hay cemento, y está intacto. Compruébalo tú mismo.

Holgersen se acercó y se situó junto a su hijo. Cato y Helga intercambiaron una breve mirada cargada de preocupación.

—Pero, madre mía —tartamudeó Ingolf—. Esto es rarísimo. Si lo he visto clarísimo. Si… si me ha caído encima.

Se agachó y revisó la escalera y el felpudo. Todo estaba pulcro y recogido, tal y como lo había dejado Helga unas horas antes, al hacer

limpieza. Holgersen se tambaleó y tuvo que apoyarse en el marco de la puerta.

—Dios bendito —dijo, inseguro—. Ahora sí que no entiendo nada.

Cato lo agarró por el hombro.

—Ven, vamos a sentarnos dentro —dijo con seriedad.

Ingolf asintió indeciso con la cabeza y siguió, manso, a su hijo. Le temblaban las manos y su rostro estaba pálido, descompuesto. En el salón se dejaron caer cada uno en una silla y permanecieron callados largo rato.

—Dime, Helga —empezó Cato con prudencia—, ¿tú también lo has oído?

—No —respondió ella—. Estaba haciendo crucigramas y me había quitado el audífono. No he notado nada. —Sacó un pañuelo y se sonó la nariz—. Pero, Cato —dijo en un tono casi suplicante—, has encontrado indicios de lo sucedido ahí fuera, ¿verdad que sí?

La mirada de Cato sostuvo la suya. Vio que estaba preocupado.

—No, no lo he hecho, Helga —respondió—. No he encontrado ni rastro de nada. —Observó inseguro, y de soslayo, a su padre, que miraba fijamente hacia delante. Luego abrió los brazos, suspiró con ganas y concluyó—: Esto no tiene explicación alguna.

Capítulo 2

La noche del lunes fue fría y húmeda. Una capa de escarcha cubrió Fjellberghavn como una sinuosa alfombra blanca, lo que creaba un ambiente de cuento a la intensa luz de la luna.

A las cuatro y veinticinco, la paz volvió a terminarse para Ingolf Holgersen. Al menos esa era la hora que marcaba su reloj de pulsera cuando lo miró con los ojos entrecerrados, sentado en la cama después de que algo lo despertara. Se quedó escuchando un buen rato, aunque no oyó nada más, así que se dejó caer de espaldas en la cama y se acomodó para seguir durmiendo.

Acababa de amodorrarse cuando dio un respingo y volvió a sentarse. Esta vez no tuvo duda alguna: oyó con toda claridad cómo alguien golpeaba rítmicamente y con fuerza la ventana del dormitorio. Primero cuatro veces, una pausa, cuatro veces más, nueva pausa, y cuatro veces de nuevo. Luego reinó el silencio.

Ingolf estaba tieso como un palo, el corazón le latía con fuerza y la ansiedad se aferraba a su pecho. Al final hizo un esfuerzo, se bajó de la cama y, arrastrando los pies, tembloroso, se acercó a la ventana.

Apartó la cortina con cuidado. La luna llena brillaba y lo deslumbró con su luz fría. Justo delante de él, a solo dos o tres metros, vio la silueta de una figura oscura en el balcón. Quien fuera estaba inmóvil, con los brazos caídos. Era imposible ver si le daba la espalda o estaba de frente. Aterrorizado, Holgersen vio cómo la figura levantaba un brazo despacio y hacia un lado, de manera que el contorno de una pistola se dibujó ante sus ojos.

El chatarrero dejó caer la cortina, se dio la vuelta de golpe y corrió escaleras abajo todo lo deprisa que sus piernas de septuagenario lo quisieron llevar.

Alcanzó el escritorio, con la respiración entrecortada, y agarró el auricular del teléfono. Con manos temblorosas, empezó a marcar el número de su hijo, pero se detuvo enseguida al escuchar un fuerte golpe en la ventana más próxima. Se giró y la sangre se le heló en las venas. Veía de frente el espantoso rostro cubierto y apenas iluminado, justo al otro lado del cristal. La pistola le apuntaba, amenazadora. Holgersen dejó caer el auricular y salió corriendo. Con el corazón acelerado, abrió de un tirón la puerta del trastero que había bajo la escalera, se metió dentro y la cerró de golpe.

Transcurrió un largo rato antes de que se atreviera a entreabrir la puerta y sacar la cabeza. Ni vio ni oyó nada. Con cuidado, salió a cuatro patas del trastero y volvió al salón mientras miraba aterrorizado hacia las ventanas y la oscuridad del exterior. Temblaba sin control.

Holgersen saltaba de un pie a otro, presa del pánico, mientras esperaba a que su hijo contestara al teléfono. Un sudor frío le empapaba la frente y su corazón latía desbocado. Por fin escuchó la voz adormilada de Cato:

—Diga.

—Ya era hora. Ha vuelto, está ahí fuera y tiene una pistola. —Holgersen tomó aire, ya al borde del llanto—. ¿Qué puedo hacer? Quiere matarme. ¡Ven, Cato, ven enseguida!

—¿Quién dices que te quiere matar? —respondió el hijo, obnubilado.

—El hombre vestido de negro, Cato. ¡Ha vuelto! Sigue teniendo la pistola. Tienes que venir. ¡Me va a pegar un tiro!

Cato volvió a guardar silencio.

—Cálmate, padre —dijo por fin—. Intenta mantener la cabeza fría. Voy para allá. No abras la puerta, ¿me oyes? No abras hasta que oigas mi señal, la que acordamos la última vez.

—Date prisa, hijo. ¡Date prisa! ¿Cuándo llegarás?

—Ya sabes que se tarda un rato en coche. Iré lo antes posible.

Ingolf se quedó durante unos instantes junto al teléfono, indeciso, mientras luchaba por recuperar el control de su cuerpo. Luego agarró el auricular de nuevo y marcó el número de Helga Moene.

Esta vez de verdad tuvo que esperar un buen rato, puesto que Helga debía colocarse el audífono antes de responder al teléfono que sonaba en la mesilla de noche.

—Sí. —Oyó que contestaba por fin con voz adormilada y asustada.

—Helga, soy yo —intentó disimular el temblor de su voz—. Yo… yo no debería molestarte en mitad de la noche, pero… —Le falló la voz.

—¿Qué sucede, querido? —dijo Helga, angustiada—. ¿No sabes qué hora es? —El teléfono quedó en silencio unos segundos—. Por Dios —

murmuró para sí—, son las cinco menos veinte.

—Lo siento —respondió Ingolf, desesperado—, pero es que necesito hablar con alguien mientras espero a que llegue Cato.

—Amigo mío, no estarás esperando a Cato a las cuatro y media de la mañana… —dijo en tono agudo—. ¿Qué ha pasado?

—Es el de oscuro, Helga —prosiguió—. Ha vuelto y… ¡Me quiere pegar un tiro! Estaba en el balcón de mi cuarto, golpeando el cristal de la ventana, con la pistola en la mano. Es cierto, Helga.

Se quedó en silencio un rato.

—Ingolf —dijo con firmeza—, voy ahora mismo. Cogeré el coche. Si de verdad hay una persona vestida de negro en tu jardín, tendrá que darme una explicación, como que me llamo Helga Moene. Con pistola o sin ella, a mí no me asusta. Estoy demasiado mayor para eso.

—Pero puede ser peligroso, Helga —intentó protestar—. ¡No lo hagas!

Predicaba en el desierto. Helga ya había colgado. Abatido, se quedó con el auricular en la mano, tembloroso y asustado, solo en aquella casa enorme y con esa amenaza terrible.

Un movimiento hizo que se girara hacia la ventana y gritó con fuerza. El hombre de negro estaba allí mismo y lo miraba a los ojos, grande y amenazante.

Holgersen retrocedió con paso tambaleante, se giró de golpe y salió corriendo del salón mientras se lamentaba como un niño. Con las prisas, se tropezó con el umbral de la puerta, cayó de lado sobre la pared de cemento del recibidor e impactó en el suelo con estruendo. La sangre brotó de varios cortes de su rostro, pero Holgersen no se dio cuenta. Se levantó con dificultad, subió las escaleras, inseguro, y se encerró en uno de los cuartos de invitados.

Volvió a sonar el timbre de la puerta. El sonido le taladró el alma, penetró en su sistema nervioso y en su mente, abriendo antiguas heridas. Con un gemido, se dejó caer y se quedó tumbado en el suelo mientras se tapaba los oídos.

Al cabo de lo que le pareció una eternidad, la casa se quedó en repentino silencio. Holgersen se quitó poco a poco las manos de los oídos y miró a su alrededor. Oyó que alguien abría la cancela del jardín. Se puso de pie y entreabrió un poco las cortinas. Helga

avanzaba por el sendero con autoridad y paso decidido.

Holgersen siguió mirándola, desconcertado, sin saber si debía bajar corriendo para que se pusiera a salvo dentro de la casa o si debía golpear los cristales para gritarle que se alejara de allí. La silueta oscura no se veía por ninguna parte.

Antes de que tuviera tiempo de hacer una cosa o la otra, Helga se detuvo de golpe en mitad del sendero y miró, con los ojos entrecerrados, hacia la fachada de la casa que estaba orientada al mar. Luego cruzó el césped con zancadas firmes.

Holgersen golpeó el cristal, presa del pánico.

—¡Helga! —berreó—. Tienes que dar la vuelta. ¡Vuelve! ¡Enciérrate en la casa! ¡Date prisa!

Helga ni oía ni veía. Siguió avanzando con firmeza y salió de su campo de visión. Holgersen corrió hacia la puerta y tiró del pomo. Cayó en la cuenta de que había echado la llave, por lo que abrió con manos torpes y salió, trastabillando, al descansillo para dirigirse a la ventana de su dormitorio.

El gran balcón impedía ver la terraza del bajo. Dudó un momento; luego se armó de valor, abrió la puerta del balcón, salió con cautela y se asomó tembloroso a la barandilla. Se quedó paralizado: a la luz del farol vio cómo Helga se dirigía a la esquina de la casa con paso audaz. Por la otra pared, deslizándose como un gato, se acercaba la silueta vestida de negro.

Antes de que Ingolf pudiera reaccionar, los dos quedaron cara a cara bajo el balcón.

Helga fue la primera en recuperar el control.

—¿Quién eres y cómo te atreves a torturar de este modo a un hombre de bien como Ingolf Holgersen? —Oyó que decía enfadada.

Con decisión, agarró el pasamontañas y lo levantó de un tirón, de manera que el rostro del hombre vestido de oscuro quedó a la vista. Holgersen sintió que se le helaba la sangre en las venas. Se inclinó sobre la barandilla para ver él también esa cara. Pero desde arriba, y con la luz cegadora, era imposible.

El de oscuro volvió a bajarse el pasamontañas y sacó la pistola otra vez. Apuntó amenazante a Helga. Ella estaba inmóvil y, por una vez,

no supo qué decir. La silueta que parecía una sombra le dio un agresivo empujón en el pecho. Ella retrocedió, dando un traspiés sobre la superficie irregular, e impactó sobre la barandilla de la terraza con todo su peso. Por unos instantes pareció que la valla resistiría, pero luego cedió con un fuerte estallido y Helga cayó de espaldas sobre el pedregal que conducía al mar.

Holgersen gritó con fuerza y se lanzó por las escaleras hacia la puerta principal mientras llamaba a Helga una y otra vez. Había olvidado temer por su propia seguridad, lo único que tenía en mente era al hombre de oscuro y lo que le había hecho a ella.

Al principio no pudo verla, pero luego la oyó gemir, en voz baja, en la ladera. Se arrodilló con cuidado y se asomó por el borde. La encontró sobre un pequeño repecho a solo metro y medio: intentaba ponerse de pie y sangraba por varias heridas que tenía en la cara y en la nuca.

—¡Te dije que tuvieras cuidado! —gritó. Le tendió la mano mientras con la otra se agarraba a un poste de la valla—. Toma, cógeme de la mano.

Helga se aferró a su brazo y, poco a poco, tiró de ella ladera arriba.

—*¡Cuidado, Ingolf!*

El hombre de negro se deslizaba a su espalda. Maldiciendo, se agachó sobre él, lo agarró del brazo y lo empujó brutalmente a un lado.

Helga se aferró a él, las uñas taladraban la palma de su mano. La presión era demasiado intensa. Se soltó y abrió los brazos, intentando sin éxito recuperar el equilibrio. Con un grito desgarrador, cayó de espaldas, dando tumbos hacia la orilla del mar.

El hombre de oscuro había desaparecido, pero Ingolf no se dio cuenta. Sin pensar en su propia seguridad, se tumbó bocabajo y se dejó caer por la escarpada ladera.

Helga Moene estaba bocarriba sobre las rocas de la orilla, con los brazos abiertos en cruz y una pierna atrapada bajo la otra en un ángulo forzado. Su cabello rozaba apenas el agua y oscilaba despacio en las leves olas del mar, al amanecer.

Holgersen fue hacia ella a cuatro patas mientras repetía su nombre una y otra vez. Cuando por fin llegó a su lado, se inclinó sobre ella y la agarró por el brazo.

—Helga —dijo con voz temblorosa—, ven, te ayudaré.

Helga no respondió. Tenía los ojos muy abiertos y la mirada fija en el infinito; la boca entreabierta, detenida en un grito brutalmente interrumpido. Alrededor de su cabeza, el agua se teñía de rojo.

Helga Moene había muerto.

Capítulo 3

Ingolf Holgersen se había dejado caer de rodillas junto a Helga y miraba al frente con gesto apático. Su cabello espeso, que solía llevar peinado con esmero hacia atrás, colgaba en mechones sobre su rostro. No percibió la llegada de su hijo, ni que los observaba con espanto desde el borde del acantilado.

—Padre —dijo Cato con voz aguda—, ¿qué demonios ha ocurrido? —Llegó a su lado en un instante—. Dios mío. —Se inclinó sobre Helga y la examinó con un escalofrío. Se incorporó de nuevo y se volvió hacia su padre—. ¿Cómo ha ocurrido esto?

Holgersen se giró despacio y dedicó una mirada apática a su hijo mientras se apartaba el cabello del rostro con aire distraído.

—El de negro —murmuró en un tono mecánico, apenas audible—. Ha sido el de negro.

Cato se puso en cuclillas y apoyó una mano en su hombro.

—Ven, padre —dijo—, no podemos quedarnos aquí. Ya no podemos hacer nada por Helga.

Se puso de pie, tiritando de frío, y ayudó a su padre a incorporarse. Holgersen lo siguió, dócil.

—El de oscuro —murmuró de nuevo—. Él… él la empujó. Yo lo vi. —Su voz vibraba—. Es una conspiración. Ahora viene a por mí. Puede volver en cualquier momento, hijo.

Ingolf fue presa de un temblor descontrolado. Cato lo rodeó con el brazo e hizo fuerza.

—Ven —dijo—, vamos a entrar y hablaremos de ello. No puedes estar fuera y en pijama con este frío.

Echó una última mirada horrorizada a Helga, agarró a su padre por el brazo y, medio tirando de él, medio sujetándolo, lo llevó hasta la vivienda y lo sentó con cuidado en una silla del salón.

—Así —dijo—. Quédate aquí mientras llamo al inspector Vik.

Después, Cato llamó a su casa y despertó a su esposa. Le explicó la situación a grandes rasgos y ella enseguida se ofreció a ir para allá. Cato le dio las gracias y colgó.

—Viene Charlotte —le dijo a su padre—. Es una buena noticia, ¿no te parece?

Holgersen levantó la vista con gesto apático. Sus ojos carecían de vida. Cato sintió que se le escapaban las lágrimas: era evidente que su padre había perdido el contacto con la realidad y se encontraba en el territorio poblado de amenazadoras obsesiones de la esquizofrenia, del mismo modo que hacía dos años y en ocasiones anteriores.

—Entonces, ella también morirá —murmuró Ingolf de manera casi inaudible—. Él lo ha decidido.

—¿Qué quieres decir?

—El de oscuro —prosiguió Holgersen en voz un poco más alta—. Él lo ha decidido, lo sé porque he recibido una señal de… de Dios. Son todo un ejército, sabes, y nos van a coger a todos.

Cato acercó una silla.

—Aquí no va a morir nadie, padre —dijo con lágrimas en los ojos—. Lo de Helga ha sido un accidente, ¿verdad? Enseguida vendrá el inspector. Tranquilo, nosotros cuidaremos de ti.

Agarró la mano de su padre y la apretó con fuerza. Permanecieron así sentados mucho rato y, cuando pareció que su padre se había tranquilizado, salió para cubrir a Helga con una sábana.

Ingolf seguía apático. De vez en cuando murmuraba unas palabras incomprensibles con la mirada perdida y ojos que no captaban nada. Poco a poco se encerró más en sí mismo.

De repente, llamaron con fuerza a la puerta y eso lo trajo de vuelta a la realidad.

—Cato —llamó a media voz.

No obtuvo respuesta. El timbre sonó de nuevo. Holgersen se puso de pie, con los ojos desorbitados, y se quedó así un largo rato, hasta que cayó de rodillas al suelo y se inclinó al frente del mismo modo en que rezaría un musulmán. Con las manos sobre las orejas, en un intento desesperado de evitar que la locura entrara, se balanceó adelante y atrás con un ritmo constante, monótono.

Cato estaba en la orilla, junto a Helga Moene, cuando unos pasos en la terraza llamaron su atención. Se incorporó y alargó el cuello. Su

corpulento jefe iba hacia la esquina de la casa, resoplando, con el cabello despeinado apuntando al aire, cara de sueño bajo la barba y un puro enorme colgando de la comisura de sus labios. Justo detrás de él iba Birk, su perro.

—Hola, ¡estoy aquí abajo! —gritó Cato, y saludó con la mano.

El inspector Ole Vik se acercó a la barandilla rota y se detuvo. Chupeteó el puro y observó adormilado, con los ojos entrecerrados, a su colega, a quien apenas distinguía en la oscuridad. El perro se sentó a su lado y siguió la dirección de su mirada.

—¿Qué pasa? —dijo con voz atronadora.

Cato miró hacia él. A la cruda luz de la luna, el inspector era toda una presencia. Pensó que de verdad hacía falta conocerlo para creer que se trataba de un reconocido y admirado inspector, y no un salvaje. Era un tipo enorme de cabello rizado, barba negrísima y con una voz poderosa que podía asustar a quienes no lo conocieran. Cato sabía que, al contrario, tras la llamativa fachada latía un corazón bondadoso y, en su rostro barbudo, unos ojos decididos pero piadosos se asomaban al mundo con sincero interés.

Ole Vik era lo más parecido a un famoso a nivel nacional que había en la pequeña comarca. El tipo, excéntrico y poco convencional, de opiniones contundentes, era un imán para la prensa. Cato sabía que podía acudir cuando quisiera a los programas de actualidad de la televisión pública y privada, pero el inspector siempre declinaba la invitación. Tener visibilidad en los medios nacionales no favorecía su trabajo.

—Como te dije por teléfono, ha ocurrido un accidente en el que está involucrada Helge Moene —explicó Cato mientras ascendía hacia la terraza.

—No recuerdo ni una palabra de la retahíla que me has soltado por teléfono —dijo el inspector, malhumorado—, salvo que se trataba de algo grave. ¿Tiene algo que ver con lo sucedido ayer? Cato, es noche cerrada. Hazme el favor de contármelo todo otra vez, despacio y con tranquilidad. ¿Qué dices que le ha pasado a la señora Moene?

Cato explicó de qué se trataba y señaló el cadáver.

—Está ahí abajo —concluyó—. La he cubierto con una sábana.

Ole Vik soltó un taco en voz baja, se asomó al borde y miró hacia el

mismo lugar que él, incrédulo.

—Entonces, ¿está muerta? —gimió entre dientes—. Tu padre, ¿dónde está?

—Dentro. —Cato miró desesperado a su jefe—. Parece que ha vuelto a enfermar —añadió con voz temblorosa—. Con todo el tiempo que llevaba sin presentar síntomas. No lo entiendo.

Ole tragó saliva.

—¿Está solo?

—Sí.

—Acabo de llamar varias veces al timbre. —El inspector lo miró, preocupado—. No me ha abierto.

Cato tomó aire.

—Entonces tengo que entrar ahora mismo a ver cómo está —dijo deprisa—. El timbre lo ha podido asustar. De repente tiene miedo de todo, al teléfono también.

El inspector apagó el puro.

—Ve tú primero —dijo, compasivo—, mientras tanto, me iré haciendo una idea aquí fuera. Luego pasaré.

Cato abría la puerta cuando oyó llegar a Charlotte, casi a la carrera, por el sendero del jardín. Se detuvo ante él y miró asustada a su alrededor bajo la implacable luz del farol.

—¿Cómo va? —Su voz sonaba angustiada.

Él le contó lo sucecido.

Charlotte lo miró con los ojos muy abiertos en un rostro alargado y expresivo que solía estar repleto de las arrugas que provocaba una sonrisa, pero que ahora solo transmitía preocupación. Era de mediana altura, y se había recogido a toda prisa el pelo, largo y rubio, en una especie de cola de caballo.

—¿Dónde está Helga? —preguntó sin resuello.

Él señaló en dirección a la esquina de la casa y la barandilla rota.

—Me alegro de que hayas venido, Charlotte.

—Ahora estamos juntos en esto —dijo ella—. Ven, vamos con Ingolf.

Holgersen estaba tumbado en mitad del salón, encogido en postura fetal. Charlotte se puso en cuclillas a su lado.

—Ingolf —dijo con suavidad—, ya estamos aquí, Cato y yo, los dos. Ven, te ayudaremos a sentarte en el sofá. —Se volvió hacia su marido —. ¿No deberíamos avisar al médico?

Holgersen revivió y su cuerpo se puso rígido.

—Nada de médicos —siseó con una contundencia sorprendente—. Por encima de mi cadáver, ¿lo entendéis? —Sus ojos lanzaban chispas.

—No, no, Ingolf, solo era una idea —dijo Charlotte para tranquilizarlo, y miró con preocupación a Cato.

Cada uno lo agarró por un brazo y lo levantaron despacio. Fue con ellos hacia el sofá, sin oponer resistencia. Cato le colocó un cojín bajo la cabeza y Charlotte buscó una manta para abrigarlo. Luego se sentó y lo cogió de la mano.

Ingolf se quedó tumbado, con los ojos muy abiertos, mirando al aire, en evidente estado de *shock*. Poco a poco sus párpados se tornaron más pesados hasta que acabó por cerrarlos del todo. La barbilla descendió despacio. La respiración se hizo cada vez más profunda y se transformó en un ronquido uniforme.

Charlotte dejó su mano con cuidado y se puso de pie. Se volvió hacia su esposo y se lanzó a sus brazos, sollozando.

Poco después se abrió la puerta de la calle y un leve toque con los nudillos y un apagado «Hola» anunciaron la llegada del inspector.

—¿Cómo está? —Vik los miró con gesto preocupado.

—Duerme. —Cato se agachó para acariciar al perro, que había entrado detrás del inspector.

Vik se rascó, distraído, el cabello despeinado y tiró de los bajos de un jersey que le quedaba algo estrecho.

—¿Se puede hablar con él?

Charlotte negó con la cabeza.

—Está demasiado desconcertado.

—No, creo que no serviría de nada —añadió Cato.

—¿Habéis llamado a una ambulancia?

—Deberíamos dejar que duerma tranquilo —respondió Cato, y explicó la reacción de su padre cuando habían sugerido la posibilidad de que acudiera un médico.

El inspector meditó unos instantes.

—En ese caso, hablaré con vosotros dos.

Cato asintió.

—Podemos sentarnos en la cocina.

Se reunieron en torno a una mesa pintada de azul en una cocina que era a la vez amplia y funcional. Birk recibió la orden de que se tumbara, así que se metió debajo de la mesa y apoyó la cabeza en los pies de Charlotte.

—¿Preparo café? —Cato los interrogó con la mirada.

Asintieron con un movimiento de cabeza.

Puso la cafetera y sacó tazas y un cenicero. Luego tomó asiento junto a su esposa. Charlotte sacó una cajetilla de tabaco del bolsillo de la chaqueta, encendió un cigarro e inhaló con fuerza.

—Dios, qué gusto.

Ole le sonrió y posó la mirada en Cato.

—Ayer por la tarde me comentaste que era probable que Ingolf hubiera vuelto a enfermar —dijo—. ¿Podrías darme más detalles?

Cato se retorció en la silla. Su rostro de rasgos marcados estaba pálido y mostraba cansancio.

—Tiene una esquizofrenia paranoide latente —respondió en voz baja —. Se manifestó en sus años de juventud y ha tenido recaídas en algunas ocasiones en estos años, con brotes fuertes. En general ha estado bien, pero, hace un par de años, la enfermedad volvió a manifestarse peor que nunca y tuvo que vender la empresa y dejar de trabajar.

—Lo recuerdo bien —dijo Ole—, tú no quisiste hacerte cargo y el resultado del esfuerzo de toda una vida dejó de pertenecer a la familia.

Cato, incómodo, bajó la mirada.

—Nunca me lo perdonó —dijo sacudiendo la cabeza—. Pero yo no he heredado el talento para los negocios de mi padre. Se habría ido a la mierda. Y tampoco me apetecía.

—Lo siento por tu padre, pero me alegro por mí, porque pude conservar un oficial con talento y digno de aprecio. —El inspector rio para quitarle hierro y tiró del jersey, distraído. Un par de años atrás le quedaba bien, pero ahora le estaba estrecho y se ceñía donde no debía. Al inspector no le preocupaba su aspecto ni tener unos kilos de más, porque que estaba convencido de que importaba mucho más la belleza interior. Pero tampoco hacía falta llamar la atención sobre los aspectos menos favorecedores de su anatomía, eso opinaba. Por eso el jersey lo irritaba sobremanera. Debería haber escogido otro.

—La última vez lo ingresaron por la fuerza —dijo Cato con voz casi llorosa. Ole asintió, pensativo.

—Pero se recuperó y… ¿ha estado bien hasta hoy?

—Así es —respondió Cato—, pero ahora, de repente, vuelve a ser presa de la manía persecutoria y obsesiones sin sentido. No hay quien lo entienda.

—En cuanto amanezca, debemos ocuparnos de que reciba tratamiento —dijo el inspector con firmeza—. Hablaré con él más adelante.

—En ese caso vas a tener que ingresarlo a la fuerza. —Cato esbozó una sonrisa—. Nunca conseguirás que ese cabezota admita que está enfermo y necesita tratamiento. Ya hemos pasado antes por ese infierno.

—Lo que pasa —añadió Charlotte— es que tiene alterada la percepción de la realidad en lo que se refiere a su propio comportamiento, cuando está enfermo, claro. Cuando eso sucede, son todos los demás quienes no atienden a razones, no él.

—Comprendo —dijo Ole, pensativo—. Ya nos ocuparemos de ese problema en su momento.

Sacó un puro del bolsillo y lo humedeció despacio, con aire distraído,

pero de repente cayó en la cuenta de dónde estaba y se disculpó con una sonrisa mientras lo guardaba.

—Decidme, no me queda más remedio que haceros esta pregunta: ¿Ingolf se pone agresivo cuando está enfermo? ¿Tiene algún tipo de actitud violenta?

—No, al contrario —Cato negó moviendo la cabeza con fuerza—, solo se vuelve más introvertido. Cuando está bien, y es así la mayor parte del tiempo, tiene carácter y mucha iniciativa, pero nunca es agresivo. Si alguna vez resulta antipático es porque tiene uno de sus intensos ataques paranoicos —prosiguió—. Y solo si se da una circunstancia que refuerza su sensación de estar amenazado. En esos casos, puede regañar, dar voces y ponerse muy a la defensiva.

—Si no sabes nada de su enfermedad, puede dar mucho miedo —apostilló Charlotte—. Parece que suelta rayos y centellas por los ojos, que está completamente loco.

—Es que lo está —comentó Cato, seco.

Ole rio por lo bajo.

—¿Cómo fue criarte con un padre tan enfermo, Cato?

—La verdad es que, para cuando supe que le pasaba algo, yo ya era adulto. Es cierto que saberlo me ayudó a encajar algunas piezas del puzle, pero, durante mi infancia, la enfermedad de mi padre nunca fue un problema.

—Pero estuvo ingresado en varias ocasiones.

—Me protegieron —asintió Cato—. Papá estaba *de viaje*, eso me decían.

—¿Cómo es ahora vuestra relación?

—Bastante buena —se encogió de hombros—, aunque me considera una especie de hijo pródigo, uno que nunca llegó a nada.

—Alguien de quien ha desistido —añadió Charlotte—. Ingolf es así, una fuerza imparable que a veces pierde el control. No te olvides de todo lo que ha sido capaz de construir, a pesar de haber pasado temporadas muy enfermo, lo que ha aportado en donaciones y dinero a causas benéficas a lo largo de los años. Es una buena persona, y yo he llegado a quererlo mucho, a pesar de que es difícil acercarse a él.

—Pero a mí no me perdonará nunca —suspiró Cato—. Me guarda auténtico rencor por lo de la empresa.

—¿Cómo se llevaba Ingolf con los vecinos?

Charlotte y Cato se miraron.

—De todo hay —dijo ella.

Cato se levantó, fue a por la cafetera y llenó las tazas.

—En un sitio pequeño como este hay muchas envidias, no lo olvides. Además, como te acaba de contar Charlotte, padre es un hombre muy decidido. Cuando resuelve hacer algo, no hay quien lo detenga. Tiene una energía y una capacidad casi sobrehumana para perseguir las metas que se marca. Es probable que haya gente a su alrededor que se sienta sobrepasada.

—¿Entre los vecinos?

—Sí, entre otros.

—¿Se sabe por aquí que está enfermo?

—No lo creo. No se habla de su enfermedad. Padre no la menciona nunca, ni siquiera con nosotros. No, es poco probable que alguien lo sepa.

El inspector asintió con un movimiento de cabeza y bebió un trago de café.

—¿Qué pasará ahora? —quiso saber Charlotte.

—Esperaremos a que lleguen refuerzos —respondió Ole—. He avisado al fiscal de guardia de la comisaría de Borg. El forense y los técnicos de Medicina Legal deberían estar aquí dentro de una hora, más o menos. Debo pediros que solo os mováis por los alrededores de la casa si es imprescindible.

Charlotte dio una calada ansiosa a su cigarrillo y bebió un sorbo de café.

—Esto parece irreal —dijo.

Se quedaron en silencio. De fondo se escuchaban los profundos ronquidos de Ingolf en el salón.

—¿Qué hay de Helga? ¿Vamos a dejarla ahí tirada? —soltó Charlotte.

—Se la llevarán enseguida —respondió el inspector con amabilidad—. Depende sobre todo del forense, pero también de las comprobaciones que deban hacer los nuestros.

—¿Qué pasará después?

—La trasladarán para hacerle la autopsia.

Nueva pausa.

—Dime —dijo Vik al cabo de un rato—, ¿Helga Moene tiene familia? Uno de nuestros primeros cometidos será informar a sus allegados. —Los miró, interrogante.

Cato asintió con un movimiento de cabeza.

—Tiene un hijo de mi edad. Se llama Petter. Vive en la región de Bergen.

—¿Sabéis dónde?

—En Åsane, al norte de la ciudad —respondió Cato.

Ole sacó un cuaderno y empezó a tomar notas.

—¿Lleva el apellido de su madre?

—Sí.

—En ese caso, Petter Moene. —Ole lo escribió y dejó el cuaderno y el bolígrafo sobre la mesa—. Dime una cosa: ¿tu padre tiene señales de haberse peleado con alguien o algo similar? ¿Tiene heridas o rasguños en el cuerpo?

Cato lo miró sombrío, como si no tuviera ganas de responder.

—Tiene unos rasguños en la cara —dijo encogiéndose de hombros—. Pero no tiene que significar nada. Está tan alterado que, seguramente, haya tropezado y se haya caído, ¿no?

—Por supuesto —asintió Ole—, no podemos descartar nada.

—También tiene unas marcas extrañas en las palmas de las manos. —Charlotte los miró, asustada—. Me he fijado mientras estaba sentada con él. Parecían arañazos.

—Venga ya, Charlotte —dijo Cato—, claro que no son arañazos. —Se inclinó sobre la mesa—. Mi padre no es un hombre violento, Ole —añadió con voz firme.

—No, así lo tengo entendido. —El inspector asintió muy serio—. Dime una cosa, Cato, antes has mencionado que Ingolf tiene muchos enemigos. ¿Crees que alguien podría tener motivos lo bastante fuertes como para querer acabar con su vida o perjudicarlo de algún modo?

Cato lo pensó detenidamente.

—No, me cuesta mucho creer que sea así —respondió—. No cabe duda de que padre ha levantado algunas ampollas a lo largo de los años, pero…

—Pero, si fuera necesario, ¿podríamos localizar a esa gente?

—Sí, seguro —respondió sin concretar—. ¿No creerás que alguno de sus antiguos rivales ha empezado a correr por su jardín en mitad de la noche al cabo de tantos años?

El inspector esbozó una sonrisa.

—No parece muy probable, no —tiró del jersey—, pero ahora mismo estoy abierto a todas las posibilidades. ¿Ha ocurrido algo en especial en los últimos tiempos que pueda explicar que haya vuelto a enfermar de repente? ¿Algún factor desencadenante de cualquier tipo?

—No —respondieron casi a coro.

Ole se desperezó.

—Cato, vas a tomarte el día libre. Ocúpate de tu padre. También debes estar localizable por si necesitáramos respuesta a otras preguntas. En este caso estás inhabilitado y debes mantenerte apartado de la investigación. Lo entiendes, ¿verdad?

—Sí, claro. —Cato se obligó a sonreír.

Ole, adormilado, miró el reloj.

—Bueno —les dijo—, va a ser un día muy largo.

Capítulo 4

Los compañeros de Cato llegaron muy temprano a la calle Strandvein y delimitaron la propiedad de Holgersen con una cinta de franjas blancas y rojas. Más tarde se presentaron el forense y dos técnicos científicos de Borg. El médico reconoció primero a Helga Moene en el lugar en el que la habían encontrado. Después, cuando el lugar de los hechos estuvo debidamente fotografiado y medido, y se habían recogido todas las posibles pistas, la introdujeron en una funda mortuoria y se la llevaron.

Un poco más tarde, Ole Vik se reunió con Charlotte y Cato. Ingolf aún dormía.

—Tenemos que hablar —dijo el inspector, que se sentó a la mesa de la cocina. Birk se tumbó debajo, con la cabeza apoyada en los pies de Charlotte, una costumbre ya adquirida.

Cato se estaba comiendo una rebanada de pan con mermelada de fresa. Acabó de masticar con prisa, la pasó con un vaso de leche y miró inquieto a su superior.

—Es una tortura estar aquí sin hacer nada, Ole. —Se secó la boca con el dorso de la mano—. ¿Han averiguado algo? —Dejó el vaso vacío sobre la mesa.

El inspector lo miró muy serio.

—No quisiera sacar ninguna conclusión todavía —dijo con cautela—. Van a practicarle una autopsia a la señora Moene. Mañana por la mañana deberíamos disponer de un informe preliminar.

—¿Qué ha dicho el forense? —preguntó Charlotte.

Ole se encogió de hombros y se pasó la mano por el cabello con aire distraído. Lo tenía disparado en todas direcciones, y se arrepentía de haberse saltado la obligatoria ducha matinal unas horas antes y haberse vestido sin más. Se sentía pegajoso y poco presentable, y ni siquiera se había tomado el tiempo necesario para cepillarse los dientes. Además, se sentía incómodo por lo estrecho que le quedaba el jersey.

—No quisiera decir gran cosa aún —respondió, prudente—, pero puedo desvelar que la causa probable de la muerte es un golpe en la cabeza provocado por una caída sobre una roca afilada. —Cato asintió

en silencio—. Voy a necesitar algo de ayuda —añadió Ole—. Los técnicos han recogido algunas huellas y necesitan acceder al calzado de la familia…

—Por supuesto. —Cato se incorporó—. Los zapatos de padre están en el recibidor. Siempre los deja allí y se pone las zapatillas antes de entrar. Helga también lo hacía. ¿Voy a por ellos?

—Sí, gracias. Dáselos a Arne, es él quien lo coordina.

—Pero ¿quedan huellas de pisadas cuando el suelo está helado? —se extrañó Charlotte.

—Pues sí, por la capa de escarcha. ¿Podríais dejarnos también vuestros zapatos? —Ole sonrió a modo de disculpa—. Os los devolverán enseguida.

Se descalzaron y Cato salió al recibidor para coger los zapatos de su padre.

Ole observó a Charlotte.

—¿Cómo está Ingolf? —preguntó.

—Sigue durmiendo, no sabría decirte. —Escondió el rostro entre las manos unos instantes. Al levantar la vista de nuevo, tenía los ojos húmedos. Ole sostuvo su mirada—. Cato y yo hemos comentado un poco lo del hospital —prosiguió con aire tenso—. Hemos acordado instalarnos aquí para valorar la situación. Puede que mi suegro se recupere.

—Hum. —El inspector lo meditó—. Había pensado asignarle vigilancia policial, pero está bien, vale. Consiento que la vigilancia la hagáis vosotros. —Hizo otra breve pausa para pensar—. Porque Cato es oficial del cuerpo —añadió—, y solo por eso. Por lo demás, os pido que estéis abiertos a todas las posibilidades. Preparaos mentalmente, es probable que tengamos que hacernos cargo de tu suegro sin preaviso. —Se puso de pie—. Antes de seguir trabajando en el exterior, quisiera echar un vistazo a Ingolf y a sus lesiones. Prometo que lo haré en silencio.

Lo siguieron hasta el salón, y Ole se inclinó sobre el sofá para revisar con cuidado las heridas del rostro del anciano. Luego observó con interés las marcas del dorso de la mano, antes de incorporarse con gesto pensativo.

En el recibidor, se giró hacia ellos.

—No tengo más remedio que averiguar el origen de esos arañazos —dijo en voz baja—. Volveré más tarde. —Consultó el reloj—. Iré a casa, me daré una ducha rápida y me cambiaré, luego haré una ronda puerta a puerta en el vecindario. Avisad a uno de los agentes que están fuera cuando Ingolf se despierte y se haya recuperado un poco. Ellos me llamarán.

Fue liberador deshacerse del jersey y asearse. Media hora después, el inspector, con Birk revoloteando feliz alrededor de sus piernas, subía por un estrecho camino de gravilla que conducía al patio de la calle Strandvein, número 5. Iba vestido con el uniforme completo: pantalones negros de *nylon* con cinta reflectante blanca y negra sobre el dobladillo y unas robustas botas de aire semimilitar. La cazadora era de piel, también llevaba reflectantes negros y blancos. Por la espalda y en los antebrazos se leía «POLICÍA» en letras blancas, y las hombreras mostraban su rango de inspector: tres estrellas ribeteadas en dorado sobre una base negra. La gorra llevaba el escudo de armas. Su figura compacta le confería al uniforme una dignidad especial y, a la vez, reflejaba la fuerte personalidad del inspector.

A diferencia del chalé del chatarrero, esa no era una vivienda ostentosa, pero tampoco una cabaña. Era más bien una antigua casa de labranza, pequeña, pintada de rojo, en cuyo patio había un granero y unas casetas. Un Mercedes S 320, que parecía recién estrenado, estaba aparcado en la puerta. Ole lo admiró.

Una placa de cerámica ovalada informaba de que allí residían Unni y Andreas Nilsen. Ole llamó al timbre y oyó un lejano ding, dong en el interior.

Un hombre sin afeitar, que tendría más o menos su misma edad, abrió la puerta con prudencia. Al ver el uniforme de Vik, abrió del todo.

—Vaya follón que hay hoy en el vecindario —dijo con mal disimulada curiosidad—. ¿La ha *palmao* Holgersen? —Su rostro se abrió en una sonrisa interrogante que dejó al descubierto una dentadura irregular.

Una mujer gruesa de cabello gris apareció tras él.

—Pero ¿qué dices, Andreas? —le reprochó—. No puede ser, date cuenta. —Miró al inspector como si pidiera disculpas.

Nilsen se volvió hacia ella y le dedicó una sonrisa seductora.

—La esperanza es lo último que se pierde —contestó, inocente.

Ole sonrió con educación y se presentó.

—Lamento molestarlos —dijo—, pero, efectivamente, investigamos un fallecimiento. No quiero entretenerlos, pero me gustaría saber si han visto algo que pudiera sernos de utilidad.

—Ya sabemos quién eres, Vik —dijo una sonriente Unni Nilsen—. Pasa. No podemos estar en la calle con el frío que hace.

Echó decidida a su marido a un lado para dejar sitio al inspector, y pasaron por un estrecho vestíbulo hasta llegar a un pequeño y acogedor cuarto de estar, donde tomaron asiento. Birk los siguió.

—¿Os importa que entre el perro? —Vik los miró, interrogante.

—Claro. —Unni Nilsen se agachó y acarició cariñosamente el pelaje de Birk—. Qué perro tan bonito —dijo afectuosa, y miró al inspector—. ¿Es un *border collie*?

Ole asintió.

—El último miembro en incorporarse a mi familia. Un perro en acogida que, por suerte, ha ido a parar conmigo. Ha pasado por mucho.

—Pobrecillo. —Unni miró compasiva a Birk y le dio unas palmaditas —. No has tenido una buena vida, ¿eh?

Birk movió el rabo y le lamió la cara. Ella se rio. Vik también sonrió.

—Bueno, volvamos al señor Holgersen…

—¿*Es* él? —Andreas Nilsen se frotó la barbilla sin afeitar, que produjo un sonido rasposo, y miró con curiosidad al inspector.

—No puedo pronunciarme al respecto —dijo Ole con firmeza—. Debemos tener consideración con los allegados. Más tarde se emitirá un comunicado de prensa, en el que el nombre del fallecido y las circunstancias de su muerte se harán públicas.

—¿Cuándo ha sucedido? —Unni Nilsen sonrió como si quisiera pedir disculpas por la actitud de su marido.

—Sobre las cuatro y media.

—¿Esta noche? Vaya, pues a esa hora nosotros estábamos durmiendo —dijo Nilsen—. Nunca salimos del catre antes de las siete.

—Como pronto —apostilló su esposa.

—Así que no habéis visto ni oído nada… —Negaron con la cabeza. Ole sacó el cuaderno del bolsillo de la camisa y tomó nota—. Decidme, ¿habéis visto algo fuera de lo normal por la zona últimamente? ¿Algo que se salga de lo habitual?

Se miraron. Unni Nilsen se estiró el vestido.

—¿Como qué?

—Esta es una zona acotada donde todo el mundo se conoce. Por ejemplo, ¿habéis visto gente que no sea de por aquí, en la calle Strand? ¿Desconocidos? —Volvieron a mirarse y sacudieron la cabeza —. ¿Coches desconocidos?

—No.

El inspector tomó nota en el cuaderno.

—En el patio hay aparcado un Mercedes. ¿Es vuestro?

La señora Nilsen negó con la cabeza mientras se reía.

—Uy, no, qué va. Es de Olav, sí.

—Nuestro hijo —aclaró Nilsen con un rastro de orgullo en la voz.

—Hum, veo que le va bien. —Ole sonrió con educación.

—Es uno de esos emprendedores del sector informático —dijo Unni con una gran sonrisa—. Ha vivido por y para los ordenadores desde que era un chaval.

—Vendió sus acciones cuando todavía cotizaban por las nubes — explicó Andreas—. Una cosa te voy a decir, inspector —se inclinó hacia delante con gesto cómplice—: ese chico se ha llevado tantos millones por sus acciones que hasta el viejo de ahí abajo es un don nadie en comparación. —Señaló por la ventana hacia la propiedad de Holgersen.

—No me digas… —comentó Ole—. Madre mía, lo orgullosos que debéis estar. —Los dos asintieron, moviendo la cabeza con entusiasmo —. Me ha parecido detectar cierta antipatía hacia Holgersen —añadió

Ole en tono dubitativo mientras miraba de reojo a Andreas—. ¿Debo entender que no es santo de vuestra devoción?

—Y que lo digas —dijo Nilsen, cortante.

—¡Andreas! —Unni dedicó una mirada de reproche a su marido.

—Ese tipo es capaz de cualquier cosa —dijo, indignado—. ¡Y lo mantengo! La gente se pregunta cómo el viejo Holgersen puede tener una propiedad señorial de cinco decáreas de parcela en lo mejor de la costa, mientras que mi anciano padre vendió generosamente solares de cien metros cuadrados cada uno para construir cabañas.

—Tendremos que dejarlo para otro momento —dijo Ole con educación—. En esta fase debo concentrarme en obtener una panorámica general, pero entiendo entonces que la relación de vecindad no era muy cordial.

—No, la relación no era nada buena. Mi anciano padre murió como consecuencia de los métodos de Holgersen, y eso no se olvida, inspector. Ese pájaro viejo de ahí abajo es incapaz de preocuparse por los sentimientos ajenos.

Andreas Nilsen lo miró, indignado. Tenía lágrimas en los ojos.

—Comprendo. —Ole reflexionó mientras tomaba nota—. Vuestro hijo, Olav, ¿está de visita o reside aquí?

—Ha venido a pasar el fin de semana —respondió Unni—. Se ocupa mucho de sus padres entrados en años. Es un buen chico.

—Así que viene por aquí con frecuencia…

Se miraron.

—Pues sí —dijo Unni, pensativa—. ¿Tiene alguna importancia?

—Para nada. —Ole sonrió—. ¿Dónde está?

—Durmiendo.

El inspector comprobó la hora.

—Nos gustaría hablar con él. Volveré un poco más tarde.

—Pero si él no tiene nada que ver con esto —dijo Unni, que miró al inspector con los ojos preocupados de una madre.

—Estoy seguro de que no —respondió Ole, sereno—, pero, como ya he dicho, debemos hablar con todo el vecindario. Es el procedimiento habitual. —Se levantó—. Será mejor que siga con la ronda. —Se recolocó el uniforme, guardó el cuaderno y el bolígrafo en el bolsillo de la pechera y se despidió. Salió con paso firme por la puerta con su amigo de cuatro patas pisándole los talones.

En el patio recibió un aviso por radio. Ingolf Holgersen estaba despierto y listo para hablar.

Capítulo 5

La residencia de Holgersen, en el número 8 de Strandvein, era una propiedad singular. El chalé de muros blancos con tejado de pizarra holandesa, ventanas pequeñas y arcos tallados era un proyecto de Ole Landmark que databa de finales de los años cincuenta, una joya arquitectónica. Se la consideraba la propiedad privada más exclusiva del municipio de Fjellberg, con una parcela de cinco decáreas, cien metros de playa, caseta para las barcas, muelle y zona de baño privada.

En la luz grisácea del amanecer de ese día de enero, la finca emergía de la oscuridad de un modo casi imperceptible. Poco a poco, se desplegó en todo su esplendor ante los ojos de los agentes, que hasta ese momento habían trabajado a la luz de los focos. Era de día.

Cuando el inspector llegó, Ingolf Holgersen ocupaba una butaca, junto a la señorial chimenea, en el amplio pero acogedor salón. El carácter exclusivo de la vivienda se percibía de forma discreta en el techo de vigas oscuras y en el paso, por un arco tallado, hacia un comedor con aparadores de diseño construidos a medida.

Cato había encendido la chimenea. La luz oscilante de las llamas contribuía a reforzar la sensación de bienestar, en crudo contraste con las circunstancias por las que atravesaba la familia Holgersen aquel día.

Ingolf reconoció al inspector en cuanto entró. Su rostro mostró una sonrisa reservada, casi imperceptible.

—Buenos días, Vik —dijo—. Adelante, adelante.

—Buenos días, Holgersen. —Ole le dio un amistoso apretón de manos —. No voy a entretenerte mucho rato, pero necesito que me respondas a un par de cuestiones. —Tomó asiento en la butaca contigua a la que ocupaba Holgersen, se inclinó y apoyó los codos en las rodillas—. Una noche terrible —dijo Ole moviendo la cabeza—. Una pena, lo de la señora Moene.

—Sí, un hombre vestido de negro… la cogió, yo lo vi —contestó Holgersen sin entonación alguna mientras miraba al infinito.

Ole sacó su cuaderno.

—Cuéntame todo lo sucedido, Ingolf. Desde el principio.

El chatarrero se volvió hacia él.

—Él, el que iba de oscuro, estaba en el balcón y golpeó la ventana —tartamudeó—. Desperté y… allí estaba, con una pistola.

Ole tomaba nota.

—¿En el primer piso?

—Sí.

—¿Sabes cómo pudo subir?

—No.

—¿Podrías describirlo?

Holgersen tenía la mirada ausente.

—Vestía ropa oscura y un pasamontañas —respondió sin fuerzas—. Era como una sombra. Todos lo son. —Miró al inspector con ojos repentinamente iluminados—. Son todo un ejército, ¿comprendes, inspector? —añadió, convencido—. Tienes que hacer algo.

—Lo haré —respondió Ole en tono tranquilizador, y lo apuntó en el cuaderno—. ¿Qué pasó después? ¿Dispararon?

Holgersen negó con la cabeza.

—Hoy no, eso fue la vez anterior. No, yo… escapé antes de que tuvieran ocasión. Al bajo. Para llamar a Cato.

El inspector asintió y tomó nota.

—¿Qué pasó entonces?

Holgersen volvía a tener la mirada perdida.

—Llamaron y llamaron y… llamaron.

—¿Al teléfono?

—No —siseó Holgersen, molesto—. Al timbre.

—Exacto.

Holgersen tomó aire.

—Luego mató a Helga —añadió con esfuerzo—. El de oscuro, él… él la empujó por el acantilado. Intenté ayudarla, pero no pude.

—¿Qué hacía Helga aquí tan temprano? —se extrañó el inspector.

Ingolf miró al infinito de nuevo y no respondió. Ole se inclinó hacia él.

—Ingolf, ¿por qué vino aquí en mitad de la noche?

—Yo solo quería tener con quien hablar por teléfono mientras esperaba a que llegara Cato —dijo el anciano con voz llorosa—. Le pedí que no viniera, pero ella quería solucionarlo a toda costa. Se lo advertí. Lo hice.

—Ajá. Así que Helga llegó primero ¿y después tú, Cato? —Ole levantó la vista.

—Supongo que llegó unos minutos antes que yo —dijo.

—En ese caso, cuando llegaste, ¿Helga ya había muerto? —Cato asintió, sombrío—. ¿Y dónde se encontraba Ingolf en ese momento? —Se giró de nuevo hacia el chatarrero—. ¿Recuerdas dónde estabas?

Holgersen no respondió. Miraba a Ole sin entender nada, como si no recordara los hechos y no tuviera ni idea de qué le hablaba. Ole volvió a posar los ojos sobre Cato, a la espera.

—Estaba arrodillado junto a ella, abajo, en las rocas que la marea había dejado al descubierto —respondió el hijo, contrariado.

—¿Viste qué pasó antes?

—No.

—¿Y no viste a ningún intruso?

—No.

—Tienes unas heridas en el dorso de la mano y en la cara, Ingolf. ¿Cómo te las has hecho? ¿Recuerdas eso? —siguió Ole.

Holgersen se miró primero las manos, extrañado, y a continuación, a Ole.

—No —dijo, desconcertado, y se tocó la mejilla—, yo no sabía… —Sonrió, perdido—. Tiene que haber sido el de oscuro —añadió con

ansiedad—. Esa sombra. Me quiere coger, como el que cogió a Helga. Es todo parte de… de una conjura, ¿sabes? Noscogerá a todos.

—Nos ocuparemos de que no lo haga —respondió Ole con firmeza—. Debes saber que ahora estás a salvo, Ingolf.

—Bah. —Holgersen le dedicó una mirada que daba a entender que una afirmación tan fútil solo merecía desprecio. Se enderezó en la butaca y mostró una creciente inquietud—. Tiene una pistola —continuó, nervioso—. Viene a por mí. Y me ha disparado. ¡Nos va a coger a todos! A ti también.

Cato agarró a Ole del brazo con suavidad.

—Creo que tal vez sea el momento de dejarlo —dijo en voz baja.

Ole asintió y se puso de pie.

—Cato y Charlotte se quedarán aquí para cuidarte, Ingolf —dijo—. Estás a salvo.

En la calle se detuvo para dar unas rápidas caladas al puro. Tenía escalofríos. El vaho, que flotaba a lo lejos en forma de pequeñas y difusas nubes de niebla sobre la superficie del agua, era arrastrado con lentitud hacia la orilla por una brisa matinal imperceptible. En su encuentro con los haces de luz de los potentes focos, que los técnicos de criminalística habían instalado, se convertían en obras de arte oscilantes antes de deshacerse y desaparecer. El tiempo era frío y desapacible.

Su joven colega y colaboradora más cercana, la agente Cecilie Hopen, se situó a su lado. Vestía de uniforme, igual que él, y se había recogido el cabello en una larga y gruesa coleta. En las hombreras llevaba una estrella sobre fondo negro. Esa distinción informaba de que era una agente con menos de cinco años de antigüedad.

—¿Cómo pinta? —preguntó, y lo miró, interrogante.

Él se encogió de hombros.

—Es pronto para saberlo, Cecilie. —Lanzó una nube de humo al aire —. Lo único que sé con seguridad es que Holgersen está muy desconcertado.

—Lo aclararemos. —Lo miró, sonriente, y él la observó unos instantes.

Los ojos castaños de Cecilie brillaban entusiasmados, mientras que su boca, que en ese momento dibujaba una línea recta, dejaba intuir una fuerza de voluntad fuera de lo corriente. Su nariz era recta y su rostro dibujaba un óvalo clásico. Tenía veintimuchos años y era la preferida de Ole cuando tenía que enfrentarse a un caso complicado. Dos años antes había terminado su formación en la academia con uno de los mejores expedientes de los que se tenía noticia, y el inspector estaba orgulloso tanto de que hubiera pedido destino precisamente en su comisaría como de lo que ella había demostrado en la práctica. Era un orgullo para el cuerpo.

Cecilie era alta y bella. Su cabello castaño rojizo, algo rizado, se ondulaba por su espalda cuando no estaba recogido en una coleta, como ahora. De su aspecto físico no se hablaba, al menos ella no lo hacía, porque su prioridad era que se la juzgara por su competencia en el trabajo. No resultaba fácil en un ambiente sobre todo masculino en el que a muchos les brillaban los ojos al verla. Algunos de sus colegas habían hecho el ridículo con ella: nunca lo olvidarían. En el fondo, el inspector también pensaba que la vida en el cuerpo ganaba con la presencia de un poco de belleza, pero nunca se lo diría. Sabía que habría sido un auténtico insulto para Cecilie, que no era del tipo de mujer que se dejase cosificar por su belleza.

—Acabo de empezar la ronda por el vecindario, pero ahora creo que debería quedarme aquí.

—No hay problema, me hago cargo —respondió ella con amabilidad —. Eso era lo que querías decir, ¿verdad?

Él se echó a reír.

—Era exactamente lo que quería decir. Vamos a ver: he ido al número cinco, no me ha dado tiempo a más. En ese caso faltarían los números…

Ella le puso la mano en el brazo.

—Lo averiguaré —interrumpió con una sonrisa.

La condición de Ingolf Holgersen ni mejoró ni empeoró a lo largo del día. La mayor parte del tiempo parecía estar en su mundo, se limitaba a mirar al infinito. A primera hora de la tarde, la policía recogió la cinta blanca y roja del exterior. Los agentes y los técnicos guardaron sus útiles y se retiraron.

Cato y Charlotte prepararon una cama en el dormitorio de invitados

más grande de la planta baja. El anciano chatarrero estaba cansado. Lo acostaron sobre las diez y se durmió como un niño pequeño. Charlotte y Cato permanecieron despiertos una hora más y después ellos también se fueron a la cama.

En la noche invernal, la helada cubrió la tierra como una membrana blanca, igual que en las anteriores. En el interior de la casa todo estaba en calma. El reloj de pared del *hall* dio las dos y media.

Ingolf Holgersen dormía bien, pero no tanto como para no despertarse y oír con total claridad una voz que repetía su nombre, susurrando, una y otra vez. Poco a poco salió de la paz del sueño y pasó a estar despierto. La voz sonaba hueca, pero, de un modo extraño, llenaba toda la habitación. De golpe, se despertó por completo. Se sentó en la cama, con ojos desorbitados.

—*Ingoooolf*.

Ahora que se había incorporado, oyó que la voz parecía llegar de todas partes a la vez. Con manos temblorosas, buscó en la oscuridad la lámpara de la mesilla de noche y logró encenderla. No había nadie a la vista, pero era como si el aire de la habitación estuviera saturado de horror. Sintió que el sudor brotaba de su frente.

El silencio se prolongó hasta que la voz volvió a invadir la estancia. Era a la vez sugerente y autoritaria, y el mensaje no dejaba lugar a dudas: debía huir antes de que fuera demasiado tarde porque el de oscuro y su ejército acabarían con él. Sabía demasiado. Estaban allí afuera, entraban por la puerta principal, y la única vía de escape era la puerta del balcón.

—*¡Salta Ingolf, salta! Ponte a salvo antes de que sea tarde. Huye antes de que lleguen, están entrando. ¡Salta por el balcón! No tengas miedo, tú eres uno de los escogidos, no lo olvides. Estás en buenas manos*.

La voz llenó el dormitorio.

Holgersen estaba quieto, en la cama, incapaz de mover un solo músculo. La voz no era lo que más miedo le daba, porque era su enlace con los poderes divinos, sus aliados. No, era la amenaza de los hombres vestidos de negro que en ese momento se abrían paso en el sótano para acabar con él.

Con un gemido, se bajó de la cama. Se quedó parado unos instantes antes de girarse de golpe y caminar con paso incierto hacia el balcón.

Su cerebro atormentado le dio una sola orden: «¡Escapa!».

Ingolf Holgersen obedeció, presa del pánico. Sin pensar en las consecuencias, sin mirar ni a derecha ni a izquierda, se subió a la barandilla y se lanzó. Su grito penetrante atravesó la noche oscura y se interrumpió de forma brutal cuando impactó contra la terraza enlosada.

De nuevo, se hizo el silencio.

Charlotte y Cato dormían. El grosor de las paredes y del suelo de la sólida construcción habían impedido que se oyera la voz del dormitorio de su suegro, pero Charlotte despertó con el grito.

Fue como si su corazón dejara de latir. Se tumbó bocarriba, algo confusa.

—Cato. —Se incorporó en la cama y sacudió a su marido—. ¡Despierta! —gritó, aterrorizada.

Él gimió y se giró a medias.

—¿Eh?

—Tienes que despertarte. He oído un grito espantoso.

Cato se apartó unos escasos mechones de cabello del rostro y se incorporó. Charlotte le tiraba de los brazos.

—Calma —dijo, desconcertado—. Dame un momento, por favor. —Agitó la cabeza como si quisiera activar sus neuronas—. ¿Qué dices? ¿Qué grito?

—¿Cómo lo voy a saber? Ha sido un grito horrible, me ha puesto los pelos de punta.

—Habrá sido un gato —opinó él—. A veces pegan unos chillidos endemoniados.

—No, no era ningún gato, no era así. Era una persona, Cato. Una persona.

—¿Estás segura? —Empezaba a despertarse—. ¿Dentro o fuera?

—Creo que fuera.

—¿Lejos?

Ella tuvo un escalofrío.

—Me da la sensación de que no.

Cato puso los pies en el suelo.

—Vamos a comprobar cómo está padre.

Encendieron la luz y subieron la escalera a toda prisa. Cato abrió con cuidado la puerta de la habitación de su padre y un vistazo bastó para comprobar que estaba vacía. La luz de la lámpara de la mesilla dibujaba intensas sombras sobre las paredes, la cama y el edredón, medio caído en el suelo. Charlotte lo cogió por el hombro.

—¿Dónde puede estar?

Cato miró el reloj.

—Lo encontraremos. Tranquila, Charlotte, tal vez solo haya ido al servicio.

Entró en el dormitorio, abrió la puerta del baño y asomó la cabeza.

—Padre —susurró antes de encender la luz. No obtuvo respuesta y maldijo por lo bajo—. No, aquí no está; qué raro.

Fueron de habitación en habitación, deteniéndose para llamarlo. Al final, regresaron al dormitorio.

—¿Te has fijado en que la puerta de la calle tenía el cerrojo echado y estaba cerrada por dentro? —comentó Charlotte—. ¿Cómo ha podido salir de casa? Cato, tengo miedo. No quiero quedarme aquí. Quiero irme a casa.

—¡Déjalo ya! —la miró él, desesperado—. Todo tiene una explicación, Charlotte, esto también.

Se acercó a la puerta del balcón y agarró el picaporte.

—No está cerrada —dijo, sorprendido, y la abrió—. No es propio de padre, suele poner mucho cuidado en cerrar. Sobre todo por la noche.

Salió al balcón y se inclinó sobre la barandilla. Charlotte se situó a su lado.

—La luz de fuera no está encendida —constató—. No veo nada, ¿y tú? —Formó una bocina con las manos y gritó en la oscuridad tan alto

como pudo—: ¡Paaadre!

Se quedaron escuchando sin recibir respuesta.

—Tenemos que salir a buscarlo —apremió Cato—. Vamos, date prisa.

Lo encontraron bajo el balcón. En la oscuridad apenas distinguieron que tenía una postura forzada y que iba vestido solo con el pijama.

Cato cayó de rodillas.

—¡Padre! ¿Qué ha sucedido?

—Dios santo —susurró Charlotte—. Está muerto. Igual que Helga. —Escondió la cara entre las manos.

Cato exploró con delicadeza a su padre.

—Charlotte, ve a llamar a una ambulancia —le ordenó—. ¡Rápido!

Ella retrocedió unos pasos, se dio la vuelta y entró corriendo en casa.

Capítulo 6

El municipio de Fjellberg estaba a una hora en coche de Borg, la ciudad que albergaba, entre otras cosas, la administración local y, no menos importante, la comisaría principal de la Policía.

Una autopista recién construida serpenteaba con amplias curvas por la región. Unía las dos grandes ciudades de ambos extremos y había convertido tanto a Borg como a Fjellberg en zonas de paso con las que muchos se relacionaban solo a través de la ventanilla del coche. La ventaja era que había aumentado la actividad comercial, mientras que el inconveniente, al menos a ojos del estamento policial, era que había una sospechosa tendencia a importar redes criminales.

En el recorrido se sucedían joyas que no se podían descubrir desde el coche, y la más hermosa de ellas era Fjellberghavn, el pueblo costero de numerosas casitas blancas de madera, en el que se encontraban Ole Vik y su equipo. Con tres mil habitantes escasos, aun incluyendo las amplias tierras de interior que lo rodeaban, la pequeña e idílica población era el centro comercial y la localidad más importante del municipio de Fjellberg. Destacaban dos edificios: el ayuntamiento, de estilo antiguo, situado junto al puerto, y la imponente masa de hormigón del hospital comarcal, con la forma de una gigantesca cruz blanca, un contraste exótico en el golfo anexo al centro. El resto de las construcciones eran, en su mayoría, pintorescas casas de madera de dos o tres pisos, típicas de la zona de Bergen, que bordeaban estrechas callejuelas y cuestas adoquinadas en una deliciosa mezcolanza de auténtico encanto sureño. No era casual que los estresados habitantes de la ciudad acudieran en masa a Fjellberghavn en verano. El simple hecho de dar un paseo por el pueblo era una gran distracción, como si allí el tiempo se hubiera detenido y estuviera protegido del presente y de toda la inseguridad que traía consigo.

La calle principal, Hovedgata, atravesaba Fjellberghavn en línea recta. En tiempos había sido la carretera principal, una función que ahora, para satisfacción de la mayoría, asumía la autopista que circunvalaba el pueblo por la parte alta. Allí, en Hovedgata, las casas de madera se alineaban unas junto a otras, torcidas e inclinadas, como si tuvieran que apoyarse entre sí para mantenerse en pie. No era el caso. Estaban bien mantenidas, aunque se habían reformado respetando su antiguo estilo.

Hovedgata tenía vías perpendiculares. Una subía hacia la zona del hospital comarcal y la autopista, y la otra, Havnegata, conducía a la

costa.

En la comisaría de la Policía Rural, ubicada en Havnegata, número 1, en la esquina que daba al puerto y la plaza, la reunión matutina empezó a las ocho en punto de ese martes. Estaban presentes tres hombres y una mujer, todos vestidos con el uniforme preceptivo. Las pesadas chaquetas reglamentarias colgaban de los respaldos de las sillas y de un perchero.

Al igual que tantas otras comisarías, la de Fjellberg estaba muy falta de personal y el inspector estaba casi en permanentes negociaciones con sus superiores para que ampliaran la plantilla con un oficial más. En la práctica se trataba de una comunicación unidireccional: muy activa por parte del inspector, esquiva y falta de interés por parte del superintendente. Ole nunca recibía una respuesta definitiva.

Además del corpulento inspector, alrededor de la mesa de reuniones del despacho de Vik se encontraban un suplente y dos oficiales. El suplente, Arne Thorsen, era, a sus veintidós años, el más joven de todos. Le seguían la agente Cecilie Hopen, de veintisiete, y el oficial Cato Holgersen, de cuarenta. Eva Lien, la alegre secretaria, se ocupaba deRecepción y de las comunicaciones por radio, y nunca participaba en las reuniones matinales o asambleas, como las llamaban entre ellos.

En una alfombrilla, tumbado junto al escritorio del inspector, estaba Birk, que miraba con atención al resto y se preguntaba si no sería hora de salir a pastorear unas cuantas ovejas o hacer alguna otra cosa de utilidad. Para eso era un hacendoso *border collie*.

Para los demás fue una sorpresa que Cato estuviera presente en la reunión. No se había afeitado y tenía un aspecto exhausto y desmejorado. En cuanto ocuparon sus lugares alrededor de la mesa, tomó la palabra.

—No me quedaré —dijo—. Solo he venido a informar de que mi padre se encuentra en las urgencias del hospital comarcal.

Lo miraron, inquisitivos. Cato se pasó la mano por la frente, apartó unos cabellos que colgaban sobre su rostro, y relató los acontecimientos de la noche anterior.

—¿Sus heridas son graves? —quiso saber Ole.

Cato asintió.

—Está inconsciente. Se dio un golpe muy fuerte en la cabeza y tiene

las dos piernas fracturadas.

—¿Crees que algo ha podido asustarlo? —preguntó Cecilie.

—No lo sé —respondió Cato—. No imagino de qué podría tratarse. Todas las puertas estaban cerradas por dentro y no hay ningún indicio de que las hayan forzado.

—¿Podría tratarse de un intento de suicidio?

Cato se encogió de hombros.

—Da la impresión de que podría ser el caso, ¿no?

—Sin duda. O un intento de huida. Una alucinación, una figura imaginaria, una voz ficticia o una amenaza real. —El inspector abrió los brazos—. Cato, tú que lo conoces, ¿tienes alguna teoría al respecto?

—No. —Apoyó los codos en la mesa y ocultó el rostro entre las manos —. Bueno, es decir… —añadió con voz llorosa—, la última vez que enfermó, a temporadas lo asustaban voces imaginarias, como tú acabas de mencionar, Ole. En realidad, no entiendo qué otra cosa podría ser. —Los miró impotente—. Estoy, cuando menos, desconcertado.

—Muy comprensible —respondió Ole—, pero te prometo que lo averiguaremos. Una cosa está muy clara: en consideración a la salud mental de tu padre, ha de recibir tratamiento psiquiátrico en cuanto despierte. Debería haber intervenido ayer, me culpo por no haberlo hecho.

—No, no digas eso. —Cato habló con dificultad—. Si alguien merece un reproche, somos Charlotte y yo, que ni siquiera hemos sido capaces de cuidar de él.

—Está bien. En ese caso, tenemos algo en común —dijo Ole, lacónico —. ¿Estarás localizable a lo largo del día?

—Vuelvo al hospital y me quedaré allí.

Ole asintió.

—Gracias por venir a informarnos, Cato. Bien, continuemos con la reunión.

Esperaron a que hubiera salido de la sala y Ole tomó la palabra de

nuevo para informarlos de que Cato estaba inhabilitado en ese caso.

—Eso no quiere decir de ningún modo que sea sospechoso de algo, quiero dejarlo claro —añadió, y empezó a pasar las páginas que tenía delante—. Ahora, tratemos otras cuestiones. Esta noche ha habido un robo en el hospital comarcal, han forzado el almacén y han desaparecido algunos medicamentos. —Levantó la vista—. Cecilie, ocúpate de esto en cuanto acabe la reunión —añadió sacudiendo la cabeza—. Parece mentira que los hospitales no aprendan que deben asegurar mejor sus fármacos. A veces tengo la impresión de que los drogadictos solo tienen que pasar y servirse. Bien, contadme en qué estáis trabajando. Cecilie, empieza tú.

Los dos agentes explicaron con brevedad qué casos tenían en curso y los avances logrados. Pusieron en común aquellos que requerían compartir puntos de vista y opiniones.

El inspector tenía dos objetivos primordiales al convocar esas reuniones matutinas: el primero, que todos tuvieran información sobre lo que ocurría tanto en casos civiles como en aquellos que eran objeto de investigación, lo que resultaba útil cuando debían intercambiarse tareas. El segundo, que resultara incómodo llegar tarde al trabajo cuando la jornada laboral se iniciaba con una reunión plenaria. Se ponían en marcha a las ocho en punto, con los pensamientos enfocados en el trabajo desde el primer minuto. Además, todo el mundo tenía que estar preparado, puesto que el experimentado inspector solía formular preguntas bastante complicadas.

—Gracias a los dos. —Ole levantó la vista—. Volvamos al caso Holgersen. En consideración a los implicados os ruego discreción. ¿La prensa se ha puesto en contacto con alguno de vosotros?

—El diario *Fjellbergsposten* llamó a Eva ayer —respondió Arne—. Ella le quitó hierro.

Ole asintió satisfecho.

—¿Y a vosotros dos? —Negaron con la cabeza—. Seguid la línea de Eva en lo que respecta a este caso. No quiero dramas innecesarios; como ya he dicho, tenemos que ser considerados —dijo, decidido—. Resumamos lo que sabemos hasta el momento. Arne, ¿qué hay de las huellas de los zapatos? ¿Os dieron alguna pista ayer?

Arne Thorsen se encogió de hombros y miró a su jefe con sus grandes ojos azul hielo. Era bajito y compacto, y estaba en forma gracias a sus frecuentes visitas al gimnasio. Sobre su cabeza despuntaba el cabello

corto y rojo, denso y compacto, casi como un cepillo hirsuto. El joven suplente era la mejor baza de la que Ole disponía en el trabajo preventivo entre niños y jóvenes, un área que al inspector le importaba sobremanera. El punto fuerte de Arne era obtener información en los ambientes en los que se consumían drogas duras. El joven agente tenía una relación muy especial con ellos, después de haber dedicado un año de su vida a intentar salvar a su hermana pequeña del infierno de la heroína. Casi tuvo éxito. Cuando parecía que estaba apartándose de ese ambiente, sufrió una sobredosis.

Ole estaba muy preocupado por la situación de los drogadictos. Nadie sabía muy bien por qué, pero había intentado, durante mucho tiempo y con gran dedicación, establecer un diálogo con ese ambiente tan cerrado, sin lograrlo. Fue así como se fijó en el joven sano y activo que siempre se juntaba con los adictos del parque. Había sabido por otras fuentes el motivo de su presencia, y se impresionó mucho. Vio una posibilidad de romper el hielo y le ofreció trabajo de inmediato. Pasados unos días, para su satisfacción, Arne apareció en la puerta de comisaría y dijo que sí.

La contratación no estuvo libre de controversia, ya que Arne carecía de formación como policía. Ole se había saltado las normas al crear una suplencia de seis meses en un puesto que en realidad no existía. Pero en junio ya no habría escapatoria: el consejo, al frente del cual estaba el superintendente, tendría que valorar la contratación. Ole se alegraba de que faltara medio año, porque iba a ser difícil lograr que conservara su puesto.

Arne, por su parte, hacía todo lo posible para obtener las cualificaciones precisas. Ya demostraba buen criterio en casos tanto civiles como policiales y había pedido plaza en la Academia de Policía en diciembre. Ole había acompañado su instancia de una calurosa recomendación, pero el resultado era muy dudoso. De dos mil solicitantes, solo obtendrían plaza doscientos cincuenta.

—No se sabe —respondió Arne con voz clara—. Se tomaron moldes de ocho pares de zapatos y botas, además de todas las nuestras. Llevará tiempo tener un informe definitivo, pero tal vez nos den uno preliminar bastante rápido.

—¿Cómo era la calidad de las huellas?

—Mediana. Algunas eran relativamente nítidas. En especial las que había sobre la hierba, porque el suelo estaba cubierto de una fina capa de escarcha. Incluso en las losetas encontramos huellas identificables.

—Pero es demasiado pronto para sacar conclusiones —afirmó Ole, impaciente, y tamborileó con los dedos en la mesa—. Bueno, tendremos que esperar a que los técnicos hagan su trabajo. —Pasó las páginas de la documentación que tenía delante—. Luego está la ronda de puerta en puerta. —Miró a su colega—. Cecilie, haznos un breve informe.

Ella agarró un cuaderno que tenía sobre la mesa.

—Fui a los números uno, dos, cuatro, seis y, veamos… —pasó unas páginas del cuaderno—, diez. Y a casa de Olav Nilsen, en el cinco. Todas las propiedades que van desde el número cinco, en la parte alta de la calle, y desde el número diez, en la parte baja, son cabañas que están desocupadas en esta época del año. En los números dos, cuatro y seis di con gente que no conocía a Holgersen, o que hicieron comentarios más o menos negativos.

—¿Averiguaste a qué se debía tal animadversión?

Ella asintió con un movimiento de cabeza.

—Los del número seis se sentían acosados.

—¿Por qué?

—Una serie de encontronazos desagradables en los que Holgersen los abroncó como en respuesta a los cordiales saludos que sus vecinos hicieron por encima de la valla.

—¿Y en el número cuatro?

Cecilie volvió a pasar las páginas del cuaderno.

—Hablé con la señora de la casa. Ella también había tenido encuentros desagradables con él.

—¿De qué tipo?

—Actuaba de manera distante y falta de interés. Una vez que su hijo coincidió con Holgersen en la calle casi lo asaltó y lo acusó de haber tirado piedras contra su casa. El niño corrió a casa llorando y, cuando la madre llamó a la puerta un poco más tarde para hablar con Holgersen de lo sucedido, ella también recibió una cascada de acusaciones sin fundamento. Resultó tan desagradable que decidió no tener nada que ver con él. Después de aquello, no ha vuelto a saludarlo.

—¿Y los de los números uno y dos?

Cecilie pasó las páginas del cuaderno.

—La familia del número uno acaba de mudarse y no conoce a Holgersen —respondió—. No habían visto nada extraño. Lo mismo en el caso de la familia del número dos. No es extraño, porque esa propiedad está en el extremo más próximo al puerto, a resguardo del tráfico. Tampoco conocían muy bien a Holgersen, pero habían oído comentar que era bastante raro.

—¿Alguno de ellos dio a entender que supiera que estaba diagnosticado de esquizofrenia?

—No, ninguno. ¿Tiene alguna importancia?

—Sí. —Ole se inclinó sobre la mesa—. Los pacientes de esquizofrenia tienen ciertos rasgos comunes. Con frecuencia se los percibe como solitarios e introvertidos, y, en parte, tienen poca capacidad para crear vínculos con otras personas, en especial desde el punto de vista afectivo, aunque también en otros aspectos. Eso podría explicar que nadie consiguiera establecer relación con él, ¿no es cierto?

Cecilie asintió, pensativa.

—Pero ¿qué hay de las acusaciones que vertía?

—Debéis recordar que Ingolf tiene una esquizofrenia paranoide latente —respondió Ole—. En otras palabras: tiene fases en las que sufre manía persecutoria. Si estaba en una fase de la enfermedad en la que se sentía perseguido y amenazado, puede que su paranoia lo hiciera reaccionar ante los saludos de sus vecinos, siendo el ataque su mejor defensa.

—¿Quieres decir que se lo malinterpreta por completo —apuntó Thorsen con una media sonrisa— porque nadie tiene ni idea de que es un loco que en el fondo debería dar pena?

—Sí, pero yo no lo habría expresado de manera tan poco respetuosa —respondió Ole, cortante—. Si resulta que el hombre vestido de negro no solo existe en la cabeza de Holgersen, tendremos que encontrar un motivo. —Miró fijamente a los ojos de Arne—. ¿Entiendes adónde quiero ir a parar?

Arne se dio cuenta de que había ido demasiado lejos y se encogió.

—Eh, sí, un posible motivo estaría basado en una percepción errónea de la personalidad de Holgersen —respondió a la defensiva—. La persona vestida de negro podría estar asustando a Holgersen porque cree que es un hombre horrible. Y resulta que no lo es, al contrario.

Ole sonrió.

—Lo has pillado. —Volvió a relajarse—. Seguro que Ingolf es duro en los negocios, pero es un ser humano íntegro. Lo conozco y sé de lo que hablo. Es callado, pero amable, un trabajador excepcional, honrado, tiene talento y también es generoso. No lo sabe mucha gente, pero tenemos que agradecerle que el nuevo polideportivo de Fjelleberghavn sea una realidad. Ha donado grandes sumas para financiarlo, pero no quiere que se hable de ello. —Ole pasó las hojas de nuevo y prosiguió —: Bueno, no tiene por qué significar nada, pero debemos tener en cuenta todas las posibilidades. Sigamos. ¿Hablaste con Olav Nilsen, Cecilie?

—Sí, pero no tenía nada que aportar —respondió enseguida—. Después de trabajar día y noche toda la semana se había tomado el viernes libre. Fue al cine, se acostó temprano y durmió hasta tarde. —Su mirada pareció nublarse unos instantes—. Habló con cariño de sus antecedentes familiares —añadió—. De su abuelo, que también se llamaba Olav. Era agricultor y propietario de todos los solares que hoy conforman Strandveien. Dividió la primera línea de playa en muchas parcelas para cabañas que se vendieron a gente de la ciudad.

Ole asintió.

—Andreas Nilsen mencionó algo al respecto —añadió—. Insinuó que Ingolf había sido muy duro con los vecinos para que le vendieran sus solares. La mayoría se había rendido, de manera que Holgersen acabó teniendo una parcela de cinco decáreas.

—¿Crees que tiene relevancia para el caso? —se extrañó Cecilie.

—Es imposible saberlo —respondió Ole—, pero podría ser unmotivo y debemos tenerlo en cuenta. —Pasó las páginas—. Bueno, tendremos que esperar al informe técnico y al informe provisional de la autopsia antes de seguir adelante. Podéis volver a vuestras tareas. Se levanta la sesión.

Eva recibió dos correos electrónicos de la central poco antes del almuerzo. Los imprimió y se los entregó a Ole de inmediato, y él le pidió que convocara una nueva reunión de plantilla a las doce.

Ocuparon sus sitios en torno a la mesa, deseando saber cuáles eran las novedades. El inspector tenía la documentación delante y carraspeó con aire formal.

—He recibido un informe preliminar de la autopsia y otro, también preliminar, de los técnicos de Criminología —comunicó, solemne—. Comenzaré por el informe preliminar de la autopsia. En pocas palabras: Helga Moe murió de un golpe en la cabeza al caer. Se dio con una roca y probablemente murió al instante; eso ya lo sabíamos. La novedad es que han aparecido restos orgánicos bajo las uñas del anular derecho, el dedo corazón y el índice. Se trata de sangre y piel.

Se quedaron en silencio.

—¿Puede haberse arañado ella misma? —preguntó Cecilie.

—No. Se ha comprobado el grupo sanguíneo —echó una mirada a los papeles—, se trata de un tipo poco frecuente, AB negativo. El tipo sanguíneo de Helga es O positivo.

—¿Cuántos arañazos viste en el dorso de la mano de Holgersen? —preguntó Cecilie.

—Tres —contestó Ole con voz neutra—. Le he pedido a mi viejo amigo Gundersen, el director del hospital, que le haga un análisis de sangre a Ingolf. También he hablado con Cato para informarlo de que sería necesario.

—¿Cuándo recibiremos la respuesta? —preguntó Cecilie.

—Un poco más tarde. Gundersen ha prometido darle prioridad. También es por el bien del hospital, no lo olvidéis. Si resulta que uno de sus pacientes es potencialmente peligroso, deben saberlo por la seguridad de sus empleados.

—Pero ¿se consideran peligrosos a los enfermos de esquizofrenia? —apuntó Arne.

—No soy ningún experto en enfermedades mentales —Ole sonreía—, pero estoy casi seguro de que no. Alguien que sufre de esquizofrenia es una persona infeliz, que puede sufrir episodios en los que escucha voces y padece desvaríos, y que, si se ve sometido a presión, puede parecer agresivo.

—Si el análisis de sangre diera como resultado AB negativo, ¿qué ocurriría? —siguió Cecilie.

—En ese caso, se consideraría a Ingolf Holgersen sospechoso de haber causado la muerte a la señora Moenes —respondió Ole—. Lo más probable es que sea detenido y acusado, y que lo ingresen en urgencias, bajo vigilancia, hasta que puedan trasladarlo. Aunque el tipo de sangre es poco común, solicitaré una prueba de ADN. Decidiré qué procedimiento seguir a partir de ese momento, tras consultarlo con el superintendente.

—¿Qué hay de las pistas técnicas? —preguntó Arne.

—Ha aparecido una roca en la bajamar con sangre y cabellos —respondió Ole—. También se ha constatado que Helga Moene tuvo que impactar con mucha fuerza en la valla de la terraza y que cayó de espaldas por la ladera.

—¿Y las marcas de zapatos?

—Solo se han identificado pisadas que corresponden a los zapatos y las botas encontradas en el interior de la casa, además del calzado de Cato. Y los de Helga y los nuestros, por supuesto…

—¿Así que se han identificado todas?

—Sí.

—¿Qué hay de los casquillos?

—No ha aparecido ninguno —respondió Ole—. Tampoco han aparecido marcas de balas en la fachada, sobre la puerta principal. Los técnicos han pasado la aspiradora por la escalera y el felpudo, sobre el que, según las declaraciones de Holgersen, habría caído mucho polvo, pero, por lo que leo aquí, no se ha encontrado nada que pueda relacionarse con el muro de la casa.

—Es decir, que los técnicos no han encontrado indicios de que otros, a parte de Ingolf y Helga, hayan estado involucrados —añadió Cecilie.

—No. Es un informe provisional, sí, pero, por lo que he leído, dudo mucho que surjan más datos en la versión definitiva.

Cecilie negó con la cabeza.

—En otras palabras: esto pinta mal para el viejo chatarrero —dijo con tristeza—. Pobre familia.

Ole asintió con un movimiento de cabeza.

—¿Alguna pregunta? —Nadie respondió—. Bien —concluyó—. Como ya he dicho, la investigación entra en una fase más tranquila. Arne, quedas liberado del caso. Yo me ocuparé de continuar con él, asistido por Cecilie. Se levanta la sesión.

A las tres y media de la tarde el hospital comarcal envió un correo con el resultado del análisis de sangre de Ingolf Holgersen a Eva Lien, que lo imprimió enseguida y lo dejó sobre el escritorio de Ole Vik.

El grupo sanguíneo de Holgersen era AB negativo.

Capítulo 7

Ole se quedó en la oficina toda la tarde y no llegó a casa hasta las ocho. Después de comerse dos medios pollos asados con ensalada y salsa, que había comprado en el asador de Per, en Hovedgata, dio un paseo tranquilo con Birk.

Hacia las diez y media conversó con el superintendente Jonas Berge. Acordaron verse en la comisaría de Borg al día siguiente, a las diez de la mañana. Luego se dejó caer en una cómoda butaca, delante del televisor, y se quedó adormilado sin enterarse de mucho más que de las noticias del teletexto. A las once y media fue a acostarse. Se durmió en cuanto apoyó la cabeza en la almohada.

En la reunión matinal del miércoles el inspector informó a sus colegas del resultado del análisis de sangre de Ingolf Holgersen. Pidió a Cecilie que se quedaray sirvió té para ella y café para él. Se sentó frente a su ayudante, bebió un sorbo de café y la miró a los ojos.

—¿Qué opinas del caso?

Ella se echó la coleta a la espalda con una leve risa.

—¿Qué opino yo? ¿Importa?

—Sí —Ole sonrió entre dientes—, por eso te pregunto. ¿Crees que Holgersen es culpable?

—Bueno… —Movió la cabeza adelante y atrás mientras consideraba la cuestión—. No hay duda de que eso es lo que parece, pero…

—¿Pero?

Ole esperó. Tenía motivos para preguntar. La labor policial era, a grandes rasgos, una conjunción de pistas técnicas, declaraciones de testigos y consideraciones jurídicas. Pero, a su entender, influían otros factores que tenían, como poco, la misma importancia, precisamente los que implicaban una intuición difícil de definir. La capacidad de captar matices nimios que otros no percibían, de ver lo que otros no vislumbraban, oír lo que otros no escuchaban, captar señales en expresiones faciales y tonos de voz que otros no detectaban y reunirlo todo hasta tener una impresión general. No todos los investigadores tenían ese don. Él sí, y Cecilie también, hacía mucho que se había dado cuenta. Por eso era su principal colaboradora, y por eso era importante preguntarle.

—Puede que solo esté reaccionando a lo rápido que ocurrió todo —dijo, concentrada—. Pero, ya que me preguntas, no estoy convencida. Hay algo que no encaja, pero no sé qué es. Y como soy incapaz explicarlo, tampoco tengo argumentos, ¿no es cierto?

—No —rio Ole—, pero te sigo. Hasta este domingo, Ingolf había pasado dos años sin mostrar síntomas y, de pronto, en una sola noche, tiene un brote tan fuerte que comete un asesinato. Es extraño.

Ella asintió.

—¿No existe algo llamado psicosis reactiva? —preguntó—. ¿Cuando la recaída en la enfermedad se debe a un suceso concreto?

—En este caso, ¿el hombre de negro? —Ole hizo girar la taza de café entre sus dedos—. ¿Quieres decir que es real y que Ingolf es víctima de una conspiración?

—No puede ser real —ella se encogió de hombros—, eso ha quedado claro. Pero, si ignoras ese hecho, la existencia del hombre de negro sería la única explicación razonable a la repentina recaída de Ingolf, ¿no estás de acuerdo?

—Sí. —Ingolf bebió un sorbo de café y pensó largo rato—. Suena sensato, pero, a la vez, contradictorio —añadió con lentitud. Volvió a dejar la taza—. Si hubiera habido alguien allí, habríamos encontrado pisadas sin identificar en la escarcha.

—Sí, exacto. Pero saltan las alarmas, Ole. Ya que me lo preguntas.

—Bien —asintió—, tu respuesta encaja con lo que yo siento. La cabeza me dice que hemos acabado con este caso, mi instinto me dice que no, pero, al final, es el fiscal quien decide. —Rio por lo bajo—. Se basa en hechos objetivos y le importa bien poco nuestra intuición.

Cecilie se echó a reír.

—Pero eso no nos impide tener los ojos y los oídos abiertos, ¿a que no?

Ole apuró la taza de café.

—No, desde luego que no. Así lo haremos, y ese será nuestro trabajo mientras tengamos la más mínima duda. Mientras tanto, tendremos que atenernos a los hechos. —Miró el reloj—. ¡Uy!, debo irme. El superintendente me espera.

Borg era una ciudad pequeña a escala nacional, de unos veinte mil habitantes, y estaba a una hora en coche de Fjellberghavn. El centro de la ciudad se repartía a ambos lados del Osen, el río más grande de la zona, y estaba unida por dos puentes de hormigón. Uno de ellos funcionaba como catalizador de la nueva autopista que atravesaba la zona, mientras que el otro conducía el tráfico local entre sus orillas.

La comisaría se encontraba en los últimos pisos de un bloque del centro. El superintendente, Jonas Berge, reinaba en su elegante despacho de la planta más alta; pared con pared, se encontraba su segundo, el intendente Arne Bårdsen.

Además de la comisaría de Borg, cinco comandancias de la Policía Rural estaban bajo la jurisdicción del superintendente, entre ellas, Fjellberg. En otras palabras: el superior directo del inspector Ole Vik era el superintendente Jonas Berge.

Tras un escritorio de recepción, que el superintendente compartía con su segundo, se encontraba una joven de veintitantos años que recibió a Ole. Ya la había saludado unas cuantas veces, y en cada una de esas ocasiones se había preguntado qué habría sido de Randi, quien había estado al frente de la secretaría desde que él tenía memoria.

El rostro de la joven se iluminó al verlo. Ya se había acostumbrado a que el inspector hiciera algún comentario amable al pasar.

—Buenos días, Vik —dijo con una agradable sonrisa.

—Buenos días, Jannike. —Ole le devolvió la sonrisa y la observó con interés—. Vaya, qué buen aspecto tienes hoy.

Era un comentario que habría parecido vacuo y falso de haber procedido de alguien que no fuera el inspector, pero Jannike interpretó su verdadera intención como un comentario amable de un hombre sincero y de buen corazón. Ese era Ole Vik en esencia: un hombre auténtico que se preocupaba genuinamente por los demás. En su compañía casi todo el mundo se sentía valorado.

Salvo el superintendente. Ole nunca sabía por dónde le iba a salir.

El recién nombrado superintendente de la Policía Rural, Jonas Berge, tenía un despacho enorme, con una decoración recargada que producía respeto y resaltaba el alto cargo que ocupaba en la escala social. Las paredes estaban recubiertas con oscuros paneles de madera, y una librería de roble ocupaba casi toda la superficie del tabique que había tras un gigantesco escritorio, también de roble. Inserta en la

librería, destacaba una gran foto iluminada del rey Harald y la reina Sonja.

Berge estaba inclinado y escribía con dedicación. Iba en mangas de camisa y las insignias doradas colgaban de dos hombros flacos y caídos. En cuanto Ole llamó a la puerta y entró, echo la silla hacia atrás y se levantó, sonriente.

—Buenos días, Vik —saludó, encantador, y le tendió la mano.

Se dieron un apretón de manos y el superintendente indicó a Ole que tomara asiento en un sillón de piel de buey y madera de roble situado en una esquina del despacho. Se dejaron caer cada uno en una suave butaca. Berge colocó una carpeta llena de documentos sobre la mesa.

—¿Cómo os va en vuestro idilio veraniego? —preguntó mientras observaba al inspector con una mirada intensa, penetrante.

—Bien. —Ole no pudo reprimirse—: Ya sabes que en esta época del año la gente de la ciudad nos deja tranquilos.

El superintendente soltó una carcajada.

—Una bendición para la policía, pero ¿tal vez no tanto para los negocios? —replicó.

—Más o menos, sí.

Ole lo observó con discreción y se preguntó por dónde le iba a salir. Porque el joven jefe, que en muy poco tiempo había puesto el distrito policial patas arriba e iniciado un proceso que perjudicaba a muchos empleados, siempre hacía, de una manera u otra, algún comentario negativo. El superintendente era un hombre de treinta y cinco años, delgado, de escasa altura, calvo y de rostro marcado y enjuto. De ningún modo tenía el aspecto de lo que era: uno de los responsables locales más jóvenes del país. A Ole le costaba respetar a Berge, y seguramente lo llevaba escrito en la frente, lo que no contribuía en absoluto a reforzar su posición. El respeto no salía gratis, eso opinaba Ole. Había que ganárselo.

El inspector dejó su carpeta sobre la mesa y miró inquisitivo al superintendente.

—Dígame, Berge, ¿qué ha sido de Randi Johannesen?

Un gesto de irritación casi imperceptible recorrió el rostro de Berge.

—Se le han presentado nuevos retos.

—¿Un puesto mejor?

—Bueno —alargó la respuesta mientras se encogía de hombros—, otro trabajo.

—¿Por qué? —Ole se incorporó—. ¿No se la respetaba mucho por su eficiencia?

La mirada de Berge se oscureció.

—Mantuvimos una conversación y llegamos a un acuerdo —dijo con sequedad.

—¿La has degradado? —Ole se indignó. El superintendente soltó una risa helada.

—Ay, Vik, Vik —dijo dándose por vencido—, no te guardas nada en la recámara, ¿verdad que no?

—No, no cuando se trata de personas que se han esforzado por ser leales al cuerpo durante toda una vida —dijo el inspector—. La fidelidad, Berge, debe ser recíproca.

El superintendente se reclinó en la silla y le clavó la mirada, con una sonrisa inescrutable. Ole tragó saliva y se preguntó si había ido demasiado lejos.

—En realidad no tengo por qué darte explicaciones —dijo Berge—, pero lo haré de todas formas. Recuerda que se está produciendo un relevo generacional en el cuerpo. Mi estilo de liderazgo es diferente al de mi antecesor, solo faltaría; él era una persona de edad y tenía sus métodos, yo soy joven y tengo los míos. Entre otras cosas, eso implica que mi colaborador más cercano debe tener una mínima noción de las nuevas tecnologías. —Miró a Ole a los ojos—. Y eso se hace extensivo a *todos* mis colaboradores —añadió con retintín.

Aunque le costó, Ole sostuvo su mirada. De repente sintió que se adentraba en tierras pantanosas.

—¿Te refieres a la informática?

El superintendente asintió con un movimiento de cabeza.

—Randi era una señora admirable y muy eficiente, pero no era para mí —dijo con firmeza—. Pertenecía a otra generación y no estaba

dispuesta a hacer los cursos que el cuerpo le propuso. Eligió trasladarse a otra comisaría. Estamos todos obligados a seguir la evolución de los tiempos, ¿no es cierto?

—A muchos de mi generación les resulta difícil —Ole se retorció en la silla—, pero no veo que afecte a su capacidad para hacer un buen trabajo.

—Yo sí —dijo el superintendente, que aún lo observaba con una mirada incómoda mientras tamborileaba sobre la mesa con los dedos —. La gente que no está dispuesta a ponerse al día en este aspecto queda, a mis ojos, descalificada. Las tecnologías de la información se desarrollan a gran velocidad y, quien no esté al tanto, se convertirá en un analfabeto. ¿Cómo llevas tú la informática, Vik?

—Bien, gracias —respondió Ole, y tragó saliva—. Me defiendo muy bien.

Tendría que haber añadido: «Recurro a mis empleados, yo estoy verde», pero no lo hizo. No tenía ninguna intención de permitir que el joven jurista le llevara la delantera.

—Bien —dijo Berge—. Bueno, bueno, en ese caso no tienes nada que temer. Tienes una carta en camino y, cuando la recibas, comprenderás lo que quiero decir. Cambiando de tema: ¿qué te parece el sistema informático de la comisaría?

Ole se encogió de hombros y pensó a toda prisa. No sabía mucho del sistema, salvo que tenía cuatro o cinco años, pero estaba claro que Berge era un apasionado de la informática, por lo que seguro que consideraba que estaba desfasado.

—Hay que renovarlo —dijo con aplomo—, está pasadísimo.

Una sonrisa de satisfacción iluminó el rostro del comisario.

—Vaya, vaya, eso mismo digo yo. Tú y yo hablamos el mismo idioma, Vik.

Ole carraspeó, incómodo, muy consciente de que *no* era el caso.

—Me alegro de que pienses eso —contestó con educación antes de echar un vistazo al reloj.

Berge rio y captó la indirecta.

—Disculpa, Vik, es que me dejo llevar. Ya ves lo que pasa cuando uno toca temas que le apasionan. Vamos a ver, se trataba del caso Holgersen. Por favor, ponme al día.

Ole lo revisó en detalle y, al acabar, empujó hacia él la carpeta con la documentación. Berge la abrió y leyó todas las hojas mientras, de vez en cuando, murmuraba para sí. El inspector esperó pacientemente. Por fin, Berge cerró la carpeta y levantó la vista.

—He hablado con los de técnicos de criminalística. Estos documentos refuerzan mi suposición de que el caso está resuelto —dijo—. A pesar de que aún no tengamos los resultados del análisis de ADN, hay muchas probabilidades de que el material genético encontrado bajo las uñas de la fallecida proceda del chatarrero Holgersen. Me baso en lo poco corriente que es el grupo sanguíneo del sospechoso y el hecho de que tuviera tres arañazos en el dorso de la mano. Nuestros técnicos los han investigado con más detenimiento esta mañana, como tal vez sepas.

—No —negó Ole con la cabeza—, pero contaba con que lo harían. ¿Han llegado a alguna conclusión?

—Sí, es bastante probable que las uñas de la fallecida le causaran los rasguños.

—Me lo imaginaba.

—El intendente Arne Bårdsen será el responsable de preparar la acusación —prosiguió con ecuanimidad el superintendente—, por lo que debemos detener a Holgersen aunque esté ingresado en un hospital. Debe hacerse en cuanto despierte. —Ole asintió—. También he comentado el caso con el jefe del Servicio de Psiquiatría del hospital comarcal —prosiguió Berge, decidido—. Por lo que sabemos hasta hoy, y partiendo del historial clínico de Holgersen, hemos decidido que lo ingresen a la fuerza en el área de Psiquiatría, según lo previsto en la Ley de Salud Mental, artículo tercero.

Ole asintió.

—Es decir, de modo provisional y hasta un máximo de tres semanas. Bien.

—Su traslado se hará de manera inmediata. Mi propósito es protegerlos a él y a su entorno hasta que se pueda valorar su salud mental. Como bien dices, tenemos la capacidad de ingresarlo por la fuerza hasta un máximo de tres semanas, lo que debería darnos

tiempo suficiente para establecer si es legalmente responsable de sus actos y puede presentarse ante un tribunal o si su estado exige un ingreso forzado según el artículo cinco, sin límite de tiempo. Quiero que seamos escrupulosos, si bien intuyo cuál será el resultado.

—Exacto —dijo Ole en tono neutro.

Berge sonrió, satisfecho.

—Bien —se puso de pie—, entonces, estamos de acuerdo, Vik. —Estrechó la mano del inspector—. Gracias por venir —dijo con aire profesional—. Como representante de la Policía Rural en Fjellberg serás tú quien deba dar seguimiento a los aspectos prácticos de mis decisiones. Pero eso ya lo sabes.

Ole sabía demasiado bien lo que eso quería decir: para empezar, tenía el desagradable deber de informar a Charlotte y a Cato de las medidas adoptadas por el comisario. También era responsable de informar a Ingolf Holgersen en cuanto despertara.

Ole respiró hondo al cerrar la puerta del despacho. La labor de inspector pesaba mucho en ocasiones.

Y, por si eso no fuera suficiente, acababa de convertirse en un analfabeto.

Capítulo 8

Ole Vik fue derecho a casa para comer algo. Unos años antes, poco después de divorciarse, había recibido una generosa herencia paterna que invirtió en el edificio de tres plantas en el que también se encontraba la comisaría de la Policía Rural. El inmueble estaba al final de Havnegata, en la esquina de la concurrida plaza con el puerto, y era, como la mayor parte de los edificios de Fjellberghavn, una construcción de madera blanca de estilo antiguo. Ole había restaurado la casa de manera muy respetuosa y había hecho gran parte del trabajo él mismo. En el último piso había creado un amplio y acogedor apartamento para él, con una zona para invitados y una terraza en el tejado con grandiosas vistas al puerto y los islotes del fiordo. El resto del bloque estaba alquilado. El bajo era una tienda de moda de mujer; el primer piso, la comisaría de la Policía Rural, y el segundo lo ocupaban un auditor, un dentista y un médico. La gente la llamaba «la casa del inspector».

Cuando su matrimonio hizo aguas, Johanna se quedó con la vivienda de las afueras de Fjellberghavn. Ole esperaba heredar y no protestó. Fue una manifestación tanto de su mala conciencia como de su bondad, y no dedicó ni una palabra a reprocharle a su esposa la desgarradora ruptura. Él trabajaba a todas horas y nunca estaba en casa, ¿a quién iba a culpar, sino a sí mismo, de que se distanciaran sin darse cuenta?

Para Ole, el apartamento estaba en el lugar ideal. Cuando no había nadie en comisaría, la centralita se transfería a su móvil: así podía estar disponible y atender a los habitantes de Fjellberg las veinticuatro horas. A su vez, solo estaba a unos escalones de distancia del despacho, lo que había resultado muy práctico en muchas ocasiones.

Entre los numerosos folletos publicitarios que encontró en el buzón, había un aviso de carta certificada. Observó desesperado el pedazo de papel: el matasellos era de la ciudad, pero no figuraba ningún remitente, ni una palabra sobre de qué se trataba. Supuso que era la carta que había mencionado el superintendente, pero se extrañó de que la hubieran enviado por correo certificado. Era un indicio de que algo muy formal estaba en marcha. Notó que se le cerraba el pecho.

Bajó al despacho y llamó a Cato y Charlotte para informarlos de la decisión que había tomado el superintendente. Cato contesto al teléfono y se lo tomó bien. Ole insistió en que él en persona, y nadie más, informaría a Ingolf Holgersen cuando estuviera preparado. No le

apetecía nada, pero era su deber, sin más. Luego puso al día a la plantilla del contenido de la reunión y, por último, se encaminó a la oficina de correos para recoger el envío certificado.

Vio el escudo de armas en el sobre de inmediato, en cuanto el funcionario de correos le tendió la carta por la ventanilla. «El superintendente» figuraba impreso justo debajo, y así vio confirmadas sus sospechas.

Esperó a estar en su despacho antes de abrirla. Cerró la puerta y avisó a Eva de que no lo interrumpieran hasta nuevo aviso.

Con gesto contrariado, abrió el sobre, que contenía una carta y un anexo de tres páginas.

Para: Personal Policial/Funcionarios

De: El superintendente

Asunto: Instrucción especial

Anexo al reglamento de servicio.

El reglamento de servicio en vigor para los funcionarios arriba mencionados no se ha actualizado en los últimos quince años. Dado que los avances tecnológicos han modificado las herramientas de trabajo y los métodos policiales, en especial en los últimos años, el consejo de Recursos Humanos del distrito policial ha considerado necesario redactar un reglamento para los funcionarios a los que atañe.

El punto fundamental de esta instrucción adicional añade un apartado, el número 13. Esta instrucción ha sido aprobada por la representación sindical del funcionariado.

Esta resolución entrará en vigor el 1 de marzo del año en curso. Antes de esta fecha, los agentes y funcionarios a cargo deberán presentarse a la prueba de nivel que se detalla en el mencionado apartado 13.

Se recuerda que es responsabilidad personal de todo agente/funcionario asegurarse de que mantiene el nivel de formación requerida en su área de competencia.

Aquellos agentes/funcionarios que se opongan a seguir esta instrucción sin causa objetiva, o que no puedan acreditar su competencia presentando la prueba requerida dentro del plazo

previsto verán aplicado el artículo 10, párrafo 2B de la Ley del Funcionariado.

Se podrá impugnar esta resolución según la Ley de la Administración Pública. La queja por escrito deberá estar amparada en el contenido de la ley y se dirigirá al Ministerio de Justicia, y al superintendente que suscribe, en un plazo máximo de tres semanas a partir de la recepción de esta instrucción.

Jonas Berge-Superintendente

Firma.

Ole se estiró hacia la estantería, agarró el Código Civil y buscó la Ley del Funcionariado. Encontró el artículo 10. Con los ojos muy abiertos, leyó el párrafo más destacado:

Un funcionario con contrato indefinido que haya prestado más de dos años de servicio continuado […] puede ser despedido con un preaviso de seis meses si […] ya no reúne las cualificaciones necesarias o exigidas por el cuerpo en el que presta servicio, o por otras razones no es apto para su función.

Con una sonora maldición, cerró de golpe el grueso tomo, lo que provocó que Birk diera un salto sobre su alfombrilla. Miró al infinito hasta que se recompuso y buscó el nuevo apartado de la ley. Decía así:

13) Los agentes/funcionarios al mando, deben en todo momento, y no menos de una vez al año, presentar un examen aprobado que acredite su competencia en el uso de cada uno de los programas informáticos, internet y redes activos en su área de jurisdicción. Tres semanas antes de la implementación de este punto debe haberse presentado y haber aprobado un primer examen de capacitación.

Este punto también se aplicará en el caso de nuevas contrataciones.

Ole tiró los papeles sobre la mesa. Para él, esas instrucciones equivalían a un despido y sintió que le daba un vuelco el corazón.

No se trataba de una actualización necesaria de un reglamento caduco: era un ataque premeditado contra los empleados de más edad, entre los que se contaba, introduciendo un cambio en las condiciones aplicables a su puesto de trabajo. Una prolongación del tratamiento impuesto a la asistente personal Randi Johannesen, pero a mayor escala.

Le dolía esa injusticia. La medida afectaría a muchos de los cargos de la Policía Rural en la región, estupendos hombres y mujeres que habían dedicado sus mejores años al cuerpo y que todavía tenían por delante muchos años de labor. Algunos tendrían los conocimientos precisos para superar la prueba, puede que otros intentaran, con éxito, adquirirlos antes de que venciera el plazo, pero no serían ni mucho menos todos los afectados. Al menos, él no podría.

Pero tenía la conciencia muy tranquila. Estaba totalmente de acuerdo con Berge en la importancia de la tecnología informática, y Ole ya le sacaba un partido óptimo delegando esa labor en colegas muy capacitados. Mientras tanto, ejercía su labor policial donde *debía* hacerse, según su parecer: en la calle. Era allí donde se obtenían resultados, esos que le habían proporcionado a la comisaría de Fjellberghavn el porcentaje más elevado de casos resueltos de toda la demarcación. Era allí donde podía implementar medidas preventivas destinadas a niños y jóvenes, lo que, poco a poco, pero sin pausa, había reducido los índices de criminalidad entre los jóvenes hasta ser los más bajos de la zona. Y era allí donde daba visibilidad a las autoridades. Así transmitía seguridad.

Ahora se veía arrinconado. Si se tomaba en serio la jugada del comisario, solo le quedarían dos opciones: renunciar a su comisaría porque era incapaz de aprobar el examen o… algo tenía que ocurrírsele, pero ¿qué?

Soltó una retahíla de palabrotas en voz baja. Aquello llegaba en el peor momento posible. No podía ocuparse de esa amenaza ahora.

De repente, tuvo un deseo irreprimible de destrozar el mobiliario, pero no podía porque un sensible *border collie* lo miraba asustado, creyendo que era con él con quien estaba enfadado. Además, no era así como solucionaba sus problemas.

Con el rostro congestionado, apagó las luces, echó la llave y subió a su apartamento.

Hacia las siete, mientras paseaba con Birk, lo llamaron al móvil desde el hospital comarcal. Lo informaron de que Holgersen se había despertado hacía una hora y que podía recibir una breve visita antes de que lo trasladaran. Ole decidió, tras consultar con el jefe de servicio, ir al hospital de inmediato para informar al chatarrero de la decisión que había tomado el comisario.

Ole mantuvo una breve reunión con el responsable de la policlínica de

Psiquiatría, el jefe de servicio August Petersen. Antes de hablar con Holgersen, acordaron que intentarían obtener su colaboración para evitar un traumático traslado forzoso.

El viejo chatarrero estaba maltrecho. Cato estaba sentado junto a la cama con aspecto cansado y desesperado. Ole lo saludó en voz baja y le rogó que saliera unos minutos.

Holgersen esbozó una sonrisa cuando vio al inspector, pero su mirada se oscureció en cuanto se percató de que lo acompañaba el jefe de servicio.

—¿Qué… qué hace él aquí? —tartamudeó, y miró a Petersen con pánico.

—Ingolf, este es Petersen, el jefe de servicio —dijo Ole con voz tranquila—. Está aquí para ayudarnos.

Holgersen se incorporó con dificultad en la cama, agarró a Ole por la chaqueta y tiró de él, ansioso por que se acercara.

—Preferiría que no estuviera aquí —le confió en un susurro—. Inspector, él es uno… de ellos.

—¿Uno de ellos? —preguntó Ole en voz baja—. No te entiendo…

—Uno de ellos —repitió Holgersen mientras miraba a hurtadillas y con desconfianza al médico—. Una vez, hace mucho, quiso envenenarme.

—¡No me digas! —Ole se incorporó y lanzó una mirada al jefe del servicio—. Petersen, denos unos minutos —rogó.

El médico asintió.

—Esperaré fuera.

Ole acercó una silla a la cama.

—Bien —dijo con gentileza—. ¿Mejor así? —Holgersen asintió con un movimiento de cabeza. Ole tragó saliva. Aquello no iba resultar sencillo. Se quedó sentado, observando al paciente—. ¿Cómo te sientes, Ingolf? —preguntó, prudente.

El chatarrero lo miró con especticismo.

—Eso no te lo voy a decir.

—¿Por qué?

—Porque puede ser utilizado en mi contra, claro —gimió Holgersen haciendo una mueca—. Dime, inspector, ¿crees que soy imbécil? ¿Tú también has venido a espiarme?

—¿Espiar? No, por Dios, claro que no. Soy el inspector, Ingolf. Ya me conoces.

Holgersen lo miró detenidamente.

—Cuando eres uno de los elegidos, no puedes confiar en nadie —dijo, pomposo—. Ni siquiera en el mismísimo inspector. —Se dejó caer en la cama y miró al techo—. Es muy solitario ser el elegido de una fuerza superior, espantosamente solitario.

—¿De qué fuerza superior hablas, Ingolf?

Holgersen lo miró, indignado.

—Eso *yo* no lo sé. No son de los que van por ahí presentándose.

—Pero ¿te hablan? —Holgersen asintió—. Así que, ¿escuchas voces que nadie más oye?

Ingolf lo miró, asustado.

—¿Crees que puede tratarse de *Dios*, inspector?

—Lo dudo —respondió con amabilidad mientras negaba con la cabeza. Midió sus palabras antes de continuar—: Ingolf, ¿recuerdas que hace unos años enfermaste? ¿No pasó lo mismo entonces, que te sentías escogido y oías voces que nadie más percibía?

Holgersen se quedó pensativo.

—No, ¿fue así? —Se quedó largo rato en silencio—. No fue como… como ahora. Entonces estaba enfermo.

—Ingolf —Ole lo miró con determinación—, eres un hombre inteligente y muy capaz. ¿Cómo puedes decir que no estás enfermo ahora si oyes voces que solo escuchas tú? ¿Cuando aseguras ser el elegido de un ente superior?

—Te digo que no estoy enfermo —se encolerizó—. ¡Por Dios, no entiendes nada!

Ole suspiró profundamente. Era tarea imposible mantener una conversación sensata con Holgersen en aquellas condiciones. Eso quería decir que tendría que ser más directo de lo que habría deseado.

—Ingolf —dijo con firmeza—, tienes que reconocer que estás enfermo y necesitas ayuda.

—¿Enfermo? —Ingolf lo miró, exaltado—. ¿Tú también vas a empezar con eso? ¿Eres uno de ellos? ¿Eres un espía?

—No, no lo soy —respondió Ole sin alterarse—. Soy un inspector en misión oficial. Pero soy portador de un mensaje incómodo, no te lo voy a negar.

—¿Ves? ¿Te das cuenta? A mí no me engañas, ¿entiendes? *Eres* uno de ellos.

El inspector movió la cabeza, contrariado.

—Ingolf, la Fiscalía te acusa del homicidio doloso de Helga Moene, y la inculpación pasará a ser un auto de procesamiento si se te considera penalmente responsable de tus actos. ¿Entiendes lo que te digo?

El chatarrero se secó la cara con una mano temblorosa.

—Imagínate, el mismísimo inspector es uno de ellos —dijo, ofendido.

Ole no le hizo caso.

—Como acusado, tienes derecho a un abogado de oficio, Ingolf. ¿Hay algún abogado con el que suelas colaborar?

—Yo no quiero… ningún abogado. Vete de aquí. ¡Piérdete! —Holgersen agitó los brazos.

—Te repito que estoy aquí en misión oficial, Ingolf. —Ole se mantuvo inamovible—. No puedes echarme. Si no tienes intención de escoger a tu propio abogado, se te asignará uno. Tienes derecho a declarar sobre los aspectos que se recogen en la acusación, pero no estás obligado.

—Vete, he dicho que te vayas. ¡Fuera!

—Me iré cuando haya terminado. —Ole se sacó un documento del bolsillo y lo abrió. Tomó aire—. Esto es una orden de detención —prosiguió sin alterarse—. El superintendente ha determinado que seas ingresado a la fuerza, según el apartado tercero de la Ley de Salud Mental, por un plazo máximo de tres semanas. El ingreso dará a los

médicos la posibilidad de determinar si eres responsable de tus actos y pueden procesarte, o si debes permanecer ingresado según el apartado cinco, sin límite temporal. ¿Comprendes lo que te estoy diciendo?

Holgersen se incorporó a medias sobre la cama. Sus ojos centelleaban.

—¡¿Ingresarme a la fuerza?! —gritó—. Eso es imposible, ¡yo soy uno de los escogidos! ¡Es una… es una conspiración! Los de oscuro están llegando en sus naves espaciales para conquistar la Tierra. Lo he visto, yo soy el único que puede detenerlos. ¡El único!

Agotado, se dejó caer sobre la almohada. Ole le puso la mano en el brazo para tranquilizarlo. Holgersen lo apartó, iracundo.

—¡No me toques! —siseó—. Vete. Piérdete. ¡*Socorrooo!*

Holgersen se protegió con las manos, como si Ole hubiera intentado pegarle. El inspector corrió hacia la puerta y la abrió de un tirón.

—¡Petersen!

El jefe de servicio había oído los gritos y ya se acercaba, acompañado de varios enfermeros y un médico. Entraron en la habitación y Ole se retiró al pasillo. Cato estaba allí plantado, mirándolo con ojos desorbitados y enrojecidos llenos de miedo, preocupación, sorpresa y un toque de reproche.

Ole se desplomó sobre una silla y respiró. Había sido una escena desgarradora, incluso para un inspector curtido como él. Desde la habitación llegaban los gritos cada vez más intensos de Holgersen mientras se afanaban a su alrededor. Una enfermera llegó corriendo con una bandeja de medicamentos y los gritos se hicieron cada vez más débiles hasta que enmudecieron por completo.

Capítulo 9

Cuando llevaron la cama de Ingolf Holgersen hasta el puesto número 3 de la policlínica de Psiquiatría, este dormía profundamente, agotado por la desconcertante visita del inspector y los fuertes tranquilizantes que le habían administrado, lo que fue muy conveniente para el camillero que lo trasladó.

Lo ingresaron en una habitación, situada al fondo del pasillo, que medía unos tres por cuatro metros y disponía de un aseo nada más entrar por la puerta. Las paredes y el techo estaban pintados de blanco y daban un reflejo frío bajo la penetrante luz. En una de las paredes había una ventana que daba al puesto de vigilancia contiguo.

El camillero empujó la cama hasta su lugar, puso los frenos a las ruedas y se marchó. Un médico y dos enfermeras lo recibieron.

El médico ojeó el historial de Holgersen.

—Hum, el paciente ha sido acusado de asesinato —dijo, pensativo, a los demás—. Está inquieto, no es consciente de su estado y le han diagnosticado esquizofrenia paranoide. Lo han ingresado al amparo del párrafo tercero, por orden del superintendente. En otras palabras: no es un paciente común. —Levantó la vista y dejó la historia clínica —. Bueno, no podemos arriesgarnos a que se haga daño a sí mismo ni a ninguno de nosotros cuando despierte. Ponedle las correas. Podremos quitárselas tras asegurarnos de que está tranquilo.

Hizo un gesto con la mano a los otros dos. Una de las enfermeras desapareció como una sombra en el puesto de guardia. La otra echó un vistazo al historial.

—¿Se trata de Ingolf Holgersen?

—Sí, eso creo, Kristin —dijo el médico—. ¿Por qué?

—Estuvo ingresado aquí hace dos años —respondió la joven enfermera con una sonrisa—. Somos viejos conocidos.

—Estupendo —el médico sonrió, satisfecho—, yo también lo conozco de aquella época, pero no como amigo precisamente. Bueno, en ese caso, procura estar aquí cuando despierte. ¿Crees que confía en ti?

—Sin duda —dijo con decisión.

La otra enfermera regresó con las correas y sujetaron, con mucho cuidado, los brazos y el abdomen de Holgersen. No tocaron las piernas, puesto que las tenía escayoladas. El viejo chatarrero dormía profundamente y no notó nada.

El médico controló que las correas estuvieran bien sujetas y se enderezó.

—Kristin, quédate de guardia —dijo con firmeza—. En cuanto se despierte, avísame antes que nada.

Cuando Holgersen abrió los ojos, vio el rostro de la enfermera Kristin.

—¿Tú? —dijo sin comprender, y miró molesto a su alrededor—. ¿Dónde estoy?

—Estás en el hospital, Ingolf —respondió ella—. Es aquí donde trabajo, ya lo sabes.

—En psiquiatría, sí. —Sus ojos estaban alerta—. ¿No estaré… ahí, no?

Ella sonrió y asintió.

—Me ocuparé personalmente de que estés bien el tiempo que pases aquí con nosotros —dijo—. Te vamos a dar el mejor tratamiento. Como la última vez.

—Tú no tendrás mucho que decir al respecto —dijo Holgersen con desprecio mientras intentaba mover un brazo—. Pero ¿qué…? —Estupefacto, levantó la cabeza, se miró el cuerpo y descubrió las correas—. ¿Qué, qué es esto? —tartamudeó, y tiró del brazo.

—El médico ha dado la orden —se disculpó—. El doctor Torgersen.

—¿Torgersen? —Holgersen miró asustado a su alrededor.

—Sí, enseguida vendrá a darte la medicación —añadió Kristin—. Quédate tranquilo, yo no puedo hacer nada al respecto.

—No puede ser, ¡es uno de ellos! —gritó Holgersen—. No me dará medicamentos, eso es lo que dice, pero ¡me da veneno! ¿No lo entiendes? Ya lo ha hecho antes. Por eso me ha atado. Tienes que dejarme libre, ¡me quiere matar! —Holgersen se retorcía sobre la cama mientras pegaba tirones a las correas—. ¡Socorro! —bramó—. *¡Socorro!*

Kristin lo miró sin cambiar de expresión.

—Gritar no te ayudará, Ingolf —puso su mano sobre la de él—, la habitación está insonorizada. Pero entiendo que tengas miedo, yo también lo tendría.

—Sí, ¡porque es una conspiración! El médico forma parte de ella, me quiere envenenar. —Holgersen se retorcía, presa del pánico, y los ojos se movían con rapidez en las cuencas—. ¡Socorro! —berreó.

Le clavó las uñas en la mano a Kristin y apretó. Ella dio un respingo, se liberó y se puso de pie, mirando cómo sangraba por varias pequeñas heridas.

—Pero, Ingolf —dijo—, eso no era necesario.

—*¡Socorro!* —El viejo chatarrero gritaba con todas sus fuerzas y se retorcía entre las correas como un gusano—. ¡Suéltame, suéltame! *¡Socorro!*

Kristin lo observó con mesura mientras se lamía las heridas del dorso de la mano. Luego fue al puesto de control para llamar al doctor Torgersen.

El médico llegó, al cabo de medio minuto, acompañado de la otra enfermera. Una mirada por la ventanilla le dijo lo que necesitaba saber.

—¿Cuánto tiempo lleva en ese estado? —preguntó enseguida.

—Acaba de despertarse —respondió Kristin, que se secaba la sangre de la mano—. Te he avisado de inmediato.

Torgersen se la miró.

—¿Él te ha hecho eso?

Ella asintió.

—No tiene importancia. Es peor lo de Ingolf, está realmente enfermo.

Torgersen echó un vistazo al paciente.

—Sí, ya lo veo. Bueno, no puede estar así, entraré a hablar con él. Kristin, prepara una jeringuilla con Valium y sígueme.

Entró en la habitación con la otra enfermera pisándole los talones. Los gritos de Holgersen los asaltaron en cuanto abrieron la puerta. Cuando el chatarrero vio al médico, su cuerpo volvió a tirar de las correas con

pánico e incrementó la intensidad de sus berridos. Sus ojos dejaban escapar un terror abismal.

Torgersen acercó una silla a la cama.

—No hay motivo para que tengas miedo, Ingolf —dijo con voz serena —. Estamos aquí para ocuparnos de ti y ayudarte a ponerte bien, ya lo sabes. —El médico tuvo que levantar la voz para ahogar los gritos.

—¡Vete! —berreó Holgersen—. ¡Vete! Socorro. *¡Socorro!*

Torgersen le puso la mano en el hombro en un gesto tranquilizador. Holgersen giró la cabeza en un movimiento rapidísimo y le hincó los dientes.

El médico se puso de pie. Intentaba, sin éxito, retirar la mano, pero Holgersen mordía con fuerza.

—¡Ayúdame, vamos! —le gritó un iracundo Torgersen a la enfermera —. ¡Date prisa!

Esta se inclinó sobre la cama, agarró la barbilla de Holgersen e intentó presionarla hacia abajo. El chatarrero siseó con rabia entre dientes y mantuvo las encías bloqueadas, como si de un *pitbull* se tratara. La espuma le rodeaba la boca.

—¡Ay, ay! Haz que me suelte —gritó el médico, alterado. Puso la mano que tenía libre sobre la frente del chatarrero y le empujó la cabeza hacia atrás—. ¡Tírale de la barbilla! —gritó a la enfermera—. ¡Ahora!

Ella apretó con todas sus fuerzas y la presión se redujo lo justo para que el médico liberase su mano.

Soltaron al chatarrero y se apartaron de la cama. Torgersen se observó, tenía varios mordiscos profundos. Sangraba.

—¡Dios mío! —Echó una mirada a la puerta—. ¿Dónde se mete esta mujer? ¿De verdad lleva tanto tiempo preparar una miserable inyección?

La enfermera no contestó. Abría cajones y armarios, buscando gasas. Encontró una y se la llevó al psiquiatra. En la cama, Ingolf seguía pidiendo auxilio a gritos.

—¡Voy a ponerte un vendaje provisional hasta que acabemos aquí! —

gritó—. Luego te tratarán las heridas en condiciones en la sala de curas.

Torgersen asintió con un movimiento de cabeza y alargó la mano. La sangre goteaba sobre el suelo. Holgersen aullaba sin descanso y hacía que la situación resultara aún más estresante.

—Por Dios —repitió Torgersen, que miraba con gesto desesperado cómo la enfermera le envolvía la extremidad con la gasa—. Pues sí que nos vamos a divertir.

Kristin entró lanzada con una bandeja para medicamentos.

—¿Dónde te habías metido? —siseó el psiquiatra.

—He tenido que vendarme la mano —tartamudeó—. La herida sangraba tanto que manchaba todo lo que tocaba. —Los miró con los ojos muy abiertos—. ¿Qué ha pasado?

—Me ha mordido —dijo su colega, malhumorado.

—Vaya… —Dedicó una mirada interrogante al paciente, que había dejado de gritar, pero que seguía retorciéndose entre las correas y los miraba con pánico—. Pobre, pobre Ingolf —añadió—. Esto es horrible.

—Ahora mismo solo me doy pena yo —refunfuñó Torgersen—. Acabemos con esto. Tenemos que tranquilizar a este hombre. ¿Estás lista, Kristin?

Ella asintió y se situaron alrededor de la cama. El chatarrero los seguía con los ojos desorbitados por la angustia.

—Ingolf —dijo el médico, autoritario, y se inclinó sobre la cama—. Ahora vamos a ponerte una inyección de Valium. Necesitas tranquilizarte. ¿Entiendes lo que te digo?

Holgersen se retorció entre las correas.

—No quiero que me pongan nada —siseó, y miró fijamente la inyección que Kristin acababa de pasarle al médico—. Eso es un veneno. Apártate. *¡Socorro!*

Torgersen suspiró.

—No tenemos tiempo para esto —dijo, desesperado—. Acabemos. Sujetadlo para que no se mueva.

Con un movimiento firme, el médico le bajó el pantalón del pijama a Holgersen y le clavó la aguja en el trasero. La vació con un único movimiento.

Después, las dos enfermeras y el médico se reunieron con el jefe de servicio, Petersen, para hacer balance de la situación.

—Puesto que cuentas con la confianza del paciente, Kristin, quiero que te ocupes de suministrarle la medicación hasta nueva orden —dijo el jefe de servicio—. Al menos en esta fase inicial, hasta que los medicamentos surtan efecto y podamos establecer cierto nivel de comunicación con él. —Dedicó una mirada crítica, por encima del borde de las gafas, a su colega psiquiatra—. De ninguna manera podemos volver a poner en riesgo la vida y la salud del personal y del paciente como en la escena dantesca que acabamos de presenciar —dijo con firmeza—. Esto está descartado. —Hizo una breve pausa—. Bien; Kristin, baja ahora mismo a que te revisen las heridas. Mientras tanto, quiero hablar a solas contigo, Torgersen. —Las dos enfermeras se marcharon y el jefe de servicio miró con gesto crítico a su subordinado—. No sé si lo sabes —dijo muy serio—, pero el uso de la fuerza con los pacientes es cosa del pasado. No quiero esta clase de incidentes.

Torgersen sonrió a modo de disculpa.

—Reconozco que fue poco profesional por mi parte —dijo a la defensiva—. Empecé con mal pie.

—Sin duda. —El jefe se quedó pensativo, mirando al infinito. Luego se enderezó las gafas y volvió a fijar los ojos en él—. Resulta llamativo que una enfermera demuestre más perspicacia psicológica que un médico —concluyó, serio.

Unas horas más tarde, cuando Holgersen despertó, Kristin fue a verlo con un vaso de agua y dos comprimidos de clorpromazina que el jefe de servicio le había recetado. La medicación pertenecía a la familia de los psicofármacos, que solían tener muy buenos resultados con los pacientes esquizofrénicos.

Al entrar, vio que Holgersen dormitaba. Echó un vistazo hacia la sala de guardia y se aseguró de que nadie la observaba. Luego sonrió, tranquilizadora, a Ingolf Holgersen, entró con paso decidido al baño, tiró las pastillas al retrete y tiró de la cadena.

Capítulo 10

El doctor Torgersen llegó al trabajo el jueves por la mañana, unos minutos después de las ocho, con la esperanza de encontrar a Ingolf Holgersen en proceso de mejora. Se quedó decepcionado.

Lo primero que hizo fue buscar el historial de Holgersen y leer el informe de la guardia nocturna. Decía lo siguiente:

Miércoles, 10 de enero, a las 22:10. El paciente presenta un estado de profunda inquietud y alucinaciones. Grita e intenta liberarse de las sujeciones. El paciente presenta un comportamiento psicótico y rechaza cualquier intento de establecer contacto con él. Es agresivo.

Jueves, 11 de enero, a las 00:25. El paciente sigue inquieto, grita y vocea. Se intenta, sin éxito, suministrarle medicamentos tranquilizantes. Apagamos la luz de la habitación y dejamos al paciente tranquilo.

Jueves, 11 de enero, a las 01:15. El paciente se ha dormido.

El doctor Torgersen cerró la carpeta y la devolvió a su sitio con gesto pensativo. Se levantó y recorrió el pasillo hasta llegar al puesto de guardia contiguo a la habitación de Holgersen. Allí se encontró con Kristin.

—Ah, buenos días, ¿tú también estás por aquí? —saludó con amabilidad.

—Buenos días, doctor Torgersen —sonrió ella—, sí acabo de llegar. Tenía que ver cómo estaba nuestro nuevo y complicado paciente. —Miró hacia la habitación, que estaba casi a oscuras—. Sigue dormido —añadió—. No quería despertarlo hasta haber hablado contigo. Según el turno de noche, ha estado intranquilo. Han vuelto a ponerle las correas.

Torgersen asintió con un movimiento de cabeza.

—He leído el informe. Veremos cuál es su estado y actuaremos en consecuencia. Dejemos que duerma hasta que se despierte por sí mismo, y avísame en cuanto lo haga.

Holgersen despertó media hora después. Kristin acudió de inmediato y se sentó al borde de la cama.

—Buenos días, Ingolf —dijo con suavidad, y le acarició la frente—. ¿Has dormido bien?

—No —contestó el chatarrero, malhumorado.

—Bueno, bueno —respondió ella—. Es una pena. Voy a lavarte y asearte un poco, y luego te traeré el desayuno.

—Nada de lavarme y asearme —dijo, rebelde—. No hace falta.

Ella rio con ganas.

—Pues sí, *hace* falta. Y no intentes impedírmelo, viejo zorro tozudo. —Lo miró, pensativa—. Oye, Ingolf —dijo en confianza—, esa sombra vestida de oscuro de la que hablas, ¿qué aspecto tiene?

—¿El de negro? —Sus ojos se pusieron en alerta.

—Sí, ¿me lo puedes describir?

—¿Describir? —respondió, mareado—. No, va vestido de oscuro. Y en la cabeza lleva un pasamontañas. —La miró, nervioso—. ¿Por qué me lo preguntas?

—No, por nada.

Miró, ansiosa, hacia el puesto de guardia. Holgersen siguió su mirada con creciente inquietud.

—Está aquí, ¿verdad? —Ella no respondió—. ¿Está aquí? —El chatarrero tiró de las correas mientras sus ojos se movían sin control —. ¿Lo has visto?

—No pienses en eso, Ingolf —dijo con suavidad—. No hay ningún peligro. Yo estoy aquí para cuidarte. No te preocupes.

El sudor brotó de la frente de Holgersen. Volvía a ser presa del pánico.

—Ya te he dicho que no podrás con él —gimió—. Tienes que dejarme ir.

—Ya hemos tenido esta conversación —respondió ella volviendo a mirar hacia la ventana—. Déjalo ya, Ingolf.

—Está aquí —se lamentó él—. Viene hacia aquí, ¿verdad que sí? ¿Junto al médico ese? ¡Suéltame! Ahora mismo. No puedo defenderme. *¡Suéltame!*

Kristin se incorporó y se quedó mirándolo un momento.

—No, me voy a marchar —dijo—. Ya volveré cuando atiendas a razones. —Fue hacia la puerta, pero se detuvo y se giró hacia él—. Ya sabes que quiero lo mejor para ti.

De vuelta al puesto de guardia, avisó al doctor Torgersen y se quedaron juntos para observar al paciente a través del cristal. Se retorcía, intentando liberarse de las sujeciones, pero había dejado de gritar.

—¿Ningún indicio de mejoría? —preguntó el psiquiatra.

Ella negó con la cabeza.

—Empezó a gritar de repente, igual que ayer. Estaba tan inquieto que he considerado que lo mejor era que me fuera. ¿Habrá tenido pesadillas esta noche?

—No lo podemos descartar. —Torgersen observó con preocupación al paciente—. Tenemos que lograr establecer algún tipo de contacto con él, y rápido —dijo, pensativo—. Mientras esperamos a que la medicación tenga el efecto necesario para que podamos hablar con él, tendremos que seguir suministrándole elevadas dosis de Valium. ¿Cuánto tiempo lleva sujeto con correas?

—Cerca de dos horas.

—En ese caso, hay que quitárselas. Kristin, prepara una nueva inyección.

Volvieron a drogar a Ingolf Holgersen.

A las nueve, cuando empezó a despertar, otras tres pastillas de clorpromazina habían ido a parar al retrete. La enfermera tiró de la cadena con gesto adusto.

***

El viernes por la mañana, el jefe de servicio Petersen volvió a convocar una reunión con el personal del puesto número 3. Estaba preocupado por el estado de Ingolf Holgersen.

—Tenemos que acordar cómo procederemos a partir de ahora —dijo con decisión—. Esto no puede seguir así. El hombre se niega a comer y no hay indicios de mejoría, debemos intervenir de inmediato.

Torgersen asintió.

—Estoy de acuerdo —dijo—. ¿Puedo hacer una propuesta?

—Adelante.

—En el estado en el que se encuentra ahora, la única que consigue suministrarle la medicación es Kristin —dijo—. Eso quiere decir que dependemos de ella y de sus guardias para medicarlo. No es buena idea.

—Desde luego. Sigue.

—Puesto que la clorpromazina no parece tener efecto alguno, creo que deberíamos probar alguna alternativa que se suministre inyectada. Así no hará falta que Kristin esté presente.

—Te sigo —dijo Petersen con un movimiento de cabeza—. Entiendo que quieres seguir suministrándole calmantes al mismo tiempo para poder hacerlo.

—Sí. Tenemos un paciente psicótico que grita y está intranquilo. Hemos comprobado que puede lesionar al personal. Si estuviera profundamente dormido, podríamos ponerle las inyecciones necesarias y, a la vez, alimentarlo por vía intravenosa.

—¿Quieres seguir drogándolo? —dijo Kristin en tono escéptico—. ¿Con Valium, un medicamento tranquilizante que puede causar adicción?

—Sí, y por eso debemos limitarlo a unos pocos días, y luego lo dejaremos. Recuperaríamos al paciente para, digamos, este lunes, e interrumpiríamos las inyecciones de Valium. Estoy seguro de que podremos comunicarnos con él para entonces e iniciar la psicoterapia.

El jefe de servicio Petersen se puso de pie y los miró con los ojos entrecerrados.

—Bien, colegas —dijo, complacido—, estoy de acuerdo con el doctor Torgersen, no tenemos otra alternativa. ¿Alguien tiene algún argumento en contra? —Nadie respondió—. Bueno —sonrió satisfecho —, estamos de acuerdo. Gracias por venir.

Se levantaron y se fueron cada uno a lo suyo. La enfermera Kristin estaba muy descontenta, pero no podía decirlo en voz alta. Además, su opinión no contaba.

El lunes transcurrió tal y como el doctor Torgersen había previsto: la medicación empezó a surtir efecto. Mientras Holgersen recuperaba la cordura, el personal tuvo claro que estaba mejorando. Todos se alegraron, salvo la enfermera Kristin, que se fue a casa a mediodía para dormir un poco. Había cambiado el turno para estar de guardia la noche siguiente.

A las dos, Ingolf Holgersen despertó sobresaltado. Al no estar ya sujeto a la cama con las correas, se sentó con un gemido y encendió la lamparita del cabecero preguntándose qué lo había despertado. Se quedó de piedra: desde el pie de la cama, el hombre de oscuro lo miraba fijamente.

Holgersen no consiguió emitir sonido alguno. Era la misma sombra de la vez anterior, se dio cuenta al instante. Llevaba la misma ropa, el mismo pasamontañas y la pistola en la mano.

—¡No! —El chatarrero levantó los brazos para protegerse—. ¡Vete! —Alcanzó el interruptor de alarma y lo presionó una y otra vez—. ¡Socorro!

Cegado por el pánico, se arrancó el edredón y salió de la cama sin pensar en que tenía las piernas rotas. El berrido que soltó al caerse se oyó por todo el pasillo. El de oscuro se inclinó sobre él, lo agarró por el hombro y le dio la vuelta. Un instante después, la pistola le apuntaba a la frente.

—¡Reza tu última plegaria!

Se encendió la luz. La silueta de Kristin se dibujó en la puerta.

—¿¡Qué has hecho, Ingolf!? —gritó.

Cayó de rodillas a su lado sin dedicar atención alguna al hombre de negro, como si no estuviera allí. Holgersen vio cómo este se incorporaba y se escabullía por la puerta con la agilidad de un gato.

—Pobre Ingolf —dijo Kristin para consolarlo—. ¿Cómo ha ocurrido esto?

Holgersen no respondió. La miró con ojos desorbitados y, con un estertor, se desmayó.

***

El informe de los psiquiatras llegó a manos del superintendente el

miércoles 31 de enero, con copia para para el inspector Ole Vik. Cuando Ole vio el sobre, entendió al momento cuál era su contenido. Apartó el resto del correo, lo abrió expectante y leyó:

Resolución psiquiátrica referida a Ingolf Holgersen, con domicilio en Strandveien 8.

*Introducción:

El paciente es un viudo de setenta años acusado del homicidio doloso de su ama de llaves. En los años previos a este suceso ha manifestado evidentes rasgos esquizofrénico-paranoides, con manía persecutoria, alucinaciones acústicas y desvaríos.

*Reconocimiento psiquiátrico:

Antecedentes:

El paciente tiene setenta años; estado civil: viudo. Está jubilado. No hay antecedentes de enfermedades mentales en la familia…

Ole pasó impaciente las páginas del detallado informe. El lenguaje burocrático no le iba. Quería saber a qué conclusión habían llegado. La encontró al final, en el último párrafo, bajo el titular «Estado actual»:

En cuanto a su estado actual, muestra una psicosis más profunda que en ingresos anteriores. Su pronóstico hace que parezca poco probable que pueda valerse por sí mismo en un futuro cercano, ni en la sociedad ni en prisión. Por ello, debe ser sometido a un tratamiento prolongado en un hospital psiquiátrico.

Puesto que el paciente se opone a ser internado de forma voluntaria, se recomienda su reclusión forzosa según el párrafo 5 de la Ley de Salud Mental.

*Conclusión:

1) Los peritos consideran que el paciente no era consciente de sus actos en el momento de los hechos de los que se lo acusa.

2) Los peritos consideran que hay riesgo de repetición del comportamiento que desembocó en el supuesto acto violento anterior.

Ole apartó las hojas y se reclinó en su silla. El informe estaba firmado por el jefe del Servicio de Psiquiatría, August Petersen, y sabía muy

bien las consecuencias que tendría: puesto que Holgersen no era penalmente imputable y no había otros sospechosos, el caso se archivaría. Eso implicaba que Ingolf Holgersen nunca vería su caso ante un tribunal y, a su vez, quedaría marcado por él para siempre.

Además, Holgersen tendría que pasar mucho tiempo, tal vez el resto de su vida, en la unidad de larga estancia de un hospital psiquiátrico. Esa era la brutal realidad.

El caso había concluido.

Capítulo 11

Durante las tres semanas que Holgersen estuvo en observación, el inspector lo visitó en varias ocasiones. Ole no detectó ninguna mejoría, pero tampoco era ningún especialista. El chatarrero se mostraba reservado con él y dejaba bien claro que se sentía traicionado.

Puesto que el caso que requería más dedicación parecía estar resuelto, el inspector volvió a sus ocupaciones habituales. También dispuso de más tiempo libre y, en enero, Ole aprovechó para apuntarse a un curso de adiestramiento con Birk. Fue idea de Cecilie.

El perro lo seguía a todas partes desde diciembre del año anterior, cuando él y sus agentes lo habían encontrado dando vueltas en estado de *shock* en la autopista, diez kilómetros al sur de Fjellberghavn. Los dueños habían fallecido en un choque frontal con un camión. En el mismo lugar del accidente, el perro había establecido un vínculo con Ole, como si de manera instintiva comprendiera que el líder de su manada ya no estaba y debía encontrar otro.

En el vehículo destrozado encontraron un pequeño trofeo y un certificado de una competición de obediencia con el logo del Club Canino Noruego en la esquina superior izquierda. Por la documentación, supieron que el animal tenía dos años y se llamaba Birk. Había participado en una competición de obediencia de la categoría III el mismo día, y había ganado el primer premio al obtener doscientos ochenta puntos y ascendido a la categoría superior.

Durante la investigación se supo que los propietarios de Birk eran granjeros y que, con toda probabilidad, era un perro pastor bien adiestrado. Ole no tenía conocimientos suficientes como para comunicarse con él, y a veces se preguntaba si el perro no sería demasiado para él. Por eso, Cecilie lo puso en contacto con Hilde Ramnes, una amiga que estaba a cargo de un centro de adiestramiento y que preparó un cursillo para que los conocimientos de Ole estuvieran al nivel de los de su perro.

Puesto que Ole se lanzaba con gran entusiasmo y dedicación a casi todo lo que se proponía, se tomó muy en serio su nuevo papel de dueño de un perro. Si iba a ser propietario de un *border collie*, el animal debía estar bien, por mucho trabajo que eso supusiera. Así que puso todo de su parte para adquirir conocimientos sobre las características y virtudes de esa raza. Leyó todo lo que cayó en sus

manos, incluyendo un grueso tomo en inglés. Además, intentó entrenar a Birk para comunicarse con él. Cada vez que veía a Hilde, aprendía algo nuevo. A la vez, su corazón latía con fuerza, había algo en aquella mujer…

Al inspector le gustaba que la situación fuera tan poco convencional, que él tuviera que hacer un cursillo para ser tan hábil como ya lo era su perro.

El domingo cuatro de febrero amaneció despejado y agradable. Una leve capa de nieve cubría el pueblo como una alfombra blanquísima. Hacia las once, Ole sacó la mochila que utilizaba para salir de excursión, se puso ropa y botas adecuadas para caminar, llamó a Birk con un silbido, y se alejó de la población en coche. Al llegar a la autopista, paró en una gasolinera y compró cuatro ensaimadas recién hechas y dos refrescos de cola que guardó en la mochila.

Antes de seguir por la rotonda para dirigirse a la montaña, buscó el número de teléfono de Hilde. Sin saber muy bien por qué, lo marcó.

Sonó dos veces y luego oyó su voz:

—Escuela canina de Hilde.

—Soy Ole —dijo con voz grave, sintiéndose de pronto inseguro.

—¿Ole? —Ella dudó unos instantes—. Ah, *ese* Ole, sí —añadió con una risita—. Ya sabes que conozco a muchos Oles.

—¿No me digas? —rio él a su vez, y pensó en ella: corpulenta, sin estar gorda; un rostro redondo y sonriente con simpáticas arrugas, el cabello pelirrojo y rizado y una mirada cálida. Se imaginó que llevaría puesto un mono de trabajo con publicidad de algún pienso para perros impresa en la espalda.

—¿Qué puedo hacer por ti, Ole? —preguntó con amabilidad.

—Bueno…, he pensado hacer una excursión por la montaña —dijo con timidez—. Y…, bueno…, sería agradable llevar compañía, ¿no?

—Claro, siempre es bueno ir en compañía —replicó ella de buen humor—. ¿Me estás invitando a ir contigo?

Ole soltó una risa torpe.

—Eso sería muy agradable.

Ella tardó un poco en responder.

—En realidad, me viene fatal —dijo, pensativa, antes de volver a quedarse en silencio—. Pero ¡qué demonios! —añadió con espontaneidad—, es una oferta demasiado tentadora para decir que no. Voy contigo.

Ole respiró aliviado. Se sentía como un adolescente que invitaba a una chica a salir por primera vez, había olvidado lo nervioso que se ponía.

—¡Qué alegría me das!

—Yo también me alegro —rio ella—. ¿Adónde pensabas ir?

—Pues, quizá, hacia Ramnes, ¿conoces la zona?

—Sí, claro, mi familia viene de allí.

—Ah, claro. —Ole se echó a reír—. Ramnes, no lo había asociado con tu apellido. Entonces, a lo mejor me puedes hacer de guía… Soy principiante en esto de salir a andar con perro, quiero decir.

—Pues *entonces* es hora de ponerse en marcha —canturreó ella—. ¿Sabes cómo llegar al aparcamiento grande?

—Sí, claro.

—Nos vemos allí en treinta minutos. —Se rio otra vez—. Y prepárate para unas horas de ejercicio intenso. Tengo una cabaña de troncos en la montaña, así que tenemos una meta.

Él tragó saliva y colgó. Estaba perdido: tenía más ganas de verla a ella que de pasear.

La carretera hacia Ramnes serpenteaba estrecha y repleta de curvas por la montaña. Cuando Ole tomó la última, sonó su móvil, que estaba colocado en un soporte en el salpicadero y conectado al altavoz de la radio.

—Inspector Vik. —Habló por un pequeño micrófono fijado en el techo.

—Soy Unni Nilsen. —En el coche sonó una débil voz de mujer—. Se trata de ese fallecimiento por el que nos visitaste a principios de enero.

Ole dudó un momento.

—Unni y Andreas Nilsen, de Strandveien 5; sí. ¿Qué puedo hacer por ti?

—Tengo información importante —dijo, seria—. Me ha visitado alguien que tiene algo que contar, y creo que deberías venir inmediatamente.

Ole reprimió un gemido y echó una mirada rápida al reloj.

—¿Un testigo? ¿Del caso Holgersen?

—Sí, no es fácil explicarlo por teléfono —respondió ella—. Lo mejor sería que vinieras en persona a hablarlo.

—Bien, comprendo. —Miró el reloj—. Estaré allí dentro de media hora.

En cuanto colgó, llamó a Cecilie y le rogó que estuviera lista: pasaría a recogerla. Luego marcó el número de móvil de Hilde.

—Lo lamento, pero el deber me llama —dijo a modo de disculpa—. Tengo que dar la vuelta y regresar a Fjellberghavn.

—¿Así que no habrá excursión? Y yo que había preparado algo de comer y bebida caliente.

—Sí, lo lamento —respondió—, pero ¿podríamos hacerla en otra ocasión?

Se quedó en silencio.

—Supongo que sí —dijo con un leve suspiro—. No pasa nada, Ole, yo daré el paseo de todas formas.

Colgaron. Había notado que estaba decepcionada. Le dio un vuelco el corazón: eso mismo le había pasado mil veces con su exmujer, Johanna. En aquel entonces le costó su matrimonio, esta vez no había llegado ni a la primera cita.

En esta ocasión abrió la puerta Unni Nilsen. Su rostro redondo se iluminó con una sonrisa al verlo y se echó a un lado para dejarlos pasar.

—Qué bien que hayáis venido tan pronto —dijo, emocionada—. Pasad.

Ole le dio la mano e hizo pasar delante a Cecilie. Ella se presentó y

también le dio la mano. Birk iba detrás y Unni se agachó para acariciarlo.

—Hola, amiguito —dijo con amabilidad—. ¿Hoy también vienes de visita? —Levantó la vista hacia Ole—. ¿Se llamaba Birk? —Ole asintió —. Bueno, entrad. Estamos en la salita.

Los hizo pasar a la pequeña y acogedora estancia en la que Andreas Nilsen conversaba animado con una mujer de edad. Los miró y se levantó, sonriendo. Ole se percató de que iba bastante más arreglado que la última vez que lo había visto, pero, claro, casi lo había sacado de la cama la mañana del trágico suceso, hacía ya casi un mes.

—Buenos días, Nilsen. —Ole le dio un apretón de manos y señaló a Cecilie, que sonrió al recordar su encuentro anterior.

—Igualmente. —Andreas Nilsen no disimuló su entusiasmo y luego miró a Ole de reojo—: No está de más ver algo de belleza en la Policía Rural, caramba. —Le guiñó un ojo—. No habéis andado sobrados, no.

—A nosotros solo nos importa una cosa —dijo Ole con educación—: las cualidades. —Miró sonriente a Cecilie, que estaba a su lado con los labios apretados. Ole sabía bien lo quería decir y añadió—: Pero cuando los conocimientos están garantizados, no te niego que no le hacemos ascos a un poco de belleza.

Cecilie le dedicó una mirada asesina, pero no dijo nada, y él centró su atención en la mujer del sofá. Los miraba, esperanzada.

—Sí, esta es la señora Halvorsen —informó Unni.

La saludaron. Unni les rogó que tomaran asiento y fue a la cocina. Birk daba vueltas, olisqueando, y Ole lo llamó en voz baja y con un leve movimiento de la mano. El perro se tumbó al instante. Se dio cuenta de que Cecilie le dedicaba una rápida mirada de aprobación, al igual que Andreas Nilsen.

—Bien —empezó Ole—, ¿queríais hablar con nosotros?

—Sí —Andreas Nilsen miró a la anciana—, la señora Halvorsen tiene información sobre el caso Holgersen. Tiene una cabaña un poco más abajo.

Cecilie los miró, atenta.

—Strandveien 16 —informó sin dudar.

Ole miró a Andreas.

—¿Ahora entiendes lo que quiero decir? —rio.

Todos rieron.

—Bueno, Hildur, puedes contarlo tú misma —añadió Andreas.

La anciana estiró la espalda. Ole calculó que rondaría los setenta y cinco años, y tenía un aire sofisticado y bien cuidado, pero nada pijo. Vestía con estilo deportivo.

—Efectivamente, mi esposo y yo compramos una parcela a Olav Nilsen, el número 16. —Le dedicó una sonrisa a Cecilie—. Debió ser hace más de cuarenta años. Bueno, eso no tiene relevancia. La cuestión es que, durante todo ese tiempo, hemos tenido la precaución de vigilar el lugar en invierno. Pasan muchas cosas, robos y eso. Y, cuando resulta conveniente, pasamos a hacer una breve visita a la familia Nilsen. —Miró a Andreas—. No siempre, no queremos molestar.

—Para nada —soltó Nilsen.

Unni llevó una bandeja de gofres recién hechos y colocó tazas y platitos en la mesa.

—Siempre nos agrada vuestra visita, Hildur —sonrió—. Por favor, servíos.

Cecilie dio las gracias y depositó un gofre en su plato. Después sacó un cuaderno y un bolígrafo del bolsillo de la camisa y se preparó para tomar notas.

—Así que, tu marido y tú, ¿vinisteis el fin de semana en que mataron a Helga Moene? —preguntó.

Hildur Halvorsen asintió con un movimiento de cabeza.

—Mi esposo no, falleció hace cinco años, pero yo estuve aquí. Unni, Andreas y yo lo hemos comentado antes de que llegarais, lo de la fecha, y estoy completamente segura. Fue el domingo, siete de enero.

Ole se sirvió un gofre.

—¿A qué hora?

—También lo recuerdo con precisión, porque llegué tarde, sobre las

dieciocho horas, diría yo. Había anochecido, pero no me fue posible venir antes, y llevaba una linterna. Nunca he tenido miedo a la oscuridad.

—¿Viste algo, es eso?

—No cuando llegué, sino al marcharme —respondió la señora Havorsen—. Había un coche aparcado junto al seto de Holgersen, y no estaba allí antes, estoy segura. Al acercarme, vi una figura que salía corriendo del portón de Holgersen. Él, o ella, Se detuvo al percatarse de la presencia de mi coche.

—¿Figura? —Ole estuvo a punto de atragantarse con el gofre.

—Sí, al pasar yo, se giró y se inclinó para atarse los zapatos o algo.

—¿Puedes describir a esa persona? —preguntó Ole, asombrado.

—En realidad, no —dijo ella—, estaba muy oscuro. Pero iba completamente de negro.

Ole intercambió una mirada rápida con Cecilie.

—Así que, ¿iba vestido de oscuro?

—Sí, desde luego. Llevaba una especie de chándal.

—¿Con algo en la cabeza?

Lo pensó un poco.

—Creo que una capucha. Al verlo por la espalda no distinguí que se separara del cuerpo en modo alguno.

—¿Le viste la cara? —preguntó Cecilie.

—No, porque, cuando pasé por su lado, la apartó, ya te digo. No lo reconocí, y tampoco le di más importancia.

—¿Crees que un pasamontañas le tapaba la cara?

—No lo sé, la verdad —la señora Halvorsen se encogió de hombros—. Es posible.

Ole se sirvió otro gofre y esperó un poco mientras Cecilie tomaba nota.

—¿Recuerdas qué hora era cuando sucedió? —preguntó mientras extendía una fina capa de mermelada por encima.

—Serían las siete, puede que un poco más tarde. Lo recuerdo porque escuché las primeras noticias del Telediario antes de marcharme. —Lo pensó un poco—. Vamos a ver, serían sobre y diez —añadió—. Sí. Hacia las siete y diez.

—¿Te quedaste con alguna impresión de qué altura podría tener esta persona? ¿Si era gordo o delgado, por ejemplo?

Negó con la cabeza.

—Imposible. Además, ha pasado casi un mes, y no tenía la más mínima noción de que pudiera tener importancia. Una ve tantas cosas extrañas hoy en día que, a este paso, ya nada me llama la atención —se disculpó con una sonrisa—. Tenéis que creerme cuando os digo que se me había olvidado por completo hasta que vine a Havnegata —añadió—. No caí en la cuenta hasta que Andreas me ha contado hoy mismo la terrible historia. Me dicen que la prensa ha mencionado el caso, pero no lo he seguido y, de verdad, no sabía nada de lo sucedido.

Cecilile le sonrió con calma y dejó el cuaderno.

—Dime, ese coche… ¿viste de qué marca era? —preguntó.

La señora Halvorsen se rio con ganas y lo descartó con un movimiento de mano.

—No tengo ni idea de coches —dijo—. Ni siquiera distingo un Mercedes de un Volkswagen. No, no tengo ni idea de la marca, solo que era blanco.

—Un turismo blanco, ¿no?

—Sí, blanco, eso es seguro.

—Esto podría ser muy importante, señora Halvorsen —dijo Ole, impaciente y echándose hacia delante—. ¿Era un coche grande o pequeño?

Ella se encogió de hombros, como si se excusara.

—De verdad que no tengo ni idea. Era un coche, uno de esos a los que parece que le han cortado la parte de atrás, es todo cuanto puedo

decir.

Ole sonrió, amable.

—¿Crees que era nuevo o viejo?

—Ni idea. —Lo miró, desesperada.

—¿Recuerdas haberte cruzado con algún coche al salir del vecindario? —intervino Cecilie.

La señora Halvorsen se lo pensó.

—No. Vaya, me temo que no estoy siendo de mucha ayuda, ¿verdad? —Guardó silencio unos instantes—. Desde luego, no me crucé con ningún coche en Strandveien —añadió, aunque dudaba—, de eso estoy bastante segura.

—¿Viste si pasaban otros coches mientras el vehículo estuvo allí? ¿Por ejemplo, los propietarios de alguna de las otras cabañas? ¿U otros residentes?

—No, ni un alma.

Ole miró de soslayo a Cecilie, que volvía a tomar notas.

—En ese caso, creo que tenemos lo más importante —dijo—. Solo una cosa más, señora Halvorsen: ¿qué impresión tenías de Ingolf Holgersen?

Ella frunció el ceño.

—No lo conocíamos —dijo, hermética.

—Así que, tu marido y tú, ¿no teníais ningún trato con él?

—No.

—Pero ¿conocíais a Cato?

Su rostro se iluminó.

—Viene por nuestra casa desde que levantaba un palmo del suelo —dijo con una mirada cariñosa—. Cato era un buen chico, encantador. A veces las cosas en su casa se ponían difíciles y venía con frecuencia a vernos.

—Ese hombre trataba mal a su hijo —suspiró Andreas Nilsen—. Ya lo he dicho antes, y lo repito ahora: Holgersen era un tipo antipático.

—*Es* —le corrigió Unni—. No está muerto, Andreas.

—Pues *es* —Andreas abrió los brazos—, pero me mantengo firme en lo que digo. Iba a lo suyo, sin tener en cuenta a nadie más que a sí mismo.

Ole asintió.

—Me gustaría hablar más de eso en otro momento —dijo, decidido—. ¿Os parece bien que volvamos otro día? Así podríamos entrar en detalle con más calma.

Se miraron y asintieron.

—Sí, claro, no hay problema.

—Como has visto —Ole se volvió hacia Hildur Halvorsen—, la agente Hopen ha tomado notas y con ellas haremos un informe. ¿Podríamos acercarnos a tu casa un día de estos para que nos lo firmes?

La señora Halvorsen sonrió.

—Por supuesto —contestó, animada—, tengo muchas ganas de colaborar.

Cuando llegaron al coche, Ole miró escandalizado a su joven colega.

—Maldita sea —dijo, sombrío—, puede que, de repente, nos encontremos ante una situación completamente nueva. ¿Cómo ha podido aparecer ese ser sin dejar huellas?

—No, la verdad es que… —Profundas arrugas surcaron la frente de Cecilie—. Es del todo incomprensible. —Lo miró muy seria—. ¿Tal vez es el momento de tomarnos esa intuición más en serio?

Ole se apoyó, pensativo, en el Volvo.

—Resumamos —dijo despacio—: la señora Halvorsen dice que vio a una persona vestida de oscuro en la calle, sobre las siete y diez. Celicie, ¿recuerdas por sus declaraciones cuándo llamaron a Cato por teléfono y cuándo llegó aquí?

Ella hizo memoria.

—Cuando llamaron a la puerta, Ingolf estaba viendo el Telediario, así que, por lo menos, debían ser algo más de las siete. Digamos que eran y cinco, parece probable.

—Entonces, Holgersen fue a abrir la puerta y después se produjo un incidente que tuvo que llevar un tiempo —añadió Ole—. Digamos que lo ocurrido fuera, desde un punto de vista objetivo, llevara tres minutos, por lo que serían las siete y ocho minutos, más o menos. La señora Halvorsen no ha precisado el minuto exacto.

—No —dijo Cecilie—. Tengo la piel de gallina, Ole. Es imposible que Ingolf llamara a su hijo antes de y diez, como pronto.

Ole asintió.

—Habría que añadir el tiempo necesario para hacer el recorrido en coche —dijo, meditabundo—. Cato estaba volviendo de la oficina cuando su padre lo llamó, eso dijo.

—Y no sabemos cuánto se había alejado —añadió ella con objetividad —. En cualquier caso, es imposible que la señora Halvorsen lo viera a él.

—No, tienes razón. —Se quedó mirándola—. No podemos descartar que un asesino brutal ande suelto —dijo entre dientes—. Ni podemos descartar que haya logrado enloquecer a un anciano, literalmente, con un truco artero. Es estremecedor.

—Sí —respondió ella con voz queda—. Estremecedor y cínico.

Él asintió y se pasó la mano desnuda por el cabello.

—Menos mal que Holgersen está en buenas manos en el hospital comarcal —dijo—. No puede haber un lugar mejor protegido.

Capítulo 12

El inspector cruzó la calle hasta la finca de Holgersen. Cecilie lo siguió.

—Me fijé en esto al llegar. —Ole señaló unas huellas de neumático que había en la nieve—. No creí que tuvieran importancia, pero, después de nuestra conversación con la señora Halvorsen, ya no estoy tan seguro.

Ella asintió.

—Alguien ha venido de visita, eso es seguro —constató, y señaló unas pisadas nítidas que iban hacia la cancela del jardín de Holgersen—. ¿Puede que Cato haya venido a ocuparse de la casa?

—¿Tiene hijos? —Ole señaló una huella de bota infantil.

Ella negó con la cabeza y observó las pisadas.

—En cualquier caso, quien fuera, ha venido y se ha vuelto a marchar. Vamos a ver: una, dos, *tres* personas.

—Eso parece, sí. Dos adultos y un niño. —Se volvió hacia ella—. Cecilie, acércate al coche y trae la cámara. Haz fotos en primer plano de las huellas y mídelas. Nunca se sabe lo que se puede necesitar.

Ole entró por el elaborado portón de hierro forjado, que chirrió y se cerró de golpe tras él. Se detuvo nada más pasar y miró a su alrededor. Las huellas seguían hasta la casa.

Llamó a Birk y le pidió que se quedara quieto mientras estudiaba las pisadas. Supuso que la de mayor tamaño era de un hombre, de una bota de senderismo con profundas hendiduras en las suelas. Las otras dos eran menores, también con suelas muy estriadas, una de una talla mediana de mujer o de un niño crecido, por lo que dedujo. La otra debía ser de un niño. En la más pequeña se leía con claridad, en la nieve, la marca Ecco.

Cecilie llegó poco después. Colocó la vara de medir con dígitos blancos junto a las huellas que Ole había seleccionado y las fotografió. Cuando acabó, Ole le dio a Birk la orden que lo liberaba y siguieron camino de la casa por un sendero que se adaptaba al terreno y que desembocaba en un amplio patio con unos bancos y una fuente, cerca la puerta principal. Destilaba riqueza y armonía.

Siguieron las huellas hasta el otro lado de la casa, hacia la caseta de las barcas y el sólido muelle de piedra natural, y regresaron. Birk jugaba y daba volteretas en la nieve con una felicidad propia de un cachorro.

—Parece que solo han echado un vistazo —confirmó Cecilie mientras miraba a su jefe por el rabillo del ojo.

Ole asintió.

—Se ve que también han visto el interior. —Señaló unas pisadas ante una ventana—. Podría haber sido cualquiera, unos vecinos curiosos, por ejemplo.

—Pero ¿crees que unos vecinos habrían venido en coche?

Lo pensó un poco.

—¿Podrían haber parado de camino a casa?

—Hacia aquel lado no hay más viviendas que estén ocupadas todo el año, Ole —objetó ella—. Solo hay que seguir las marcas de los neumáticos, y enseguida sabremos en qué dirección se marchó el coche.

Ole le dedicó una mirada de aprobación.

—Lo comprobaremos al marcharnos, Cecilie. De paso, haremos fotos y mediremos las huellas de los neumáticos también.

—Si lo que dice la señora Halvorsen es correcto —miró a su alrededor —, tenemos más que suficiente para poner esto en marcha, ¿estás de acuerdo?

—Lo haremos —asintió Ole con calma—, pero tendremos que empezar por otro sitio que no sea este.

Regresaron hacia el sendero. Ole buscó con la mirada a Birk, que había corrido a su alrededor, olisqueando en la nieve todo el rato.

—¿Has visto a mi compañero de cuatro patas? —se extrañó.

—No. —Se dio la vuelta—. Sí, mira, ahí viene.

El inspector siguió su mirada. Birk llegó al trote por la esquina de la casa, arrastrando algo que parecía un taco de madera y del que asomaba un listón. Se tumbó y empezó a roerlo.

Ole se acercó.

—¿Qué es lo que has encontrado ahora? —rio entre dientes—. No vale hurgar en jardín ajeno, ya lo sabes. Dámelo. *Apport.*

Birk soltó el taco de madera y se sentó mientras lo miraba como si dijera: «No se dice así, pero todavía estás aprendiendo y me caes tan bien que te lo voy a dar sin discutir».

—Buen chico. —Ole cogió el taco, le quitó la nieve y el hielo, y lo observó. En realidad, se trataba de dos trozos de madera, de idéntica longitud, por lo que pudo ver. Los habían pegado o clavado con un listón en medio, por lo que formaban un bloque compacto de unos veinte por veinte centímetros. Al final del listón, habían sujetado un grueso alambre con forma de gancho.

—¿Qué es eso? —Cecilie se acercó y miró con curiosidad el bloque helado.

—Sabe Dios. —Intentó quitar el hielo—. Parece que ha estado enterrado en la nieve. Me pregunto… —Sacó la llave del coche y empezó a raspar la madera—. Tiene un agujero —dijo, extrañado—. Mira.

—Hum —dijo ella con interés—. La madera que lo rodea está astillada. El taco también tiene una fisura, ¿lo ves?

—Sí. —La miró muy atento—. Cecilie, mi experiencia me dice que este agujero lo ha hecho una bala —Le dio la vuelta al bloque.

—No hay agujero de salida —constató.

—Eso quiere decir —lo miró, sorprendida— que la bala sigue incrustada en la madera.

—Si es que lo *ha* perforado una bala —dijo él—. Los técnicos lo determinarán. —Evaluó la situación: revisó el entorno con la mirada y la posó sobre la puerta principal—. Ven, Cecilie —dijo, entusiasmado —. Se me ha ocurrido algo. —Se acercó a la entrada y examinó la pared de alrededor—. ¿Crees que el taco de madera podría haber estado colgado aquí, encima de la puerta?

Ella siguió la dirección de su mirada.

—¿De manera que el hombre de negro podría haber pegado un tiro para asustarlo sin dejar huella? —Lo miró, interrogante—. Eso

explicaría por qué no encontramos ni rastro del polvo que Holgersen afirmó que había caído sobre la escalera.

—Sí, porque no buscábamos fragmentos de madera —rezongó Ole—. En esta casa todo es de cemento. —Volvió a mirar alrededor de la puerta con más esmero—. Los técnicos de criminalística aspiraron la escalera y tenemos los resultados. Eso quiere decir que un análisis comparativo nos daría una respuesta rápida.

Ella sonrió, emocionada.

—¿Puede que estuviera enganchado a la luz de exterior? —Señaló un elaborado farol de hierro forjado que colgaba de una barra a medio metro sobre la puerta.

—Sí, eso me estaba preguntando. —Se puso de puntillas y levantó el taco hacia la barra. Consiguió a duras penas meter el gancho.

—Vaya. El que colgó esto no era ningún enano. —Resopló y retrocedió unos pasos para hacerse una idea—. Una diana perfecta, justo encima de la puerta —constató con voz neutra—. No me extraña que Holgersen se llevara un susto de muerte, si es que fue así. El estallido debió ser tremendo.

—Cuadra con su declaración. —Cecilie estaba animada—. Dijo que se oyó un estallido sordo procedente de la pistola y luego otro mucho más fuerte por encima de su cabeza.

—Exacto. No hay duda de que vamos por buen camino. —Ole miró a Birk con cariño—. ¿Qué demonios le pasa a la policía con esos pastores alemanes de los que hablan maravillas? —rio—. ¿A que no sirven para nada comparados con este de aquí?

Salió al patio y siguió las huellas de Birk por la parcela. Enseguida encontró el lugar donde el perro había desenterrado el taco, en la ladera, a continuación del patio, donde la superficie estaba cubierta de abetos y brezo.

—¡Lo ha encontrado aquí! —gritó en dirección a Cecilie. Ella recogió la cámara de fotos y lo siguió. Ole marcó el lugar con una rama.

—Quien fuera no imaginaba que lo encontraríamos —dijo cuando llegó a su lado y miró alrededor—. Seguro que se limitó a tirar el taco hacia aquí al terminar con él, ¿no crees?

—Sí, todo indica que fue así. Y ahí cometió su primer error. Hagamos

unas fotos aquí también.

Terminaron y regresaron al Volvo. Antes de tomar asiento, fotografiaron y midieron las marcas de los neumáticos del coche y comprobaron que había dado la vuelta junto al garaje de Holgersen y se había marchado por donde había venido.

El inspector dejó a Cecilie delante de su apartamento, en Hovedgata, y llamó a la comisaría de Borg desde el coche. Pidió que le pasaran con el jurista de guardia y le informaron de que era el intendente Arne Bårdsen. Pasaron la llamada.

Ole esperó con gesto pensativo. En casos como ese solía verse obligado a tratar con juristas jóvenes sin pulir, sin experiencia ni peso. Con frecuencia sentían una mezcla de respeto y miedo ante el inspector, porque les exigía mucho. No servía de nada responder a Ole Vik con jurisprudencia y retórica teórica o aludir al rango. En esos casos, recibían la orden de volver cuando tuvieran algo que aportar. Pero ejercía de mil amores como maestro de aquellos que querían aprender de su experiencia de campo.

Bårdsen llevaba unos cuantos años a cuestas, lo que en aquellas circunstancias era una ventaja. Pero, a pesar de eso, Ole lo consideraba uno de los peores, porque era un teórico sin remedio y esclavo del reglamento. Además, era la mano derecha del superintendente Berge, un sumiso lacayo que llevaba a la práctica las ideas del jefe. Ole había observado con espanto cómo el estilo autoritario de la nueva dirección había transformado en poco tiempo a estupendos e independientes agentes de la policía rural de la región en personas inseguras de mirada temerosa. Tal vez fuera la técnica de dominación más primitiva de todas: la inseguridad generaba poder.

Pero la plantilla de la comisaría de Fjellberg no percibía nada de aquello. Ole era un muro impenetrable que protegía a los suyos, una espina en el costado del superintendente, que quería tenerlo todo controlado, a cualquier precio. Ole sabía que estorbaba a su nuevo jefe y que estaba a punto de caer en desgracia. Pero nunca se rendiría. *Nunca.*

—Bårdsen, dígame. —La voz del intendente de policía sonó de pronto. Ole dio un respingo, se había perdido en sus tétricos pensamientos.

—Al aparato el inspector Vik. Se trata del caso Holgersen.

—Hola, Vik, dime —el abogado policial dudó unos instantes—, ¿hay alguna novedad?

—Sí. —Ole relató los acontecimientos del día.

La línea quedó en silencio largo rato.

—Es curioso —dijo Bårdsen, sorprendido—, solo conozco el caso por encima, pero la investigación fue concienzuda y detallada, ¿no es así?

—Por supuesto —respondió Ole, retándolo—. La llevó a cabo la comisaría de Fjellberg.

—Sí, je, je, sobraba la pregunta —respondió Bårdsen—. ¿Os habéis incautado del hallazgo?

—Lo tengo en el coche —respondió Ole—. Puedo llevarlo ahora. También tengo unas imágenes. Hemos fotografiado y medido las huellas de la nieve. Antes de iniciar el largo recorrido en coche hasta Borg, quiero asegurarme de que alguien tenga tiempo de recibirme. ¿Podríais haceros cargo de las pruebas de manera inmediata?

—No, el laboratorio cierra el fin de semana, así que no creo que podamos verlo hoy —respondió Bårdsen—, pero, si lo traes ahora, me aseguraré de que le den prioridad mañana por la mañana. Mientras te espero, consultaré con el superintendente Berge y le pediré las autorizaciones necesarias para que tú y yo acordemos el procedimiento que seguir. ¿Te parece bien?

—Me parece bien —dijo Ole, satisfecho—. En ese caso, iré para allá inmediatamente.

Puesto que era domingo, la antesala de los dos mandos estaba vacía. Ole llamó a la puerta de Bårdsen y entró sin esperar respuesta. Birk iba tras él.

El despacho era más pequeño que el del superintendente y los colores eran más claros y modernos. Era impresionante, pero ni de lejos tanto como el de Berge. Había diferencia de rango, de eso no quedaba ninguna duda. En realidad, la foto reglamentaria del rey y la reina era el único punto en común de los dos despachos. Estaba en la pared, detrás del escritorio.

—Ya estás aquí. —El intendente Arne Bårdsen se puso de pie cuando Ole entró. Tenía treinta y pocos años: era esbelto, de espeso cabello rubio, peinado con raya al lado, rasgos marcados y penetrante mirada azul hielo. Estudió al inspector unos instantes. Ole leyó en su rostro que no le gustaba lo que veía. Los inspectores debían ser, preferiblemente, jóvenes, estilizados y estar en forma; tanto Bårdsen

como Berge lo habían dicho. Ole no podía hacer mucho al respecto. Y, además, le importaba una mierda.

Bårdsen dio la vuelta al escritorio.

—Pase, Vik —dijo con una efusiva sonrisa.

Ole tuvo un escalofrío. El hombre sonaba como un doble perfecto de su jefe. Tan falso como él, la misma sonrisa rígida. De repente, Bårdsen se percató de la presencia de Birk y su rostro se oscureció. Ole intuyó sus pensamientos.

—Saluda al héroe del día. —Llamó a Birk, que se acercó, se sentó ante él y lo miró, despierto, listo para recibir una nueva orden. Ole le acarició la cabeza—. Es mi ayudante auxiliar —añadió con voz cariñosa—, donde yo voy, va él. Encontró el taco de madera.

—Je, je. —El intendente sonrió sin ganas—. En la policía no utilizamos perros pastores. Además, ¿cómo lo has llamado?, *¿ayudante auxiliar*? ¿El superintendente está informado de esto?

—No —rio Ole por lo bajo—, ni falta que hace. Birk no es un perro policía certificado, solo es un tipo que me sigue a todas partes. ¿Tienes perro, Bårdsen?

—¿Yo? No, no, ¡uf! —Bårdsen miró mal a Birk, que estaba sentado, muy erguido, y pendiente de Ole. Luego pasó la mirada a la bolsa de viaje que cargaba el inspector—. ¿Llevas ahí las pruebas?

Ole asintió y dejó la bolsa en el suelo.

—Me temo que deberíamos mojar esto un poco —comentó—. La prueba se está derritiendo.

—Esperemos que no todo se convierta en agua. —Bårdsen rio sin ganas—. ¿Echamos un vistazo?

Ole abrió la bolsa y sacó una bolsa negra de plástico. Con cuidado, lo apartó para dejar a la vista el taco de madera.

Bårdsen lo observó con interés.

—Hum, apoyo tus suposiciones —dijo—. Eso es un agujero de bala, no hay duda. Dejaremos el caso a los técnicos.

Ole asintió.

—Pero si no encontramos un material coincidente con este en las pruebas recogidas en las escaleras, no habremos avanzado nada. Esta cosa podría ser una diana que alguien había colgado de un árbol.

—Cierto, pero seguimos teniendo la declaración de la testigo. ¿Nos sentamos? —Bårdsen señaló una sencilla silla con apoyabrazos—. ¿Algo de beber, Vik? ¿Un café, tal vez?

—Sí, gracias —dijo Ole—. Lo tomo solo.

—Marchando uno solo. —Bårdsen salió, y Ole se sentó y pidió a Birk que se tumbara. Intuía el jaleo del centro urbano allí abajo: un estallido de dos vagones de tren que enganchaban en la estación central, coches que tocaban el claxon en la lejanía, una ambulancia con las sirenas a toda potencia, el ulular de la sirena de un buque que entraba en la bahía, una densa mezcla de impresiones sonoras que generaba un zumbido constante ese domingo por la tarde. El sonido de una ciudad. No era como en Fjellberghavn.

Bårdsen regresó con dos tazas.

—Para no alargarnos —dijo dejando una ante el inspector—, el superintendente Berge ha consultado con la Fiscalía. Han decidido reabrir la investigación. Para empezar, pondremos a tu disposición a tres investigadores. Estarán en tu comisaría mañana a las ocho de la mañana. De momento, no involucraremos a la Policía Judicial.

—¡Vaya!, muy bien. —Ole lo miró desbordado, sorprendido por la eficacia de Bårdsen.

El intendente se sentó.

—Debemos aclarar esto cuanto antes —dijo apoyando los codos sobre la mesa—. Parece que tenemos ante nosotros un asesinato sin resolver. Tanto el superintendente como la Fiscalía están conmocionados por lo que podrían haberle hecho a Holgersen. Hay que detener al autor antes de que haga más daño. —Ole asintió y bebió un poco de café—. A partir de ahora, tratarás este caso conmigo —prosiguió el abogado policial—. El superintendente me ha adjudicado la acusación en este caso. Hasta la más mínima novedad deberá comentarse en todo momento conmigo. ¿Tienes algo que objetar?

El inspector sintió una corriente incómoda por todo el cuerpo. Entendía por qué Bårdsen quería que fuera así: Berge, que era un obseso del control, no dejaría de incordiar a su segundo preguntándole cómo iba el caso.

—No —dijo Ole, inexpresivo—. Por supuesto que no.

—Bien. El superintendente ha trazado unas normas básicas para la investigación —siguió Bårdsen—. Me ha pedido que te las transmita.

—Bien.

—Tenemos un punto de partida excepcionalmente favorable —insistió Bårdsen—. El culpable cree que el caso está cerrado, vive con la tranquilidad de no ser sospechoso. Eso nos proporciona una oportunidad extraordinaria para cogerlo por sorpresa.

—Por supuesto —dijo Ole.

—Queremos un procedimiento discreto —añadió Bårdsen—. Al principio avanzaremos despacio. La prensa se mantendrá al margen. Ya valoraremos la situación según avancemos.

Ole sonrió con sequedad, puesto que lo que Bårdsen le explicaba era elemental. En realidad, el jurista le estaba haciendo perder el tiempo.

—Con el tiempo se sabrá que alguien está haciendo preguntas incómodas —siguió Bårdsen con una sonrisa satisfecha—, lo que podría llegar a oídos del culpable.

—Y ponerlo nervioso —aportó Ole educadamente.

—Sí, exacto. —Bårdsen sonrió entre dientes—. Y la gente nerviosa, en especial los que se ponen nerviosos de pronto, cometen errores, ya sabes. Y ¡pum! —Dio una palmada y Ole dio un respingo—. Lo atrapamos. ¿Nos sigues?

—Bueno, siempre hay diferencias entre la teoría y la práctica, pero, sí, en líneas generales, sí —respondió Ole. En su interior, ya harto, pensó: «¿No puedes dejarme la práctica a mí? Tú eres jurista, joder, no investigador; ese soy yo». Pero no lo dijo en voz alta.

—Bien, porque entonces nos entendemos —prosiguió Bårdsen—. Y ahora, al punto siguiente: el hijo.

—¿Cato?

Bårdsen asintió.

—El superintendente es de la opinión de que debe ser apartado de sus funciones hasta que el caso esté resuelto —dijo con firmeza.

—Ah, ¿sí? —El inspector sintió un hormigueo en la raíz del cabello—. Lo he inhabilitado para el caso. ¿No es suficiente?

—No —dijo el intendente con dureza—. No es una decisión que puedas tomar tú, solo tienes que transmitírsela. Mañana por la mañana informarás a Cato de que lo destinan a una misión especial aquí, en la comisaría, y que debe presentarse en mi despacho a las diez para que le dé más instrucciones. Yo me ocuparé del caso a partir de ese punto.

—No es así como trato a mis colaboradores, Bårdsen. —Ole sintió que la ira lo invadía y tuvo que luchar por reprimirse—. ¿No crees que el chico ya lo está pasando bastante mal, que no hace falta que, además, recaigan sobre él sospechas innecesarias? —añadió.

—Querido amigo —Bårdsen arqueó las cejas—, nadie lo trata como sospechoso —dijo, condescendiente—. Es solo que el superintendente Berge ha decidido tomar ciertas medidas preventivas. Haz tu trabajo y explícaselo, seguro que lo entenderá.

Se puso de pie, y Ole hizo lo mismo, contrariado. Birk también se levantó de un salto. Lleno de energía, empezó a dar vueltas.

—Es importante para el superintendente que sus decisiones se ejecuten con destreza —dijo Bårdsen mirando mal al perro—. Gracias por hacer este viaje tan largo en un festivo, Vik. Te mantendremos informado de los resultados del laboratorio. —Lo acompañó a la puerta—. Seguimos en contacto —concluyó.

Capítulo 13

Eran la siete menos cuarto de la mañana siguiente, lunes, cinco de febrero.

Ole Vik estaba sentado en la silla de su despacho, con los pies encima de la mesa, fumándose un enorme puro habano. La mañana era el mejor momento para revisar documentos. No lo interrumpirían y, con la ventana abierta, consideraba que no tenía por qué sentirse culpable por incumplir la ley antitabaco.

El despacho del inspector era espartano y de un estándar que no se aproximaba ni de lejos al de las oficinas de Borg, pero resultaba práctico y eso era lo más importante para el sobrio inspector. A lo largo de la pared que tenía a su espalda había una estantería, ocupada en su mayor parte por archivadores de color rojo y azul, además de un brillante ejemplar rojo de las Leyes de Noruega. En una mesa, junto al escritorio, se encontraba el obligatorio ordenador personal. Estaba encendido más por aparentar que por otra cosa, por si algún jurista de la comisaría se pasaba por allí. Pero no lo usaba nunca.

El resto de la decoración consistía en una mesa de reuniones con cinco sillas, un gran mapa del municipio de Fjellberg, además de una pizarra fijada en la pared y algunas fotos del inspector con su plantilla en diferentes situaciones. Ole opinaba que no hacía falta brillar ni ser ostentoso para hacer un buen trabajo. Cuanto más sencillo, mejor.

Se llevó a Birk a dar un paseo matinal por el puerto hacia las siete y media. El aire helado se le clavaba en la piel, su jadeante respiración se convertía en un humo blanco mientras se abría paso por la nieve. La nieve crujía a su paso, pero no notaba el frío. El inspector estaba enfadado. Estaba a punto de tener una charla muy incómoda con un colega. Estaba cada vez más disgustado. El superintendente y sus discípulos lo obligaban a comportarse de manera desleal.

Cuando regresó al despacho, Eva Lien ya ocupaba su lugar en recepción. Le miró con guasa. Su rostro era ovalado, sonriente y estaba lleno de amables arrugas.

—¿Has salido de excursión, muñeco de nieve? —Lo contempló con un escalofrío.

—Buenos días, Eva —respondió, tiritando—. Demonios, ¡vaya frío que hace hoy!

—Sí, uf —trinó ella, ladeando la cabeza. Sabía leerlo como un libro abierto—. Y encima hoy se acaba el mundo y todo —añadió con ligereza antes de agacharse para acariciar a Birk—. Hola, amigo, ¿tú también tienes frío?

Birk movió el rabo, satisfecho, y Ole rio por lo bajo. Los comentarios chistosos de Eva los hacían reír con ganas muchas veces, pero nadie dudaba de que tenía una mente muy aguda. Y también era la coartada informática de Ole. Muy necesaria. Él, que era analfabeto y todo.

Forzó una sonrisa y la puso al día.

—Escucha, Eva —añadió—, quiero hablar un momento con Cato antes de empezar la reunión matinal. Dile que venga a verme directamente. Pídeles a los demás que esperen. —Ella asintió con un movimiento de cabeza—. En la fase en la que entramos ahora, no quiero ningún tipo de comentario en la prensa. Si alguien pregunta, no tienes nada que decir. ¿De acuerdo?

—Los echaré a patadas.

Ole sonrió entre dientes.

—Vienen refuerzos de la comisaría. Tres investigadores. Mándalos a mi despacho también, junto con Arne y Cecilie.

—Muy bien, Ole. —Se volvió hacia la pantalla del ordenador.

Poco después llamaron a la puerta y Cato asomó la cabeza.

—¿Querías hablar conmigo?

—Sí, pasa. —Ole sonrió y señaló la silla que estaba junto al escritorio —. Siéntate, Cato. ¿Café?

Conocía al dedillo a su colega y sabía que presentaba síntomas de abstinencia si no bebía por lo menos cuatro tazas de café antes de las nueve. No esperó a que respondiera para servirle una taza.

—Sí, gracias —respondió cuando ya era tarde.

Ole sacó otro puro y lo encendió.

—¿Te importa? —preguntó mirándolo de soslayo.

Cato asintió.

Ole inhaló con placer.

—Tengo una buena noticia —dijo—. Vamos a empezar una nueva investigación del caso de tu padre. Parece que no todo está tan claro como creíamos en un principio.

—¿Cómo? —Cato se puso rígido—. ¿Cómo…? No, ahora sí que estoy desconcertado.

Ole lo observó.

—¿Y un poco contento?

—Por supuesto. Claro que me alegro. Es fantástico. Pero no entiendo nada. ¿Padre es inocente después de todo?

Ole tuvo que sonreír al ver su gesto.

—No lo sé aún —respondió, y lo informó de los nuevos elementos aparecidos en el caso.

—¡Entonces puede que *sea* inocente! —Cato lo miró perplejo mientras se apartaba el cabello de la cara con un gesto nervioso—. ¿Quieres decir que habría actos deliberados detrás de todo esto? ¿Que el ser vestido de negro…, que puede ser real?

—Lo averiguaremos, Cato —respondió Ole—. Ya me conoces, no hay peor perro de presa que yo cuando sigo una pista.

—No, madre mía —rio Cato. Después, se quedó un buen rato en silencio, pensativo, mirando al aire—. Sí, esto sí que ha sido inesperado —murmuró.

Ole sonrió.

—Cuento con que tengas una idea objetiva y realista de tu posición en este caso —dijo—. Tenemos que ocuparnos de esto, ¿lo comprendes?

Cato esbozó una pálida sonrisa, pero se puso repentinamente serio.

—¿Quieres decir que se me considera sospechoso?

—No, doy por sentado que no —respondió Ole, decidido—. Y, como no tienes nada que ocultar, tampoco tienes nada que temer. Pero, puesto que el responsable sigue, casi seguro, en libertad, tanto Charlotte como tú tendréis que estar dispuestos a contestar a unas cuantas preguntas. Algunas podrían ser desagradables e indiscretas,

pero tú conoces este juego.

—¿Me van a sentar en el banquillo?

—Sí, y así debe ser —dijo Ole—. Pero esta vez ese banquillo está todavía más lejos.

—¿Eh?

—Podrás volver cuando el caso esté resuelto —añadió Ole—. Mientras tanto, se te asignará un puesto de suplente en la comisaría. Debes presentarte ante el intendente, Arne Bårdsen, a las diez. La decisión la han tomado desde arriba.

Cato se quedó en silencio, intentando digerir la situación.

—Si lo piensas, entenderás por qué. Eres así de profesional —dijo Ole con calma.

—Sustituto en la comisaría, así que, en realidad, estoy bajo sospecha —constató Cato, sombrío.

—Como te he dicho, no —farfulló Ole—. Digámoslo del siguiente modo, Cato: estás entre aquellos que deben ser descartados cuanto antes.

Cato miró al inspector de frente, a los ojos.

—Lo digo aquí y ahora: no tengo nada que ver con esto, estoy dispuesto a jurarlo, con la mano sobre la Biblia si fuera necesario. Para que lo sepas.

—Ya he dicho que eso lo doy por descontado —dijo Ole con una sonrisa tranquilizadora—. Tienes la conciencia limpia y puedes tomártelo con total tranquilidad. Confía en mí.

—Sí, pero, si todo está en orden, ¿por qué me trasladan? La voz de Cato sonó forzada—. ¿No se trata, en la práctica, de una suspensión?

El inspector se retorció en su silla.

—Pues sí, podría decirse que sí —respondió, incómodo, sopesando sus palabras—. Digamos que… el cuerpo tiene que cubrirse las espaldas.

—¿Cubrirse las espaldas? ¿Cubrirse de qué? —Cato lo miraba, perplejo.

Ole sostuvo su mirada.

—Eres un oficial de la Policía Rural, Cato. Lo entiendes —dijo con firmeza—. No estás descartado del caso aún. Es así de sencillo. Me veo obligado a rogarte que dejes aquí las llaves de la oficina.

—¿Qué? —El oficial palideció.

—Debes entregarme las llaves. —El inspector fue firme. Daba igual si aquella situación le gustaba o no, era un trabajo que tenía que hacer —. Ve a Borg y concéntrate en la parte positiva. —Intentó animarlo—. Mientras tanto, yo me ocuparé de comprobar que no tienes nada que ver con el caso. ¿Comprendido?

Cato se pasó la mano por el pelo con gesto nervioso y asintió de manera casi imperceptible. Ole volvió a relajar el cuerpo.

—Hablando de otra cosa, ¿has ido por la propiedad de tu padre recientemente?

—No, llevo un tiempo sin ir por allí. ¿Tiene alguna importancia?

—Podría tenerla. ¿Cuándo estuviste por última vez?

—Hará semana y media, tal vez. ¿Por qué?

—Bueno, es que no te puedo responder. ¿Quién se ocupa de la finca?

Cato se encogió de hombros.

—Supongo que soy yo —dijo a la defensiva—. Pero no había pensado en ello.

—¿No hay nadie más que se ocupe de la casa?

Cato negó con la cabeza.

—Bien. —Ole lo miró, pensativo—. Más tarde querremos hablar tanto contigo como con Charlotte. Mientras tanto, te voy a pedir un par de cosas: en primer lugar, os recomiendo a los dos que penséis al detalle qué hicisteis y dónde estuvisteis durante los días que afectan al caso. Si es posible, haced un esquema hora por hora, con las coartadas que, en su caso, tengáis. Cuantas más claras sean vuestras respuestas, más fácil me resultará descartaros.

Cato asintió y bebió un sorbo de café.

—Sí —dijo con voz queda—. Pero, en cuanto a Charlotte, tendrás que esperar hasta la semana que viene, porque tiene vacaciones de invierno.

—¿Toda la semana?

—Sí. Se marchó antes del fin de semana y no volverá hasta el lunes.

—¿Se la puede localizar por teléfono?

Cato negó con la cabeza.

—Está con una amiga, en una cabaña de montaña sin fijo, sin electricidad y sin cobertura para móvil. Supongo que me llamará desde algún teléfono a lo largo de la semana.

—Hablaremos con ella cuando vuelva —sonrió Ole—. Una cosa más: quiero que hagas una lista de personas que tengan o hayan tenido mala relación con tu padre. No tengas miedo de exponer a nadie, trataremos la información de forma discreta. Danos las razones básicas de cada uno de los conflictos.

—De acuerdo, así lo haré.

—Y luego está la cuestión de la propiedad de tu padre —prosiguió Ole —: la precintarán en cuanto termine la reunión de la mañana. Necesito las llaves para que registremos la casa. ¿Me puedes ayudar con eso?

—Por supuesto —asintió Cato—. Te las daré antes de irme. —Sacudió la cabeza, desanimado—. Esas también.

—Bien. —El inspector sonrió, agradecido—. Para que quede claro: tenemos autorización para registrar la casa sin una orden judicial. Pero eso ya lo sabes. Además, supongo que ninguno de vosotros tiene nada que objetar.

—No, para nada —respondió, desmoralizado, el oficial—. Haz lo que tengas que hacer, con tal de que aclares las cosas.

Cato entregó las llaves y se quedaron en la puerta para despedirse.

—Tengo un último consejo —dijo el inspector levantando el dedo índice—. En tus circunstancias, sería tentador iniciar tu propia investigación. Te lo advierto muy en serio, Cato: no caigas en esa tentación. Si te ven en el lugar de los hechos u otros escenarios

relacionados con el caso, resultará sospechoso. Ve derecho a casa al salir de trabajar y quédate allí. Recuerda que yo solo soy un insignificante inspector en un gran engranaje, y que ese sistema puede intervenir en cualquier momento y tomar el control.

—Lo comprendo —asintió Cato—, pero gracias por el aviso.

Ole puso la mano en el pomo de la puerta.

—Por último, debo pedirte que no hables con nadie del caso —dijo con firmeza—. Díselo también a Charlotte cuando te llame.

—Está bien. —Cato dudó unos instantes—. Confío ciegamente en ti —dijo con voz temblorosa—, de hecho, eres lo único a lo que puedo aferrarme.

Capítulo 14

En cuanto Cato se hubo marchado, empezó, con retraso, la reunión matinal. Ole se sentó al fondo de la mesa de reuniones, con la carpeta del caso Holgersen delante. Arne hizo entrar a los tres colegas de la comisaría de Borg y les asignó un sitio. Cecilie Hopen se sentó en el otro extremo.

—Siento que hayamos tenido que alterar algo el horario —dijo el inspector—, pero, como al menos uno de vosotros ya sabe, nos encontramos en unas circunstancias extraordinarias. Puedo informaros de que el superintendente ha ordenado reabrir el caso Holgersen. Por ese motivo, y como veis, tenemos refuerzos de la comisaría de la ciudad. Sed bienvenidos. —Miró sonriente a los nuevos y todos se presentaron entre ellos—. Empecemos pues.

El inspector dio cuenta detallada de los acontecimientos del fin de semana, incluyendo la decisión de trasladar a Cato.

—¿Está bajo sospecha? —quiso saber Cecilie, inquieta.

—La situación está pendiente de aclarar. Eso quiere decir que debemos estar preparados para cualquier eventualidad; también para el hecho de que pudiera estar involucrado —respondió el inspector, que se acercó la carpeta y la abrió—. Aquí está la documentación del caso. He dado instrucciones a Eva para que no lo comente con nadie, en especial con la prensa, y eso se hace extensivo a vosotros.

—¿Has recibido respuesta del laboratorio? —preguntó Cecilie.

—No, es demasiado pronto. Pero debo decir que tengo una fuerte intuición sobre la respuesta que nos darán. —Cecilie asintió—. Ahora, organicemos el trabajo de los primeros días —prosiguió Ole—. Hemos abierto una base en mi despacho. Arne, tú coordinaras las funciones de secretariado y harás de apoyo a los investigadores. Cecilie y yo saldremos a hablar con unas cuantas personas. Podemos comunicarnos por radio, pero solo con palabras clave. Utilizad el móvil si consideráis necesario mantener una conversación. Recordad que mi amiga Wenche Sunde, del diario local *Fjellbergposten,* escucha nuestra frecuencia casi las veinticuatro horas del día. —Ojeó los papeles que tenía delante—. Aunque sabe que no es legal —apostilló lacónico. Levantó la vista—. Arne, fuiste tú quien informó a los allegados de Helga Moene, ¿cierto?

—Así es, a un hijo que vive por la zona de Bergen. El sacerdote pasó

primero, yo hablé con él después.

—Quiero saberlo todo de él: nombre completo, dirección, estado civil, número de identificación personal, teléfono, a qué se dedica y si alguna vez ha sido investigado. Después quiero un informe detallado de todas las huellas de pisadas que se analizaron la noche en que Helga fue asesinada. Quiero que en las fotos se especifique la identidad del propietario del zapato o bota; características especiales, como cortes o marcas en la suela o desgaste; quiero saber la talla y, como no, el nombre del fabricante.

—Está bien. —Arne asintió y tomó nota a toda velocidad. Los investigadores escuchaban.

—También quiero una panorámica de los movimientos de quienes dejaron sus pisadas en la capa de escarcha aquella noche —prosiguió el inspector—. ¿Fue posible distinguir las huellas dejadas el domingo por la noche de las de la siguiente?

Arne negó con la cabeza.

—Hizo frío y hubo escarcha en el suelo toda la tarde y la noche. Los técnicos elaboraron un informe de cada huella, pero les fue imposible identificarlas como habrían podido hacerlo en el caso de haber nieve. Como sabemos, no la había, aunque informaron de lo que consiguieron averiguar.

—Así es —Ole dio una palmada a la carpeta del caso Holgersen—, están aquí. Arne, resúmelo todo y luego ponnos al día. —Arne asintió —. Una cosa más —prosiguió Ole—, os encargaréis de las fotos que Cecilie hizo de las pisadas en la nieve ayer. Hablad con los técnicos de Borg para que las envíen por correo electrónico o por fax. Comparadlas con las huellas que ya tenemos, y dadme una panorámica de tallas y fabricantes también en este caso. —Pasó las hojas—. La más pequeña es de una bota Ecco —añadió.

—Una marca muy corriente, por lo demás —dijo Arne—, pero tenemos un punto de partida.

—Lo tenemos. Y una cosa más: por una cuestión de protocolo debemos registrar las llamadas con teléfono móvil en la zona de Fjellberghavn la noche del asesinato y la tarde anterior. Poneos en contacto con las compañías y pedid los listados de los móviles. El resto de las tareas pendientes quedan relegadas de momento, salvo que suceda algo especial. ¿Alguna pregunta? —Nadie respondió y el inspector se puso de pie. Contempló a los tres investigadores—.

¿Quién de vosotros tiene mayor rango?

Los investigadores se miraron y uno de ellos levantó el índice.

—Creo que sería yo —dijo.

—En ese caso, estarás a cargo en mi ausencia —dijo Ole, sonriente—. Recurre a Arne, conoce el caso.

El investigador asintió.

—Bien, levantamos la reunión. —Ole miró a Cecilie—. Será mejor que nosotros nos pongamos en marcha.

Fueron de inmediato a la propiedad de Holgersen y la precintaron con el sello de la policía. Había caído una fina capa de nieve en polvo desde la última vez, y el contorno de las pisadas estaba casi borrado. No había nuevas huellas a la vista.

Andreas Nilsen les abrió en esta ocasión en Strandveien, número 5. Desplegó una gran sonrisa al verlos, pero sus dientes irregulares estropearon la impresión general.

—Bueno, lo que hay que ver. La bella y la bestia —dijo con una risa rasposa. —Ole lo taladró con la mirada, pero evitó contestar—. Unni, cariño —llamó desde el recibidor—. El inspector ha vuelto. Él y la joven agente, la que está buenísima. —Miró de soslayo a Cecilie y le guiñó un ojo—. Entrad, entrad.

Pasaron por su lado. Unni salió de la salita para recibirlos, sonriente, mientras se secaba las manos en un delantal. El aroma a pan recién horneado llenaba la estancia.

—Uf, no hagáis caso a Andreas, es imposible —excusó a su marido—. Siempre ha sido así, he desistido de educarlo.

Andreas sonrió entre dientes y señaló hacia la sala de estar.

—Sentaos —invitó—. ¿Os apetece algo? ¿Café, tal vez? ¿O una taza de té?

Ole negó con la cabeza y se sentó.

—No gracias —dijo educadamente—. Debemos seguir nuestro camino enseguida. Por lo demás, quería daros las gracias por haberos puesto en contacto con nosotros. Puede que resulte ser fundamental.

—¿De veras? —sonrió Unni, orgullosa—. Me alegro de oírlo.

Andreas la miró con desconfianza.

—Ahora ese tipo quedará libre —dijo, malhumorado—. Ya te dije que debíamos callarnos la boca.

—Andreas, por favor —lo amonestó Unni, que dedicó al inspector una mirada cargada de desesperación.

Cecilie sacó el cuaderno y se preparó para tomar nota.

—Nilsen, ¿podrías darnos una idea del motivo de tu animadversión contra Holgersen? —empezó Ole sin ambages.

—Lo intentaré. —Andreas pasaba la mano, distraído, arriba y abajo, por el apoyabrazos—. Esta propiedad fue en su día de mis abuelos —dijo despacio—. Aquí había una granja, que llegaba hasta el mar y seguía hacia el interior, donde está hoy Strandveien. Allí también pescaban. Los tiempos empeoraron y, para completar sus ingresos, padre vendió parcelas junto a la costa.

—En aquella época había mucho interés por esta playa entre la gente de ciudad que quería hacerse con una cabaña en el campo —añadió la señora Nilsen.

Ole asintió con la cabeza.

—Padre se quedó con una parcela aquí abajo —siguió Andreas—. Ahí teníamos la caseta para las barcas y un embarcadero bien sólido para el pesquero. No necesitábamos más. El resto de la costa no se podía cultivar, pero aún teníamos acceso al mar y todo era idílico. Hasta que Ingolf Holgersen compró la cabaña vecina a nuestra parcela, ahí abajo. Se acabó la paz.

—¿Y eso?

—Yo entonces tenía diecinueve años —siguió Andreas—, y era lo bastante mayor como para comprender que mi padre se mataba a trabajar para sacarnos adelante. A la vez, ese… chatarrero empezó una ofensiva sistemática contra la familia Skarstein.

—Para comprar, quiere decir. Por el otro lado, los Skarstein eran los vecinos más próximos a Holgersen —explicó Unni.

—Eran buena gente. —Nilsen miró a Ole con dureza—. Una familia de

cuatro miembros, y lo único que le pedían a la vida era un lugar pacífico en el campo donde pasar las vacaciones. Se cansaron tanto del acoso de Holgersen que acabaron por rendirse y se mudaron. Ya no podían más. Tenían una bonita cabaña, de lo más acogedora. Holgersen la tiró y puso césped.

Unni agarró a su marido del brazo.

—No te alteres, Andreas mío —lo tranquilizó—. Se lo podía permitir, que no se te olvide. Y seguro que les pagó bien.

—¿Permitírselo? —Andreas parecía estar a punto de perder los estribos—. ¡Eso no es excusa para aplastar a la gente, joder! —Ole sonrió, conciliador—. Cuando acabó con los Skarstein, siguió con los Sigvartsen —dijo Andreas.

—Los que estaban a continuación —aclaró Unni.

—Sí —a Nilsen le costaba hablar—, pero no se contentó con eso y le llegó el turno a mi padre.

—¿Quiso comprar su parcela costera también?

—Sí. Quería la caseta para las barcas y el muelle, porque, tanto en su cabaña como en las otras dos parcelas que se había agenciado, el acceso al mar era bastante abrupto.

Ole miró por la ventana sin darse cuenta. Medio escondido por los abetos de la finca de Holgersen, apenas se distinguía el contorno del techo de la caseta de las barcas.

—El hombre aprovechó sin piedad las dificultades económicas de padre —siguió Andreas—. Nunca supe qué paso exactamente, porque mi anciano padre no quiso hablar de ello, pero Holgersen lo tenía pillado, eso lo comprendí. —Nilsen se pasó un puño rudo y algo tembloroso por la barbilla—. Es probable que mi padre fuera tan tonto como para dejar que Holgersen le prestara dinero, con la parcela de la costa como garantía.

»El caso es que, un día, de pronto, el embarcadero y dos decáreas pasaron a manos de Holgersen. —Andreas tragó saliva un par de veces —. Fue un… un *atraco* legal —prosiguió con voz llorosa—. Una buena parcela, llana y valiosa, dos decáreas de costa, con una estupenda caseta para barcas, un embarcadero bien sólido y una cala para bañarse, confiscados. —Abrió los brazos y respiró con dificultad—. Después de eso, de repente, ya no teníamos acceso al mar; nosotros,

que habíamos sido propietarios de toda la playa de la zona. Hubo que llevar el pesquero al puerto y, al cabo de un tiempo, lo vendió. No sé qué pasó después. En esa época, nuestra vida se fue al traste.

—¿Y responsabilizas a Ingolf Holgersen de ello? —intervino Cecilie.

—Pues claro que le echo la culpa a Ingolf Holgersen, joder.

Andreas Nilsen estaba muy exaltado, y su mujer le puso una mano en el brazo para calmarlo.

—¡Tiene la culpa de todo! —añadió Nilsen, casi ahogándose. Sacó un pañuelo y se sonó la nariz—. Mi padre, que creía en la bondad del ser humano, era una presa fácil. Fue un auténtico timo. Como ya he dicho antes, le costó la vida.

—Andreas, cielo, vamos a calmarnos —dijo Unni, preocupada, y le apretó la mano.

Él se soltó con suavidad.

—No he acabado —siseó entre dientes—. Hay más —dijo mirándolos —. ¿Queréis oírlo?

—Continúa —asintió Ole.

Andreas tomó aire, se inclinó hacia delante y entrelazó las manos mientras miraba con intensidad a Ole.

—Padre creyó que tal vez podrían prestarle o alquilarle su propio pequeño embarcadero ahí abajo. —Soltó una risa hueca—. ¡Hace falta ser inocente! Cuando fue a hablar con Holgersen, lo recibió con una lluvia de acusaciones y lo espantó como si fuera un perro.

—¿Qué clase de acusaciones?

—Holgersen aseguró que padre se había tumbado en el jardín por la noche para disparar hacia su casa —Andreas tenía los ojos húmedos —, y que lo quería matar. —Cecilie y Ole intercambiaron una mirada —. Luego le advirtió de que nunca más se presentara allí —siguió Andreas, humillado—. Una vez me despisté y me acerqué al embarcadero, como tenía por costumbre, y entonces vino ese loco a perseguirme con un palo grandísimo, gritando que sabía que tanto mi padre como yo lo queríamos matar. —Andreas respiraba con dificultad—. Una locura.

—¿Fue más o menos por la misma época?

—Sí, puede que sí. Ya os podéis hacer una idea de lo humillante que fue, yo era joven, apenas adulto, y siempre me había sentido unido a esa joya costera. Era una parte natural de mí, parte de mi alma. Y lo sigue siendo, a pesar de que no he vuelto a poner los pies en ella desde entonces. —Andreas tenía una mirada soñadora—. Tantos recuerdos, tantas alegrías —dijo en voz baja—. Un paraíso para los niños, con una bajamar que se podía explorar hasta el infinito, con maragotas y peces lobo que los chicos podíamos pescar desde el muelle y guardar en un cubo. —Esbozó una sonrisa—. Y entonces, de repente, un día me sale al paso un hombre histérico con una vara de madera, que me insulta gravemente en mi tranquilo paraíso ¡y me espanta como si yo fuera una alimaña! Fue un *shock* terrible. Lo peor de todo fue que, cuando nos lo volvimos a encontrar, nos saludó y fue educado, incluso amable, como si no hubiera pasado nada. ¡Menudo caradura!

Unni lo cogió por el brazo.

—Ya es suficiente, Andreas.

—¿Creéis que Ingolf podría haber estado enfermo, por ejemplo? —dijo Ole en tono vago.

—Pues tendría que ser de la azotea. —Andreas hizo una mueca y se golpeó la sien con el dedo índice.

—Comprendo. —Ole miró a Cecilie, que tomaba notas concentrada, y esperó a que terminara—. ¿Qué hay de Olav? ¿Su relación con Holgersen es igual de tensa?

—Sí, pero aquí todos los niños huían de Ingolf como de la peste —explicó Unni—. Le tenían miedo. Era como muy inestable. A veces era majo y otras no. Preferían mantenerse alejados. Eso siguen haciendo los niños ahora, por cierto. En realidad, Holgersen da pena. Eso opino yo.

La cara de Andreas se contrajo en una mueca.

—¿Pena? —escupió—. Este tipo no da ninguna pena, joder. Es él quien tendría que estar muerto, no su pobre e inocente ama de llaves.

—¿Conocíais a la señora Moene?

—Yo la conocía —respondió Unni Nilsen—. Una gran señora. Nos dio

la sensación de que Holgersen la trataba bien. De hecho, trabajó para él antes de que Ingolf se casara. Durante los últimos años nos pareció que tenían una relación más cercana.

—Bah, en los últimos años —resopló Andreas—. Cuenta las cosas como son, Unni: ha estado liado con esa mujer toda la vida. También mientras vivió su esposa.

—¿Helga Moene tiene un hijo? —intervino Cecilie.

Unni asintió.

—Un buen chaval al que le ha ido bien, creo.

—Sí, que se marchó de casa a los dieciséis años —escupió Andreas—. Seguro que no aguantaba más, si quieres saber mi opinión.

—¿Quién era el padre?

—Parece ser que un romance de juventud —respondió Unni.

—Debería haberse quedado con ese —soltó Andreas—. Así, a lo mejor, habría tenido una vida.

—Venga, déjalo ya. —Unni le dedicó una mirada crítica—. Ingolf y Helga estaban bien juntos, ya te digo. Ella sabía cómo llevarlo.

Ole se pasó la mano por la barba.

—¿Cómo creéis que fue la infancia de Cato?

—A mí me daba la sensación de que estaba sometido —respondió Andreas en tono ácido—. Solía andar por aquí y jugar solo. Tenía pocos amigos.

—Pero era un niño estupendo —apostilló Unni, y le dedicó una mirada severa a su marido.

—¿Sabéis cómo era su relación ahora?

—Holgersen ha despreciado a su hijo desde el día en que dijo que no se haría cargo del negocio —respondió Andreas—. Por aquí lo sabe todo el mundo. Para alguien como Holgersen, que cree que todo se trata de dinero, fue incomprensible que eligiera una sencilla profesión como la de policía, cuando podría haberse hecho cargo de un negocio millonario.

Se hizo el silencio alrededor de la mesa. Cecilie tomaba notas como si le fuera la vida en ello.

—Enseguida acabaremos —dijo Ole al cabo de un rato—. Antes, tengo que preguntaros a los dos si tenéis alguna idea de quién ha podido hacerles algo así a Ingolf y a Helga.

Unni negó con la cabeza.

—Al menos no a Helga.

—En el caso de Ingolf, se me ocurren cientos —dijo Andreas con dureza.

—Comprendo —asintió Ole—. Vale, lo vamos a dejar aquí. Esta no ha sido una toma de declaración oficial, lo quiero dejar claro, y prepararemos un informe con lo más destacado cuando volvamos a la oficina. Pero quiero que estéis preparados para que se os cite a prestar declaración formal más adelante.

—No hay problema —sonrió Unni, colaboradora—. ¿Cuándo queréis que vayamos?

—Os llamaremos llegado el caso.

Andreas se inclinó hacia delante y miró a Ole a los ojos.

—Te voy a decir una cosa, inspector. —Levantó el dedo índice—. Si vas a tomarles declaración a todos los que desprecian a Holgersen tanto como yo, y que tengan un motivo para vengarse, espero que dispongas de muchísimo tiempo. —Con una mueca, Andreas dejó al descubierto sus dientes torcidos—. Solo puedo desearte suerte.

Capítulo 15

En el coche, Ole miró pensativo a Cecilie.

—Una conversación positiva —comentó, lacónico.

—Sí. Imagínate tener una relación así con tu vecino, Ole.

—Sí, que Dios me libre. —La miró, sombrío—. Lo peor es que su aversión puede estar basada, en parte, en ignorancia y malentendidos. Está claro que estos dos no sabían nada de la desgraciada enfermedad de Ingolf. Ahí estábamos, pudiendo explicarles casi todo, maniatados por nuestra obligación de preservar la confidencialidad.

—Bastante frustrante, sí.

Ole miró distraído por la ventanilla del coche.

—Y un asunto siempre tiene dos caras —añadió, moviendo la cabeza.

—¿Qué quieres decir? —Ella lo miró, expectante.

—El viejo Olav Nilsen bebía tanto que a punto estuvo de perder la granja y las tierras y, de hecho, Ingolf intentó ayudarlo en aquella ocasión.

—¿Dejando que se endeudara?

Asintió, pensativo.

—Recuerdo haber leído en la vieja documentación que sin pagos a cuenta y con la parcela como garantía, eso sí. Si no recuerdo mal, fue Olav quien fue a ver a Ingolf y le ofreció vender porque necesitaba el dinero. Ingolf no fue duro. Olav estaba muy apurado e Ingolf pagó por encima del precio de mercado.

—Entonces, ¿Andreas miente?

Ole tardó en responder.

—Bueno… mentir mentir… Fue una situación terriblemente humillante para la familia Nilsen, no lo olvides. Todo el mundo tiene instinto de supervivencia. Consciente o no, tal vez convirtieran a Ingolf en cabeza de turco del horrible y lamentable destino de Olav. Luego se han refugiado en esa explicación a lo largo de los años para conservar su autoestima.

—Pero ¿los métodos de Ingolf le costaron la vida a Olav?

Ole negó con la cabeza, resignado.

—Murió de un fallo hepático debido a un prolongado abuso del alcohol.

—Madre mía, ¿qué clase de gente es en realidad la familia Nilsen?

—Decentes, honrados y trabajadores, igual que la familia Holgersen.

—¿Crees que alguno de ellos está implicado, Ole?

—Todo es posible, pero, en ese caso, no creo que Andreas hubiera sido tan elocuente con el tema de su antipatía. Casi se podría decir que nos ha regalado un móvil.

—Sí, supongo que, si tuviera algo sobre su conciencia, se habría contenido —le dio la razón Cecilie—. En eso estoy contigo. ¿Y Unni?

—¿Crees que ha corrido por el jardín de Holgersen vestida con un chándal negro y agitando una pistola? —La miró y se echó a reír.

—No, solo estaba pensando en voz alta —replicó ella—. ¿Qué hay de su hijo?

—¿Olav? —Ole lo pensó—. Sin duda, tendremos que examinarlo con más detenimiento. Dudo mucho que se criara sin dejarse influir por la postura de su padre. Nunca se sabe lo que la gente se guarda dentro: las ideas de venganza pueden perseguirte durante años.

Cecilie asintió y se quedó sentada, mirándolo mientras hacía memoria.

—Cuando fui a ver a Olav el día del asesinato, me dijo que había intentado varias veces que Ingolf le vendiera el terreno —dijo despacio—. Lo rechazó en todas las ocasiones, eso dijo. Me pidió que se lo ocultara a sus padres, porque su sueño era recomprar el terreno para ellos un día ydarles una sorpresa.

—Interesante. —Ole arrancó el motor—. Volvamos a la base y pongámonos en marcha.

En la comisaría rural, Arne y los tres investigadores se encontraban en plena actividad. Dos de ellos hablaban por el móvil, sentados a la mesa de reuniones,, mientras que Arne y el tercer investigador habían dibujado un croquis de la propiedad de Holgersen en la pequeña pizarra de la pared. Estaban marcando unos puntos en distintos

colores.

Ole miró con curiosidad la pizarra.

—¿Son las huellas?

—Sí. Creo que ya las tenemos todas controladas. —Arne sonreía satisfecho.

—Bien. Luego lo veremos. ¿Qué más tenemos?

—Estamos comprobando los datos personales del hijo de Helga Moene —respondió Arne—. También hemos ido a la Zapatería Moderna, de Hovedgata, con las fotos de las huellas en la nieve. Le hemos pedido al dueño que averigüe de qué marca son las tres suelas y el tipo de calzado, y que nos llame.

Ole asintió con aprobación.

—¿Has sabido algo del laboratorio?

—No, todavía no.

El inspector se aproximó a la pizarra, donde Cecilie estudiaba el croquis.

—¿Ves algo?

Ella negó con la cabeza.

—Os lo explico. —Arne se situó junto a la pizarra y agarró un puntero. Era la primera vez que asumía un papel tan protagonista en un crimen tan serio y estaba exultante—. Como sabéis, dejaron unas cuantas marcas de pisadas en la capa de escarcha de la propiedad de Holgersen la noche del asesinato. Según el Instituto Meteorológico, cubrió el terreno a partir de las doce. Eso quiere decir que hemos conseguido, con seguridad, las huellas de la noche del crimen, pero no las de la tarde anterior. —Ole asintió—. Tenemos una idea bastante precisa de las pisadas y sus movimientos —prosiguió Arne, que señaló el plano—. Después de haber eliminado las de los investigadores, las de Charlotte y las de Helga Moene, nos quedan tres pares de huellas, todas del número 42.

»Las que están marcadas en verde son de los zapatos de casa de Ingolf Holgersen; las rojas, de los de Cato. Llevaba unas botas de senderismo corrientes, con un característico dibujo en la suela. La pisada que está

marcada en azul es de un par de deportivas para correr de la marca Adidas que aparecieron en el vestidor de Holgersen. Tienen un rasguño característico en la suela de la zapatilla derecha. Podéis verlo en las fotos que están sobre la mesa.

—¿Qué más? —dijo Ole.

—Ahora llega lo interesante —prosiguió Arne, animado—. Puesto que todas las huellas se pueden asociar a zapatos que se encontraron en casa de Holgersen, concluimos que, probablemente, ningún intruso accedió a la propiedad.

Ole asintió.

—Ingolf podría haber salido primero en zapatillas, haber vuelto a entrar para cambiarse de calzado y volver a salir.

—Sí. Pero ahora que suponemos que el hombre vestido de oscuro de verdad estuvo allí, las cosas se ven de manera algo diferente —siguió Arne con una sonrisa astuta—. Porque, si es así, las marcas de estas deportivas son las únicas que pudo dejar. No hay otras. —Señaló el croquis con el puntero.

—¿Dónde están ahora los zapatos? —preguntó Cecilie.

—Se devolvieron a la vivienda en cuanto los técnicos acabaron de inspeccionarlos —respondió Arne, y pensó un instante—. No, espera, creo que se los entregaron a Cato.

—¿El informe dice algo más de las zapatillas? Me refiero a algún otro detalle.

—Solo que son nuevas —respondió Arne—, y que han encontrado restos en las suelas que podrían ser del jardín. Y, como ya he dicho, la derecha tenía una grieta.

Ole observó el dibujo de la pizarra.

—Los encontraron dentro de la casa de Holgersen —repitió—. Guardados, hum…

Pasó un buen rato asimilando la información. Luego se volvió hacia ellos, con el rostro muy serio.

—Buen trabajo, Arne —dijo—. Vamos a sentarnos y a hacer un repaso general.

Esperaron a que los investigadores terminaran de hablar por teléfono, luego se sentaron todos alrededor de la mesa de juntas. Ole se acercó los informes y las fotos.

—¿Me podéis poner rápidamente al día? —dijo dirigiéndose a los dos investigadores.

—Zapatería Moderna necesita un poco más de tiempo, nos devolverán la llamada en una hora, más o menos —respondió uno de ellos.

—Gracias. —Ole miró al otro policía—. ¿Qué hay del hijo de Helga Moene? ¿Sabemos ya algo más de él?

Asintió.

—Petter Moene tiene cuarenta años y trabaja como agente de seguros en Bergen. Casado, dos hijos, un niño de diez y una niña de doce. Vive en Flaktveitåsen, número 22, en Flaktveit, Åsane, al norte de Bergen. No tiene antecedentes penales. Su número de teléfono…

—Muchas gracias. —Ole sonrió y lo detuvo con un movimiento de la mano—. De momento, será suficiente.

Los interrumpió Eva Lien, que abrió la puerta y entró con cuidado.

—*Sorry* si molesto, pero me acaba de llegar un correo con esto. —Se inclinó por encima de Ole y dejó unos papeles sobre la mesa.

—¿Son del laboratorio? —preguntó Cecilie, impaciente.

—Sí, eso parece. —Ole lo leyó, alterado. Se quedó un buen rato con las cejas fruncidas, estudiando las hojas, mientras, de vez en cuando, retrocedía y avanzaba con un gruñido.

—¿Qué pone? —soltó Cecilie, impaciente.

Ole ordenó los papeles y levantó la vista.

—Es como pensábamos —dijo en tono hosco—. Tenemos una identificación positiva. Cuatro páginas de blablablá, pero la conclusión es indiscutible: se han encontrado pequeños fragmentos de madera entre los materiales aspirados en la escalera, y concuerdan con la madera del taco que encontró Birk. —Miró los papeles—. Era roble, una madera especialmente dura, como todos sabemos.

—¿Y la bala? ¿También la encontraron? —preguntó Arne.

—Sí. —Ole volvió a concentrarse en el informe—. Vamos a ver…, con toda probabilidad, era un calibre 38, algo deformada… La envían a la Policía Judicial para que la investiguen a fondo. —Levantó la vista—. Puede que tarde un poco, pero, mientras tanto, al menos sabemos qué buscamos.

—Un arma, calibre 38 —asintió Arne.

—Sí. —El inspector tamborileó la mesa con los dedos, inquieto—. Vale —se incorporó—, o sea, que hay nuevos factores que debemos tener en cuenta. Hagamos un resumen y luego decidiremos qué rumbo seguir a partir de ahora. —Pasó las páginas del cuaderno—. En cuanto a la familia Nilsen: Olav, el hijo, estaba en casa el fin de semana de los sucesos. Cecilie, ¿tú hablaste con él el día del asesinato?

—Sí, cuando mataron a la señora Moene estaba durmiendo, eso dijo, y lo mismo dijeron sus padres.

—¿Y la noche anterior, cuando esa figura se dejó ver por primera vez?

—Estaba en el cine. La sesión de las siete.

—¿Solo?

—Sí.

—En otras palabras: si nadie lo ha visto, no tiene coartada para ninguna de esas horas.

—Se lo pregunté —asintió—. Entró, se sentó sin hablar con nadie y, al terminar la película, se fue derecho a casa de sus padres, en Strandveien.

—Puede que alguien lo viera, habrá que volver sobre el tema en la próxima fase si resulta necesario. Y luego está eso de la oferta de compra.

Cecilie asintió y explicó lo que Olav le había contado sobre sus intentos por recomprar la propiedad de Holgersen.

—¿Ese podría ser un móvil? —preguntó Arne.

—¿Qué habría conseguido Olav volviendo loco a Ingolf y matando a su ama de llaves? —comentó Cecilie, escéptica.

—No le facilitaría la compra, desde luego —replicó Ole—. Luego está el hijo de Helga Moene, Petter. Debemos ponernos en contacto con él

para acordar una cita. Arne, pídele a Eva que se ocupe. Cecilie y yo podríamos ir a Bergen mañana, o pedirle a Moene que venga aquí. Nos haríamos cargo de los gastos del viaje.

Arne Thorsen tomaba nota.

Ole revisó la documentación y levantó la vista.

—En cuanto a las pisadas del exterior, hagamos un resumen: tenemos un par de zapatillas propiedad de Ingolf, un par de botas de senderismo propiedad de Cato, y un par de deportivas, tipo Adidas, que usó el hombre de oscuro. Todos de la talla 42. Puesto que estos últimos han aparecido en el interior de la casa de Holgersen, el sospechoso, el de oscuro, tuvo acceso a la vivienda. La cuestión es ¿quién lo tiene? —Abrió los brazos y respondió a su propia pregunta —: Según Cato, nadie, salvo él mismo.

Se hizo un silencio alrededor de la mesa.

—Si es así, el caso está claro —constató Arne con franqueza.

Ole asintió.

—Por desgracia, no lo podemos descartar, y está claro que Cato nos debe una explicación. Pero no olvides que es policía —añadió, y golpeó la mesa con el dedo índice—. Si de verdad fuera culpable, digo yo que jamás habría dejado los zapatos en el interior de la casa para luego contarme que es el único que habría podido hacerlo.

—¿Quieres decir que alguien más tiene acceso a la vivienda? —preguntó Cecilie.

—No es raro que se extravíen unas llaves. —Ole se encogió de hombros.

—Pero el viejo Holgersen es un maniático de la seguridad —objetó Cecilie—, Cato me lo contó. Si Ingolf hubiera perdido la llave, habría cambiado la cerradura.

—Sí, desde luego —sonrió Ole—, pero no es seguro que lo supiera. Cato podría haber perdido la suya, ¿no? —El inspector mostró, durante unos instantes, la mirada perdida—. Ahora entiendo lo que ha querido decir esta mañana.

Cecilie lo miró con curiosidad, y lo mismo hicieron los demás.

—Ha dicho, y lo ha hecho con voz temblorosa: «Confío ciegamente en ti. De hecho, eres lo único a lo que puedo aferrarme». —Los miró, sombrío—. No me extraña que lo dijera. Supongo que sabe el cariz que está tomando esto.

El inspector salió a recepción y le pidió a Eva que llamara al doctor Petersen a la policlínica psiquiátrica del hospital comarcal.

—Tenemos unas preguntas para Ingolf Holgersen a las que no obtuvimos respuesta cuando estuvo enfermo —dijo—. Pregúntale si podemos pasarnos por allí.

Eva asomó la cabeza por la puerta poco después.

—Puedes visitar al paciente cuando quieras, Ole. Parece que está en buenas condiciones y se comunica bien, eso dice el director médico. Dará aviso al personal del área de que vais a ir.

Mientras Ole y Cecilie iban camino del hospital, Ole llamó al intendente Bårdsen y lo puso al día con rapidez.

—Hum. —Bårdsen se quedó en silencio unos instantes—. Pues, en otras palabras, Cato Holgersen tiene que dar unas cuantas explicaciones —concluyó—. ¿Cuánto crees que mide?

Ole lo pensó un poco.

—Bueno…, puede que uno noventa. Podemos obtener el dato exacto de los archivos de recursos humanos.

—Así es. Habéis precintado la vivienda, ¿cierto?

—Sí.

—Bien. Mañana por la mañana mandaré a un par de técnicos para que la revisen a fondo. La última vez no se inspeccionó el interior de la casa, que yo recuerde.

—No, así es.

—Me ocuparé de ello. Luego está Cato Holgersen: hay que tomarle declaración. Voy a planteárselo al superintendente y volveré con instrucciones más concretas. Supongo que Asuntos Internos se ocupará. Por cierto, ¿sabes lo que valía el viejo chatarrero?

—¿Valía? —Ole dudó—. ¿Quieres decir a cuánto ascendía su fortuna? Bueno, supongo que era bastante acaudalado, pero…

—¡Cincuenta millones de coronas! —a Bårdsen le temblaba la voz—, y eso sumando solo lo que tenía en las cuentas. Hay acciones y otros valores que todavía no tenemos localizados, por no hablar de su finca, que vale una fortuna, seguro que más de cinco millones. Puede que cerca de diez.

—¿Crees que es un posible móvil?

—Por supuesto. Cato es su único heredero, ¿no? Sabes tan bien como yo que el afán por el dinero es lo que más mueve a las personas. Si nos olvidamos del instinto sexual, claro, je, je. Y la envidia.

—Me atrevo a mencionar que Ingolf Holgersen sigue muy vivo —dijo Ole con cautela—. Cato será su heredero, en cualquier caso. No necesita volverlo loco ni asesinar para lograr su fortuna.

Bårdsen suspiró.

—Es muy probable que incapaciten a Ingolf Holgersen —dijo con retintín—. Su fortuna será controlada por la administración y se le asignará un tutor, que estará bajo el control de un consejo que deberá aprobar cualquier disposición. En condiciones normales, el consejo tutor no se opondrá a que el heredero reciba generosos anticipos para cubrir sus gastos corrientes, siempre que la fortuna no se vea menoscabada, algo que aquí difícilmente ocurrirá. Además, esa estupenda propiedad no puede quedarse vacía, como comprenderás, así que Cato y su esposa se mudarían derechitos a una vida de lujo. En la práctica, ya son multimillonarios. La alternativa habría sido esperar durante años. Hoy en día la gente vive hasta los cien.

—Conozco a Cato —replicó el inspector con voz tensa—. Tiene malos recuerdos de su infancia allí y dudo mucho que quiera mudarse a esa casa. Tampoco es materialista. El dinero no le interesa.

—Tonterías —respondió Bårdsen—, el dinero le interesa a todo el mundo. Respeto que despliegues tus alas protectoras sobre tu gente, Vik, pero estás pecando de inocente.

Colgó con un clic.

Mientras se bajaban del coche, sonó el móvil de Ole.

—Inspector Vik.

—Soy la enfermera Kristin —sonó una cordial voz de mujer—, de la policlínica de Psiquiatría del hospital comarcal. Llamo por una visita a

uno de nuestros pacientes.

—Sí —respondió Ole, y echó un vistazo rápido a su reloj—. Ya estamos en la puerta.

—Lamento decirles que tendrán que posponerlo —dijo la enfermera Kristin con firmeza—. El paciente ha tenido una recaída severa y me temo que no está en condiciones de recibir visitas. Lo siento mucho.

Ole suspiró.

—Entonces, será mejor que volvamos mañana —propuso.

—Me temo que no —respondió la enfermera Kristin—. Por lo que sé del paciente, dudo mucho que vaya a estar en condiciones de recibir visitas en mucho mucho tiempo.

Capítulo 16

Cecilie y Ole se metieron en el coche y se miraron desanimados.

Ole cerró dando un portazo.

—Pues esto interfiere con nuestros planes —dijo, decepcionado—. Hay algunos detalles de los que me gustaría tener más información: por ejemplo, qué ocurrió la noche que Ingolf saltó por la terraza, cuál fue el factor desencadenante que lo llevó a saltar. Tenía la esperanza de haber obtenido respuesta a todo eso ahora.

—Estoy de acuerdo —asintió ella—, ha sido una faena.

Él se quedó mirándola.

—Oye, Cecilie —se llevó la mano a la barriga—, me niego a hacer nada más sin antes comer algo. ¿Tú también tienes hambre?

—Sí, sí —sonrió ella con amabilidad, a pesar de que hacía rato que se había comido el sándwich que se había traído de casa, estaba saciada.

Ole sonrió entre dientes y puso en marcha el motor del coche.

—Próxima parada: el quiosco de Per. Yo invito.

Cecilie pidió una ensalada pequeña y un vaso de agua; Ole, pollo con ensalada y aliño. Se lo tragó con buen apetito y lo pasó con una cola. Cecilie lo miraba con ojos como platos.

—¿Estaba bueno? —Esperaba haberlo dicho con la ironía justa para que él no se ofendiera.

Ole se secó la boca con una servilleta.

—Sí, gracias —dijo riéndose—. Pero, si te soy sincero, podría haberme comido otro. —Lo miró sorprendida porque alguien tuviera tal apetito. Él interpretó la expresión de su cara—. Ya lo dejo —rectificó—. ¿Estaba buena la ensalada?

Ella se echó a reír.

—Estaba rica. Muchas gracias, Ole.

Se quedaron mirando un rato por la ventana, cada uno sumido en sus pensamientos. Cecilie encendió un cigarrillo.

—¿No resulta un poco extraño que Ingolf haya tenido una recaída repentina justo ahora que íbamos a hablar con él? —preguntó a la vez que inhalaba y dejaba que el humo se deslizara entre sus labios.

—Sí. No me gusta. —La miró extrañado—. No sabía que fumabas, Cecilie.

Ella se echó a reír.

—¿Crees que soy un dechado de virtudes? —Se echó el cabello a la espalda y lo miró, divertida.

—Eh, no, pero, para serte sincero, no tenía ni idea de que hicieras una cosa así —dijo, sorprendido—. Tú que eres tan… saludable.

—Fumo algunas veces, cuando estoy en buena compañía —respondió con una sonrisa y mirándolo de soslayo—. Pero nada de puros habanos.

Inhaló de nuevo. Él la observó. Había algo en una mujer fumadora, algo en su manera de sujetar el cigarrillo entre las puntas de los dedos índice y medio. Algo femenino. No el hecho en sí de fumar; no, no, sino la ceremonia que conllevaba, en especial los movimientos.

Suspiró. Cecilie resultaba femenina hiciera lo que hiciera. Hilde también fumaba y era igualmente femenina. Lo era siempre, la verdad. La mirada de Ole se tornó soñadora.

—¿No dijo el jefe de servicio que Ingolf presentaba una evolución positiva? —interrumpió Cecilie, frunciendo el ceño, preocupada.

—¿Eh? —Dio un respingo—. Sí, como ya he dicho, no me gusta —respondió—. Tendremos que valorar la situación y volver a hablar con el director médico más adelante. Puede que Ingolf haya tenido una recaída al enterarse de que íbamos para allá. Quién sabe.

Cecilie condujo de regreso a la comisaría de la policía local. Cuando se desviaron hacia Havnegata, el móvil de Ole sonó de nuevo. Lo sacó mientras observaba la pantalla, sin reconocer el número.

—Inspector Vik.

—Hola, Ole —sonó la voz de Hilde. Su corazón se alteró—. Soy yo.

Ole se enderezó en el asiento.

—Sí, hola, hola, qué agradable sorpresa. ¿Cómo estás?

—Muy bien, gracias. He pensado que, bueno, tenemos pendiente una excursión. Tal vez podríamos volver a intentarlo un día de estos.

—Sí, sin falta. —Ole sonrió al teléfono y miró de reojo a Cecilie, que lo observaba—. Ahora mismo tenemos mucho que hacer, así que tendría que ser este fin de semana. ¿Qué tal te va el sábado?

—El sábado me viene perfecto —zanjó ella—. Nos encontraremos arriba, en Ramnes, a las diez.

En la comisaría los esperaban expectantes. Ole les aclaró enseguida que no habían podido llevar a cabo la visita.

—¿Alguna novedad por aquí? —Se sentó a la mesa de reuniones.

—Sí —Arne se dejó caer a su lado—, nos han respondido de Zapatería Moderna y de G-Sport. La verdad es que se han esforzado mucho por ayudarnos, y creen haber determinado con muy poco margen de error qué marca de botas han dejado las huellas en la nieve, al menos las dos más pequeñas.

—Cuéntame. A Ole se le iluminó la cara—. No te pierdas esto, Cecilie —añadió llamándola con un gesto de la mano.

Ella se acercó y se sentó con ellos.

—La bota Ecco, la más pequeña, que ya hemos identificado, es adecuada para un niño de unos diez o doce años —empezó Arne—, o una niña de esa misma edad, tal vez un poco mayor. Lo venden en Zapatería Moderna y se puede adquirir en marrón, verde y rojo. La de talla intermedia es de la marca italiana Crispi, la comercializa G-Sport. Es una bota de senderismo de piel marrón, talla 38. Una talla muy frecuente entre mujeres y que, por supuesto, también podría ser de un niño crecido.

—¿Y la de mayor tamaño? —preguntó Cecilie. Acercó la foto que estaba sobre la mesa y le echó un vistazo.

—No la comercializa ninguno de ellos, así que, de momento, está sin identificar —respondió Arne—. Pero es del número 42.

—¿Un cuarenta y dos? —Ole gimió—. ¿Otra vez?

Arne no pudo evitar reírse al ver la cara que ponía.

—Supongo que eso significa que se trata de la misma persona en este

caso también.

—Podría ser, Arne. Veamos: dos pares de botas de talla más pequeña se venden aquí, en Fjellberghavn, mientras que la más grande no. —Ole movió la cabeza, pensativo—. Bien. ¿Sabemos algo más de las huellas de los neumáticos?

—Pueden proceder de varias marcas de coches. Ahora mismo lo estamos comprobando con más detalle entre los importadores —respondió Arne—. Nos han prometido que nos responderán a lo largo del día.

—Bien —sonrió Ole, satisfecho—. ¿Algo más?

Arne asintió.

—Cecilie y tú os vais a Bergen mañana, en avión.

—¿Así que Petter Moene no vendrá aquí?

—No, nos ha rogado no tener que hacerlo porque tiene mucha carga de trabajo. Hemos acordado que un coche patrulla os recogerá en el aeropuerto de Flesland para trasladaros a Solheimsviken, donde tiene su oficina.

—Hum. Es agente de seguros, ¿cierto?

—Sí. Moene nos dijo que están en el solar que antes ocupaban los astilleros de Bergen. Hoy en día es un parque empresarial. Es fácil llegar. Él está en el tercer piso y podéis preguntar por él en la entrada. Tengo aquí una nota con la dirección. —Se detuvo un momento, se estiró por encima de la mesa, agarró una taza de plástico y la llenó de café de un termo—. ¿Queréis un poco? —Cecilie dijo que no, mientras que Ole asintió, y el suplente llenó otra taza y se la puso delante—. El hombre ha puesto muy buena voluntad —siguió Arne—, pero me preguntó si podríais ser discretos, que vayáis vestidos de civil, si es posible, puesto que vais a visitarlo a su puesto de trabajo.

—Debemos respetar su deseo. —Ole bebió un trago y miró sonriente a Cecilie—. Mañana nos toca vestirnos de gente normal —rio entre dientes.

Ella se echó a reír.

—Por fin una jornada laboral en minifalda y escote pronunciado —replicó con un coqueto movimiento de cabeza.

A las once menos diez del día siguiente, Cecilie y Ole salían de la terminal del aeropuerto de Flesland, donde los esperaba un coche patrulla de la policía de la región de Hordaland. Ole vestía un traje gris y abrigo invernal; Cecilie, un elegante traje de chaqueta azul y un abrigo tres cuartos de piel vuelta. Se había recogido en una coleta el largo cabello rizado, que solía llevar en un moño bajo la gorra del uniforme. Formaban una pareja desigual. Mientras que Ole parecía un bohemio sobredimensionado vestido para la ocasión, Cecilie era la viva imagen de una elegante y refinada mujer de negocios.

El recorrido hasta Solheimsviken era de unos veinte minutos, y el inspector, siempre interesado por los demás, charló animadamente con los dos agentes todo el camino, inclinado con entusiasmo en su asiento. Cuando llegaron a su destino, ya lo sabía casi todo de la problemática diaria de la policía de Bergen.

Tan distraído iba que se había perdido el paisaje que se veía por la ventanilla. No vio el nuevo palacete de la empresa de telefonía Telenor en el cruce de Birkeland, ni que la llamada línea marítima, que bordeaba el lago Nordås, se había ampliado a una autovía de cuatro carriles.

Seguramente lo habría disgustado. Si hicieran algo similar en Fjellberghavn, tendrían que construir una autopista en el mar, entre las perlas de Strandveien. O, para hacer una comparativa con Oslo: tendrían que haber colocado una autovía en el mar que rodeaba Bygdøy. O la isla de Snarøya. O en dirección a Asker. Muchos ciudadanos de Bergen lo habrían considerado una vergüenza, y Ole habría estado de acuerdo con ellos.

En esta ocasión apenas intuyeron la belleza de la ciudad de Bergen, porque se desviaron en la plaza de Danmarksplass, antes de llegar al centro. La patrulla los llevó hasta su destino y se detuvo ante un moderno edificio de oficinas de cuatro alturas.

En la segunda planta se acercaron a una joven muy ocupada que estaba sentada detrás de un mostrador en forma de ele y que levantó la mirada con una sonrisa.

—Tenemos una cita con Petter Moene —dijo Ole, formal—. Vik y Hopen.

—Sí, os está esperando. Un momento. —Presionó un botón—. Petter, tu visita está aquí.

—Bien. —Oyeron que respondía una voz masculina—. Hazlos pasar.

Ella se levantó y se inclinó por encima del mostrador.

—Si seguís por ahí —señaló—, veréis su nombre en la puerta. Casi al fondo del todo, al lado izquierdo.

—Muchas gracias. —Ole sonrió con amabilidad e hizo que Cecilie pasara delante. Recorrieron un pasillo con despachos a ambos lados.

Petter Moene los esperaba en la puerta del suyo. Intercambiaron las frases de cortesía de rigor y tomaron asiento alrededor de una pequeña mesa redonda. Moene sirvió café y té en tazas desechables.

Ole lo observó. Para tener cuarenta años tenía un cuerpo esbelto y firme, con un abundante cabello peinado hacia atrás. Su rostro era de rasgos marcados y masculinos, con un hoyuelo en la barbilla, y ojos profundos, en parte ocultos por unas gruesas gafas. Ole se preguntó cuánto mediría y concluyó que, como poco, lo mismo que él.

—Me pregunto cuál es vuestro motivo para viajar a Bergen —empezó Moene con una sonrisa prudente mientras dejaba la jarra de la cafetera en su sitio—. Supongo que está relacionado con el fallecimiento de mi madre.

—Así es. —Ole lo informó de los nuevos acontecimientos vinculados al caso, mientras que Cecilie encendía el ordenador portátil.

El inspector resumió brevemente los principales puntos que querían tratar.

—La oficial Hopen tomará nota. Hemos traído una impresora portátil e imprimiremos el informe cuando acabemos. Para que todos los aspectos formales estén en orden, te pediremos que después lo leas y lo firmes. Es el procedimiento habitual. A la vez, debo precisar que te entrevistamos en calidad de testigo y no eres sospechoso de nada. Pero como testigo estás obligado, a riesgo de cometer un delito, a decir toda la verdad y no ocultar nada que pueda afectar al caso.

—No, por Dios. —Petter Moene se retorció, incómodo—. No tengo problema. Empecemos.

Cecilie le preguntó sus datos personales. Tecleó las respuestas en el ordenador y luego hizo un movimiento de cabeza en dirección a Ole.

—Preparados.

—Petter Moene —empezó Ole, formal—, te hemos informado de las

novedades en la evolución del caso Holgersen. ¿Has visitado a Ingolf Holgersen después de que fuera ingresado en el hospital?

—Sí, dos veces. La última, este fin de semana.

—¿Por qué? En ese momento se lo consideraba el asesino de tu madre.

—Yo no lo veía de ese modo. Dios mío, estaba enfermo, no era responsable de sus actos, eso ha quedado fuera de toda duda. Nunca le habría hecho nada a mi madre si estuviera bien, de eso estoy seguro.

Ole esperó un poco para dar tiempo a que Cecilie acabara de escribir. Este método de toma de declaración era bastante detallado y podía llevar tiempo, puesto que había que transcribir la conversación en el ordenador. Pero no dejaba de ser el método más adecuado, puesto que la declaración debía revisarse y firmarse allí mismo.

Cecilie avisó de que estaba lista.

—¿Viajaste a Fjellberghavn con el único fin de visitarlo? —prosiguió Ole.

—No —Petter negó con la cabeza—, fui a preparar el apartamento de mi madre para ponerlo a la venta, ordenar papeles y ocuparme del inventario.

—¿Tú solo?

—Sí.

—Así que, ¿tu esposa no te acompañó?

Petter miró de un lado a otro.

—Eh, no; estamos separados —dijo con pesar, y se recolocó las gafas —. Se ha llevado a los niños y se han ido a vivir a casa de sus padres.

Ole se sorprendió; Cecilie escribía una velocidad impresionante.

—¿Hace mucho de eso? —quiso saber.

—Hicimos el reparto de bienes en septiembre del año pasado.

—Tienes una hija de doce años, ¿correcto? Y un hijo de diez.

—Sí.

—¿Y ellos tampoco te acompañaron?

—No, como ya he dicho, estuve solo.

—¿No irías por casualidad a Strandveien? ¿A la propiedad de Holgersen?

—Eh…, sí.

Ole se enderezó en la silla.

—¿Este domingo?

—Sí.

—¿A qué fuiste?

—Quise honrar a mi madre por última vez. Visitar de nuevo el lugar en el que la mataron. Le hice un pequeño homenaje antes de volver al apartamento.

Ole volvió a esperar a Cecilie.

—¿Calzas un cuarenta y dos? —preguntó cuando ella estuvo lista.

Petter lo miró, sorprendido.

—Pues sí, esa es mi talla.

—¿Viste alguna pisada en la nieve?, quiero decir, además de las tuyas…

Moene frunció el entrecejo y pensó un buen rato.

—No, acababa de nevar y, definitivamente, no había ninguna huella.

—¿A qué hora estuviste allí?

—Eh… —Petter Moene consultó su reloj y volvió a quedarse pensativo —. Creo que me marché de allí sobre las diez.

Ole miró a Cecilie.

—Nosotros estuvimos allí a las…

—Once y media.

—Exacto. —Volvió a prestar atención a Petter—. Alguien más estuvo

allí después de que fueras tú, en otras palabras, entre las diez y las once y media. ¿Tienes alguna idea de quién pudo ser?

—No.

—¿Te encontraste con alguien?

—No. —Petter negó con la cabeza.

—¿Fuiste a Strandveien en coche o caminando?

—Fui a pie. El piso de mi madre está allí mismo, en Havnegata, no tiene sentido coger el coche para ese recorrido.

—¿Viste algún vehículo al regresar? ¿Alguno que fuera en dirección a Strandveien después de que tú estuvieras allí?

Petter miró sorprendido a Ole.

—Pues sí. Justo en el momento en que yo salía a la zona del puerto, un coche entró en Strandveien. Habría sido imposible que no lo viera porque tuve que dar un salto y meterme en el ventisquero. Era un Golf, un Golf blanco.

Ole se incorporó en su asiento.

—¿Viste quién iba al volante?

—No, lo lamento. Bastante tuve con evitar hundirme hasta las rodillas en el ventisquero. Pero me habría gustado verlo, porque me cabreé bastante.

—Lo entiendo. —Ole miró a Cecilie, que escribía a todo meter—. ¿El coche era nuevo o viejo?

Petter se encogió de hombros.

—Era el modelo anterior de Golf —afirmó con total seguridad—, no el que se fabrica ahora.

Ole sonrió.

—¿Y era blanco?

—Sí.

—Las botas que llevabas, ¿podrías prescindir de ellas para que les

hagamos un análisis rápido?

Petter asintió.

—De hecho, las tengo aquí. —Se levantó y se acercó al escritorio, se agachó y volvió a aparecer cargando un par de botas de piel marrón oscura en la mano—. Aquí están. —Quitó la arenilla de las suelas y las depositó encima de la mesa—. Las traje puestas ayer por la mañana para venir al trabajo, porque nevaba. Y aquí se quedaron porque ¿qué creéis que pasó?

—Empezó a llover —rio Cecilie.

—Exacto. ¿Cómo has podido adivinarlo? —Petter sonrió, sarcástico, entre dientes.

—¿No estamos en Bergen? —Se unió Ole. Levantó una de las botas y reconoció al instante el dibujo de la suela—. Nos aseguraremos de que te las devuelvan enseguida —dijo, satisfecho—. Muchas gracias. Dime, Petter, ¿tienes llave de la casa de Holgersen?

—No —la respuesta fue contundente—. ¿Qué iba yo a hacer con ella?

Ole evitó responder.

—¿Cómo es tu relación con Ingolf? —prosiguió.

—Bastante buena. —Petter sonrió, incómodo—. Es algo especial, nuestro chatarrero, pero a mí siempre me ha tratado decentemente. —Se quedó mirando por la ventana un instante y vieron cómo se dispersaban sus pensamientos—. Pero, como supongo que ya sabéis, Ingolf no es la clase de persona con la que se pueda entablar una relación cercana. Supongo que solo mi madre fue capaz de hacer algo así —añadió con tristeza.

—Sí, lo entendemos —asintió Ole, y pensó un poco mientras Cecilie escribía—. ¿Conoces bien a Cato? —siguió.

—Tanto como bien… Lo conozco, pero no tenemos trato habitual como si fuéramos amigos. Cato y su mujer se han portado muy bien con nosotros en esta difícil circunstancia —añadió, apesumbrado, y se pasó la mano por la cabeza—. Es un buen tipo. Pero él vive allí, y yo vivo aquí, ya sabes cómo son las cosas. No es fácil ser muy amigos.

—¿Cuándo te marchaste de casa?

Petter sonrió con ganas.

—Cuando era joven —respondió riéndose—. Joven y gamberro. Todos tenemos un pasado. —Levantó el dedo índice—. Pero nunca tuve problemas con la policía. Me escapé con una mujer de dieciocho años que tenía coche. Eso fue toda una aventura para uno de dieciséis. Mi madre casi se murió del disgusto, claro, y la chica me dejó y se buscó otro tío bien pronto. Pero nunca volví a mudarme a casa.

—¿Por qué no?

—Bueno…, era maduro para mi edad, y condenadamente protestón. Además, había conseguido trabajo aquí, en Bergen, en un almacén en el que podía dar rienda suelta a mi energía. Sencillamente, pasó.

—El hecho de que te marcharas, ¿tuvo que ver con tu relación con Ingolf?

—No, ¿por qué iba a influir? —Moene los miró, desconcertado.

—¿Así que Ingolf no te resultaba difícil de manera alguna?

Petter rio bien alto.

—No, ¡para nada! Al menos no siempre. Pero cuando pasaba por una de sus etapas paranoicas… Entonces era del todo intratable y podía enfadarse mucho.

—¿Así que estabas informado de su enfermedad?

—Por supuesto que sí. —Petter asintió y se subió las gafas al nacimiento de la nariz—. Mi madre me lo contó. Además, ella tenía una mano increíble con él cuando estaba mal, lo que no sucedía muy a menudo, por suerte.

—¿Dirías que Ingolf podía parecer agresivo en los periodos en los que estaba enfermo?

Petter lo pensó.

—Sí, casi tendría que decir que sí a eso —respondió—. Podía enfadarse, saltar y, a la vez, ser introvertido, pero no creo que fuera peligroso. *Es*, quiero decir. Ingolf es un ser humano generoso y excepcional, con un problema que acabaría con el más fuerte. Teniendo en cuenta todo eso, su carrera como hombre de negocios es digna de admiración.

Ole esperó a Cecilie.

—En ese caso, solo nos queda una pregunta que formularte. —Miró a Moene con aire resuelto—. Debo hacer hincapié en que esta es una pregunta que hacemos a todos aquellos con quienes hablamos, no solo a ti. Quisiéramos saber dónde estabas en la tarde del domingo, siete de enero, entre las diecinueve y las diecinueve treinta horas, y en la noche del ocho de enero, a partir de las cuatro treinta en adelante. ¿Puedes respondernos a eso?

Petter Moene mostró una pálida sonrisa.

—Sí. Al menos a la última, porque estaba durmiendo. Y la noche anterior también estuve en casa.

—¿Solo? ¿Puede alguien, por ejemplo, algún vecino, verificar que estuviste allí?

Petter negó débilmente con la cabeza.

—No —dijo, inseguro—. No salí de casa. Tampoco vino nadie de visita.

Ole frunció el ceño.

—¿Hiciste o recibiste alguna llamada a lo largo de la noche?

—No, que yo recuerde. Fue una tarde noche de lo más tranquila y pacífica. —Abrió los brazos—. *Sorry* —añadió, resignado—. ¿Tiene alguna importancia?

Ole se puso de pie.

—Probablemente no —se estiró la chaqueta del traje—, pero, en un caso como este, siempre viene bien descartar gente. Te aconsejo que lo pienses con detenimiento hasta la próxima vez que hablemos. Bueno, hemos terminado. Muchas gracias por tu ayuda.

Cecilie acabó, imprimió el informe y se lo tendió a Petter. Él lo leyó con rapidez y lo firmó sin hacer comentario alguno.

Ole agarró el abrigo de piel vuelta de Cecilie y la ayudó, muy galante, a ponérsela. Luego se puso el suyo y se lo abrochó. Le tendió la mano a Petter con una sonrisa.

—Gracias por recibirnos —dijo a modo de despedida.

En recepción pidieron que llamaran a un taxi y, mientras esperaban, Ole encendió el móvil. Apareció un sobre en pantalla y enseguida marcó el número del contestador.

—Hola, Vik, soy Bårdsen. —Escuchó la voz engolada del intendente—. Hemos contactado con el registro de últimas voluntades y nos indican que Ingolf Holgersen ha hecho testamento y que lo tienen custodiado. Mañana por la mañana nos traerán una copia y quiero que estés aquí. Te ruego que te presentes en mi despacho a las nueve en punto.

Capítulo 17

El miércoles, siete de febrero, amaneció despejado. Por la mañana temprano, mucho antes de que el sol hubiera repartido sus primeros y pálidos rayos por el paisaje invernal, Ole Vik iba en su Volvo camino de Borg para encontrarse con Arne Bårdsen. Había pasado un mes desde que asesinaran a Helga Moene.

Acordó con Cecilie que ella pondría al día a los demás durante la reunión matinal de las ocho; y a las ocho y media, cuando supuso que habrían repasado la mayoría de los acontecimientos, telefoneó a la comisaría y le pidió a Eva que pasara la llamada.

Respondió Arne Thorsen y Ole le deseó amablemente buenos días.

—Pon el manos libres para que podamos oírnos todos —pidió.

Oyó que el sonido pasaba a tener un toque metálico.

—¿Está todo el mundo presente?

—Sí.

—Arne, ¿los técnicos de criminalística han estado en Strandveien?

—Sí, claro. Pasaron por aquí ayer, sobre las diez, para recoger las llaves.

—Bien. Cecilie, ¿estás ahí?

—Ya sabes que sí. —Oyó su voz de fondo.

—¿Les has dado a todos una copia de la declaración de Petter Moe?

—Sí, Ole.

—Bien. Entonces, pasemos a las pisadas. Las botas Ecco y Crispi podrían haber sido adquiridas en Fjellberghavn. Averiguad cuánto hace que están a la venta.

—Bien —dijo Arne, conciso—. ¿Buscamos compradores concretos?

—No, esperad a que sepamos algo más del significado que tienen las huellas —respondió Ole—. Daremos prioridad a otras pistas. Debemos tener en cuenta ese Golf blanco, hay que identificarlo. ¿Habéis consultado con los concesionarios?

—Sí —respondió Arne—, el ancho de las marcas de los neumáticos encaja con varios modelos, entre ellos el Volkswagen Golf.

—Vaya vaya —respondió Ole—. Vale, contactad con la Dirección General de Tráfico y que os den un listado de todos los Golf de color blanco registrados en la diputación de Fjellberg. Empezad por ahí. Puede que sea importante, puesto que Hildur Halvorsen también vio un coche blanco, en el mismo lugar, la noche del domingo, siete de enero.

—¿Tal vez deberíamos ponernos en contacto con ella y enseñarle fotos de un Golf? —propuso Arne.

—Buena idea. De paso, le llevaré su declaración para que me la firme. Buscad su dirección, llamad y aclarad si le viene bien que me pase por su casa; avisadme cuanto antes.

—Muy bien —dijo Arne.

—Cecilie, hay algo que he estado pensando desde ayer —prosiguió el inspector—. Localiza a Olav Nilsen y pregúntale si ha hablado con alguien más de la familia, que no sea Ingolf, de esa posible compra de la propiedad. De paso, que te diga qué pie calza. Dale prioridad, ¿vale?

—Lo haré inmediatamente, y te llamo —respondió enseguida.

—Bien. Estoy entrando en un túnel, pero creo que hemos acabado por ahora.

—Vale, Ole —respondieron Arne y Cecilie a coro, y se cortó la comunicación.

El primero en volver a llamar fue Arne.

—He hablado con Hildur Halvorsen —dijo—. Puedes ir a visitarla sin ningún problema, estará en casa todo el día. Vive en Markveien 7. ¿Sabes dónde es?

—Creo que sí. Gracias, Arne.

Diez minutos después, llamó Cecilie.

—Hola, Ole —saludó; sonaba emocionada—. Olav calza un cuarenta y cuatro.

—Entonces, por ahora queda descartado que sea el hombre de negro

—constató Ole, objetivo.

—Sí, pero escucha esto —estaba tensa—: Olav informó en varias ocasiones a Cato de que estaba interesado en comprar la propiedad a Ingolf. También rogó a Cato que intentara influir en su padre para que se la vendiera, y le dijo lo que estaría dispuesto a pagar. No te lo vas a creer.

—¿Eh? Suéltalo.

—Agárrate, Ole, y no te salgas de la carretera: diez millones. ¡Diez!

Ole se quedó en silencio.

—Ofreció ocho millones la primera vez que habló con Ingolf —prosiguió ella—, pero, según se negaba, subió la oferta porque, como dice él, se lo puede permitir, y no tiene intención de rendirse hasta que esa parcela sea suya. Su filosofía es que todo está a la venta, siempre que el precio sea el adecuado.

—¿Y el precio adecuado son diez millones? Creo que el mundo se está volviendo loco. ¿Por qué no nos lo ha contado antes? —Ole parecía casi molesto.

—Yo también se lo pregunté —respondió Cecilie— y me dijo que no pensaba que tuviera importancia. Él maneja cifras como esa a diario, por su trabajo.

—Vaya, conque eso hace —rezongó Ole, desanimado—. Pues ahora las cosas se le presentan peor a Cato. —Hizo una breve pausa—. Arne —dijo entre dientes—, ¿hay algo más que deba saber antes de la reunión?

—No, ya hemos repasado los puntos más relevantes.

—Entonces, lo dejamos así —respondió el inspector—, debo llamar y poner al día al intendente Bårdsen.

A las nueve en punto, cuando los dos policías tomaron asiento en los sofás, ya habían discutido las novedades del caso por teléfono, y Bårdsen estaba debidamente informado y preparado.

—Tenemos un cuarto de hora —dijo mirando el reloj—. A y cuarto, tú y yo bajaremos a la sala de interrogatorios, donde se tomará declaración a Cato Holgersen.

—¿Lo hará Asuntos Internos?

—No, tú. —Bårdsen lo miró, desafiante—. ¿Algo que objetar?

—Sí —respondió Ole con sinceridad—. Estamos inhabilitados. Además, los juristas no pintan nada en la sala de interrogatorios.

Bårdsen se encogió de hombros.

—Órdenes del superintendente —dijo—. Ha estado en contacto con Asuntos Internos, y no tienen capacidad para hacerse cargo del caso hasta dentro de unos días. No podemos esperar. Aunque estemos inhabilitados desde un punto de vista formal, como bien señalas, las normas de la Fiscalía nos permiten realizar una investigación preliminar, porque el tiempo perdido podría perjudicar el caso.

Ole se quedó mudo. No le gustaba nada, pero se alegraba de ser él quien interrogara a su colega. Tal vez le sirviera de apoyo a Cato.

Bårdsen interrumpió sus pensamientos.

—Échale un vistazo a esto antes de que nos vayamos. —Le pasó una hoja—. El testamento —explicó—. Léelo y comprenderás lo serio que es esto.

Ole se acercó el papel. Era un folio corriente y solo contenía unas líneas irregulares, inclinadas, escritas con letra pulcra.

Testamento

Yo, el abajo firmante, Ingolf Søren Holgersen, lego por la presente toda mi fortuna, con todas sus pertenencias, a mi querida ama de llaves y buena amiga Helga Moene.

Se deducirá de aquí la herencia obligatoria de los hijos, según la Ley de Sucesiones.

El testamento estaba fechado un año atrás, y firmado por Ingolf Holgersen y por un abogado, que había añadido una posdata en el sentido de que el testamento recogía la voluntad de Ingolf Holgersen y que se encontraba en plenas facultades mentales en el momento de firmarlo. Esto último también estaba confirmado con la firma del jefe del Servicio de Psiquiatría del hospital comarcal, Petersen. Eso era todo.

Ole levantó la vista, asombrado.

—Esto sí que es una sorpresa.

—¿Verdad que sí?

El inspector miraba fijamente el testamento mientras se pasaba la mano por la barba.

—En la práctica, esto quiere decir que Cato había sido desheredado —dijo sacudiendo la cabeza—, a pesar de que la ley estipula que el mínimo es un millón de coronas por heredero, si no me equivoco. —Volvió a leer el testamento, como si no pudiera creer lo que decía.

—Como ves, el doctor Petersen también ha firmado el documento —dijo Bårdsen—. Eso implica que Holgersen estaba bien cuando lo escribió, y que no puede impugnarse basándose en su enfermedad.

Ole asintió.

—Tan pocas palabras y tan grandes consecuencias. —Levantó la hoja —. He visto muchos testamentos, pero este debe ser uno de los más sencillos.

—La verdad es que podría estar escrito en una servilleta —dijo Bårdsen con sequedad—. Tendría la misma validez. El mensaje es lo principal, y que esté documentado.

El inspector dudó un momento.

—Pero ¿Ingolf no tenía el usufructo de la herencia de su esposa?

—Por supuesto que he comprobado ese extremo. —Bårdsen lo miró con sus ojos penetrantes, como si quisiera decir: «Ni lo intentes». En lugar de eso, prosiguió con amabilidad profesional—: Cato ya recibió su herencia materna. La liquidaron a la muerte de su madre. De eso hace mucho, tengo entendido que antes de que se generaran los importantes valores de la empresa. Se le entregaron, veamos… —pasó las páginas— unas novecientas cincuenta mil coronas. Una suma considerable en aquel entonces.

—Pero calderilla comparada con el resto. Lo demás pasa entonces al heredero de Helga, Petter Moene… —Ole clavó su mirada en el inspector mientras pensaba intensamente—. Llevé un caso similar hace tiempo. —Volvió a quedarse en silencio. Luego levantó la cabeza y miró a Bårdsen a los ojos—. ¡No! Maldita sea, dime que no.

—Tenía dudas, así que lo consulté con la legislación vigente —admitió

Bårdsen—. Esto es bastante sofisticado, ya ves.

Sacó de la estantería que tenía a su espalda el grueso volumen rojo en el que se recopilaban las leyes de Noruega y buscó la nota amarilla que había introducido para marcar la página.

—En el epígrafe de «Testamentos», en el párrafo 66, punto 2, dice, y cito literalmente: «En caso de fallecer un heredero antes que el testador, o si el heredero, por otras causas, no pudiere recibir la herencia, los herederos naturales ocuparán su lugar, si tienen derecho a la herencia del testador según la ley».

—Exacto. Ahora lo recuerdo. —Ole asintió y se quedó pensando—. Para que Petter Moene pueda heredar de Ingolf, debe tener «derecho a la herencia del testador según la ley», y no lo tiene.

—No, porque tendría que ser un heredero natural, es decir, descendiente de sangre de Ingolf Holgersen. —Bårdsen cerró el libro y lo dejó con sumo cuidado en su lugar en la estantería—. En este aspecto, la ley es peculiar pero clara —dijo—. ¿Y quién queda entonces como heredero universal?

Ole no respondió. No le gustaba la situación. No podía creerlo. Cato, su colaborador de mayor confianza, no podía estar detrás de unas acciones tan espantosas.

Bårdsen esperaba con satisfacción mal disimulada, y respondió a su propia pregunta:

—Cato Holgersen, tu favorito.

El inspector se puso rojo como la grana.

—Cato es inocente hasta que se demuestre lo contrario —dijo con autoridad—. No nos precipitemos.

El intendente sonrió, gélido.

—Estoy de acuerdo —respondió con ligereza—. Pero tenemos más indicios que ese. —Miró el reloj y empezó a recoger sus documentos con mucha prisa—. Ya sabes que hemos registrado la casa de Strandveien —añadió, críptico, y se puso de pie. Metió los papeles en una carpeta y se la puso debajo del brazo, lanzando una mirada oblicua al inspector—. Llegamos tarde —se apresuró a decir—. Lo sabrás todo durante el interrogatorio.

Capítulo 18

Cato había llegado un par de minutos antes que ellos y esperaba en la puerta de la sala de interrogatorios, pálido y cansado.

La habitación era pequeña, de unos cuatro metros por tres, y contenía una sobria mesa con sillas de madera y una lámpara de globo, que colgaba de un cable, sobre la mesa. Una pared estaba ocupada por un ventanal que daba al cuarto contiguo y, en una esquina, un agente preparaba un ordenador que había sobre un escritorio.

Bårdsen saludó a Cato dándole la mano, serio, y se sentaron en torno a la modesta mesa. Ole y el intendente pusieron cada uno una carpeta encima y estuvieron listos.

—Cato Holgersen —empezó Bårdsen con las formalidades—, quiero informarte de que estás aquí en calidad de sospechoso en este caso. Como oficial de la Policía Rural conoces tus derechos, pero, aun así, quiero informarte de que tienes derecho, aunque no obligación, a declarar. También tienes derecho a solicitar que se te asigne un defensor con cargo al erario público y a que te represente durante esta declaración.

Ole escuchaba con los ojos muy abiertos y sintió cómo la sangre le subía a la cabeza. En su opinión, atribuir a Cato la categoría de sospechoso era precipitado. Estuvo tentado de levantarse y marcharse a modo de protesta, pero se quedó porque Cato lo necesitaba, aunque solo fuera como apoyo moral. Además, sería él, y no el jurista de la policía local, quien llevaría a cabo el interrogatorio.

—¿Quieres que se te asigne algún abogado en especial? —prosiguió Bårdsen sin piedad.

Cato negó con la cabeza, con gesto resignado.

—¿Para qué quiero uno? —Estaba afónico—. Esto es absurdo. —Suplicó la ayuda de Ole con la mirada.

—Tomo eso como una negativa. —Bårdsen no se inmutó—. ¿Quieres hacer uso de tu derecho a declarar?

De nuevo, Cato clavó la mirada en Ole, pidiendo ayuda, y el inspector lo miró un instante para darle a entender que sería lo mejor para él.

—Pues vale —suspiró.

Bårdsen se volvió hacia el agente que manejaba el ordenador.

—¿Preparado? —Este asintió—. Adelante con los datos personales.

El agente le hizo a Cato las preguntas pertinentes y tecleó las respuestas.

El intendente apoyó los codos en la mesa y advirtió a Cato de que debía decir la verdad.

—Tu jefe, el inspector Vik, te tomará declaración sobre los hechos de los que eres sospechoso. Por deseo del superintendente, estaré presente como testigo.

Ole se concentró. Le disgustaba la situación y se sentía como un rehén, pero no tenía alternativa. Se aclaró la voz.

—Cato, en anteriores conversaciones nos informaste de quiénes tienen acceso a la residencia de tu padre en la calle Strandveien, número 8 —empezó—. ¿Podrías repetírnoslo?

Cato miró un instante al agente, que tecleaba a una velocidad impresionante, y suspiró, nervioso.

—Solo yo —respondió en tono monótono.

—¿Nadie más? Piénsalo bien.

—Sé que esa respuesta no me conviene —Cato se encogió de hombros —, pero recalco que quiero ser cien por cien sincero. Mi padre está paranoico, como sabes, y nunca le daría la llave a un desconocido. Casi no me la dio ni a mí.

—¿Crees que podría haber perdido una llave, una que alguien pudiera haberse encontrado?

—En ese caso, habría cambiado la cerradura inmediatamente. La respuesta es no.

Bårdsen se puso de pie, se acercó al ordenador y regresó con las zapatillas Adidas azul marino. Las puso sobre la mesa, delante de Cato.

—¿Reconoces estas zapatillas? —dijo Ole, incómodo por la intervención del abogado.

—No las había visto antes. —Negó con la cabeza.

Ole esperó un instante mientras el agente escribía.

—¿Podrían ser de tu padre?

—Es posible, claro, pero lo dudo mucho. —Cato cogió una de las zapatillas y la miró de cerca—. No son del gusto de mi padre —afirmó con objetividad—. Nunca lo he visto utilizar deportivas. No era su estilo.

—¿Recuerdas que la noche de los hechos os pedí a Charlotte y a ti que me dierais todos los zapatos que hubiera en la casa? —preguntó Ole. Cato asintió.

—Estaban en el vestidor de la entrada.

—Exacto. Se los diste a Arne, que estaba trabajando en el exterior junto con los investigadores, ¿no es así?

—Sí.

—¿Estaban estos zapatos entre los que encontraste en el vestidor?

—La verdad es que estaba muy nervioso, ahora ya no sabría qué decirte.

—Para aclararlo un poco, estos zapatos están entre los que figuran como recogidos en la casa de tu padre. —Ole intentó ser delicado—. Se ha demostrado que unas horas antes los utilizó el hombre de negro, es decir, el sospechoso, en el jardín. ¿Cómo podrían haber acabado en el interior de la casa con posterioridad si solo tú tenías la llave?

—No tengo ni idea —respondió Cato de forma casi inaudible.

Ole esperó a que el agente acabara de escribir.

Bårdsen carraspeó, irritado.

—Quiero que quede constancia de que Holgersen no puede explicar este punto —dijo mirando al agente—. Dime, ¿tu padre guarda armas en la casa?

Cato lo pensó.

—No —respondió.

—¿Estás seguro?

—Completamente. No está en condiciones de manejar un arma. Si tuviera una en casa, yo lo sabría.

Bårdsen miró pensativo al infinito.

—Eso es interesante, muy interesante. Volvió a fijar la mirada en él—. Bien, Vik, continúe.

Ole sintió un hormigueo en el cuero cabelludo.

—¿Conoces a Olav Nilsen? —preguntó.

Cato asintió con un movimiento de cabeza.

—Así es.

—¿Tienes noticia de que quiere adquirir la finca de tu padre?

—Sí —Cato esbozó una sonrisa—, Olav está obsesionado. Creo que ha ofrecido la disparatada cifra de diez millones o algo así, pero padre nunca venderá. Al menos no a alguien de esa familia.

—¿Por qué?

—Porque se siente traicionado por ellos.

—¿Alguna vez has hablado con Olav de esas ofertas?

—Sí. Me pidió en varias ocasiones que convenciese a mi padre, pero es imposible.

—¿Tú venderías? ¿Si fuera *tu* propiedad? Diez millones es una cantidad ingente de dinero, incluso para una finca como esa.

—Yo vendería en cualquier caso —respondió Cato con firmeza—. Nunca me he sentido a gusto allí. —Los miró y sonrió apenas—. Pero la propiedad no es mía. Y nunca lo será.

—¿Por qué?

—Porque mi padre me desheredó —respondió, conciso—. Nunca cumplí sus expectativas. —Se encogió de hombros—. Hará un año que se formalizó.

—¿En un testamento?

—Sí.

—¿Sabes a quién nombró heredero?

—Se lo dejó todo a Helga.

—¿Por qué hizo eso?

—No, a mí no me preguntes. No tengo ni idea. —Lo pensó—. ¿Puede que sintiera que había sido paciente con él, que se *preocupaba*, a pesar de su carácter difícil? O tal vez quisiera asegurarle una buena vejez —se encogió de hombros—, al fin y al cabo, eran pareja, a su manera.

Bårdsen se inmiscuyó de nuevo.

—¿Asegurar su vejez con cincuenta, sesenta millones, tal vez más? ¿No es un poco exagerado?

—No sé nada de eso.

—¿Y qué opinas de perder una herencia tan cuantiosa? —Ole dedicó una mirada asesina al intendente.

—Me he hecho a la idea.

—¿Hecho a la idea?

—El dinero no es tan importante —Cato se encogió de hombros—, es peor asumir que padre esté tan decepcionado conmigo. Que no respondo a sus expectativas.

—¿Porque no quisiste hacerte cargo del negocio, de la obra de su vida?

—Sí.

—¿Quién crees que será el principal beneficiario del asesinato de Helga Moene?

—La verdad es que no lo he pensado. —Cato se encogió de hombros —. ¿Tal vez Petter, su hijo?

—En ese caso, ¿qué opinarías?

—Como ya he dicho, ese dinero… no me interesa mucho. No lo sé.

—Cato —Ole se inclinó sobre la mesa—, piénsalo bien. Está en juego tu credibilidad. Dices que te da igual que la herencia de tu padre, de cincuenta millones de coronas, tal vez más, pueda desaparecer, salir

de la familia y acabar en manos de una persona ajena que reside en Bergen. ¿Cómo esperas que la Fiscalía dé credibilidad a una afirmación como esa?

—No lo sé —Cato se retorció en la silla—, no lo he pensado. Tengo otras cosas en la cabeza ahora mismo. Este mes ha sido horrible. Estamos pasando una pesadilla que parece no tener fin. Charlotte lo está llevando mal. La situación familiar es compleja.

Ole hizo una pausa mientras el agente tecleaba.

—Cato, te puedo informar de que te convertiste automáticamente en heredero universal en el momento en que la señora Moene falleció —prosiguió.

—O, deberíamos decir, en el momento en que la quitaron de en medio —soltó Bårdsen como si hiciera restallar un látigo.

Cato sonrió, atontado.

—Pues no fui yo, desde luego —dijo con voz temblorosa—. Tiene que haber otra explicación.

—Tomamos nota de que tienes un motivo de cincuenta, sesenta, puede que setenta, ochenta millones. —Bårdsen daba golpecitos con el dedo índice—. También tomamos nota de que el calzado del asesino apareció en el interior de la casa de tu padre, y que nadie más que tú tiene la llave.

—Sí —Cato lo miró con tristeza—, pero te aseguro que soy inocente. El responsable no soy yo, tenéis que buscar en otro sitio.

Ole levantó la mano, estaba indignado.

—Bårdsen, ¿sigo con el interrogatorio o debo entender que te has hecho cargo? —tronó.

Bårdsen sonrió, encantador.

—No, no, para nada, sigue —dijo con ligereza.

—Vayamos al punto siguiente, Cato —dijo Ole, controlándose—. Cuando tu padre te llamó unos minutos después de las siete, la noche del siete de enero, ¿dónde te encontrabas exactamente?

—Estaba de guardia, en el sentido de que tenía que estar disponible, pero fue una noche tranquila y salí a hacer un recado. Estaba en el

coche, creo recordar. —Cato pensó—. Acababa de salir a la autopista, a la altura del hospital comarcal, camino de casa.

—¿Y diste la vuelta y fuiste derecho a Strandveien?

—Sí, pero primero tuve que buscar un sitio para dar la vuelta. Calculo que llegué al cabo de cinco minutos.

—¿Viste algún coche desconocido o a alguna persona en Strandveien?

—No, nada. —Cato negó con la cabeza.

—¿Qué clase de coche conducías? ¿El de servicio?

—No, llevaba el coche de Charlotte.

—¿Y es un…?

—Un Toyota Corolla —respondió Cato, cansado.

—¿De qué color es?

—Blanco.

Ole meditó. Había llegado a un punto en el que no le iba a quedar más remedio que resultar desagradable. Se sentía mal y tenía ganas de levantarse e irse de allí, pero no podía hacerlo de ninguna manera.

—Dime —dijo con pesar—. Desde un punto de vista puramente hipotético, y recalco, hipotético, digamos que en realidad tú *eres* el hombre de oscuro. ¿No te habría resultado muy fácil dar vueltas por el jardín de tu padre con el móvil en el bolsillo? Quiero decir que, cuando te llamó, solo tenías que esconderte tras unos arbustos del jardín para cambiarte, y luego presentarte como Cato Holgersen, el hijo valiente, ¿no?

—No fue así, estás desvirtuando todo lo que digo. ¿Por qué haces eso? —Cato lo miró, suplicante.

Ole esperó a que acabara el transcriptor.

—Porque es una de las preguntas que estamos obligados a hacerte —respondió—. Cato, llevemos este pensamiento un poco más allá. La noche siguiente, tu padre te volvió a llamar, ¿no es así? Justo antes de que Helga Moene fuera asesinada.

—Sí.

—¿Dónde estabas?

—En casa, durmiendo.

El rostro del intendente se iluminó.

—Así que esa llamada también despertó a tu mujer, ¿no? —interrumpió.

—La verdad es que no lo sé.

—¿No lo sabes? ¿Qué quieres decir con eso?

—Lo que digo. —Cato se mostró irritado por primera vez—. No lo sé.

—No lo entiendo —dijo Bårdsen con tono sarcástico—: el teléfono de tu mesilla suena, tú lo coges, te levantas, te vistes, ¿y no sabes si tu mujer se despertó? Vamos, Holgersen, no insultes mi inteligencia.

Cato lo miró, enfadado.

—He contestado a su pregunta —dijo, contrariado—. No tengo nada más que añadir.

—Bueno, pues si es así como quieres que sean las cosas… —Bårdsen se calló un instante—. ¿Tal vez la respuesta sea que no se despertó porque no estaba allí? —ironizó—. ¿O más bien porque *tú* no estabas allí?

Ole miró iracundo al intendente. Estaba tentado de dar un golpe en la mesa, pero no podía hacerlo en mitad de un interrogatorio oficial con varias personas presentes. Cato tenía los ojos húmedos.

—Esto es un sinsentido —dijo con un hilo de voz—. Sé adónde queréis ir a parar. —Apoyó los codos en la mesa y escondió la cara entre las manos durante unos instantes, luego se enderezó—. Creí que podría servir de ayuda, pero veo que me equivocaba —dijo con sequedad—. Quiero parar esta pantomima ahora mismo, y me niego a decir nada más sin la presencia de un abogado. En lugar de preocuparos por buscar una cabeza de turco, deberíais dedicar el tiempo a descubrir quién ha matado a Helga y está volviendo loco a mi padre. —Miró a Ole en busca de apoyo.

El inspector tenía un gesto triste. Le indicó al agente que dejara de escribir.

—No hemos acabado de investigar el caso, ni de lejos, Cato —le

aseguró, tranquilizador.

—¡Pues ayúdame!

Ole sonrió, incómodo.

—Cato, eres policía, un policía muy capaz. Sabes que acabamos de hacerte las preguntas que *teníamos* que hacerte, como tú también habrías hecho de estar en nuestro lugar, las que habría hecho Asuntos Internos si estuvieran aquí. Como agente de policía, sabes bien que no contestar a las preguntas ya de por sí resulta sospechoso.

—Puede ser —respondió Cato, cansado—. Pero no saldrá una palabra más de mi boca sin un abogado aquí.

Bårdsen se encogió de hombros y exhibió su fría sonrisa.

—Bien, en ese caso, lo dejaremos de momento. Pero, aunque tu boca esté sellada, Holgersen, supongo que sí que puedes escuchar —dijo, mordaz—. Te informo de que hoy hemos enviado una Luger calibre treinta y ocho a la Policía Judicial para que la analicen a fondo. Apareció en el vestidor de tu padre, en el cajón de encima del zapatero. Puedes considerarte detenido y serás puesto bajo custodia. Emitirán de inmediato la orden de detención por escrito. Tu caso será transferido a Asuntos Internos, que decidirá si tu caso se asigna a otro distrito policial.

Se llevaron a Cato mientras protestaba, desesperado. Ole sintió cómo contraía la musculatura de la mandíbula mientras asistía indefenso al espectáculo. Su intuición le mandaba avisos constantes, pero no podía hacer nada. Solo le quedaba esperar a que Asuntos Internos, o quien se hiciera cargo del caso, viese lo que él veía, que había algo que no cuadraba.

Bårdsen recogió sus papeles.

—Pues esto ha ido muy bien —dijo, satisfecho—. Consultaré con mis superiores y te llamaré en cuanto sepa algo más.

Salió por la puerta con una gran sonrisa.

Ole hizo que sus colegas de la comisaría buscaran fotos de diversos modelos de Golf y de Corolla en internet, luego las cogió, junto a la declaración, y fue derecho al viejo chalet de madera del Hildur Halvorsen, en Markveien, número 7.

Lo recibió con mucha amabilidad, lo invitó a café y pastas y firmó la declaración. Pero cuando llegó el momento de mostrarle las fotos, no estuvo segura de si reconocía alguno de los vehículos. Es decir, creía que, si tuviera que elegir entre esos dos, no era el Corolla el que había visto, porque la parte trasera era más recta. ¿Pero que fuera un Golf? No, no podía responder a eso.

Ole estaba en el coche, regresando a Fjellberghavn, cuando recibió la llamada de Bårdsen.

—Te informo de que la acusación está lista —dijo con formalidad—. Cato será presentado ante el juez y se solicitará la prisión provisional mañana por la mañana. Teniendo en cuenta el peligro de destrucción de pruebas, pediremos cuatro semanas.

—Cuatro semanas de prisión provisional. —Ole suspiró—. Bueno, no estoy de acuerdo, solo para que quede constancia.

—¿Estás en desacuerdo? ¿Y por qué, si se me permite saberlo?

—Porque esto apesta a conspiración —dijo Ole, desanimado—. ¿No lo ves?

—No. ¿De qué manera?

—Cato es un agente de policía y sabe casi todo del funcionamiento de una investigación policial —dijo Ole—. Como ya dije: si de veras fuera culpable de estos delitos, ¿crees que habría dejado pruebas incriminatorias en una casa de la que solo él tiene la llave? Tan tonto no sería ni un principiante.

—Es cierto que es un argumento —Bårdsen se tomó su tiempo para responder—, pero recuerda que, para él, la casa era, cómo diría, territorio seguro. Nosotros buscábamos las huellas del hombre de oscuro en el *exterior*, ¿no es cierto? Solo cuando un testigo se dio a conocer y tu perro encontró un taco de madera con una bala nos dimos cuenta de que una persona con esas características realmente había estado en la propiedad, y entonces la casa se precintó de inmediato, por lo que no tuvo oportunidad de retirar las cosas. Así lo veo yo.

—Bueno, no hace falta tener un gran olfato para intuir que algo no cuadra, esa es mi opinión —insistió Ole—. Había contado con que, al menos, consultarías con un investigador experimentado, como yo, antes de sacar conclusiones precipitadas, Bårdsen. Hablamos de un funcionario que tiene una gran reputación, uno de mis colaboradores

más cercanos.

—Entiendo que te sientas herido —dijo el intendente sin inmutarse—, pero yo me ocupo de los aspectos jurídicos, no de sentimientos. Además, no hace falta que le demos más vueltas, porque el caso ha sido transferido al distrito policial de Hordaland. Cuando llegues a Fjellberghavn, procederás a resumir el caso. Luego escribirás un informe detallado y me lo enviarás por *email*. Cuando lo hayas hecho, puedes mandarnos a nuestros tres investigadores de vuelta.

A la mañana siguiente, Cato Holgersen fue conducido al juzgado y se le impuso prisión provisional durante cuatro semanas, tal y como había solicitado la Fiscalía. Después lo enviaron directamente a la cárcel de Bergen. Ole y su plantilla dedicaron el resto del día a cerrar la investigación.

El viernes todo había vuelto a la normalidad en la comisaria rural de Fjellberg, pero el caso rondaba la cabeza de Ole y no era capaz de dejarlo. Antes de empezar su fin de semana, llamó al Registro Civil de Fjellberg. Había algo que necesitaba averiguar.

Capítulo 19

El sábado por la mañana, Ole tenía una cita que le provocaba un hormigueo por todo el cuerpo: iría de excursión con Hilde.

Salió de casa a las nueve y media, con los esquíes sujetos al techo del coche y un expectante Birk en el maletero. El tiempo era magnífico.

Ramnes estaba en las montañas, más allá de Fjellberghavn. Para llegar había que atravesar la rotonda de la autopista y seguir por la vieja y escarpada carretera local, que había sido la principal vía de comunicación antes de que construyeran la autopista. Pequeñas granjas se alineaban junto a la carretera y en la cima había una popular zona de cabañas para los habitantes de la región que preferían la montaña al mar. O que querían disfrutar de las dos cosas.

Llegó al aparcamiento antes que ella, aparcó el Volvo y se preparó mientras Birk jugueteaba corriendo por la nieve.

En el mismo instante en que el Toyota de Hilde apareció por la cuesta, sonó su móvil. Ole soltó un taco.

—Inspector Vik.

—Aquí Bårdsen.

Ole reprimió un escalofrío. Creía que ya había acabado con el abogado policial para una temporada.

—Sí, dime. —Tragó saliva.

—Se acabó la paz, sin duda —dijo Bårdsen, nervioso—. ¿Has sabido algo de la prensa?

—No.

—Bueno, pues yo sí. El caso se ha filtrado en todas partes y se especula mucho. —Bårdsen suspiró—. He consultado con la gente de Bergen y estamos de acuerdo en convocar una rueda de prensa a la una. Se nos han adelantado, esos periodistas, pero habrá que afrontarlo.

—Seguro que es una medida razonable. —Ole sonrió y saludó con la mano a Hilde, que se había bajado de su furgoneta y abría la puerta trasera para dejar salir a dos labradores negros.

—Podríamos haberlo hecho más temprano —siguió el intendente—, pero quería darte tiempo para reorganizar tus actividades del día con calma antes de venir para acá, para que no te resulte demasiado estresante, quiero decir. Al fin y al cabo, es sábado.

El inspector apretó el teléfono con tanta fuerza que fue un milagro que no se rompiera. Respiró con fuerza, pero de manera casi inaudible, y su cara se puso de un rojo intenso.

—¿Qué has dicho? —preguntó Bårdsen.

Ole se controló.

—Eh, nada. Estaré allí a la una —dijo muy serio, y colgó.

—¿Malas noticias? —Hilde lo observaba, interrogante. Su rostro redondo estaba lleno de arrugas provocadas por su sonrisa y sus ojos brillaban.

Su corazón volvió a dar un vuelco.

Se metió el teléfono en el bolsillo y se excusó con una sonrisa.

—He esperado que llegara este día desde el martes —suspiró—, y ahora va y me llama ese… ese… *Bårdsen*.

—Pareces un tomate a punto de estallar. —Lo cogió, sonriente, del brazo. Pequeñas descargas eléctricas recorrieron su cuerpo—. Tienes que cuidarte el corazón —añadió, riéndose.

Él se rio también.

—Mi corazón está fenomenal —puso la mano sobre su brazo—, late muy cálidamente estos días —añadió con cuidado, y se sintió como un adolescente torpe.

Ella dudó un momento, como si no estuviera del todo segura de qué quería decir él.

—Pues deja que siga así —contestó ella, y observó a los perros, que saltaban y jugaban en la nieve—. Tú y yo tenemos algo en común.

Él la miró atento.

—¿Sí?

—A los dos nos gustan los animales. Además… —levantó la mirada

hacia él y sonrió—, además, mi corazón también late con calidez últimamente. —Hizo otra pausa—. ¿Lo intentamos otra vez mañana, tal vez? En el mismo lugar, a la misma hora, ¿no es así como suele decirse?

Él asintió.

—Tengo muchas *muchas* ganas, Hilde —respondió él, emocionado—. Si es que te atreves a arriesgarte —añadió.

—No soy de las que se rinden con faciliad. —Se puso de puntillas y le dio un suave beso en la mejilla—. Ve y haz del mundo un lugar mejor —dijo con una sonrisa de ánimo—. Mete a todos los malvados en la cárcel.

Se ofreció a llevarse a Birk al paseo, y él se lo agradeció de corazón, porque pasar el día en el maletero de un coche no era buen plan para un inquieto *border collie*. Acordaron hablar más tarde para ver cómo se lo devolvía.

Mientras bajaba hacia Fjellberghavn se sintió animado. Solo tras pasar por casa para ponerse el uniforme, ya al volante del coche patrulla, empezó a volver a la normalidad. Y cuando salió a la autopista y giró a la izquierda, en dirección a la ciudad, la realidad lo cubrió con su manto cruel. Hilde había aceptado con una sonrisa su primera cancelación, y ahora lo había hecho una segunda, igual de sonriente. Pero sabía lo que pasaría: tal vez, si tenía muchísima paciencia, sonreiría también la tercera. La cuarta, sin embargo, arquearía una ceja y haría alguna pregunta discreta. La quinta, la sexta y la séptima, por no hablar de la octava… No, no soportaba la idea.

Metió quinta, subió el volumen de la radio y se apoyó en el asiento. Cantó a voz en grito, al ritmo de la música. La vida merecía ser vivida, a pesar de todo.

Menos mal que nadie lo escuchaba, porque cantaba fatal.

La conferencia de prensa acabó enseguida, a pesar de que estaban presentes todos los medios nacionales, las televisiones TV2 y NRK, los diarios *VG* y *Dagbladet* y varios medios regionales. Ole reconoció también, al final de la sala, el rostro curioso y algo afilado de Wenche Sunde, la insistente redactora y mujer para todo del periódico local *Fjellbergposten*. La saludó sonriente con la mano y ella le respondió con otra sonrisa. Tenían una relación de confianza mutua: Ole había dedicado mucho tiempo y constancia a conseguirla, y ella también.

El intendente Arne Bårdsen leyó una declaración sobre el caso y acabó anunciando que se había procedido a la detención y encarcelación, con carácter provisional y durante cuatro semanas, de una persona acusada del homicidio de Helga Moene. Confirmó los rumores de que el acusado era agente de policía y que, por ese motivo, el caso había sido transferido al distrito policial de Hordaland, donde continuarían con la investigación.

Puesto que el caso parecía estar resuelto y no proporcionaba a la prensa sensacionalista excusas para especular sobre posibles sospechosos, solo formularon unas pocas preguntas que giraron en torno a la identidad del agente de policía. Bårdsen respondió: «Sin comentarios», y los remitió a la declaración que acababa de hacer.

Wenche Sunde se acercó a Ole nada más acabar la rueda de prensa y se saludaron afectuosamente. Arrugó su nariz, algo larga, y lo miró con ojos miopes a través de los cristales de unas gruesas gafas.

—Oye, Ole —dijo—, según los rumores, el detenido es uno de tus agentes de la policía rural. ¿Lo puedes confirmar?

Ole se revolvió, incómodo.

—No puedo ni confirmarlo ni negarlo —dijo, cohibido—. Wenche, no me queda más remedio que pedirte que te conformes con la declaración del intendente Bårdsen.

Lo miró con escepticismo y anotó algunas claves en su cuaderno.

—Los rumores también apuntan a que el asesinato se produjo en el jardín del chatarrero Holgersen, en Strandveien. ¿Puedes al menos confirmar eso?

—No, mi respuesta es la misma.

Ella pensó unos instantes.

—El hijo de Holgersen es policía, ¿verdad? No tardaría ni un segundo en averiguar dónde se encuentra ahora mismo, ¿me entiendes? ¿Tendrá la prensa que dedicarse a especular para saber qué es lo que pasa? ¿Es esta la famosa transparencia por la que respetamos al inspector Vik?

Ole gimió.

—No —respondió con firmeza—, esta es la famosa lealtad de Ole Vik.

—Compuso su sonrisa más encantadora y la cogió del brazo—. Wenche, aquí no estoy a cargo. Por favor, acéptalo, ¿quieres? Aunque solo sea por el respeto mutuo que tú y yo nos tenemos.

Ella sonrió con reservas.

—Pues, en ese caso, será por eso —se enderezó las gafas—, y solo por eso.

—Sabía que podía confiar en ti. —Ole estaba pletórico y ella no tuvo más remedio que reírse de su entusiasmo.

Él volvió a cogerla del brazo.

—Con la confianza de que no me encontraré esto impreso en el *Fjellbergposten,* puedo decirte lo siguiente —la miró a los ojos—: tras lo sucedido se esconden tragedias personales aún pendientes de aclarar. Si tiras del hilo ahora, nos arriesgamos a que la prensa nacional se agarre a tus especulaciones, las refuerce y luego las despliegue sin piedad en sus portadas. No contribuyas a destrozar a gente infeliz y puede que inocente, Wenche. No lo hagas.

Ella rio con ganas.

—Madre mía, Ole Vik, tendrías que haber sido actor —Se recolocó las gafas y guardó el cuaderno en el bolso—. Te has equivocado de profesión, de verdad, un error. ¿Sabes el prestigio que implica para un diario modesto como *Fjellbergposten* que lo citen en los medios nacionales? —añadió—. ¿Sabes lo que me estás pidiendo?

—Sí —respondió él, y la miró con ojos grandes e inocentes—, y confío en ti, Wenche.

Ella lo miró, miope.

—¿Qué me das a cambio?

—Fidelidad eterna. —Ole rio y abrió los brazos—. Hasta que la muerte nos separe.

Ella se rio entre dientes.

—Dios me libre, ni que estuviéramos *casados*. —Se colgó el bolso del hombro con una sonrisa escéptica—. Pronto os veréis obligados a darnos más información. Tal vez muy pronto —añadió—. La gente tiene derecho a saber, Ole.

—Lo tiene, y puedes estar tranquila —dijo sonriendo entre dientes—. Acabo de prometerte fidelidad eterna, ¿no es cierto?

Ella se colocó las gafas y sonrió, animada.

—Así que me darás la historia.

—En exclusiva, con el prestigio y todo lo demás. —Sonrió, satisfecho —. Pero debo ser prudente —señaló con la cabeza a Bårdsen y al abogado policial, que conversaban—, seguro que entiendes lo que quiero decir, tiene que ver con quién lleva la dirección.

En cuanto salió de la sala, Bårdsen se volvió hacia él.

—¿No estarás confraternizando con la prensa? —preguntó con una mirada escéptica—. ¿Puedo preguntar de qué hablabais con tanta intensidad?

Ole sonrió amablemente.

—Manteníamos una conversación confidencial —respondió moviendo la cabeza—, eso es cierto. Pero el *Fjellbergposten* no es ningún enemigo, si es eso lo que quieres decir al hablar de confraternizar, es más bien al contrario.

—Pero ¿no le habrás hecho ningún comentario?

Ole se sintió cada vez más irritado.

—Puede que tenga mis defectos, Bårdsen, pero soy leal a los límites establecidos. El *Fjellbergposten* quería hurgar en el asunto y he tenido que hacer que cambien de idea. Eso ha sido todo.

—La prensa tendrá que aprender a adaptarse —respondió, antipático, y dedicando una sonrisa condescendiente a su colega de Bergen—. Habrá que poder decir que no, no podemos perder el tiempo bailándole el agua a esa gente.

Ole se puso como un tomate, pero se controló porque el abogado policial estaba presente. Con un suspiro de desesperación, sacó el móvil y marcó el número del contestador. Escuchó, cada vez más atentamente.

Los dos juristas lo miraron con curiosidad.

—¿Alguna novedad? —le preguntó Bårdsen.

Ole se guardó el teléfono en el bolsillo.

—Desde luego que sí —dijo, asombrado—. Acabo de conocer la identidad del padre biológico de Petter Moene.

Capítulo 20

—¿El padre biológico de Petter Moene? —repitió el intendente, sorprendido—. ¿Cómo has conseguido información confidencial de esa clase en sábado?

—Utilizando mis contactos, querido colega —respondió con calidez, aunque estuvo tentado de añadir «Crea lazos de amistad sincera allá donde puedas, cultívalos, y sabrás lo que sea, donde sea, cuando sea; incluso fuera del horario de oficina», pero no lo hizo.

—¿Y quién es el padre? —soltó Bårdsen, impaciente.

—Ingolf Holgersen —respondió Ole.

—Eh…, ¿cómo? —Bårdsen lo miró con los ojos abiertos como platos —. ¿Estás seguro?

—Sí, mi fuente es cien por cien fiable. —Ole se quedó pensativo un momento—. Debo reconocer que la idea me rondaba la cabeza desde hace varios días —añadió, despacio—. Andreas Nilsen dijo que Holgersen había «Estado liado con esa mujer toda la vida», así lo dijo. Debería haber entendido antes la importancia de la paternidad, pero la señora Nilsen me desconcertó al insinuar que el padre de la criatura era un romance de juventud.

—Hum. —Bårdsen miró de reojo al abogado policial, que escuchaba con interés—. Dependiendo de quién sepa qué, la información podría ser muy relevante, sí —concluyó con objetividad—. ¿Crees que Petter Moene conoce estas circunstancias, Vik?

Ole se encogió de hombros.

—Es imposible afirmarlo. Nos veremos obligados a preguntárselo, y cuanto antes.

—Lo mismo se aplica a Cato Holgersen —dijo Bårdsen—. ¿Sabe que tiene un hermanastro? Y, no menos importante, ¿que ese hermanastro es heredero de la increíble fortuna de su padre?

—Y que Moene, por tanto, tiene un auténtico motivo —apostilló Ole con contundencia. Tuvo ganas de añadir: «Lo he sabido desde el principio y he intentado avisar, hemos avanzado demasiado rápido y no hemos sido razonables con Cato», pero de nuevo se contuvo, esta vez para evitar un intercambio dialéctico innecesario. En lugar de eso,

dijo en voz alta, con la vista puesta en el abogado policial—: Bueno, está claro que hay que volver a interrogar a Cato.

El distrito policial de Hordaland se ocupará de ello —dijo Bårdsen, contundente—. Recuerda que tú y yo ya no estamos en el caso, Vik. Estoy seguro de que está en las mejores manos. —Sonrió, aparentando amabilidad—. Vuelve a Fjellberghavn y disfruta del resto del fin de semana —añadió—. Conduce con cuidado.

Cuando salía por la puerta, sonó el móvil. Ole se detuvo en el umbral.

—Soy el doctor Petersen, de la policlínica de Psiquiatría del hospital comarcal. —El inspector notó enseguida que estaba estresado—. Hemos tenido un incidente que consideramos sospechoso.

—¿Sí?

—Se trata del paciente Ingolf Holgersen. Sé que suena extraño, pero todo apunta a que ha sido víctima de un intento de asesinato. No encontramos otra explicación, por muy improbable que suene.

—¿Intento de asesinato? ¿Cuándo? —Ole miró de reojo a los dos juristas, que estaban muy atentos.

—Hace unos diez minutos —respondió el jefe médico, alterado—. Por fortuna, hemos podido salvarlo, gracias a la intervención decidida de nuestro personal. Lo que nos desconcierta es que tiene todos los síntomas de un estrangulamiento. Provoca una reacción característica, como sabrás.

—¿En qué situación se encuentra?

—Crítico e inestable. Están tratándolo ahora.

—¿Así que no está fuera de peligro?

—No, de momento no.

—¿En qué parte de la sección se encontraba cuando ocurrió? —siguió Ole—. ¿Estaba solo? ¿Estaba con más gente en un área común?

—Estaba en su habitación, sentado en una butaca, descansando —respondió el psiquiatra—. La cuestión es que tuvo visita poco antes de que sucediera y esa persona llamó la atención porque salió corriendo, claramente afectado. Uno de los auxiliares tuvo la precaución de asomarse a comprobar que todo estuviera en orden, y no, no lo estaba.

—¿Quién era la visita?

—Un hombre. Lo vi un instante, pero yo no lo conocía. Uno de los auxiliares cree que lo ha visto por aquí en un par de ocasiones.

—¿Podrías describirlo, Petersen?

—Sí, lo intentaré. —Se quedó en silencio unos instantes—. Era un tipo de unos cuarenta años. Guapo, si es que se puede decir de un hombre. Bien arreglado, diría yo. Gafas. Pelo oscuro. Raya al lado. No puedo decir mucho más. Una de las enfermeras que se extrañó por su forma de comportarse se asomó a la ventana que da al aparcamiento y vio que se marchaba en un Volkswagen Golf blanco.

—¿Un Golf blanco? —Ole miró un instante a Bårdsen—. ¿Cuánto hace que se marchó?

—Cinco, seis minutos. Tal vez siete, pero no más.

—Bien —dijo Ole, concentrado—. Cierra la habitación de Holgersen hasta que la hayamos revisado. No dejes pasar a nadie, *absolutamente a nadie*. Me encuentro en la comisaría de Borg en estos momentos, pero voy a avisar a mi equipo y llegaré lo antes posible.

Cortó, volvió a entrar y puso al día a los dos abogados en un momento.

—Nos encontramos ante una nueva circunstancia —dijo moviendo la cabeza—. Por la descripción, diría que es Petter Moene quien ha actuado así. Me temo que voy a necesitar que vuelvas a mandarme a tus técnicos, Bårdsen.

El intendente miró, dudoso, primero a Vik y luego al abogado policial.

—Bueno, pero es que la investigación se ha trasladado a Bergen —dijo, inseguro.

—¡¿Bergen?! —tronó Ole con tanta fuerza que seguro que su voz llegó hasta los despachos contiguos—. *Eso* se refiere a los cargos contra Cato. —Se contuvo y miró el reloj unos instantes—. Si Moene se ha marchado en coche de Fjellberghavn hace siete minutos, puede que ya sean ocho, y ha puesto rumbo a Bergen, tal vez consiga detener su fuga —razonó a media voz—, pero para eso tengo que ponerme en marcha ya mismo. —Miró interrogante a Bårdsen—. ¿No estás de acuerdo? —Se obligó a mostrar un respeto formal, aunque solo fuera porque el otro abogado policial estaba a su lado, escuchando—. Tú

eres el jefe, tú decides, Bårdsen. —Contó hasta diez en su interior y pensó: «Acaba ya, no tenemos tiempo para esto».

Los abogados policiales intercambiaron miradas.

—Adelante —dijo Bårdsen poniendo la oportuna cara de haberse decidido—. Ponte en marcha, y seguimos en contacto.

Ole llegó al Volvo en menos de medio minuto. Encendió la sirena y la luz azul al instante, y el coche salió derrapando del aparcamiento. En cuanto llegó a la carretera, llamó a Cecilie y la informó de la situación.

—Arne no conoce el aspecto físico de Petter Moene —dijo para finalizar—, pero tú sí. No sabemos con seguridad si ya se ha marchado de Fjellberghavn; da una vuelta y búscalo. ¿Puedes coger tu coche particular?

—Por supuesto.

—Llama a Arne e infórmalo de la situación. Pídele que vaya directamente al hospital comarcal y que se ponga en contacto con el jefe médico Petersen. Debe hacer una primera inspección de la habitación de Holgersen, pero que no interfiera con ningún rastro, por favor. Que se ponga un traje de protección blanco y que no toque nada. En principio, debe buscar un objeto que hayan podido emplear en un supuesto intento de estrangulamiento. Los técnicos se ocuparán de los detalles más adelante.

Una media hora más tarde, Ole encontró un área de descanso desde la que podía vigilar la autopista. Apagó la luz azul y la sirena, pero dejó el motor encendido.

Cuando daba marcha atrás sonó un crujido en el altavoz del radiotransmisor que el Volvo llevaba instalado.

—*Fox cero-tres llamando a Fox cero-uno.* —Se oyó la voz nítida de Cecilie. Ole agarró el micrófono, se lo llevó a la boca y presionó el interruptor.

—Fox cero-uno respondiendo, adelante —Soltó el botón de respuesta.

—*Revisado Fjellberghavn de punta a punta. Nada que reportar*.

—Recibido. *Stand-by* para más instrucciones. —Ole soltó el interruptor y se inclinó hacia el cristal delantero. Pasó un Golf blanco, pero tras el

volante iba a una mujer e iba sola. Se relajó de nuevo, levantó el micrófono y presionó el interruptor.

—Fox cero-uno llamando a Fox-cero-dos, instrucciones —dijo decidido —. Id al lugar de los hechos y tomad declaración a los testigos. Llévate el Toshiba y el equipamiento y recoge declaraciones firmadas.

—*Instrucción recibida*.

Ole dejó el micrófono en el soporte y se enderezó. Se aproximaba una caravana de vehículos, uno de ellos era un Volkswagen Golf blanco. Ole siguió los coches con mirada de halcón y reconoció al instante a Petter Moene tras el volante del Golf cuando pasó ante él.

En un instante, puso la luz azul y la sirena, aceleró para salir a la carretera e inició la persecución. Los coches reducían la velocidad y ponían el intermitente para echarse a un lado según se acercaba. Adelantó a los últimos vehículos, giró para colarse en ángulo ante el Golf de Petter Moene, se detuvo y apagó la sirena. La luz azul seguía girando y contribuía a darle a la escena un tinte dramático.

Ole se bajó del coche oficial y se acercó con paso rápido hasta el Golf. Abrió la puerta del conductor con decisión.

—Quédate quieto y pon ambas manos sobre el volante, donde yo pueda verlas —ordenó, autoritario.

Petter Moene lo miró horrorizado e hizo dubitativo lo que le decían. Ole dio un paso hacia la carretera e indicó a los coches que siguieran su camino.

—Bájate —dijo en cuanto desaparecieron.

—Tú… tú me has dado un susto de muerte, inspector —tartamudeó Petter Moene mientras se bajaba del coche con desgana.

—Te lo explicaré dentro de un momento. Coloca las manos encima del coche. Separa las piernas.

Moene obedeció y Ole lo registró con profesionalidad por encima de la ropa.

—Vale, está bien. —Ole estaba más tranquilo—. ¿Dónde has estado?

—¿De repente se ha convertido en un asunto policial saber dónde he estado? —dijo Moene, alterado—. Por Dios, aquí estoy yo, sin

sospechar nada y …

—*¿Dónde has estado, Moene?* —interrumpió Ole sin piedad.

—Eh…, he ido a ver a Ingolf Holgersen —tartamudeó Petter, y se pasó una mano febril por el cabello—, ¿por qué?

—Ha sufrido un intento de asesinato —respondió Ole—. Por las declaraciones de los testigos, hay razones fundadas para sospechar de ti.

—¿De mí? —Petter Moene lo miró estupefacto—. ¿Por un intento de asesinato? No, la verdad, ya te vale Vik. —Rio sin entender nada.

Ole se enderezó.

—Debo pedirte que me acompañes a la comisaría para prestar declaración —dijo con autoridad—. Dejaremos el coche aquí, uno de nuestros agentes lo recogerá más tarde. —Sacó un juego de esposas de un bolsillo del uniforme—. Pon el brazo derecho en la vaca —ordenó.

Moene hizo lo que le pedía. Ole le pasó la esposa por la muñeca y la sujetó a la vaca del techo.

—Estás detenido como sospechoso de haber intentado asesinar a Ingolf Holgersen —dijo formalmente, y le soltó la retahíla de derechos —. Enseguida te informaré de las circunstancias que fundamentan esta sospecha —añadió—. Quédate quieto aquí mientras tanto.

Con paso firme, se introdujo en el Golf. Dio marcha atrás los cien metros que los separaban del área de descanso y lo aparcó allí, lo cerró y volvió corriendo.

—¿Cómo te atreves a tratarme de este modo? —Petter Moene lo miraba, iracundo.

Ole sostuvo su mirada sin ceder un milímetro.

—Es el procedimiento rutinario en un caso de esta gravedad —dijo quitándole importancia—. Supongo que eres lo bastante espabilado para saber que debo tomar precauciones al encontrarme yo solo. — Soltó las esposas de la vaca del techo—. Adelanta la otra mano.

Moene obedeció con desgana y Ole pasó las esposas también por su muñeca izquierda.

—Por ser tú, te pongo las esposas por delante —dijo—. Otros tendrían

que ir con las manos a la espalda. Solo lo menciono porque dices sentirte muy humillado.

Condujo a Moene hasta el Volvo y lo hizo sentarse en el asiento del copiloto.

—Al marcharme, Ingolf estaba vivito y coleando —comentó Moene sin energía cuando el inspector se colocó tras el volante—. ¡Si me ha echado él de la habitación! No entiendo nada. —Miró por la ventanilla del coche—. ¿Intento de asesinato? —añadió, desconcertado—. ¿Está herido de gravedad? ¿Qué le ha sucedido?

Ole encendió el motor y apagó la luz azul.

—Me informan de que su estado es muy grave —respondió en tono neutro, y metió primera.

Mientras aceleraba, informó al detenido de las causas del arresto, tal y como era su obligación según la ley. Luego le pidió que se lo pensara muy bien mientras se dirigían a la comisaría y que decidiera cómo quería que se ejercieran sus derechos.

—Tienes derecho, pero no obligación, a declarar —concluyó—. Puedes contestar cuando lleguemos.

Agarró el micrófono y presionó el interruptor.

—Fox cero-uno a todas las unidades. He detenido al sospechoso a la altura de Hareid y lo llevo para tomarle declaración. El sospechoso reconoce haber estado en el lugar de los hechos.

Su móvil sonó de manera casi inmediata. Vio en la pantalla que era Bårdsen. Para evitar que Petter Moene escuchase la conversación, sacó el teléfono del soporte de un tirón y se lo llevó a la oreja.

—He oído tu mensaje —se apresuró a decir el intendente—. ¿Ha reconocido Moene los hechos?

—No.

—¿Tampoco ha dicho nada de interés?

—No.

—¿Le has tomado declaración? Algo habrá dicho.

—No —dijo Ole, severo. Estaba empezando a enfadarse de verdad. No

se podía contestar a preguntas como aquellas con el sospechoso allí sentado. Era increíble que el abogado policial no entendiera ni eso.

—Bueno, bueno —dijo el intendente, mosqueado—. Lo he hablado con mi colega de Bergen y queremos llevar a cabo un registro en la casa de Moene de inmediato. La policía de Bergen conseguirá los permisos pertinentes y se ocupará de todo para ahorrarnos tiempo. Moene está divorciado y vive solo, ¿no es cierto?

—Sí.

—¿Quieres preguntarle si hay alguna copia de la llave en Bergen a la que podamos tener acceso?

—Un momento. —Ole bajó el teléfono, se giró y transmitió la pregunta a Petter, que negó con la cabeza. Se llevó el teléfono a la oreja de nuevo—. No hay llave en Bergen.

—Entonces, los agentes tendrán que abrir. Por favor, comunícaselo.

—Lo haré.

Colgaron, pero el teléfono volvió a sonar al instante.

—Hola, Ole, aquí Wenche —dijo la insistente voz de la redactora del *Fjellbergposten*. Se la podía imaginar, rodeada de papeles y recolocándose las gafas mientras tomaba notas en el cuaderno.

—Oye, ese sospechoso al que vais a tomar declaración, y que ha reconocido haber estado en el lugar de los hechos, ¿tienes algún comentario al respecto?

Ole suspiró.

—Wenche, venga, ¿has vuelto a espiar la frecuencia de la policía? —dijo con amabilidad, pero con un tono severo—. ¿Cuántas veces te he advertido de que está estrictamente prohibido?

Wenche Sunde se echó a reír.

—Todos los periodistas lo hacen, Ole, si no, no sabríamos nada de nada. No podemos cumplir con nuestra obligación de informar a los lectores si nos atenemos a lo que vosotros, los policías, queréis contarnos.

Ole se echó a reír y dejó el teléfono en el soporte del salpicadero para que no fuera *él* quien hacía algo ilegal. Era mejor tener su propia casa

en orden.

—Te estás adentrando en un camino proceloso, mi querida redactora —bromeó —. No haré ningún comentario.

—¿El suceso guarda alguna relación con el caso Holgersen? —Su voz sonó por el interior del vehículo.

—Sin comentarios.

—Pero ¿tampoco lo desmientes?

—Wenche, ¡sin comentarios! —Ole levantó la voz—. Déjalo ya. Tú y yo tenemos un acuerdo, ¿cierto? En cuanto llegue el momento, iré a ti la primera. Mientras tanto, debes tener paciencia.

—Así que *tiene* que ver. —Volvió a reírse. Ole maldijo en voz baja, agarró el teléfono otra vez, se lo acercó a la oreja, mirando de reojo a Moene—. Acabas de confesar, Ole —siguió ella—. Bueno, pues volveré a ser una buena chica. Pero no puedo retener esto mucho más, tienes que comprenderlo. En especial ahora, que se han producido nuevos sucesos en el caso. Iré por la comisaría mañana a las once. Si para entonces no tienes nada para mí, o si no estás, comprenderás que no me quedará más remedio que empezar a investigar por mi cuenta para que nuestros lectores reciban alguna información.

Ole soltó resignado un «Vale, pues ven», y cortó la comunicación con un movimiento que destilaba frustración.

Era legítimo que la prensa quisiera información, claro. Pero a las once se suponía que iba a salir de excursión con Hilde.

Capítulo 21

Petter Moene estaba dispuesto a prestar declaración, pero ni Cecilie ni Arne habían vuelto, así que lo llevaron al calabozo de la comisaría hasta que estuvieran listos. Ole fue a la cocina y puso en marcha la cafetera. Luego fue a su despacho, se sentó y se quedó pensando.

Con un suspiro, puso los pies sobre el escritorio y se reclinó. La silla gimió peligrosamente. Alargó la mano para coger el transmisor de la radio de la comisaría, que estaba sobre la mesa. Era negra, parecía un pequeño *walkie-talkie,* con una antena corta y gruesa encima, y funcionaba igual que los transmisores fijos instalados en todos los coches patrulla. Presionó el interruptor de salida.

—Fox cero-uno a Fox cero-tres, adelante. —Soltó el interruptor para escuchar.

Cada uno se identificaba con un número al usar el transmisor. El inspector utilizaba siempre el cero-uno y Cato, su colaborador más cercano y segundo de la comisaría, se identificaba como cero-dos. Cecilie era cero-tres y Arne, cero-cuatro. Los coches tenían su propia señal de llamada: el Passat era tres-cero; el Volvo, tres-uno. Para identificar también la comisaría rural de la que se trataba, la inicial del distrito se especificaba a través del alfabeto fonético. En el caso de Fjellberg era *foxtrot*, que se acortaba como Fox.

Pasó un instante y se oyó la voz de Cecilie en la habitación:

—*Fox cero-tres respondiendo*.

—¿Cómo vais?

—*Terminando la última toma de declaración.*

—Venid aquí después.

—*Recibido.*

Ole volvió a presionar el interruptor:

—Fox cero-uno a Fox cero-cuatro, adelante.

El altavoz emitió varios crujidos y zumbidos.

—*Fox cero-cuatro respondiendo.* —Era Arne Thorsen.

—¿Te has podido hacer alguna idea?

—*Sí, se puede confirmar*.

—Nos ocuparemos de los detalles cuando llegues aquí. ¿Tienes hora prevista?

—*Termino la tarea encomendada ahora, calculo que estaré de vuelta en diez minutos*.

Ole dejó el transmisor y cogió el auricular del teléfono con aire dubitativo. Tomó aire, se recompuso, y marcó el número de Hilde Ramnes.

Esta vez también se lo tomó bien, como había previsto.

En cuanto estuvieron los tres reunidos, se sentaron a recapitular los hechos. Cecilie tomó la palabra en primer lugar.

—He tomado declaración a tres personas. —Empujó unas hojas por la mesa—. Hablé primero con el director médico, no tenía nada que añadir a lo que ya te había contado por teléfono.

—¿No estuvo en contacto directo con Petter Moene? —preguntó Ole. Cogió los papeles y los ojeó, distraído.

—No, ninguno de ellos lo vio. El doctor Pettersen lo vio un momento cuando llegó.

—¿Y los demás?

—Eran dos enfermeras. Una le indicó dónde estaba la habitación de Holgersen. Hablé primero con ella, después de haber tomado declaración a Pettersen. Creía haber oído una discusión en el interior y le llamó la atención que Moene se marchara inmediatamente.

—¿Por qué?

—Parecía alterado y se fue derecho a la puerta, sin despedirse.

—¿Fue ella quien entró en la habitación de Holgersen después?

—Sí, quiso comprobar que todo estuviera en orden, pero lo encontró desmayado en la butaca. Dio la voz de alarma y empezó la reanimación.

—¿El resultado fue positivo?

—Sí. Mientras estaba allí, le han notificado, desde cuidados intensivos, que estaba en estado crítico e inestable. No se sabe nada más.

—¿Y la otra enfermera?

—Ella también se había fijado en el extraño comportamiento de Moene cuando se ha marchado. Casi a la vez que se encendía la luz roja sobre la puerta de Holgersen, miró por la ventana y lo vio meterse en el Golf blanco. Luego corrió a la habitación de Holgersen para echar una mano.

—¿Tienes el nombre de las dos enfermeras? ¿Las dos han firmado?

—Sí.

—¿Y tú, Arne? —Ole miró expectante a su joven colega—. Has mencionado que habías encontrado algo.

—Sí, así es. —El agente se rascó distraído su corto cabello—. He tenido cuidado de no tocar nada, puesto que no soy un experto, pero he sacado muchas fotos—. Ole asintió—. La habitación parecía ordenada y no se veían señales de que hubiera habido una pelea —añadió Arne—. Lo que me ha llamado la atención es que habían apartado la colcha del cabecero de la cama y faltaba la almohada. Estaba a los pies de la cama, como si la hubieran tirado allí. Tenía una clara abolladura que podría ser la marca de su cara.

—Los técnicos lo confirmarán, o no —asintió Ole—. Entonces, vamos a empezar a tomar declaración a Moene. Cecilie, prepara el Toshiba.

La sala de interrogatorios de la comisaría de la Policía Rural era cuadrada. En una de las paredes había una ventana pequeña, cerca del techo, que dejaba pasar una estrecha franja de luz chillona. Al igual que la sala de interrogatorios de la comisaría de Borg, estaba espartanamente amueblada, con una mesa y sillas en el centro, y otra mesa junto a la pared, donde había un teléfono.

Ole rogó a Petter que se sentara y se situó en el lado opuesto. En cumplimiento de la ley, le repitió a Petter sus derechos como sospechoso y le animó a decir la verdad. Cecilie se sentó junto a la mesa pequeña, colocó el ordenador y lo encendió.

En cuanto abrió el programa estándar de la policía para tomas de declaraciones y lo tuvo en pantalla, le hizo a Petter Moene las preguntas de rigor, y estuvieron listos.

—Moene —Ole se inclinó hacia él—, ¿has visitado hoy a Ingolf Holgersen en el área de Psiquiatría del hospital comarcal?

—Sí —respondió Petter en voz baja.

—¿Has permanecido mucho tiempo?

—No, solo un par de minutos.

—¿Por qué ha sido tan breve la visita?

—Porque resulta que Ingolf estaba muy enfermo.

—¿Puedes concretar qué quieres decir con eso?

Moene buscó las palabras adecuadas.

—En cuanto he entrado en la habitación ha tenido un ataque muy severo —respondió, despacio—. Ha gritado que yo había ido a matarlo y que le habían advertido que estaba en camino.

—¿Advertido?

—Sí, lo ha repetido varias veces, que se lo habían advertido.

—¿Ha dicho quién se lo había advertido?

—No.

—¿Qué ha ocurrido después?

—Se ha tapado la cara con las manos, como si quisiera protegerse de mí. Luego ha gritado que me fuera, y ha pedido socorro. Todo parecía irreal y… y ha sido horriblemente desagradable. Nunca lo había visto tan mal, me ha pillado desprevenido.

Cecilie escribía a tope.

—¿Qué ha pasado después?

—Ha empezado a lanzarme acusaciones, cada una peor que la anterior. Estaba completamente desatado. He comprendido que iba a ser imposible establecer contacto alguno con él y me he ido de allí lo más deprisa posible, conmovido hasta lo más profundo de mi ser.

Ole esperó a Cecilie, que le indicó que iba retrasada.

—El martes nos contaste que habías visitado a Ingolf dos veces —prosiguió el inspector, despacio, cuando ella estuvo lista—. ¿Ingolf y tú tenéis una relación cercana, puesto que lo visitas con tanta frecuencia?

—En realidad, no. Pero era la pareja de mi madre.

—¿Es ese el único motivo por el que lo visitas?

Moene permaneció largo rato en silencio. Entonces dijo:

—No.

—¿Qué otra razón tienes?

A Moene se le humedecieron los ojos. Se retorció incómodo en la silla y pareció buscar las palabras adecuadas.

—Eh…, Ingolf es mi padre biológico. —Apenas se le oyó.

—¿Cuánto hace que lo sabes?

Moene esbozó una sonrisa.

—Desde los dieciséis años, más o menos —dijo con voz queda.

—¿Cómo lo supiste?

—Madre me lo contó una noche, de repente. —Le temblaba la voz—. Fue un impacto terrible.

—¿Puedes precisar qué quieres decir con eso?

Petter se recompuso.

—Bueno…, esa información chocaba con todas las fantasías y sueños que me había montado de niño en la cabeza. De un día para otro se rompió la imagen idílica de mi perfecto padre de cuento y tuve que sustituirla por… por *él*.

—¿Por eso te fuiste a vivir a Bergen en aquel entonces?

—Al menos fue una razón más —Moene se encogió de hombros—. Caí en el agujero y estuve muy perdido. Por suerte, salió bien. De milagro, porque tuve una etapa bastante salvaje.

Ole esperó a Cecilie. Se pasó una manaza enorme por el cabello

enredado y se volvió de nuevo hacia Moene.

—¿Tuvo Ingolf una relación paterna contigo?

—En realidad, no. Nunca hablábamos de ello, si es eso lo que quieres decir. —Su mirada se volvió distante—. Pero se percibía en el ambiente —añadió—, como una realidad que los dos conocíamos pero no mencionábamos. A veces me ayudaba económicamente. Avaló la hipoteca de mi casa, y cosas así.

—¿Sabe Cato que eres su hermanastro?

Petter Moene asintió.

—Sí, pero nunca hemos hablado de ello.

—¿Por qué no?

—Cuando éramos pequeños, vivíamos cada uno en un extremo de Fjellberghavn y rara vez nos veíamos. Luego yo me mudé a Bergen. Nunca hemos tenido más que un trato superficial. Era un tema tabú, algo no oficial que nadie debía saber. Ya sabes, cuando madre se quedó embarazada de mí, Ingolf estaba casado, y su mujer estaba embarazada de Cato. Creo que todo el mundo, mi madre la primera, quería evitar un escándalo.

—Dime, ¿qué relación tienes con el dinero? —preguntó Ole.

Petter Moene sonrió con cuidado.

—Bueno —chascó la lengua—, supongo que sueño con que me toque la lotería, como todo el mundo, si es eso lo que preguntas. Para nada me sobra el dinero, y menos ahora, en pleno divorcio —Miró inquisitivo al inspector.

—¿Pagas mucho de pensión por alimentos?

—Sí —Moene asintió, desesperado—, es una putada.

—Tú te has quedado con el que fuera el domicilio conyugal —siguió Ole—. ¿Le has comprado su parte a tu exmujer?

—Sí. Por la mitad del valor de tasación, menos la hipoteca.

—¿Y además pagas la pensión por alimentos de dos niños?

—Así es.

—¿Tienes buen sueldo como agente de seguros?

—Tanto como bueno… —Moene se lo pensó—. Me cuesta, lo confieso, o, mejor dicho, me *costaba*. Puesto que voy a heredar, el banco me ha ayudado en la fase de transición.

—¿Herencia? ¿Te refieres a Ingolf?

Moene lo miró desesperado y se colocó las gafas.

—No, de mi madre, por supuesto. Su piso no tiene cargas y vale bastante, y tenía algunas coronas ahorradas. Sospecho que Ingolf tuvo que ver. —A Petter se le humedecieron los ojos—. Era muy bueno con ella.

Ole esperó mientras Cecilie se ponía al día. En cuanto le indicó que estaba lista, el inspector volvió a clavar la mirada en Petter Moene.

—¿Así que fue oportuno que muriera tu madre? —lo provocó—. Cuando se venda el piso, te habrás librado de la ruina económica, ¿no es así?

—¿Oportuno? —Moene se puso coloradísimo—. No fue oportuno, ¡fue espantoso! —Se le saltaron las lágrimas.

—Pero no deja de ser el caso: su muerte te libra de un importante aprieto económico.

Moene se quitó las gafas y se secó los ojos.

—Eso no me convierte en ningún asesino, joder.

—Dime, Petter —añadió Ole tras hacer otra pausa—, durante nuestra conversación en Bergen, el pasado miércoles, no pudiste proporcionarnos ninguna coartada para la noche del domingo, siete de enero, ni la noche del lunes, ocho de enero. ¿Lo has pensado bien, como te pedimos?

—Sí —Moene lo miró, desesperado—, pero no hay ninguna novedad. No salí de casa y no hablé con nadie por teléfono.

—En otras palabras: no tienes coartada.

—No, debo admitirlo.

—Hoy te he visto en un Golf blanco —siguió Ole—. ¿Es tu coche?

—Sí.

—¿Cuántos años tiene?

Moene lo pensó.

—Cinco.

—¿Por qué no nos has contado antes que eres propietario de ese vehículo?

—¿Importa? Ni se me había ocurrido.

Ole se calló un instante, midiéndolo con la mirada.

—¿Cuánto mides?

Petter Moene lo pensó un instante.

—Creo que uno ochenta y siete.

—Sí. ¿Y ha llegado el momento de hacerte con el premio gordo? —siguió el inspector, implacable

—¿El premio?

—Sí, el premio. Cincuenta, sesenta, puede que tanto como setenta millones de coronas. —Ole lo estudió mientras añadía—: Más que un premio de la lotería, mucho más.

—No entiendo qué quieres decir. —Moene sacudió la cabeza, desconcertado.

—Hablo de la fortuna de Ingolf, Moene. O, dicho de otro modo, la fortuna de tu padre —dijo Ole con dureza.

—Pero… —Petter Moene tragó saliva—. No será *tan* rico…

—Así de rico es. ¿No lo sabías?

Moene negó con la cabeza.

—Sabía que tenía dinero, pero no, no tenía ni idea. *¿Setenta millones?*

—Puede que sea tanto, sí. —Ole pensó unos instantes—. Dime, ¿qué sabes del testamento de Ingolf?

—¿Por qué iba yo a saber algo al respecto? —Moene lo interrogó con

la mirada.

—Sería lo normal.

—Ni siquiera sé si hay uno. ¿Lo hay?

Ole asintió, buscó entre los documentos, sacó el testamento y se lo entregó.

—Aquí tienes. Léelo.

Moene se enderezó las gafas y observó la hoja mientras Cecilie aprovechaba para ponerse al día y corregir un par de errores tipográficos.

—No lo entiendo bien, ¿qué quiere decir? —Moene estaba desconcertado—. ¿Heredero directo? ¿Ese… ese soy yo?

—Sois tú y Cato Holgersen. Como puedes ver, en la práctica, los dos habéis sido desheredados. Es decir, os dejan el mínimo que marca la Ley de Sucesiones, un millón de coronas cada uno. Calderilla, en este contexto. Tu madre se llevaba todo lo demás, Petter. Unos sesenta y ocho millones, más o menos.

—Pero… ella está…

—¿Muerta? —Ole le atravesó con la mirada—. En ese caso, ¿quién crees que hereda?

Petter esbozó una sonrisa.

—No lo sé, pero ¿quieres decir que soy yo?

—Correcto. —Ole lo informó del párrafo del Código Civil y le explicó cómo encajaba todo—. Heredas absolutamente todo, Petter. Todo.

—¡Dios mío! —Moene se hundió en la silla—. ¿Casi setenta millones? No tenía ni idea, lo juro.

—Pero, antes, tu padre debe morir —dijo un perverso Ole—. Dime, cuando has ido a visitarlo hoy, ¿la habitación estaba desordenada al irte?

Moene pensó.

—No.

—¿Te fijaste en si la cama estaba hecha?

—Sí, creo que sí.

—¿La colcha estaba en su sitio? ¿Todo recogido y en orden?

—Sí, diría que sí. No es que me fijara, pero creo que sí.

—¿La almohada? ¿Estaba bien colocada? ¿Te fijaste?

—Sí, diría que sí.

—¿No estaba encima del edredón?

—No.

Ole esperó a Cecilie.

—Cuando has salido de la habitación de Ingolf, te han visto dos enfermeras a las que les ha llamado la atención tu comportamiento —dijo con rudeza—. Recalco que una de ellas ha entrado a ver a Ingolf en cuanto te has ido. Estaba inconsciente en la butaca, después de que alguien haya intentado ahogarlo. Nadie más ha entrado allí mientras tanto.

—No lo comprendo. ¡Si Ingolf me ha perseguido hasta la puerta! —La frente de Petter se llenó de sudor.

—La habitación se ha precintado inmediatamente después —siguió Ole sin hacerle caso—. Luego la ha inspeccionado el suplente Thorsen, de nuestra comisaría, que ha tomado una serie de fotografías que revelaremos y te mostraremos más adelante. Me ha dicho que la colcha estaba apartada y la almohada, atravesada al final de la cama, con una abolladura en el centro.

Moene negó con la cabeza. Le temblaban las manos.

—No lo entiendo —murmuró con voz apenas audible—. No puede ser. No ha sido así.

Ole esperó mientras Cecilie escribía. Petter Moene apoyó los codos en la mesa y ocultó el rostro entre las manos temblorosas.

—¿Qué ha pasado de verdad ahí dentro? —siguió Ole—. Vamos, cuéntanos lo que ha ocurrido de verdad.

Moene tomó aire. Tenía las gafas empañadas, se las quitó y las frotó

nervioso.

—Tiene que haber sido otra persona —gimió—. Yo no he sido, eso seguro. Os he contado la verdad. —Miró suplicante al inspector.

—En otras palabras, ¿el responsable es el hospital?

—Yo no he dicho eso. —Moene movió la cabeza, agotado.

—¿Quién podría ser, si no?

—No lo sé, pero yo no he sido, seguro.

—Bueno, pues, en ese caso, habrá sido alguien del personal —Ole se mostró prudente—. Personalmente, creo que alguien de la plantilla del hospital habría utilizado sus conocimientos para escoger un método menos fácil de detectar. Una enfermera o un médico conocerán muchas maneras de matar a alguien, ¿no crees?

—Sí —Moene lo miró con los ojos empañados—, y por eso no entiendo nada.

Ole se giró hacia Cecilie y esperó a que estuviera lista. Luego se inclinó hacia Moene.

—De momento, lo vamos a dejar aquí. La oficial Hopen imprimirá una copia de la declaración que te rogamos leas con detenimiento antes de firmar. No lo hagas hasta que no estés seguro de estar de acuerdo con el contenido. Te recuerdo que una declaración firmada podrá ser utilizada, llegado el caso, en un proceso posterior contra ti. Ahora te conducirán al calabozo de la comisaría mientras los juristas preparan la documentación necesaria.

—¿Me estás encarcelando? —gimió Petter.

El inspector asintió.

—Se te retendrá aquí. Si no surgen otras evidencias a tu favor, serás conducido ante el juez el lunes para solicitar la prisión provisional.

Moene lo miró, inexpresivo.

—¿Y me acusarán?

—Sí. Como sospechoso, en la práctica ya puedes considerarte acusado. Por eso te aconsejo que busques un abogado. ¿Conoces alguno?

—No.

—¿Te ayudo a buscar uno?

—Sí, por favor —asintió Petter, agotado.

—En ese caso —Ole sonrió con educación—, me ocuparé de que uno de los abogados defensores designados por el juzgado local se ponga en contacto contigo.

Petter volvió a quitarse las gafas empañadas. Las puso sobre la mesa y escondió la cara entre las manos. Temblaba.

Capítulo 22

La plantilla, ahora reducida, de la Policía Rural se reunió para ponerse al día en cuanto Petter Moene fue conducido al calabozo. Ole pasó una tras otra las páginas de la documentación que tenía delante.

—Por una cuestión de método, debemos descartar a los que intervinieron en el hospital comarcal. Cecilie, tú tienes los nombres. Comprueba sus antecedentes. —Ella asintió—. Insisto en que es pura rutina —añadió el inspector—. Si fuera posible, intenta averiguar si alguien de la plantilla tiene algún tipo de relación con Nilsen, Holgersen o la familia Moene. Podría ser relevante si así fuera.

Cecilie tomó nota y levantó la vista.

—He pensado un poco sobre la repentina y, al parecer, oportuna recaída de Holgersen —dijo—. Supongo que son casualidades, pero, por si acaso, le pregunté al jefe médico Petersen por su valoración del cuadro que presenta Ingolf.

—¿Y qué te respondió? —se interesó Ole.

—Dijo que iba por etapas, con unos cuantos días muy buenos y otros muy malos, y que al paciente le queda un largo camino por recorrer. Su pronóstico es atípico.

—¿Qué quiso decir con eso?

—Que respondía a la medicación más despacio que otros pacientes, y de forma distinta. Pero recalcó que todos los enfermos reaccionan de diferentes maneras y que el caso de Ingolf no era necesariamente anormal.

Ole asintió.

—Bien, Cecilie. Supongo que lo has registrado aquí. —Dio unas palmaditas a la carpeta.

—Sí —sonrió ella.

—Perfecto. Cecilie, pásale la declaración por correo electrónico a Bårdsen ahora mismo, y luego veremos qué pasa. Apuesto a que tardará poco en llamar.

Acertó. El intendente telefoneó a los diez minutos de que enviaran el correo.

—Un informe interesante —dijo, objetivo—, me temo que nuestro amigo Moene tiene un problema.

—Sin duda —respondió Ole—. ¿Qué pasará con Cato?

—La acusación se mantiene, de momento, y se quedará donde está hasta que el caso esté resuelto. Deben trasladar a Petter Moene lo antes posible a Bergen, y la Fiscalía y nuestros colegas de allí decidirán cómo proceder. Ya hemos hecho lo que nos correspondía, no olvides que, formalmente, ya no estamos en el caso.

Cuando Ole subió las escaleras de su apartamento diez minutos después, ya eran las seis de la tarde.

Acababa de poner a hervir las patatas y sacado unas chuletas de cerdo del congelador cuando sonó su móvil. Con un quejido, miró de reojo la pantalla, suspiró profundamente y respondió.

—Vik.

—Aquí Bårdsen. Se oyó la voz del intendente y Ole percibió que estaba alterado—. Nos han llegado los resultados preliminares de la Policía Judicial sobre la Luger que apareció en la residencia de Holgersen.

—Vaya, qué rapidez —comentó Ole—. Dime.

—La han desvinculado del caso —siguió Bårdsen con un suspiro—. La han disparado y las marcas de los proyectiles no coinciden con las de la nuestra.

—No me sorprende. ¿Alguna huella dactilar?

—No, ninguna.

—Hum…, limpiada a fondo, en otras palabras. Así que *fue* un complot. ¿Puede un hombre de aspecto inocente como Petter Moene estar tan lleno de maldad?

—¿Que intente culpar a propósito a su hermano, quieres decir? Si él es el hombre de negro, puede. En ese caso, es capaz de cualquier cosa.

Ole le dio la razón.

—¿Qué hay del número de serie?

—Lijado, imposible de localizar.

—Y Cato sigue siendo el único que tiene llaves de la casa. Que sepamos. —Ole pensó un instante—. Por cierto, ¿alguna novedad del registro de la vivienda de Moene?

—No, todavía no. Supongo que están en ello. Te llamo en cuanto sepa algo. —Bårdsen se quedó un momento en silencio—. Seguimos en contacto, Vik —se despidió como solía hacerlo.

Pasó un cuarto de hora y llamó de nuevo.

—Agárrate fuerte. —Esta vez estaba realmente exaltado—. Tenemos un hallazgo definitivo.

—Dime. —Ole tragó saliva.

—Los agentes están acabando el registro y han encontrado varias cosas en la vivienda de Petter Moene —siguió Bårdsen, acelerado—. Para empezar, han una Colt en una vieja cómoda en el desván. Estaba en un rincón, medio tapada por un montón de cartones. ¿Adivinas de qué calibre?

—¿Del treinta y ocho, tal vez?

—Correcto. Y el número de serie, lijado, como en la Luger, nos informan los nuestros. Ahí habría una posible conexión. Pero falta lo peor: en una bolsa de plástico han encontrado un chándal negro talla XL, además de, y agárrate, Vik, un pasamontañas de punto. —Ole tragó saliva—. Y hay más —prosiguió Bårdsen—. También han encontrado una llave, en uno de los cajoncitos para especias de la cocina, escondida entre la pimienta. Me juego lo que quieras a que sirve para entrar en casa de Holgersen.

—Eso quiere decir que Cato por fin puede descartarse del caso —respondió Ole, animado—. ¿Serías tan amable de dejarlo en libertad y mandarlo de vuelta al trabajo ya mismo? Nos falta personal.

—Tómatelo con calma —rio Bårdsen—. Todo a su debido tiempo. Primero te pediré que interrogues otra vez a Petter Moene. Confróntalo con estos hallazgos, haz que confiese.

—¿Ahora mismo? —Ole suspiró, puesto que su estómago ansiaba las chuletas, la salsa bearnesa, el brócoli y las patatas, además de otros condimentos.

—Sí, ahora mismo —dijo Bårdsen, tajante.

Ole soltó unos sonoros tacos en su interior.

—No sé si le sacaré algo —respondió—. Está esperando a su abogado. No he sido capaz de encontrar a nadie dispuesto a presentarse un sábado por la tarde y se lo he comunicado. No creo que las cosas mejoren ahora que casi es de noche.

—Dale un teléfono y las páginas amarillas, y que llame él —dijo Bårdsen con dureza—. Tú sabes cómo es este juego. Adelante.

—Sí, vale. —Ole sonrió entre dientes. El mismísimo intendente tenía sus momentos.

El inspector había instalado un intercomunicador entre el apartamento y el calabozo, sujeto a la pared de la cocina. No era frecuente que la celda estuviera en uso fuera del horario de oficina, aún menos en fin de semana, pero, en las raras ocasiones en las que sucedía, se hacía necesario. Si no, tendría que haber pasado la noche en la comisaría rural.

Con una maldición, Ole apagó el fuego y apretó el interruptor del intercomunicador.

—Moene, voy a bajar un rato —dijo con firmeza—. Han surgido novedades que hacen necesario que hablemos.

—No tengo más que decir. —Petter no quería hablar.

Ole suspiró.

—Voy a bajar de todas formas.

Llamó a Cecilie y la puso al día.

—Debo pedirte que vengas a la oficina ahora mismo —dijo—. Vamos a tomar declaración a Petter Moene otra vez.

Se quedó en silencio.

—Es sábado por la noche, Ole, y voy camino de la cita del siglo —dijo suspirando—. Bueno, ahora mismo estoy en el baño, intentando ponerme espectacular para un dios griego con el que he quedado dentro de media hora.

—¿Dios griego? —rio Ole por lo bajo—. ¿Y vas a tener que cancelar la cita? Bueno bueno, bienvenida al club.

—Debería haber apagado este estúpido móvil —gimió—. ¡Maldita sea!

Ole se rio.

—Claro que no, Cecilie. Si tu dios griego vale la pena, te esperará. No te pongas demasiado guapa, no queremos que Petter Moene pierda los papeles, y preséntate aquí enseguida.

Ella suspiró resignada.

—Voy.

El inspector abrió la puerta de la celda y, sin mediar palabra, acompañó a Petter hasta la sala. Se sentaron a la mesa.

—Como ya te he comentado antes, es difícil dar con un abogado que esté dispuesto a venir hasta aquí un sábado —empezó Ole—. Hemos probado con todos los habituales, sin éxito. Eso quiere decir que, en la práctica, el abogado que te asignemos no podrá encontrarse contigo hasta el lunes por la mañana, justo antes de la comparecencia para resolver la solicitud de prisión provisional. ¿Has pensado al respecto?

Petter asintió, despacio.

—Quiero a Staff —dijo con firmeza.

—Así que apuestas por un abogado famoso. —Ole lo miró con aprobación—. Bueno, ¿quieres intentar llamarlo ahora mismo?

—Sí.

—Bien. —El inspector se levantó y se acercó a la mesita del teléfono. Cogió el aparato y lo depositó frente a Petter—. Toma —dijo con determinación—. Marca el cero para que te dé línea. Tómate el tiempo que necesites, yo me retiro mientras tanto.

Dejó la habitación, cerró con llave, volvió con paso firme a su despacho y cerró la puerta a su espalda.

Poco después, tenía las dos piernas cruzadas encima de la mesa y desconectaba con un puro habano entre los labios. Cuando lo encendió, se vio envuelto en un humo espeso. Estaba en su salsa, pero le sonaban las tripas.

Esperó un cuarto de hora antes de volver. Petter Moene estaba inclinado sobre la mesa, con ojos brillantes.

—¿Ha ido bien?

Negó con la cabeza, con aire frustrado.

—Staff está en el extranjero y no vuelve hasta el martes. Había dejado un mensaje en su contestador.

—Hay otros con los que puedes hablar.

—No —respondió Moene, decidido.

Ole se sentó.

—En ese caso, te hago la siguiente propuesta: uno de nuestros abogados defensores del juzgado te asistirá en la vista del lunes, y, en cuanto regrese, Staff puede encargarse. Es el procedimiento habitual.

Petter Moene se colocó las gafas con una mano levemente temblorosa.

—Vale —dijo.

—Bien. Como he dicho antes, han surgido nuevos aspectos que debemos aclarar —dijo Ole con cuidado—. Por eso queremos tomarte otra declaración deinmediato. —Lo escrutó con la mirada. Moene dudó—. No estás obligado a permitir que te interrogemos ahora, quiero dejarlo claro —añadió Ole con cautela—, pero no tienes nada que perder. Tal vez sea al contrario: podríamos aclarar cuestiones que jugaran a tu favor, ¿no es cierto? Además, ante el tribunal, es mejor referirse a una declaración ya prestada que hablar allí, en presencia de todo el mundo. Pero, como digo, la decisión es tuya.

Petter Moene lo pensó un instante.

—Vale, en cualquier caso, no tengo nada que ocultar. Empieza ya —dijo, atribulado.

Diez minutos más tarde, el interrogatorio estaba en marcha. Ole volvió a optar por un tono sosegado y objetivo, tanto para cumplir con el reglamento de la Fiscalía como para evitar que el detenido se bloqueara bajo una presión excesiva.

—Señor Moene —empezó con tono resuelto—, ¿tienes una cómoda en un rincón del desván, parcialmente oculta por cartones?

—Eh, sí. —Moene miró extrañado al inspector.

—¿Qué contiene?

Petter lo pensó.

—Hace muchísimo que no la toco. Creo que ropa vieja.

—¿Qué clase de ropa?

—Casi ni me acuerdo. —Petter lo miró, concentrado—. Hace por lo menos diez años que no toco esa vieja cómoda. Pantalones y camisas, que yo sepa.

—¿Alguna de esas prendas están metidas en bolsas de plástico?

—No, creo que no.

—¿Hay armas?

—¿Armas? No. —Petter Moene soltó una risa nerviosa—. No tengo nada así en casa, de eso estoy seguro.

Ole lo observó con detenimiento.

—¿Qué hay de un chándal, un chándal negro?

—No, negro no, y seguro que allí menos. Guardo el chándal en el armario del dormitorio; es de color turquesa, con franjas blancas. No tengo ningún chándal negro.

—¿Y un pasamontañas?

Moene soltó una carcajada.

—¿Qué haría con eso? No, no hay uno en la cómoda, te lo aseguro. Ni en ninguna otra parte de la casa.

Ole dejó que Cecilie se pusiera al día.

—Díme, Moene —siguió cuando ella estuvo lista—, ¿quién tiene la llave de tu casa? Además de tú mismo, claro.

—Bueno, madre tenía una, pero la cogí cuando murió. Y mis hijos.

—¿Nadie más? Piénsalo bien.

—Nadie más.

—En la pared de la cocina tienes seis cajoncitos. ¿Qué contienen?

Petter Moene pensó un momento.

—Ah, ¿te refieres a los cajoncitos de las especias? Especias, claro.

—¿Nada más?

—No.

—¿Has ocultado algún objeto en uno de los cajones, entre las especias?

—Un objeto, ¿de qué podría tratarse?

Ole lo taladró con la mirada.

—¿Lo has hecho o no?

—No, no lo he hecho.

El inspector hizo otra pausa mientras observaba al angustiado detenido, que lo miraba con gesto inquisitivo.

—Puedo informarte de que nuestros agentes hallaron una llave allí, una que no es la de tu casa.

—Pero eso es imposible —tartamudeó Moene—. Nunca he dejado una llave ahí, ¿dentro de las especias?

—En concreto, en la pimienta. ¿Podría alguna otra persona haberla dejado allí?

Moene negó con la cabeza.

—¿Quién haría una cosa así?

—¿Tu exmujer, tal vez? ¿O uno de tus hijos?

—Suena del todo improbable. *Yo* no lo hice, seguro.

—En una cómoda del desván, dentro de dos bolsas de plástico, encontramos un chándal negro y un pasamontañas de punto —siguió el inspector—. En la otra bolsa, una Colt, calibre 38. ¿Dejaste esos objetos allí?

—No —respondió Moene con voz estridente—. ¡Desde luego que no!

—Entonces, ¿quién ha sido? ¿Tus hijos?

—¿Una Colt? ¿Mis hijos? ¿Estás loco?

—¿Qué hay de tu exmujer, ha podido cogerle la llave prestada a uno de tus hijos?

—No, no, eso es impensable. —Petter Moene tenía sudores fríos—. Además, ella se ha mudado con sus padres a Østlandet, a Drøbak. No ha vuelto por Bergen. Y es imposible que tenga acceso a una pistola.

El inspector le dedicó una mirada implacable.

—Entonces, solo podrías haber sido tú, ¿no?

Moene sonrió débilmente, le temblaban las manos.

—No he sido yo —dijo con voz dubitativa.

Ole suspiró.

—En ese caso, tendremos que volver a empezar desde el principio…

El inspector volvió a la declaración del interrogatorio anterior e hizo una intensa ronda de preguntas, mucho más indiscretas que en la primera fase. Contrastó todas las respuestas de Moene e intentó desmontarlas para descubrir diferencias o contradicciones. Ole planteó una serie de teorías sobre la llave que habían encontrado en el especiero de Moene y la Luger que había en casa de Holgersen. ¿Podría ser que Cato no fuera el único que tuviera llaves de la vivienda? ¿Podría Petter haber colocado la Luger y los zapatos allí para que las sospechas recayeran en Cato?

Pero Moene no reconoció nada, se limitó a insistir en su inocencia. Por fin pusieron punto final al interrogatorio: había durado casi cuatro horas y eran las once y media. Petter Moene miraba al infinito, pálido y desencajado. Ole también estaba agotado. Ese día que había empezado tan bien, y con tantas expectativas, se había visto arrastrado a una maratón que no le había dejado ni un segundo de tranquilidad. Además, se moría de hambre. Eso casi era lo peor.

De la puerta de su casa colgaba una nota amarilla y la agarró para leerla con mucha curiosidad.

He venido a las diez para devolverte a Birk, pero no hay nadie en casa. Me había traído una cesta con platos exquisitos, así que ya te puedes arrepentir.

Hablamos mañana,

Un beso,

Hilde.

Ole arrugó la nota y soltó unos cuantos improperios. La idea de lo que se había perdido le dolía como una puñalada en el corazón. Y no estaba pensando en la cesta.

Capítulo 23

Para el inspector y su equipo, el domingo comenzó como un día laboral corriente. Puesto que la situación era extraordinaria, Ole también había convocado a Eva Lien. La puso al día de las novedades.

El teléfono de la centralita sonó.

—Perdona, un momento —se disculpó enseguida Eva, y descolgó el auricular—. Comisaría rural de Fjellberg —dijo con profesionalidad antes de quedarse a la escucha—. Sí, aquí está. Un momento… —Levantó la vista—. El intendente Bråldsen. ¿Lo coges en tu despacho?

—Sí.

Ole fue con paso rápido a su oficina, donde Cecilie y Arne estaban sentados a la mesa de juntas, preparándose para la reunión matinal. Se dejó caer con pesadez en su silla y agarró el auricular.

—Buenos días, Bårdsen —saludó.

—Buenos días. —El intendente carraspeó—. He recibido el informe que me mandasteis anoche por correo electrónico. Sí que es duro de pelar, el tal Petter Moene.

—O eso, o es inocente —contestó el inspector con voz neutra—. ¿Alguna novedad sobre la llave?

—Sí, por eso he llamado. Inocente no creo que sea, porque la llave es de la puerta de Holgersen.

Ole silbó por lo bajo.

—Me lo imaginaba.

—Ya veremos cómo van las pruebas de balística de la Colt —añadió Bårdsen—. Tendremos que armarnos de paciencia. En cualquier caso, ahora ya sabemos que no solo Cato tenía acceso a la vivienda, y eso cambia la situación por completo. Hablé con mi colega de Bergen ayer por la noche y me indicó que ya no hay base para sustentar la acusación contra Cato. Esta noche se lo desvinculará del caso; a más tardar, mañana por la mañana. Tenemos a su abogado encima, una maldita lapa, si quieres saber mi opinión.

—Que se limita a hacer su trabajo. —Ole suspiró, aliviado—. Ahora sí que me he puesto contento.

—No me extraña, enseguida te devolveremos a tu favorito —se rio Bårdsen—. Además, puesto que Cato ya no está involucrado, la policía de Bergen considera que ya no es necesario que se impliquen en el caso. Hay mucho movimiento de un lado a otro, pero la investigación recae en nuestro regazo.

—Donde siempre debió estar —rio Ole, quitándole hierro, y miró con una sonrisa a la mesa de reuniones y sus dos colegas—. Aquí estamos todos, preparados para lo que haga falta.

—Bien. Recuerda que tendremos que vérnoslas con el más destacado abogado defensor del país —respondió el tenaz intendente—. Cuando hagáis un resumen del caso, no os dejéis ni el detalle más nimio; presentémonos cien por cien preparados, ¿ok?

—Vale. —Ole rio por lo bajo y estuvo a punto de tomarle el pelo diciendo: «Ahora sí que estáis nerviosos, sí», pero tuvo la prudencia de contenerse y contestar—: Confía en nosotros.

—Eso hago —respondió el intendente Arne Bårdsen, satisfecho—. Seguimos en contacto.

El inspector se trasladó a la mesa de reuniones y transmitió las novedades a los otros dos.

—Vamos a dedicar el día a revisar la investigación paso a paso —dijo, resolutivo—. Después lo organizaremos todo para enviarlo a la Fiscalía. —Miró a Arne—. Empecemos por los números de móvil utilizados la noche del asesinato y la víspera. ¿Nos falta mucho?

—Todavía no nos han dado acceso. —El suplente se encogió de hombros.

—¿Por qué?

—Porque la solicitud tenía que pasar por la inspección de Correos y Telefonía, en consideración a la protección de datos.

Ole puso los ojos en blanco.

—Siempre hay algo que nos retrasa —dijo, tenso—. ¿Cuándo tendremos los listados?

—Seguramente, el martes.

—Martes… —El inspector se tranquilizó—. Nos tendremos que

adaptar. —Miró los papeles que tenía delante—. Vamos a ver, según el último informe del hospital, Ingolf Holgersen se encuentra mejor, pero no está fuera de peligro, y no se lo puede interrogar. He pensado en esos arañazos que tenía en el dorso de la mano. Veo aquí que el análisis de ADN verifica la información del de sangre y, por tanto, sabemos con seguridad que fue Helga Moene quien lo arañó. La pregunta es cuándo y en qué circunstancias. Levantó la mirada—. ¿Tenéis alguna teoría?

—¿No dijo que quería ayudar a Helga o algo parecido? —preguntó Cecilie.

Ole lo pensó.

—Sí, así es. Fue cuando estuve en el hospital para notificarle que era sospechoso, a principios de enero. Pero estaba desconcertado y era difícil hacerse una idea de qué quería decir en realidad.

Cecile se apartó el cabello largo y rizado del rostro y se lo echó a la espalda.

—¿Crees que esos arañazos tienen relevancia para el caso, Ole? —preguntó.

—No necesariamente —el inspector negó con la cabeza—, pero es un punto aún sin aclarar que el abogado Staff podría utilizar contra nosotros para desacreditar las pruebas que se presenten. Espero que más adelante podamos tomarle declaración a Ingolf; hasta ese momento, dejaremos esta cuestión a un lado. —Sacó la documentación de la carpeta y la puso en un montón, sobre la mesa—. Ahora, al punto siguiente. —Se dirigió a Cecilie—. ¿Has comprobado si había alguna relación entre los empleados del hospital comarcal y las familias implicadas?

—No encontré ninguna conexión —respondió ella con rapidez—. Y ninguno tiene antecedentes.

El inspector tomaba nota.

—También íbais a verificar todos los Golf de color blanco registrados en Fjellberg. ¿Cómo ha ido eso?

—La Dirección General de Tráfico ha prometido pasarnos un listado completo de toda la comarca el lunes por la mañana.

—Estupendo. —Ole sonrió.

—Hemos comprobado lo de los zapatos —intervino Arne Thorsen—. Tanto las botas Ecco como las Crispi llevan a la venta no más de seis meses. Son botas típicas de invierno; en otras palabras: una novedad de este año.

Ole tomó nota.

—Tendremos que profundizar más en eso. —Se quedó pensativo unos instantes—. Arne, empieza mañana por la Zapatería Moderna y G-Sport. Si no lo recuerdan, seguramente podrán comprobarlo con el registro de caja.

—Vale.

Ole miró los papeles.

—Luego están las huellas de los neumáticos. ¿Sabemos algo más de ellas? —Se volvió hacia Cecilie.

—Sí, son neumáticos de invierno Continental Viking, de los que no llevan clavos. Es un tipo con el que los importadores equipan los Golf con frecuencia.

—¿Y era un Golf?

Cecilie asintió.

—No lo pueden afirmar con un cien por cien de seguridad, pero el ancho de la huella encaja. Como hacía frío ese día y había nieve en polvo, la calidad de las marcas de los neumáticos y del calzado no nos permiten ir al detalle. Habría sido más fácil si la temperatura hubiera estado en torno a cero.

—Está claro —respondió Ole—. ¿Y el Golf de Petter Moene? Creo haber leído que también llevaba unas Continental Viking.

—Así es.

—Hum, los técnicos encontraron marcas débiles en la capa de escarcha la noche del crimen. ¿Recordáis algo? —Pasó con impaciencia las páginas de la carpeta.

—No hace falta que busques, lo he comprobado —dijo Cecilie—. Las huellas coincidían. Es decir, eran el mismo tipo de neumáticos, Continental Viking, y del mismo ancho, pero es imposible constatar si son esos. Las marcas en la escarcha no tenían calidad suficiente como

para determinarlo.

—Pero sí lo bastante como para saber el tipo de neumático —constató Ole moviendo la cabeza—. ¿Y también se trataba de un Golf?

—Sí, lo confirman los técnicos en su informe.

—Hum… —Ole pensó—. Cuando le mostré a la señora Halvorsen la foto de un Golf y de un Corolla, señaló el Golf como el más probable. Eso quiere decir que podemos establecer con bastante seguridad que el coche del hombre de negro es un Volkswagen Golf.

—Blanco —apuntó Cecilie.

—Sí. —Ole la miró—. ¿Y cómo lo sabemos? Pues porque la señora Halvorsen nos ha dicho que el coche que vio era blanco. Así llegamos a la pregunta del millón: ¿quién más hizo que prestáramos atención a un Golf blanco?

Se quedaron un buen rato en silencio, hasta que Arne captó la idea.

—Petter Moene —contestó sin aliento Arne.

—Sí, ¿verdad? —dijo Ole, pensativo—. ¿Y por qué haría algo así? ¿Por qué no mintió y dijo, por ejemplo, que fue un Golf rojo el que lo obligó a subirse al ventisquero? ¿O azul, o amarillo? Cualquier otro color que no fuera blanco. O que se trataba de un vehículo de otra marca. ¿Me lo podéis explicar?

Cecilie y Arne se miraron.

—Hay otra cosa que me parece extraña. —El inspector los miró, reflexivo—. Si Petter Moene de veras quería perjudicar a Cato, ¿por qué plantó en casa de Ingolf una pistola que no tenía nada que ver con el caso? ¿No habría optado por dejar *allí* la Colt, en lugar de dejarse en evidencia a sí mismo escondiéndola en su propio domicilio?

—Sí —respondió Cecilie.

Ole sacudió la cabeza.

—Vaya manera de cavarse su propia tumba. —Anotó algo—. Bien, tengamos esto en cuenta, a favor de Petter Moene. Vayamos al punto siguiente: le pedí a Cato que hiciera una lista de los enemigos de Ingolf. ¿Habéis tenido tiempo de echarle un vistazo?

—Está en la carpeta —dijo Cecilie.

—¿Me podrías hacer un breve resumen?

—No eran muchos. Sobre todo antiguos socios empresariales, creo, y algunos vecinos. Y Petter Moene.

—¿Moene? —Ole la miró, perplejo—. ¿Cato informó de que su hermanastro estaba enfrentado con Ingolf?

—Sí, no recuerdo exactamente qué ponía, pero eso me pareció entender.

—Vamos a ver… —Ole rebuscó en el montón de documentos, encontró la lista y la leyó—. Pues aquí hay de todo —comprobó mientras buscaba con el dedo índice—. Veamos…, Petter Moene, sí… «Rechazado, tratado con desprecio, Ingolf nunca lo aceptó…, huyó a Bergen a los dieciséis años y juró vengarse de su padre».

Apartó los papeles.

—Bien, esto, desde luego, no favorece a Moene.

—Además, no cuadra con lo que nos contó a nosotros —dijo Cecilie.

—Sí, pero, si es culpable, tiene buenas razones para ocultarnos que se llevaba mal con Ingolf —replicó Arne.

—Eso sí encaja —dijo Ole, sonriente—. Hay que estudiar la lista en detalle cuanto antes.

Recogió los papeles y los alineó.

—Hay una cosa que me extraña —dijo despacio, mirándolos con una sonrisa intrigada—. Y es lo más evidente.

A las once en punto, la redactora Wenche Sunde anunció su llegada a Eva Lien, en recepción, y Ole salió a recibirla, muy cordial. Puesto que su despacho estaba ocupado, fueron al comedor y Ole le contó la historia con todo detalle. Debería haberlo consultado con el intendente Bårdsen, por supuesto. Pero era más fácil conseguir perdón que permiso.

Ole llamaba a la puerta de Hilde Ramnes a las siete y media de la tarde. En la mano llevaba una cesta que contenía patatas al horno, ensalada, un cuenco de salsa bearnesa, dos solomillos a la pimienta y una botella de vino, todo preparado por encargo en el Hostal Fjellberg, situado en el puerto.

Cuando se abrió la puerta, lo recibieron dos labradores que movían el rabo y Birk, que estaba desatado, además de una bella adiestradora de perros que sonreía de oreja a oreja.

—He venido a hacer penitencia —dijo Ole con la más encantadora de sus sonrisas.

Capítulo 24

Ole pasó la noche en casa de Hilde. En el sofá del salón, no en un apasionado abrazo en su cama. La cercanía de su suave cuerpo le había provocado una descarga eléctrica la noche anterior, como si estuviera cargada de electrones y el contacto los hubiera movilizado. Pero los dos eran mayorcitos y la relación necesitaba madurar un tiempo. Se sintió torpe, como un adolescente recién enamorado que no sabía qué hacer con ese rayo que lo había atravesado. Había perdido práctica, por así decirlo. Los hombres de su edad dedicaban el tiempo libre a jugar con sus nietos.

A las siete y cuarto conducía de regreso a Fjellberghavn, con la música a todo volumen. Birk iba en el maletero, escuchando con la cabeza ladeada, mientras que el inspector, con voz estridente y toda la capacidad de sus pulmones, acompañaba la interpretación de Plácido Domingo de *Dein is mein ganzes Hertz*.

Estaba emocionado y muy poco centrado. Si alguien lo hubiera visto en ese momento, lo habría tachado de patético. Birk no habría estado de acuerdo: Ole le parecía la octava maravilla del mundo. Pero, claro, no dejaba de ser un perro, el mejor amigo del hombre.

El inspector pasó por su apartamento. Se duchó, se puso el uniforme y bajó a la comisaría rural.

Puesto que habían trabajado todo el sábado, la reunión matutina acabó casi antes de comenzar, y Ole se quedó a solas en su despacho, con la cabeza repleta de sensaciones agradables. Estaba emocionado. Por mucho que lo intentara, no lograba concentrarse. Con una sonrisa, se puso la chaqueta y buscó los guantes y la gorra.

—Vamos, Birken —sonrió—. Necesitamos airear los sesos, tanto tú como yo. Haremos una buena ronda a pie, por la nieve, como las de antes.

Cuando regresó, Cato, que llevaba una gran bolsa de viaje y charlaba con Eva en recepción, se puso de pie al verlo entrar. Estaba pálido y desmejorado. Ole fue derecho hacia él y le puso la mano en el hombro.

—Qué agradable —sonrió—. ¡Cómo me alegro de verte! ¿Así que ya has salido? —Cato asintió—. Sí que te has llevado una buena paliza, pobrecillo —se apiadó Ole de él—, pero ya se ha acabado. ¿Pasamos a mi despacho?

El oficial asintió y esbozó una sonrisa dirigida a Eva.

Se sentaron a la mesa de reuniones. Ole sirvió café mientras observaba con disimulo a su subordinado. Cato dejó la bolsa de viaje junto a la mesa.

—¿Cómo estás? —preguntó Ole, cortés.

—Pues no muy bien, ya que me lo preguntas. —Cato se encogió de hombros—. Casi todo se me está yendo a la mierda.

El inspector lo miró, preocupado, por encima de la taza de café.

—¿Quieres hablar de ello?

—Preferiría no hacerlo. —Cato miró fijamente por la ventana. Grandes y pesados copos de nieve caían oblicuos y avisaban de que el tiempo iba a cambiar—. Para ser sincero, no sé si soportaré quedarme aquí. —Volvió a fijar la mirada en Ole—. Siento que debo alejarme, encontrar trabajo en otro sitio, empezar de nuevo.

Ole se quedó mudo.

—¡¿Qué me dices?! —exclamó, sorprendido—. ¿Charlotte y tú? ¿Os queréis ir de Fjellberghavn?

—Sí. Te iba a preguntar si aceptarías una renuncia con fecha anterior, aunque estemos ya a mediados de febrero. Miró suplicante al inspector—. Tengo que irme —repitió, y le tendió un sobre—. Por favor, he traído todo mi equipamiento, está en la bolsa de viaje.

El inspector cogió el sobre y lo dejo sobre la mesa.

—¿Estás seguro de haberlo pensado bien, Cato? —preguntó, preocupado—. ¿No prefieres procesarlo todo durante un tiempo antes de tomar decisiones tan radicales?

—No, lo tengo decidido. Tengo que irme.

Se quedaron un rato en silencio, antes de que Ole tomara de nuevo la palabra con mucha prudencia.

—Para que no quemes todos los puentes, acepto tu renuncia, pero con una condición.

Cato lo miró con ojos brillantes.

—¿Cuál?

—Que pueda romperla en pedazos el día que lo reconsideres.

Cato forzó una sonrisa y bebió un sorbo de café.

—Gracias, la acepto. —Distraído, observó otra vez la ventisca a través de la ventana—. Por cierto, ¿dónde se encuentra Petter ahora?

Ole miró el reloj.

—En la ciudad. Se presentará a las doce ante el juzgado de primera instancia.

Cato adelantó la barbilla y un gesto amargo ocupó su cansado rostro.

—Debe alegrarse mucho de no estar aquí, joder —dijo, iracundo—, porque lo habría matado con mis propias manos. —Hizo un gesto, como si quisiera ahogar a alguien invisible—. Este tipo ha destrozado la familia y me ha culpado a mí. —Dio un puñetazo en la mesa—. ¡Que el peso de la ley caiga sobre él!

—Así será cuando sea condenado. Si lo es.

—¿Si?

Ole rio, conciliador.

—Ya me conoces, Cato. Escéptico hasta que no se demuestre lo contrario.

La mirada de Cato se tornó distante.

—Imagina a alguien capaz de hacer algo así contra sus padres, contra mí, su propio hermanastro. —Sacudía la cabeza—. ¿Lo puedes comprender?

—No —dijo Ole.

—Bueno —Cato se levantó con dificultad—, voy a ponerme en camino.

Ole también se puso de pie.

—Bien —dijo con una sonrisa—. Me alegro de haberte visto, Cato. Te deseo lo mejor, y prometo mantenerte informado.

El oficial se detuvo en la puerta y se volvió hacia el inspector.

—No sé si me localizarás en esta primera fase, porque me iré —dijo con lentitud—. No soporto la idea de quedarme aquí y ver las miradas de la gente. No hasta que todo esto haya pasado.

—Haz lo que consideres mejor —lo animó el inspector—. Recupérate, eso es lo más importante. Y recuerda: puedes volver. —Lo recordaré —sonrió Cato—, pero, como ya he dicho, no creo que sea el caso. —Le tendió la mano—. Muchas gracias por todo —dijo con voz queda. Luego se dio la vuelta y desapareció por la puerta, como una sombra.

Ole se trasladó a su silla de despacho y puso los pies encima de la mesa. Con el ceño fruncido, cogió un Churchill de Luxe de la caja de puros y lo encendió. Era una pena. Cato y él habían tenido una relación cercana. El oficial había anunciado que se marchaba, así, sin más, y desaparecido por la puerta como si su amistad no tuviera valor alguno. Sintió una leve punzada en el corazón.

El teléfono interrumpió sus pensamientos y agarró el auricular.

—Inspector Vik —respondió, formal.

—Aquí Bårdsen. —La voz del intendente sonaba tensa.

—Sí.

—Vik, estoy aquí con la edición de esta semana del *Fjellbergposten*. ¿La has leído?

El inspector intuyó lo que iba a decir.

—No —respondió, tranquilo—, no me ha dado tiempo.

—¿Has dado la información completa del caso a la prensa? —prosiguió Bårdsen—. Por Dios, toda la portada y dos…, no, tres páginas interiores del diario. —Ole oyó que las pasaba—. Todo el caso, hasta el más mínimo detalle.

—Pero, amigo mío, yo no he desvelado nada, me he limitado a informar —dijo, conciliador—. ¿Tiene algo de malo?

Bårdsen lanzó un profundo suspiro.

—Había dejado muy claro que la prensa tendría que esperar.

Ole apagó el puro.

—Dijiste que no debía confraternizar con la prensa, y no lo he hecho. Estimado Bårdsen, entiendo que, si hubieras querido que todo el contacto con la prensa se canalizara a través de ti, nos habrías dado instrucciones específicas. —Bårdsen resopló—. No habría sido extraño en un caso tan serio como este —insistió el inspector—. Y, por supuesto, habría respetado tus indicaciones. No acabo de entenderlo: intuyo cierta crítica, pero no recuerdo haber recibido ninguna instrucción, ni oral ni por escrito. ¿O sí la recibí?

—Eh…, je, je, puede que no. —Bårdsen rio, a la defensiva—. No, no se trata de una crítica. Lo que pasa es que ha sido un poco repentino, eso es todo.

—Bueno, pues en ese caso está todo bien —respondió un amable Ole que en realidad estaba a punto de estallar.

—Sí, sí. —El intendente volvió a quedarse en silencio—. Pero yo gestionaré la prensa a partir de ahora —añadió, decidido.

—Perfecto, lo tendré en cuenta. —Ole se relajó. Había logrado que lo perdonara, pero su respeto por el intendente había descendido un par de puntos—. Hablando de otra cosa, Bårdsen —añadió, ansioso por cambiar de tema—, ¿hay alguna novedad en el caso?

—¿Alguna novedad? No. Moene se presentará ante los tribunales por la solicitud de prisión provisional, eso es todo. ¿Y por tu parte?

Ole le contó la visita de Cato.

—Buscaremos quien lo sustituya lo antes posible, ya sabes que estamos faltos de personal.

—Sí, tienes que solucionar esa cuestión. Bien, seguimos en contacto.

Eva llamó a la puerta y entró en cuanto el inspector hubo colgado.

—He encontrado esto en la silla de recepción. —Dejó un teléfono móvil sobre el escritorio—. Ha debido escurrirse del bolsillo de Cato mientras esperaba.

El inspector lo miró.

—¿Es de Cato? —se extrañó—. Nunca lo he visto usarlo, ¿y tú?

Ella negó con la cabeza.

—No, pero tampoco me suelo fijar. Por cierto, he intentado llamarlo

tanto a casa como al móvil de servicio para avisarlo, pero no he obtenido respuesta. El móvil que suele usar está apagado.

Ole sabía que era porque estaba guardado en la bolsa de viaje, pero evitó comentarlo. Informaría al personal oficialmente.

—Tal vez haya comprado uno nuevo —sugirió—. Podemos comprobarlo mirando el contrato de la línea. Le dedicó una sonrisa retadora—. La cuestión es cómo. ¿Alguna idea?

Ella se rio con ganas.

—El detective eres tú, no yo.

—Pues estate atenta —rio—. Mira y aprende, Eva. Observa cómo trabaja un auténtico inspector.

Sacó su móvil y lo colocó encima de la mesa, junto al otro. Con cuidado, marcó su propio número en el de Cato con la punta de un bolígrafo. Cuando su teléfono empezó a sonar, presionó la tecla de colgar del de Cato. Luego miró la pantalla del suyo y leyó en voz alta: «Una llamada perdida».

—Y, ahora, mira esto. —Apretó la tecla del menú y el número de Cato apareció en pantalla—. ¡Aquí lo tenemos! —exclamó, encantado—. Fácil, ¿no?

—Pero si eres un genio —rio ella—. Y, entonces, ahora solo tenemos que llamar a información.

—Eso es. —Ole marcó el 1881, leyó el número del móvil de Cato y solicitó conocer el nombre del abonado.

La empleada de información tardó un ratito en responder.

—El número está a nombre de Kristin Holm, Sykehusgata 3, Fjellberghavn —fue la sobria respuesta.

Capítulo 25

Ole dio las gracias, distraído, y colgó.

—Kristin Holm… —Miró a Eva, pensativo—. ¿Ese nombre te suena? —Ella negó con la cabeza—. Localiza a Cecilie —dijo con voz autoritaria—. Pídele que venga aquí ahora mismo.

Eva desapareció como una sombra y Ole se quedó reflexionando. Su inquietud iba en ascenso. «Kristin Holm». Pensaba intensamente, creía haber escuchado ese nombre antes, pero no lo situaba.

Cecilie llegó corriendo.

—¿Querías hablar conmigo?

Asintió y señaló la silla de las visitas.

—¿El nombre de Kristin Holm te dice algo?

—Sí —respondió ella tras pensarlo un instante—. ¿Por qué?

—*¿Quién es?* —Ole la miró, impaciente, y ella comprendió que no era momento de andarse por las ramas.

—Es enfermera en la policlínica de Psiquiatría del hospital comarcal, sección 3 —recitó—. Fue ella quien encontró a Ingolf Holgersen tras el intento de estrangulamiento y dio la voz de alarma.

Ole palideció.

—Dios mío —se le escapó.

Le explicó el hallazgo del teléfono móvil y ella lo escuchó, espantada.

—Pero ¿qué pintaba su móvil en el bolsillo de Cato? —tartamudeó, perpleja.

—Buena pregunta. —Cogió el auricular y marcó el numero de la casa de Charlotte, la esposa de Cato, pero no obtuvo respuesta.

—Charlotte estará en el trabajo —indicó Cecilie con una discreta sonrisa.

Ole colgó con un quejido.

—Claro, habrá vuelto hoy de las vacaciones de invierno. ¿Sabes dónde trabaja?

—Creo que en un supermercado.

—Averígualo, no hay muchos donde buscar. Llama y dile que tenemos que hablar con ella inmediatamente. Y pídele a Arne que venga aquí ahora mismo

Ella salió por la puerta como una exhalación y Ole agarró el teléfono y marcó el número del hospital, luego pidió hablar con el jefe de servicio Petersen.

El médico era tan encantador como el superintendente y su mano derecha. La única diferencia residía en que la amabilidad de Petersen era sincera.

—Si se trata del estado de Ingolf Holgersen, no hay mucho que decir. El viejo luchador sigue inconsciente, si bien presenta una leve mejoría.

—Ajá. —Ole tragó saliva—. Bien, Petersen, en realidad te llamo porque necesito ayuda. Lo que voy a pedirte es de extrema importancia.

—Dispara —dijo Petersen con sencillez.

—Debo pedirte que repases la historia clínica desde el día en que Ingolf Holgersen ingresó hasta hoy —siguió Ole, con firmeza—. Sé que es un trabajo exigente y te mandaré al suplente Thorsen para que te ayude. Necesitamos saber quién estaba de guardia los días y las noches en los que Ingolf Holgersen tuvo, ¿cómo llamarlo?, recaídas irregulares. ¿Entiendes lo que te quiero decir?

—Sí. —Petersen se quedó en silencio—. ¿Eso quiere decir que sospechas de alguien de nuestra plantilla? —dijo algo seco.

—No necesariamente —respondió el inspector con sinceridad—. Por supuesto que nos gustaría que se demostrara lo contrario. De momento, no le digas ni una palabra a tu personal, solo generaría una inquietud innecesaria.

—Comprendo. —El psiquiatra tomó aire—. Prefiero que no me ayuden —dijo, tajante—. Mándame al tal Thorsen a las dos, y lo tendré listo.

Cecilie volvió poco después.

—¿Has dado con ella? —preguntó.

Ella asintió.

—Charlotte trabaja en Rema. Vendrá ahora mismo, prefería que no fuéramos a verla a su lugar de trabajo.

—¿Y Arne?

—Está de camino.

—Bien. —El inspector maldijo para sí. De repente, se encontraba en una situación que no controlaba y eso lo hacía sentirse intranquilo. Tenía que recuperar el control, y rápido.

Mientras pensaba, el pequeño móvil de Cato vibró. Por un momento, lo miró desconcertado, y luego cayó en la cuenta de que estaban llamando, de que estaba puesto en vibración y por eso no sonaba. Se inclinó sobre la pantalla y vio que ponía «Casa».

Con cuidado, levantó el teléfono, sujetándolo por la antena, y lo apoyó en el pulgar. Luego apretó la tecla de respuesta con un bolígrafo y se lo llevó a la oreja. Quería evitar que se perdieran huellas dactilares.

—Hola —dijo en voz baja.

—Hola, mi amor —respondió una voz de mujer—. ¿Ya has acabado donde el gordinflón?

Ole dio un respingo y ahogó una queja.

—No —dijo con una voz tan neutra como pudo.

—Entonces, ¿te interrumpo?

—Sí.

—Vale, te llamo luego. —Hubo un silencio momentáneo—. Te dejo. Piensa que ya casi está. Te quiero mucho, muchísimo.

—Sí. —Ole tragó saliva y colgó. Volvió a dejar el teléfono en el escritorio con mucho cuidado, con media sonrisa dedicada a Cecilie, que lo observaba. Con la punta del bolígrafo, buscó en la agenda hasta que dio con «Casa». Presionó una tecla y el número apareció. Ole lo anotó en un papel y dejó el móvil, orgulloso de sí mismo sin decirlo: no estaba nada mal para un tipo que era un analfabeto tecnológico.

Llamó al servicio de información telefónica desde su propio aparato y resultó ser como sospechaba: era el número de la casa de Kristin Holm, en Sykehusgata.

Mientras tanto, Arne también había llegado.

—¿Ha llamado ella? —se extrañó Cecilie.

Él asintió y les repitió la conversación, saltándose el apelativo con el que Kristin se había referido a él.

—Supongo que ahora ya tiene algo de qué preocuparse —dijo—. Dejemos que crean que alguien ha encontrado el teléfono, pero no que seamos nosotros; al menos, no de momento. Voy a asegurar las huellas dactilares y luego debemos recoger toda la información de los números contenidos en el teléfono.

Se inclinó sobre el escritorio y presionó una tecla del intercomunicador.

—Eva —dijo—, ¿Cato ha preguntado por su teléfono?

—No.

—Si llama o se pasa por aquí, nosotros no tenemos ningún móvil. Luego te lo explico.

—Está bien.

Ole soltó la tecla y se puso de pie.

—Vamos a sentarnos en la mesa de reuniones.

Sacó del archivo la carpeta del caso Holgersen y la puso sobre la mesa.

—¿Has puesto al día a Arne? —preguntó a Cecilie.

—Sí, más o menos.

—Antes de que vayas a hablar con el doctor Petersen, Arne, quiero revisar el caso con vosotros dos. Primero, hay una fecha concreta que debemos localizar. Cecilie, ¿recuerdas qué día íbamos a ir al hospital a hablar con Ingolf y nos llamaron para decirnos que había tenido una recaída severa?

Ella lo pensó.

—Fue el cinco de febrero. Lunes cinco, a media mañana.

La miró con los ojos muy abiertos.

—Vaya, eres una enciclopedia andante —dijo, impresionado.

—Sí, lo recuerdo bien —contestó con timidez.

—No hace falta que te disculpes —rio Ole entre dientes. —Ella sonrió, un poco sonrojada—. Cuando llamaste al hospital para consultar con el doctor Petersen si podíamos ir a verlo, te dijeron que Ingolf se encontraba bien.

—Sí, así es.

—Y, cuando ya casi habíamos llegado, una enfermera nos llamó para avisarnos de que había sufrido una recaída —añadió Ole—. Creo que dijo su nombre…

—Lo tengo por alguna parte. —Cecilie pasó las páginas del cuaderno que siempre llevaba consigo—. Vamos a ver, aquí está. Sí, cuando llamó, dijo: «Soy la enfermera Kristin, de la policlínica de Psiquiatría del hospital comarcal, sección 3».

Ole se puso pálido.

—Kristin Holm.

Antes de que pudieran asimilar esa novedad, se oyó la voz de Eva en el intercomunicador.

—¿Ole?

El inspector presionó una tecla.

—¿Sí?

—Está aquí Charlotte Holgersen. ¿Le digo que pase?

—Sí, por favor.

Charlotte parecía cansada. Llevaba el cabello largo y rubio enredado sobre los hombros y su rostro anguloso tenía una expresión triste y desmejorada.

—¿Queríais hablar conmigo? —dijo, nerviosa—. Espero no tardar mucho, tengo que volver al trabajo.

—Nosotros también tenemos prisa, seremos breves —la tranquilizó Ole.

Se estrecharon la mano y le indicó que tomara asiento a la mesa de reuniones. El inspector la informó de sus obligaciones como testigo.

—¿Té, café? —ofreció, atento.

Ella negó con la cabeza.

Ole se sentó a su lado.

—Charlotte, te hemos citado como testigo y no eres en modo alguno sospechosa —dijo con cautela—. En esta primera fase, solo queremos hacerte unas pocas preguntas, y Cecilie tomará nota. Te llamaremos para que prestes una declaración más completa más adelante, pero volveré sobre ese punto.

—Vale —dijo Charlotte, distraída.

Ole llenó su enorme taza de café.

—He hablado con Cato y me ha dicho que os vais a mudar de Fjellberghavn —dijo con tacto.

Charlotte soltó una risa cortante.

—*¿Nosotros?* ¿Eso ha dicho?

—Sí. —Ole bebió un sorbo de café—. ¿No es así?

Ella negó, moviendo la cabeza con fuerza.

—Que Cato hable por él, yo no me voy a ninguna parte. —Su gesto era triste—. No sé qué hace, hace mucho que se marchó de casa.

—¿Se marchó? —Ole la miró en estado de *shock*—. ¿Habéis roto? ¿Cuándo fue eso?

—Pues sí, os cuento que firmamos los papeles de la separación el quince de enero —respondió con dureza—.Y se fue a vivir con esa… con esa zorra. Supongo que ahora se largarán del pueblo.

—¿El quince de enero? —Ole la miró sin entender nada—. Estaba trabajando, pero no dijo nada al respecto, y tampoco noté nada. ¿Tú notaste algo, Cecilie?

—No, nada.

—¿Y quién es esa… «zorra»? —prosiguió el inspector, consternado.

—¿Qué se yo? —Charlotte se encogió de hombros—. Es cierto que acabé por darme cuenta de que estaba con otra, pero no tengo ni idea de quién es. Solo sé que es más joven que él, mucho más joven. —Agitó la cabeza y sus ojos se humedecieron—. Ese cerdo descerebrado —sollozó—. ¡Ir detrás de jovencitas! Es completamente patético.

Ole tragó saliva y se dio por aludido. Hilde tendría unos cuarenta años y era unos quince más joven que él. ¿Sería cierto que sufría una crisis de edad y había empezado a perseguir a mujeres jóvenes? ¿Resultaba *patético*?

—Bueno, puede ser. —Tragó saliva otra vez—. Pero, dime, Charlotte, ¿os habéis puesto de acuerdo en el reparto de bienes?

—Sí, en eso ha sido generoso —dijo—. Me quedo con la casa y él se lleva el coche y nuestros ahorros. Dijo que era para compensarme por mi sufrimiento o algo así. Mala conciencia, lo llamaría yo.

—¿No compró esa casa en su día con el dinero que le dejó su madre? —preguntó Cecilie.

—Sí. —Charlotte se secó una lágrima con la manga de la chaqueta.

—Los ahorros, ¿hablamos de mucho dinero?

—Sí, casi ochenta mil, creo.

—Comprendo. —El inspector calló unos instantes y la estudió. Parecía agotada, ella, que acababa de estar de vacaciones. Su boca tenía un rictus amargo—. ¿Lo habéis hablado a fondo, Charlotte?

—Pues sí, oye, y tardamos bien poco. Estábamos de acuerdo. No quiero tocar a ese putero ni con unas pinzas, así que no hubo discusión.

—Entonces, ¿ya habéis mandado los papeles de la separación al juzgado?

—Claro, como he dicho, Cato lo arregló todo en un santiamén. Ya los tenemos de vuelta, todo firmado. Esto va que se las pela.

—Así que la disolución de los gananciales está resuelta. —Ole sintió que un escalofrío le recorría la columna vertebral—. ¿Cuándo

recibisteis la documentación?

—La semana pasada —respondió Charlotte con amargura—. Ya no hay marcha atrás.

Cecilie y Ole intercambiaron miradas, y el inspector se quedó pensando mientras golpeaba, inquieto, la mesa con un bolígrafo.

—Oye, Charlotte, hablando de otra cosa —dijo—: ¿cómo se llevaba Cato con su padre?

—Mal —respondió ella—. Ya sabes que Ingolf es un hombre extremadamente exigente y Cato nunca sintió que fuera lo bastante bueno para él. La relación se hizo más tensa aún después de que Cato se negara a incorporarse a la empresa. Ingolf nunca se lo perdonó.

—¿Hablabais con frecuencia de la herencia que esperaba Cato?

—Antes sí —sonrió ella—, pero no tanto desde que supimos de la existencia de ese testamento. Ingolf se lo dejaba todo a Helga.

—¿Cómo se lo tomó Cato?

—Fatal. Estaba desencantado y resentido. Yo diría que lleno de odio.

Ole la miró, estupefacto.

—Pero ¿a Cato le importa el dinero? Teníamos entendido que no era el caso.

Charlotte soltó una risa mordaz, su rostro mostró por un momento las huellas de una favorecedora sonrisa.

—En ese caso, es todo un paripé de cara a la galería —respondió—. Cato es materialista a tope. Lleva años soñando con coches deportivos, yates y otro montón de cosas que no se puede permitir, pero que tendrá de sobra el día que cobre la herencia de su padre. Creo que Ingolf se dio cuenta, y al anciano no le gustan nada esas cosas. Le repugnaba en especial que Cato no quisiera esforzarse, quería que se lo dieran todo hecho.

—¿Te refieres a la empresa?

—Sí. —Se echó a reír—. Mi suegro solía decir: «Ganar mucho dinero es un arte, cualquier imbécil puede gastárselo».

—Entonces, le dejó la herencia a Helga y, de ese modo, de forma

indirecta, pasaba a Petter. ¿Qué opinaba Cato de eso? —Ole hizo girar la taza de café entre los dedos—. ¿Era consciente de que algún día Petter se quedaría con toda la fortuna?

—Sí, eso creo, aunque no recuerdo que lo hayamos hablado. Pero me parece que Cato sentía que Ingolf prefería a Petter antes que a él, a pesar de que también trataba a Petter con bastante rudeza. Eso vale por todos nosotros. Pero Petter fue siempre motivo de mala conciencia para Ingolf.

—¿Cómo se llevaban Petter y Cato?

—Bastante bien, creo.

Ole la observó.

—Tal vez hayas leído en la prensa local que Petter Moene ha sido arrestado. ¿Qué opinas?

—Estoy conmocionada —respondió con firmeza—. No puedo imaginar que haya hecho todas esas cosas horribles que cuenta el periódico. —Lo miró, interrogante—. Si de todas maneras habría heredado todo algún día…

—No hay duda de que tienes razón —asintió Ole—, y también lo he pensado. Pero, en el caso de Cato, ¿crees que habría sido capaz de hacer algo así?

Charlotte rio con dureza.

—Ahora mismo estoy tan enfadada con él que respondería que sí sin dudarlo. Pero si intento ser objetiva… Sí, creo que es más probable que fuera Cato que Petter. Si tuviera que elegir entre ellos dos, claro.

Ole se rascó la barba.

—Bueno, pues no te entretenemos más —dijo—. Una última pregunta: la noche del lunes, ocho de enero, la noche del asesinato, Ingolf os llamó o, mejor dicho, llamó a Cato. ¿Oíste a Cato responder al teléfono?

—No.

—¿No tenéis un teléfono en la mesilla de noche?

—Sí, pero en esa época no dormíamos juntos. Cato ocupaba la habitación de invitados. Cuando dormía allí, solía desviar las llamadas

del fijo al móvil.

—¿Lo oíste salir de casa?

—No, dormía profundamente. No supe nada hasta que me llamó de madrugada. Entonces me levanté y fui a ayudarlo, imbécil de mí.

—Bueno. —Ole le dedicó una sonrisa de ánimo y se volvió hacia Cecilie, que anotaba algunas palabras clave en su cuaderno—. Bien, entonces lo dejamos así —dijo deprisa, y se puso de pie—. Gracias por venir, Charlotte.

Los tres compañeros se quedaron sentados alrededor de la mesa de reuniones. Ole los informó de la decisión de Cato y de la conversación que habían mantenido.

—La situación ha dado un giro radical, otra vez. —Daba golpes nerviosos con el bolígrafo—. No me gusta, no me gusta nada. Lo que Charlotte nos ha contado refuerza mi sospecha de que algo está a punto de ocurrir.

Se puso de pie y paseó, inquieto, de un lado a otro mientras se pasaba la mano por el cabello con gesto nervioso. Por fin se detuvo ante ellos.

—El caso es que Cato y Charlotte están separados y disolvieron el régimen de gananciales la semana pasada —resumió—. Cato y esa mujer, Kristin Holm, evidentemente, están liados. Por teléfono ella dijo: «Te dejo… piensa que… ya casi está…». —Los miró intranquilo —. ¿Qué habrá querido decir con eso?

Dejó la pregunta en el aire mientras se aproximaba con paso ligero al escritorio y presionaba una tecla del intercomunicador.

—Eva —dijo con decisión—, llama al hospital y pregunta por el doctor Petersen. Que te diga si la enfermera Kristin Holm está hoy allí. Si no es así, pregúntale cuándo empieza su turno. No queremos hablar con ella, solo queremos saber si está allí o cuándo estará. Es urgente.

Ole soltó la tecla y volvió a la mesa de reuniones.

—¿Tal vez iba a acabar con Ingolf? —propuso Cecilie con frialdad.

Ole tomó asiento.

—Se me ha ocurrido, sí. Al decir «Piensa que ya casi está», puede que haya querido expresar que todas las piezas han encajado y que ha

llegado el momento de asesinar al pobre anciano Holgersen.

—Lo que implicaría que la herencia quedaría disponible —apostilló Cecilie—. Y Petter Moene, que heredará todos los millones de la familia Holgersen, está acusado. Los indicios en su contra son tan numerosos que no hay duda de que lo condenarán.

Ole asintió con un movimiento de cabeza.

—Si en realidad *es* Cato quien está detrás de todo esto, seguro que aparecerán pruebas firmes con el paso del tiempo. Esperad y veréis. Incluso el abogado Staff se verá sobrepasado.

—Y Petter perderá el derecho a heredar —replicó Arne.

—Y Cato se lo llevará todo. —Ole empalideció—. ¡Me niego a creerlo! Que haya podido ser él. Que nos haya manipulado y haya jugado al gato y al ratón con nosotros desde el primer momento. Él, que casi ha sido como un hermano pequeño para mí.

—Si es como crees, dudo mucho que esta vez usen una almohada —afirmó Cecilie con objetividad.

—No, esta vez será una muerte natural —apuntó Arne con un movimiento de cabeza—. Al menos en apariencia.

Ole tenía el ceño fruncido.

—Ayudadme a recordar. —Se concentró—. En algún momento de enero hubo un robo en el almacén de medicamentos del hospital. —Se volvió hacia Cecilie—. ¿No fuiste tú quien llevó ese caso?

—Sí, lo archivaron por falta de pruebas. Fue a principios de enero, sobre el día nueve.

—¿Recuerdas qué se llevaron?

—No, salvo que se trataba de algún tipo de medicamento.

—Arne, averígualo ahora mismo —dijo con decisión el inspector.

Arne se puso de pie y salió por la puerta. Estuvo a punto de chocar con Eva, que entraba.

—He hablado con el director médico —informó—. La enfermera Kristin Holm empieza su turno dentro de un cuarto de hora, pero acaban de verla llegando a su sección.

Ole se levantó tan rápido que la silla salió disparada y estuvo a punto de volcar.

—¡Cecilie, vamos para allá ahora mismo! —gritó—. ¡Espero que no sea demasiado tarde!

Mientras salían por la puerta, Ole marcó el número del hospital comarcal y preguntó por el director médico Petersen. No tenía más remedio que solicitar su ayuda.

—Un momento. —La telefonista de la centralita pasó la llamada y sonó un buen rato sin que nadie contestara. Cuando Ole bajaba lanzado por las escaleras, con Cecilie pisándole los talones, la mujer volvió a hablar—. No contesta, espera un poco mientras lo localizo —dijo con amabilidad. Volvió a quedarse en silencio, esta vez durante más tiempo, hasta que regresó—. No, parece que se lo ha tragado la tierra. ¿Quieres que te devuelva la llamada?

—Sí, hazlo —dijo Ole con prisa—. Encuéntralo. ¡Es muy muy importante!

En ese momento, Kristin Holm estaba ante su taquilla del hospital comarcal, en una postura que impedía que nadie viese lo que hacía. Con cuidado, introdujo la punta de la aguja en un pequeño tarro de cristal, que había sacado del fondo del estante, y absorbió el contenido en la jeringuilla.

Volvió a dejar el vial en su sitio, con gesto resuelto, y cerró la taquilla. Luego salió del vestuario con paso decidido. Llevaba la jeringuilla escondida bajo el uniforme.

Cuando Kristin Holm se deslizó, silenciosa, en el interior de la habitación de Ingolf, en la sección 3, el viejo chatarrero estaba profundamente dormido. Una bolsa de suero colgaba de un soporte situado junto a la cama, y de él goteaba el líquido vital a través de un tubo de plástico transparente conectado al dorso de su mano con una vía.

La enfermera Kristin sacó la jeringuilla a la velocidad del rayo, la preparó y apuntó a la cánula.

En ese mismo instante, en Havnegata, Ole Vik encendió la sirena del coche patrulla de la policía local, que estaba cubierto de nieve. Aceleró a tope y el coche derrapó de lado sobre la carretera helada. Tardarían varios minutos en llegar a su destino.

Capítulo 26

Mientras se dirigían al hospital, Ole colocó el teléfono móvil en el soporte. Sonó enseguida y respondió, agobiado.

—Aquí Arne. —La voz del joven suplente rebotó en el interior del vehículo—. Por lo que se refiere al robo en el almacén, se denunció la desaparición de un frasco de Premixotrin, un medicamento para el corazón. Nada más.

—Premixotrin. —Miró a Cecilie—. Toma nota. ¿Qué hay de la investigación, Arne?

—Nadie vio ni oyó nada, no había pistas técnicas, pero forzaron la puerta del almacén. El hospital reforzó las rutinas de seguridad después del robo y el caso no se ha resuelto.

—Llegaremos al hospital en unos instantes. Por favor, ven tú también, no sabemos a qué nos enfrentamos.

Ole colgó y el teléfono sonó otra vez.

—Vik —dijo sin aliento.

—¡Soy Petersen! —La voz del director médico estaba al límite—. ¡Tenéis que venir enseguida! No creía que algo así fuera posible. ¡Esto es horrible!

—*Cálmate,* doctor Petersen. ¿Qué sucede?

—Es la enfermera Kristin. Yo… Revisé la historia clínica y me di cuenta de que estaba de guardia en todos y cada uno de los incidentes. ¡En todos, Vik!

—Sigue.

—Cuando habéis llamado hace un rato para preguntarme por ella, he comprendido que tal vez la policía la estuviera investigando y he pensado que Holgersen corría peligro. No sé, ha sido una especie de intuición, pero he ido a verlo.

—¿Sí? —Ole escuchaba, tenso.

—Y allí estaba la enfermera Kristin; ¡ a punto de ponerle a Holgersen una inyección!

—¡Dios mío! —Ole gimió—. ¿Has podido impedirlo, Petersen?

—Sí. Le he preguntado qué estaba haciendo. Le ha cambiado la cara y murmuraba algo incomprensible. Quería irse. La he detenido en la puerta y le he exigido que me informara del contenido de la jeringuilla y qué médico la había pautado.

—¿Qué contenía?

—No me lo ha querido decir. Se ha puesto impertinente y me ha acusado de no confiar en ella y muchas tonterías más. Aquí estamos acostumbrados a tratarnos con cierto respeto, así que me he quedado bastante desconcertado, debo admitirlo. Y, entonces, se ha colado por mi lado.

—¿Has podido cogerle la jeringuilla?

—No, se la ha llevado. He salido al pasillo y la he llamado a gritos, pero ha echado a correr hacia la salida.

—¿Cuándo ha sucedido?

—Ahora mismo. Me he lanzado a por el teléfono enseguida.

—Estamos llegando al hospital. ¿Hacia qué salida ha ido?

—La puerta principal.

—Gracias. Nos ocuparemos nosotros. —Colgó mientras maniobraba hacia la entrada y el *parking*—. No pierdas la puerta de vista, Cecilie.

—Vale. Yo creo que ahí la tenemos.

Cecilie señaló a una joven rubia, vestida con el uniforme blanco de enfermera y botines, que salía presurosa por la puerta y se dirigía hacia el aparcamiento. Vio el coche patrulla, dudó un momento y, con un escalofrío, se subió el cuello del uniforme y aceleró.

—Vamos, Cecilie. —El inspector detuvo el coche y se bajó—. ¡Kristin Holm! —gritó con voz cavernosa—. ¡Detente! ¡Queremos hablar contigo!

La enfermera no respondió. Echó a correr con pasos cortos en dirección a un vehículo aparcado al fondo.

—¡Somos policías! —Ole abrió el maletero del Volvo y dejó salir a Birk—. ¡Kristin Holm! ¡Detente ahora mismo!

Ella no le hizo caso. Al cabo de un instante, se acercó a un Volkswagen Golf blanco y tiró, nerviosa, de la puerta. Se tocó con gesto alterado los bolsillos del uniforme.

—Un Golf blanco —jadeó Cecilie.

—Sí, vaya. Vale, la tenemos, seguro que no lleva la llave en el bolsillo. Cecilie, tú que eres joven y estás en forma, corre tras ella.

Cecilie saltó del coche, a toda velocidad. Kristin la vio, se dio la vuelta de golpe y echó a correr.

—¡Birk! ¡Adelante!

Ole levantó el brazo para indicar la dirección y se sacó un pequeño silbato del bolsillo del pecho. El perro aceleró, ligero como una pluma, tras las dos mujeres y se abrió paso por su lado. En un instante, se colocó a la altura de Cecilie. Se detuvo de golpe, se giró y miró a Ole, atento, a la espera de nuevas órdenes. Sus pequeñas orejas se agitaban intensamente.

El inspector tocó el silbato. Birk corrió en arco por delante de Kristin y empezó a pastorearla. Cuando llegó al lado contrario, Ole volvió a usar el silbato. Birk se detuvo de golpe y se quedó encogido, en postura de pastoreo, mirando a Kristin de frente. Ole volvió a soplar y el perro avanzó unos pasos hacia la enfermera, se detuvo y volvió a encogerse.

Que un *border collie* pastorease seres humanos era poco habitual; en realidad, iba contra natura, y Ole lo sabía bien, pero solo quería retrasarla un poco para que Cecilie pudiera alcanzarla. Si Kristin hubiera corrido hacia Birk intentando amenazarlo o darle una patada, Ole lo habría hecho salir de la zona de peligro. Pero no lo había hecho. Se había detenido, exactamente como él esperaba que lo hiciera, y miraba desconcertada al perro blanco y negro que la observaba a los ojos con su penetrante instinto de pastor.

Cecilie la alcanzó y se puso frente a ella.

—Kristin Holm, estás detenida. Debes acompañarnos a la comisaría para responder a unas preguntas —dijo sin aliento.

—¡Quita de ahí ese bicho asqueroso! ¡Quítalo!

—El perro se queda. Tú me acompañarás, por las buenas, o a la fuerza —dijo Cecilie con firmeza.

Kristin se encogió de hombros, miró de soslayo a Birk y la siguió, dócil, hacia el coche patrulla.

—De todas maneras, tengo que volver, se me han olvidado las llaves —dijo con voz neutra.

—En ese caso, corrías en dirección contraria —comentó Cecilie con sequedad, y se la llevó con ella.

Se detuvieron ante el inspector y Ole la observó. Era joven, menor de treinta años, calculó, con el cabello rubio despeinado y rasgos uniformes. Tenía las mejillas acaloradas.

—¿Dónde está la jeringuilla? —preguntó Ole.

—¿Qué jeringuilla?

Ole suspiró.

—Regístrala.

Cecilie ordenó a Kristin que se acercara al Volvo.

—Las manos sobre el techo, y separa las piernas —ordenó.

Kristin Holm obedeció. Cecilie la cacheó de modo profesional por fuera del uniforme, después registró sus bolsillos y los botines.

—Nada —dijo incorporándose.

El inspector tomó aire.

—Kristin Holm, estás detenida como sospechosa del intento de homicidio premeditado contra Ingolf Holgersen. Tienes derecho, pero no estás obligada, a prestar declaración sobre los hechos de los que eres sospechosa, y tienes derecho a que te asista un abogado. Por lo demás, nosotros tomamos las decisiones aquí. ¿Dónde está la jeringuilla?

—No tengo ni idea de qué me hablas.

Ole sonrió con suficiencia y se giró hacia Cecilie.

—Bueno, pues se ha deshecho de ella al salir —constató—. Tendremos que encontrarla.

Oyó el sonido de un motor y se dio la vuelta. Arne Thorsen entró en el

aparcamiento y estacionó a su lado. Se bajó del coche y se unió a ellos. Observó con curiosidad a Kristin Holm, que miraba al infinito con cara de pocos amigos.

—¿Todo bajo control?

—Más o menos. Vosotros dos, llevadla a la oficina y empezad a tomarle declaración. —Apuntó al Golf—. ¿Es tu coche, Holm? —Asintió, malhumorada—. Tenemos que registrarlo. Ten la bondad de darme la llave.

—Se me ha olvidado en la taquilla.

—¿Tienes la llave de la taquilla en el bolsillo?

—¿Por qué?

—Vamos a revisarla. Por favor, dámela. —Alargó la mano.

Se puso pálida como un muerto.

—Yo… ¡tengo mis derechos! No puedes pedírmelo así, sin más —dijo forzando la voz.

—La ley me da todo el derecho a hacerlo —dijo Ole sin alterarse—. Tendrás oportunidad de presentar una queja a través de tu abogado si así lo deseas. ¿Quieres que te repita el párrafo correspondiente? —Ella no respondió—. Ten la amabilidad de darme la llave —dijo, autoritario.

—No. —Lo miró con cabezonería.

Ole hizo un movimiento de cabeza en dirección a Cecilie y Arne.

—Quitádsela —dijo, sereno—. Y lleváosla de aquí.

Kristin comprendió que no serviría de nada protestar. Con desgana, sacó la llave del bolsillo y casi se la tiró a Ole.

Él sacudió la cabeza.

—Muchas gracias por colaborar de buena voluntad —dijo, irónico, y se volvió hacia Birk—. Vamos, chico.

Con paso enérgico, se acercó al Golf blanco con el perro, que lo siguió moviendo el rabo.

Al paracer, el coche no tenía nada de especial, salvo por algo importante: estaba equipado con ruedas de invierno Continental Viking. Reconoció el dibujo en cuanto lo vio.

Cuando los demás se hubieron marchado, dejó que Birk oliera las pisadas de Kristin Holm junto al coche. Señaló la dirección que debía seguir y ordenó: «Busca». Estaba expectante, porque era una de las órdenes que más había practicado con Hilde en los entrenamientos.

Birk empezó enseguida a olisquear intensamente la nieve, primero alrededor del vehículo, luego hacia la entrada principal. Tenía la nariz pegada a las pisadas bien visibles de Kristin. Ole lo seguía dando voces para animarlo.

Junto a la entrada principal, el perro se sentó con un agudo ladrido. Ole abrió la puerta, lo dejó pasar y lo siguió por el vestíbulo. Birk siguió en zigzag hacia la escalera, con la nariz pegada al suelo, y Ole casi tuvo que correr para mantenerse a su altura. La gente los miraba, sorprendida. Un perro en el interior de un hospital no se veía todos los días, puesto que, por razones evidentes, no estaban permitidos.

Corrió escaleras arriba y el enorme inspector se quedó rezagado. Cuando iba por la mitad de los escalones del tercer piso, oyó ladridos agudos más arriba.

Birk lo esperaba sentado junto a una maceta con una enorme planta verde. En cuanto Ole se acercó, se puso de pie y cavó con entusiasmo, levantando una cortina de tierra.

—Bien, Birk, ¡buen perro! —El inspector ordenó «Abajo» y lo acarició, satisfecho. Apartó tierra y piedrecillas con esmero. Poco después, tenía una jeringuilla entre las manos. La cogió por la aguja con mucho cuidado para no borrar posibles huellas dactilares, la limpió de arena con un soplido y la observó. Vio que estaba llena de… lo que fuera aquello.

Ole oyó pasos rápidos en la escalera. Se incorporó. El doctor Petersen llegó a la carrera junto con el viejo amigo de Ole, el director del hospital, Thor Gundersen. Se detuvieron y lo miraron fijamente.

—¿La has encontrado ahí dentro? —tartamudeó el psiquiatra, horrorizado, y se subió las gafas por la nariz.

—Yo no, Birk —respondió el inspector, orgulloso.

—¿Un *border collie*? —El director del hospital lo miró, incrédulo—.

¿Desde cuándo usáis perros pastores en la policía?

—¿Y habéis encontrado la jeringuilla ahí dentro? —Petersen seguía igual de escéptico.

—Como puedes ver —asintió Ole—. Me temo que ha ensuciado un poco. —Señaló la tierra y la porquería tirada en el suelo.

—Sí, ya lo veo. —Petersen hizo una mueca—. ¿Dónde está la enfermera Kristin?

—Mi gente se ocupa de ella. —Ole dedicó una mirada de aprobación al director médico—. Debo decir que tu actitud resuelta me ha impresionado. Es muy probable que hayas salvado la vida de Ingolf Holgersen con tu iniciativa.

—Todavía estoy temblando —dijo Petersen.

Gundersen le dio una palmada en el hombro.

—Bien está que sea nuestro trabajo salvar vidas aquí, en el hospital —sonrió—, pero nunca había sido de esta manera.

Ole sacó una bolsa de plástico de su bolsillo e introdujo la jeringuilla con cuidado.

—Necesito que me ayudéis un poco —dijo—. Voy a dejar a Birk en el coche y vuelvo enseguida. Mientras tanto, necesito que intentéis recordar el robo no resuelto que se produjo en el almacén de medicamentos a principios de enero. Sospecho que el contenido de la jeringuilla procede de ese asalto.

En el momento en que dejó a Birk en la jaula para perros, sonó el móvil, y vio en la pantalla que era Hilde. Resignado, se agachó en el interior del coche, rechazó la llamada y el teléfono dejó de sonar. Le dolía el corazón: escucharía la señal de ocupado y sabría que no quería hablar con ella. Pero el amor tendría que esperar.

El teléfono volvió a sonar; esta vez se trataba de Bårdsen. De nuevo rechazó la llamada. Él también tendría que esperar, a pesar de que, desde un punto de vista profesional, el inspector debería haber sido informado hacía mucho.

Los dos facultativos charlaban animadamente cuando Ole entró en el despacho del director médico Petersen y se sentó con ellos. Fue directo al grano.

—Antes que nada, quiero preguntaros si es posible analizar e identificar el contenido de la jeringuilla aquí, en el hospital, y si podría ser cuanto antes.

Se miraron.

—Debería ser posible —asintió Gundersen.

Ole dejó la bolsa con la jeringuilla sobre la mesa con mucho cuidado.

—Es importante no eliminar ninguna huella dactilar, Thor —explicó.

—Tendremos cuidado.

Ole asintió con un movimiento de cabeza.

—En cuanto al robo… En aquella ocasión se llevaron un frasco de un medicamento para el corazón, eh… *Prixi*…

—*Premixotrin.* —El doctor Petersen sonrió—. Justo de eso hablábamos Gundersen y yo.

—Si resulta ser cierto que la enfermera Kristin estaba a punto de inyectar una dosis de Premixotrin a Holgersen directamente en el torrente sanguíneo, su corazón se habría detenido de inmediato —constató el director del hospital con fiereza—. Es un medicamento que ha de suministrarse en dosis mínimas.

—A Holgersen, *efectivamente,* se le suministra en pequeñas dosis —explicó Petersen.

—¿Eh? —Ole lo miró, interrogante.

—Sí, en calidad de paciente coronario —explicó.

—¿Paciente coronario?

—Nada serio. Padece unas leves arritmias —añadió el médico—. Hace años que se lo recetamos de forma habitual.

—Hum… Así que ¿Kristin Holm estaba a punto de suministrarle una sobredosis?

—Sí, eso parece.

—¿Y nadie se habría dado cuenta porque ya tenía esa sustancia en la sangre?

—Exacto —dijo el director muy serio—. El forense no se habría extrañado durante una autopsia convencional. El Premixotrin es fácil de detectar en la sangre, pero es complicado y lleva bastante tiempo calcular la concentración.

—Supongo que ese tipo de comprobaciones no se llevan a cabo si no se sospecha que haya ocurrido algo extraño.

—Así es. —El director movió la cabeza con lentidud—. Me temo que en este caso no se habría hecho.

—Comprendo. ¿Y es información a la que una enfermera tendría acceso?

—Sí, claro. Es parte obligatoria del aprendizaje farmacológico. —Gundersen tomó aire—. Pero que una empleada de confianza de nuestro hospital haya intentado hacer mal uso de esos conocimientos es… ¡es una vergüenza!

Pasaron el contenido de la jeringuilla a un tubo de ensayo y el director se la llevó. Ole volvió a dejarla con cuidado en la bolsa y se la guardó en el bolsillo del pecho.

—Sigo necesitando tu ayuda, Petersen —dijo—. Tengo que inspeccionar la taquilla de Kristin Holm. ¿Puedes indicarme dónde está el vestuario? También necesitaré que seas testigo del resultado.

—Sí, muy bien. —El psiquiatra se puso de pie—. Por aquí.

Lo primero que Ole encontró en la taquilla fue la llave del Golf, que estaba en el bolsillo de la chaqueta de Kristin Holm. Colgaba de un llavero junto con las de su casa, y el inspector anotó con letra primorosa: «Informe del contenido hallado en el registro de la taquilla de Kristin Holm, lunes, 12 de febrero».

Debajo escribió: «Retiro un manojo con dos llaves del domicilio y una de coche».

En el bolsillo interior de su chaqueta encontró una cartera que revisó con detenimiento, sin encontrar nada de interés. La dejó en su sitio y anotó en el informe lo que había hecho. Luego buscó en los estantes del armario. Empezó por arriba y sacó algunas camisetas, dos jerséis y un pantalón. De pronto, se encontró mirando de frente un frasco blanco con una etiqueta que casi brillaba.

—*Premixotrin* —dijo asintiendo con la cabeza.

El médico miró hacia la estantería con los ojos entrecerrados e inspiró con fuerza.

—¡Vaya vaya! —exclamó, incrédulo—. Lo que hay que ver.

El inspector sacó el frasco con cuidado y lo levantó hacia la luz.

—Casi vacío —comprobó, sacudiendo la cabeza—. Creo que no hace falta que nos preguntemos dónde se encuentra el resto del contenido.

Revisaron los demás estantes de la taquilla. Ole lo anotaba todo con detalle en el informe. Cuando acabaron, cerró la taquilla y firmaron los dos: Ole, como inspector, y Petersen, como testigo.

Habían cumplido con los requisitos formales.

Cuando regresó al coche, había un sobre en la pantalla del móvil y llamó al contestador.

—Hola, aquí Bårdsen —dijo la animada voz del intendente—. Llamo para informaros de que la vista ante el juez para solicitar la prisión provisional ha terminado. Petter Moene ha sido encarcelado, incomunicado, sin visitas ni correo, durante cuatro semanas. El superintendente, el fiscal y yo estamos perfectamente alineados: tenemos un caso sin fisuras y pediremos la pena máxima. —Hubo un silencio momentáneo y después volvió a escuchar a Bårdsen con su habitual despedida—: Seguimos en contacto, Vik.

Capítulo 27

Antes de marcharse del hospital, Ole llamó a la comisaría y le pidió a Arne que acudiera para vigilar a Ingolf Holgersen. Seguiría en peligro mientras Cato anduviera libre. El Volvo estaba cubierto de nieve y el inspector tuvo que recurrir al cepillo y el rascador antes de ponerse en marcha. Llevaba las prisas permanentes como una llama en el pecho.

Cecilie estaba en recepción, hablando con Eva, cuando cinco minutos después entró lanzado en el despacho y dio patadas en el suelo para quitarse la nieve de las botas. Ole se quitó el abrigo.

—¿No estás tomándole declaración a Kristin? —Sacudió la nieve de la gorra.

Cecilie sonrió con resignación.

—Se niega a contestar cualquier pregunta si no es en presencia de su abogado.

—Vaya, con que esas tenemos. —Ole rio entre dientes—. Lo que pasa es que no sabe qué responder, pobrecilla. —Miró a Eva—. ¿Algún mensaje?

—Ha llamado Bårdsen, eso es todo.

Se inclinó para quitar unos copos de nieve del pelaje de Birk.

—Cecilie, ven a mi despacho cuando hayas acabado.

Ella fue poco después y él le pidió que se sentara a la mesa de juntas. Con mucho cuidado y una media sonrisa, se sacó del bolsillo las bolsas con el vial del medicamento y la jeringuilla. Después se sentó y le contó lo ocurrido.

—¿Le has conseguido un abogado? —preguntó para acabar.

—Sí, uno de los fijos del tribunal. Vendrá luego.

—Bien. —El inspector se rascó la cabeza, distraído—. Y luego está Cato. Tenemos que dar con él cuanto antes. Tiene que responder a acusaciones muy serias. Si de veras es él quien está detrás de todo esto, lo maldigo por manipularnos de esta manera. ¡Pero si ha hecho que todo el cuerpo parezca una pandilla de novatos! —El inspector dio un puñetazo en la mesa. Cecilie no pudo evitar reírse al ver la cara que ponía—. ¡Odio que me engañen! —dijo Ole con amargura—.

Recuerda que conoce nuestros métodos de trabajo con detalle. Puede habernos manejado con frialdad y mente calculadora. ¡Quién lo iba a decir de Cato!

—Pero ¿qué hay del chándal y la llave, y de lo que encontramos en casa de Petter Moene? —preguntó Cecilie—. Cato tiene que haberlo plantado si es él quien está detrás de todo esto, ¿cómo lo ha hecho?

—Buena pregunta. —Ole se reclinó con todo su peso en la silla y se llevó las dos manos a la nuca—. Petter aseguró que, además de él, solo su madre tenía llave de su vivienda de Bergen. Dijo que la tenía en el llavero. —Dudó un instante—. Antes de que sus pertenencias fueran enviadas a la comisaría de Borg, estuvieron guardadas en el Anatómico Forense del hospital comarcal —continuó—. ¿Y quién trabaja en ese hospital, mi querida Cecilie?

—Kristin Holm. En otra sección, pero…

—Una enfermera de confianza, en la práctica, tiene acceso a todas partes —dijo Ole, convencido—. Tengo la intuición de que vamos por buen camino, Cecilie. Las piezas encajan. ¿Qué te parece?

—Estoy de acuerdo —respondió—. Kristin podría haberse llevado la llave y devolverla fácilmente sin que nadie se diera cuenta.

Él sonrío de pronto.

—Desde luego, tiene muchas cosas a las que responder —dijo, pensativo—. La cuestión es qué pruebas tenemos contra Cato. —La miró, caviloso, y se respondió él mismo—: Ninguna. Al menos nada que no sean sospechas. Por eso estoy en vilo, por el informe de las compañías telefónicas. Nos llega mañana, ¿no es así?

—Sí.

—Le he dado unas cuantas vueltas —prosiguió—. Hace más o menos año y medio tuvimos un caso en el que utilizamos rastros digitales en la investigación. ¿Lo recuerdas?

Ella asintió.

—Fue uno de mis primeros casos, una serie de robos.

—Exacto. La cuestión es que en aquella ocasión hicimos uso de un mapa de las estaciones base de las compañías y su área de cobertura aquí, en Fjellberghavn. Esa información todavía se encuentra en

nuestros archivos. ¿Me la podrías localizar?

—¿Ahora mismo?

—Sí.

Ole fue al calabozo para informar a Kristin del hallazgo de la jeringuilla y el vial del medicamento. Ella lo negó todo.

—Bien —se resignó Ole—. Las huellas dactilares nos proporcionarán las pruebas necesarias.

Luego le preguntó dónde estaba Cato, pero fue inútil. Negó con fiereza conocerlo más allá de su condición de hijo de un paciente.

Ole volvió al despacho, se dejó caer en la silla, llamó a Arne Bårdsen y le explicó la situación a grandes rasgos. Como era imposible que un agente y un inspector investigaran solos un crimen, Ole solicitó refuerzos inmediatos y pidió que una patrulla de Borg acudiera a recoger a Kristin Holm y a llevarse las pruebas. Por último, rogó a Bårdsen que pusiera en busca y captura a Cato Holgersen y emitiera una orden de detención contra él. El intendente se lo tomó con filosofía, pero no pudo evitar hacer un comentario irónico para terminar.

—Si ya decía yo desde el primer momento que era Cato.

—Sí, lo hiciste —replicó el inspector a toda velocidad—, pero, con todos mis respetos, Bårdsen, te basaste en otros indicios que no se sostenían.

Cecilie Hopen le llevó una carpeta marrón sujeta con una goma elástica.

—La he encontrado en el archivo. —La puso sobre la mesa.

—Qué bien que tengamos todo controlado —asintió el inspector, satisfecho. Agarró la carpeta y quitó la goma—. Vamos a ver… La abrió y revisó la documentación—. Aquí está. —Dejó un mapa sobre la mesa—. Siéntate aquí —dijo con mucho interés.

Ella obedeció y miró con curiosidad.

—Este es un mapa de Fjellberghavn, y esas son las estaciones base. —Señaló dos puntos del plano. Alrededor de cada de uno de ellos habían dibujado muchos círculos.

—Veamos: estación base uno, situada aquí, en Vardefjell. —Señaló el mapa—. Cubre la mayor parte de Fjellberghavn, desde la autopista, pasando por el centro, hasta el puerto. ¿Lo ves?

Ella asintió.

—Estación base dos; aquí, en Fjelltind: cubre Strandveien y las islas próximas, además de una zona de la autopista al otro lado de la montaña —confirmó ella, señalándolo—. Ahora lo recuerdo. Mira, aquí, al principio de la calle Strandveien, junto al número 1, tenemos una zona donde los círculos casi se tocan. Supongo que eso explica que haya tan mala cobertura allí. —Lo miró, emocionada—. ¿Te has fijado, Ole?

—Sí, y en los alrededores de Fjellberghavn hay varias zonas así, con mala cobertura. Por ejemplo aquí. —Señaló el plano—. Intenta hacer memoria, Cecilie. Ya hemos comentado esto, pero vamos a hacer un resumen: Cato llamó a la puerta de casa de su padre poco después de las siete, la noche del siete de enero. Ingolf abrió, dispararon, cerró la puerta de golpe. ¿Qué pasó después?

—Corrió al salón, le contó lo sucedido a Helga y llamó por teléfono.

—¿A Cato?

—No, ¿fue así? Espera un momento: primero telefoneó a su casa y allí solo estaba Charlotte. Ella dijo que Cato estaba trabajando, que lo llamara a la oficina o al móvil.

—Exacto. Y entonces llamó al móvil de Cato. Cato está en plena forma y pudo correr hasta Strandveien, hasta el puerto, y adentrarse en la zona de la estación base uno antes de que su padre telefoneara.

—La zona que también capta las llamadas de la autopista —confirmó ella.

—Exacto. Cato asegura que estaba allí cuando recibió la llamada de su padre. De ese modo, se confirmará lo que dijo y no podremos utilizar los registros de las llamadas de los móviles como prueba.

—Si es que es el caso. —Ella lo miró, dubitativa—. ¿Crees que Cato conoce las áreas de cobertura?

Ole asintió.

—Está informado de todo.

—¿Qué hay de la noche del asesinato? Supongo que Ingolf lo llamaría también entonces.

—Así es, pero no conocemos los detalles, puesto que no ha sido posible tomarle declaración en condiciones. Veremos qué pasa mañana. Si quieres saber mi opinión, Cato estaba en la zona de Varden también en esa ocasión. Se habrá asegurado de tenerlo todo atado.

Ella miró el plano.

—Cato vive aquí. —Señaló—. Tienes razón, está dentro de la misma zona. ¡Qué rabia!

Él rio entre dientes.

—Ah, no, nos va a resultar fácil. Hasta ahora, Cato no ha cometido ningún error, salvo el de perder el teléfono móvil de Kristin. Puede que resulte fatal para él, pero, de momento, no lo es. Necesitamos algo más.

—Y que lo digas. —Lo miró, pensativa—. Pero la Luger y la Colt, ¿de dónde han salido? ¿Cato tiene acceso a esa clase de armas?

—No. —Ole negó con la cabeza—. Pero, Cecilie, en honor a la verdad, con los contactos que tanto él como nosotros tenemos con el hampa, hacerse con un arma o dos no es ningún problema. —Se encogió de hombros—. A mí no me llevaría más de una mañana.

—Ahora que lo dices, a mí tampoco. —Se quedó pensativa—. Me pregunto dónde estará —dijo con lentitud—. ¿Dijo que se marchaba?

—Sí, pero no dio más detalles.

—¿De verdad crees que se habría marchado justo ahora? —preguntó ella con gesto incrédulo—. ¿En plena fase decisiva, cuando *eso* iba a ocurrir? ¿Sabes dónde creo que está?

—No.

—En casa de Kristin. Seguro que está allí, esperando; aguardando noticias de su amada, que ha salido a rematar la faena. Y que está volviéndose loco porque no tiene noticias de ella.

Ole se golpeó la frente y la observó, admirado.

—¡Por supuesto! Cecilie, ¡eres todo un hallazgo! —Echó la silla atrás

de golpe y se puso de pie—. ¡Vámonos!

Como tenían la llave, no les hizo falta llamar a la puerta. Ole tampoco quiso, prefería sorprender a Cato si de verdad estaba allí. El inspector la metió en la cerradura y abrió sin intentar disimular su llegada. Entraron tranquilamente en el recibidor y cerraron. La luz estaba encendida y sonaba música en lo que supusieron que era el salón. La puerta estaba abierta.

—¡Ya era hora! —Se oyó una voz frustrada desde el interior. La reconocieron al instante: era Cato. Se acercaban unos pasos acelerados —. ¿Ha ido todo bien? ¿Has podido…? —Cato apareció con una sonrisa expectante, y se quedó helado—. *¿Vosotros?*

—¿Qué ibas a decir, Cato? —dijo Ole con voz gélida—. Tienes que acabar esa frase, ya lo sabes. Ibas a decir: *¿Ha salido todo bien? ¿Has podido matar a mi padre*? ¿O acaso tenías otra cosa en la punta de la lengua?

Cato parecía una estatua de sal, luego recuperó el control.

—¿Qué estás diciendo? —preguntó, incrédulo.

Ole se enderezó.

—Cato Holgersen —dijo con voz formal—, quedas detenido como sospechoso del homicidio con dolo de Helga Moene y por conspiración en el intento de asesinato de tu padre, Ingolf Holgersen. Se te hará entrega de una orden de detención detallada y por escrito lo antes posible. Por favor, ten la bondad de poner las palmas de las manos sobre la pared y separar las piernas.

Cato obedeció, dubitativo.

—Vamos, Ole, esto es una tontería —dijo, alterado—. ¡Me acaban de poner en libertad porque soy inocente! ¿No podéis dejarme en paz de una vez?

El inspector no le hizo caso, lo sometió a un cacheo rutinario por encima de la ropa.

—Ponle las esposas —dijo con firmeza.

Cecilie puso las manos de Cato a su espalda y cerró las esposas.

—Ahora serás conducido a la comisaría de la Policía Rural —dijo Ole

—. Podrás declarar lo antes posible sobre los cargos de los que eres sospechoso. Tienes derecho a ser asistido por un abogado defensor desde ahora mismo. Vámonos.

Agarró a Cato del brazo y lo condujo con firmeza hacia la puerta. Cecilie regresó y apagó la luz y la radio, luego comprobó que la cocina y todo el equipamiento electrónico estuvieran desconectados. En el comedor había una gran foto de Kristin junto a un chico de unos doce años.

En el recibidor se detuvo y revisó los zapatos que estaban colocados en el suelo, debajo de la ropa. Bien alineadas, un par junto al otro, había unas botas de campo Crispi de color marrón y un par de botas Ecco pequeñas. Silbó por lo bajo y los dejó allí. Ya se ocuparían de ellas los técnicos más adelante.

Los alcanzó en la escalera y le contó a Ole lo que acababa de ver. Él lo aprobó con un movimiento de cabeza mientras hacía avanzar con decisión al arrestado.

Condujeron hasta la comisaría rural y llevaron a Cato a la sala de interrogatorios. Cecilie encendió el ordenador y le quitó las esposas.

—Siéntate, Cato. —Ole señaló la silla y se sentó en el lado contrario—. ¿Estás dispuesto a declarar? —preguntó, formal. Cato se encogió de hombros con gesto indiferente—. ¿Estás dispuesto o no?

—Me da igual. Pues…, *vale*.

—Bien. En cumplimiento de la ley procesal estoy obligado a pedirte que digas la verdad. Conoces el procedimiento: Cecilie empezará con preguntas sobre tus datos personales. —Se giró hacia ella—. ¿Estás lista?

Ella asintió.

Se quedaron hasta las diez de la noche, solo interrumpidos por una cena ligera y el abogado de Kristin Holm, que acudió para hablar con su clienta. Se supo entonces que tenía un hijo de doce años que vivía con su padre, pero que iba de visita en ocasiones.

Hacia las nueve llegó el coche patrulla de la ciudad y se llevó a Kristin, a la vez que se hacían cargo de las pruebas.

Cato era tozudo y obstinado y no reconoció nada. A veces era arrogante; otras, despectivo, para, de pronto, volverse sentimental y

casi llorar.

Cuando acabó el interrogatorio y Cecilie apagó el ordenador, Cato se relajó un poco.

—La diferencia entre tu situación y la mía, Ole —dijo con una sonrisa retadora—, es que tú tienes que demostrar mi culpabilidad, mientras que yo no tengo que demostrar nada. Lo único que tienes contra mí es que me he liado con una mujer que ha resultado no ser trigo limpio. —Sus ojos adquirieron una dureza que el inspector nunca había visto —. Ten claras las posibles consecuencias, Ole —casi escupió—. No tenéis nada contra mí. Me habéis molestado durante mucho tiempo, me habéis perseguido y hostigado. Ya he tenido suficiente. Os exigiré una indemnización millonaria. Y, entre todos, resulta que *tú* eres el peor —dijo haciendo un esfuerzo—. Te admiraba como el gran ejemplo a seguir, como mi hermano mayor.

El inspector se puso de pie y agarró a Cato del brazo con fuerza.

—Ven —dijo—, dejaremos que te seques esas lágrimas de cocodrilo en el calabozo. Se ve que se te ha olvidado a quién intentas desconcertar. —Lo condujo por el pasillo hasta la celda, lo empujó con decisión al interior y cerró la puerta.

Ole volvió con paso enérgico hasta su despacho. Nunca en toda su vida se había sentido tan traicionado.

En el buzón había una carta del superintendente. Esta vez no la habían enviado por correo certificado, pero el inspector tenía sus sospechas sobre el contenido. Tuvo suficiente con ver el encabezamiento.

Era el siguiente:

Nueva convocatoria a la prueba de aptitud en el manejo de los programas de informática, internet y redes del distrito policial.

Última convocatoria no prorrogable.

Lugar: Comisaría, sala de conferencias 1, tercer piso.

Fecha: El próximo miércoles, catorce de febrero.

Hora: 10:00.

La duración estimada es de dos horas.

Ole lo leyó por encima, tiró la carta sobre la mesa del salón y se dejó caer pesadamente en una silla. No se habían olvidado de él.

«Última convocatoria, el miércoles». ¿Qué demonios iba a hacer?

El teléfono lo distrajo de sus preocupaciones, se levantó haciendo un esfuerzo y lo cogió.

—Vik —dijo, cansado.

—Aquí Bårdsen. ¿Te habías ido a dormir?

—No, dime.

—Kristin Holm comparecerá ante el tribunal mañana a las doce y se solicitará la prisión provisional —dijo el intendente—. Me ocuparé de presentar las pruebas yo mismo. Mándame lo que tengas mañana por la mañana, pero me gustaría revisar a fondo el caso contigo ahora, por teléfono, si puedes atenderme. A pesar de que sea tarde.

Ole echó un rápido vistazo al reloj y soltó un taco para sí. Tenía planes de pasar el resto de la velada hablando largo y tendido por teléfono con Hilde.

Suspiró.

—Empecemos —dijo, resignado.

Cuando acabaron, Bårdsen mencionó a Cato.

—Puesto que ha sido detenido esta misma tarde, es posible que pueda aplazar la vista de medidas provisionales hasta pasado mañana, el miércoles, y así ganar algo de tiempo. Desde un punto de vista formal, deberían comparecer juntos, pero prefiero evitar que sea así. La verdad es que no tenemos mucho contra Cato Holgersen y, ya que lo hemos detenido, no quisiera sufrir una derrota vergonzosa y verlo en la calle mañana mismo.

—Estoy de acuerdo —dijo Ole.

—Bueno, como ya he dicho, tendrás que darme algo más que llevarme a la boca, querido inspector. —Bårdsen soltó una risa oxidada—. Ya sabes lo que tienes que hacer de aquí al miércoles.

Ole colgó con gesto pensativo. La verdad era que no lo sabía, no.

Se quedó meditando un buen rato. Luego se puso de pie con gesto

decidido y llamó a Wenche Sunde, la redactora del diario local *Fjellbergposten*. En realidad, tendría que haber llamado a Hilde, pero sus pensamientos giraban en torno a otra cuestión.

—Ha ocurrido algo llamativo en el caso Holgersen —dijo—. ¿No dices que te gusta que te citen los diarios sensacionalistas de la capital?

—Sí —contestó ella en tono neutro, casi podía ver cómo se subía las gafas por la nariz mientras escuchaba con interés—. Estas cosas nos prestigian —añadió.

—Bien —dijo él—, ahora mismo te voy a dar un poco de prestigio.

—¿Ahora? —Se quedó en silencio un instante—. ¿Dónde nos vemos?

—En la comisaría rural.

—Vale, estaré allí dentro de cinco minutos.

El inspector estaba agotado, pero se puso firme y bajó a la oficina de nuevo. Encendió todas las luces y adecentó su despacho.

Informó a la periodista de todos los detalles del caso y le pidió que se limitara a mencionarlo a él como «Fuentes policiales de toda confianza».

Por primera vez en su carrera, quebrantó uno de sus principios más firmes: la lealtad a sus superiores. Ya le había dado información de primera mano dos veces, pero en esta ocasión le pidió algo a cambio.

Capítulo 28

En la reunión matinal del día siguiente el inspector puso al día a Cecilie y a Arne.

Miró con curiosidad unos papeles que Cecilie tenía delante.

—¿Qué tienes ahí? —preguntó.

—La Dirección General de Tráfico nos ha mandado su listado —dijo enseguida—, Cristin Holm aparece en él. El Golf blanco se registró el veintinueve de diciembre del año pasado.

—¿Veintinueve de diciembre? —Ole arqueó las cejas—. ¿Eso no es una semana antes de que empezaran las pesadillas de Holgersen?

—Sí.

—Vaya coincidencia. —Arne se pasó la mano por el pelo pincho y sacudió la cabeza.

—De una astucia diabólica —añadió Cecilie—. Comprado especialmente para la ocasión.

—Está bien —dijo el inspector, resuelto—. El caso contra Kristin Holm está atado. Comparecerá en el juzgado a las doce y, para entonces, cuento con que los expertos en huellas dactilares hayan acabado su parte del trabajo. Mientras tanto, nuestra prioridad debe ser preparar la información y mandársela por correo electrónico a Bårdsen. Cuando hayamos terminado con eso, empezaremos las labores para confirmar la implicación de Cato en el caso. Empecemos.

La voz de Eva sonó en el interfono.

—Ole, lamento molestarte en plena reunión matutina, pero tengo al director del hospital al teléfono.

—Pásamelo, Eva. —Ole se puso de pie, se aproximó al escritorio y levantó el auricular en cuanto sonó.

—Hola, Thor —dijo.

—Hola, Ole. Bueno, te llamo porque nos ha llegado la respuesta del laboratorio sobre el medicamento.

—¿Y? —Ole se incorporó—. Estoy expectante.

—En efecto, se trataba de Premixotrin, tanto en la jeringuilla como en el vial —dijo el director con flema—. ¿Lo necesitas por escrito?

—Sí, por favor. Y necesito la prueba aquí, para que nuestros técnicos también la puedan ver antes de que se la enviemos a la Policía Judicial.

—Muy bien, me ocuparé de ello.

—Gracias, viejo amigo —respondió Ole, y colgó.

El teléfono volvió a sonar al instante.

—Aquí Bårdsen, oye, malas noticias —dijo la voz del intendente. Ole percibió que estaba intranquilo—. El tribunal no nos ha dado la razón. Kristin Holm y Cato Holgersen comparecerán juntos, ahora, a las doce. Una patrulla va para allá a toda velocidad para recogerlo.

Ole miró el reloj.

—En ese caso, tenemos muy poco tiempo.

—Desde luego —respondió Bårdsen—. Esto nos viene fatal. Un abogado defensor competente haría pedazos lo poco que tenemos. Además, debemos tener presente que el juzgado lo dejó en libertad hace dos días y archivó la acusación que había contra él. Los jueces no son conocidos por su entusiasmo ante los cambios repentinos en las investigaciones.

—Bueno, mi postura es que debemos intentarlo sin descanso hasta el último minuto y no rendirnos —dijo Ole, decidido.

—Sí, estoy de acuerdo contigo. Mientras tanto, voy a tratar el asunto con mis superiores. Seguimos en contacto.

Continuaron trabajando y, un cuarto de hora más tarde, Eva pasó para dejar sobre la mesa un ejemplar del diario sensacionalista *VG*.

—He pensado que querríais ver esto —dijo en tono ligero, y desapareció volando.

Ole agarró el periódico y observó la primera plana, que estaba dedicada en su totalidad a las novedades del caso Holgersen. Pasó las páginas deprisa hasta llegar a los artículos del interior y leyó por encima, riendo por lo bajo, lo que decía. El periódico mencionaba el *Fjellbergposten* como fuente unas cuantas veces. Eso era bueno para

Wenche Sunde y para su colaboración.

Empujó el periódico hacia los otros dos, que se lanzaron a leerlo.

Pasó un cuarto de hora y llamó un preocupado Bårdsen.

—He consultado con el superintendente y con el fiscal —dijo con un suspiro—. Quieren dejar en libertad a Cato, ahora mismo, por falta de pruebas, pero, después de presionarlos mucho, han accedido a que se presente ante el juzgado de todas formas.

—Estupendo —dijo Ole—. Bien hecho.

—Sí, gracias. Nos concede unas horas, nada más. El juez no aceptará la prisión preventiva y yo tendré que presentarme allí para quedar en entredicho. Por eso ahora tu trabajo es conseguirme más fundamentos. Mándame lo que tengas de Kristin Holm, me apañaré con eso, y concéntrate en la implicación de Cato en el caso. No dejes una piedra sin mover, *consígueme algo más*.

Ole rio por lo bajo, contento con lo que oía.

—Muy bien —dijo con firmeza—. Eso haremos.

—Bien —replicó Bårdsen—. Me ocuparé de presentar el caso de Kristin Holm primero. Puedes dejar mensajes en mi buzón de voz, y yo los escucharé antes de que empiece el procedimiento contra Cato. Si puedo informar de que hay nuevos datos, el juzgado me concederá un breve aplazamiento, de manera que podríais comunicarme lo que tengáis. ¡Adelante!

—Sí, sí —Ole sonrió, satisfecho. Ese era el intendente, mostrando una faceta nueva, insistente y eficaz. Por primera vez desde que el superintendente Jonas Berge había invadido su jurisdicción con su nuevo estilo y todos sus recién nombrados colaboradores que a todo le decían que sí, el inspector sintió que jugaba en el mismo bando que uno de sus superiores. Fue como si le quitaran un peso enorme de encima y concibiera nuevas esperanzas.

Bårdsen lo bajó a la tierra y le recordó cuál era su situación.

—Me dicen que mañana vienes por aquí a hacer la prueba informática —dijo con ligereza—. Pásate a verme cuando termines. Bueno, solo si has aprobado, claro, je, je. Si no, no hace falta que te molestes.

Prescindió de su habitual saludo.

No había forma de que los dejaran en paz. Diez minutos después, Eva le comunicó que el superintendente estaba al aparato.

—Le he dicho que estás ocupado, pero insiste en hablar contigo —se disculpó.

Ole suspiró frustrado y sintió tensión en el pecho. Les pidió a los otros dos que esperaran fuera. Aquello iba a ser duro.

—Pásamelo, Eva. —Tragó saliva.

La habitual educación del superintendente brilló por su ausencia en esa ocasión.

—Vik, ¿has leído los diarios *VG* y *Dagbladet* hoy? —Empezó sin paños calientes.

—Solo el *VG* —respondió Ole en honor a la verdad.

—Todo el caso Holgersen está expuesto en las portadas —dijo Berge, alterado—. Y los dos mencionan el *Fjellbergposten* como su fuente. Lo saben todo, hasta el más mínimo detalle. ¿Quién está filtrando información a la prensa? ¿Eres tú?

—¿Yo? ¡Pero bueno! —exclamó, Ole indignado—. ¿Qué estás insinuando?

—Ya lo he dicho antes y lo repito ahora —siguió Berge sin darse por aludido—: la prensa tiene que aprender a respetar nuestros principios o tendrá demasiado poder. Dale a esa gente la mano y te cogerán el brazo. —El superintendente respiró con dificultad y se moderó un poco—. Alguien ha filtrado información y te estoy preguntando si has sido tú. No hay nadie más que tenga una relación cercana con esa redactora y ese diario. Solo era una pregunta, Vik.

—Bueno, pues no soy yo —mintió el inspector sin inmutarse—. Pero comprendo que te preocupes, porque, desde luego, no te puedes fiar de tu nueva organización. Berge, tiene filtraciones por todas partes. Deberías atajarlo cuanto antes —siguió con autoridad—. Una organización policial que no es digna de confianza podría, en determinadas circunstancias, suponer un peligro mortal. Estoy muy preocupado y tú también deberías estarlo.

Berge carraspeó, molesto.

—Sí, lo estoy, como ya he dicho; por eso te lo pregunto.

—Bueno, pues yo no puedo ayudarte —respondió Ole, arisco. —Se sentía incómodo y aprovechó la ocasión para cambiar de asunto y sacar a la artillería—. Cambiando de tema, he recibido una convocatoria para mañana, para hacer la prueba de competencia informática —dijo—. Aprovecho esta oportunidad para informarte de que no iré.

—¿Qué?

—No voy a ir —repitió Ole—. Como oficial de la Policía Rural, me atengo al reglamento en vigor y me opongo a tu orden extraordinaria.

—¡No puedes hacer eso! —exclamó Berge, alterado—. Sabes de sobra que estoy en mi derecho.

—Me repetiré: me opongo a tu orden y para ello me atengo al reglamento en vigor para la Policía Rural —dijo Ole sin dejarse presionar.

—Ay, Vik, Vik, siempre igual —dijo Berge, condescendiente, pero si optas por no acudir, atente a las consecuencias.

—Todos debemos asumir las consecuencias de nuestros actos —dijo Ole, misterioso—. Tú el primero, superintendente.

Colgó con mal sabor de boca. Un ataque era la mejor defensa. Pero no era su estilo.

Avisó a Cecilie y Arne y siguieron trabajando. De nuevo los interrumpió la voz de Eva Lien en el interfono.

—Ole, han llegado los listados de las comunicaciones de los móviles. Un ingeniero de Telenor se ofrece a revisarlas con vosotros. Está aquí.

—Dile que pase, Eva.

El inspector miró a sus colegas.

—Esta es, probablemente, nuestra última oportunidad —dijo, apesadumbrado—. Crucemos los dedos.

Media hora después, cuando el ingeniero de Telenor ya se había marchado de la comisaría, llegó la patrulla de la ciudad para trasladar a Cato. Ole rogó a los agentes que se sentaran con Eva en recepción y se tomaran un café.

Con paso seguro, se dirigió a la robusta puerta del calabozo. Abrió.

Cato estaba tumbado en el escueto catre, con la cabeza apoyada en las manos, y lo miró con desprecio.

—Han venido a buscarte —dijo el inspector con calma.

Cato se sentó.

—¿Recogerme? —Negaba con la cabeza—. ¿Para qué? Si me van a dejar en libertad de todas formas. ¿Es tan difícil de comprender?

—La verdad es que no —respondió Ole, pensativo—. No hay duda de que vas bien encaminado, así que les he pedido que esperen. —Se quedó observándolo—. Hay un par de minucias que podrían aclararlo todo de una vez —añadió—. Me gustaría revisarlas contigo en una nueva y breve declaración.

—¿Nueva toma de declaración? —Cato se puso tenso.

—Sí, una nueva declaración. Me temo que no hay más remedio. —El inspector sonrió con amabilidad y dejó que asimilara la noticia—. Si quieres que lo hagamos aquí, con paz y tranquilidad, o en un juzgado a tope de gente y con toda la prensa nacional acreditada, a mí me da igual —prosiguió, tranquilo—. La elección es toda tuya.

Cato esbozó una sonrisa y negó con la cabeza.

—Te he oído utilizar ese argumento miles de veces en estos años —dijo con lentitud—, pero nunca… *nunca* pensé que fueras a utilizarlo contra mí. —Se puso de pie—. Pues hagámoslo de una vez —dijo con desánimo.

Se sentaron a la mesa de la sala de interrogatorios: Cato y Ole, uno frente al otro, y Arne, en el extremo. Cecilie tomaba nota.

—En cumplimiento de la normativa te recuerdo que tienes derecho a pedir la presencia de un abogado durante el interrogatorio —informó el inspector—. Además, te recuerdo que debes decir la verdad.

Cato asintió.

—No necesito un abogado —dijo con aplomo—, tendréis que dejarme en libertad de todas formas, así que empezad de una vez y terminemos con esto para que pueda marcharme de una vez, Ole.

—Bien, en ese caso iré directo al grano. La noche del siete de enero del año pasado, cuando tu padre recibió por primera vez la visita del

hombre de negro, te llamó al móvil para pedirte ayuda, ¿es cierto?

—Sí, como ya he declarado.

—¿Podrías especificar dónde estabas exactamente?

—Sí —suspiró Cato—, como ya dije, acababa de salir a la autopista. Iba a casa.

—¿Y diste la vuelta enseguida?

—No, tuve que recorrer cierta distancia hasta dar con un cambio de sentido.

—¿Estás completamente seguro de que estabas en la autopista cuando te llamó?

—Completamente seguro.

—¿Qué hora era?

—Sobre y diez, creo que eso fue lo que concluimos.

—¿Y me llamaste a mí justo después?

—Sí. Supongo que puedes comprobarlo en tus papeles. Me pediste que me ocupara yo, puesto que los dos estábamos convencidos de que se trataba de una alucinación.

Ole se detuvo y dejó que Cecilie acabara de tomar nota.

—En su declaración como testigo, Hildur Halvorsen nos informó de que vio a una persona vestida de oscuro, con capucha, que salía corriendo por el portón del jardín de tu padre a esa hora —prosiguió —. Cuando se dio cuenta de la presencia de su coche, se apresuró a mirar hacia otro lado y atarse los cordones de las zapatillas. En otro momento declaraste que no eras tú. ¿Mantienes tu afirmación en este sentido?

—Por supuesto. Si acabo de *decir* dónde estaba —respondió Cato, molesto.

—Hildur Halvorsen explicó que había un coche blanco, sin maletero, aparcado junto al seto cuando pasó por allí —siguió Ole, sin darse por aludido—. ¿Había algún vehículo allí cuando tú llegaste unos minutos después?

—No.

El inspector volvió a dar tiempo a Cecilie.

—Vayamos ahora a los acontecimientos de la noche siguiente —continuó con calma—. Antes me has explicado que esa noche estabas en casa, en la cama. ¿Sigues manteniendo tu declaración?

—Sí, estaba durmiendo.

—Sería en la habitación de invitados, ¿no?

Cato esbozó una sonrisa.

—¿Ya ha estado Charlotte dándole a la húmeda?

—Nos lo ha contado, sí —asintió Ole—. Y después llamaste a tu padre, ¿cierto?

—Sí, me levanté y fui para allá.

—Y Charlotte estaba durmiendo en otra habitación y no puede confirmar ni negar tu explicación, ¿es así?

—Así es.

Ole hizo otra pausa mientras observaba a su excolega, que tenía un gesto duro y despectivo.

—Esa noche hizo frío y quedaron una serie de huellas de pisadas en la escarcha que cubría el suelo —añadió Ole—. Los técnicos han determinado que las marcas del calzado del hombre de negro van, entre otros lugares, al portón y regresan, en varios viajes. ¿Por qué iba a querer ir y volver? ¿Tienes alguna teoría al respecto?

—No, ninguna. —Cato negó con la cabeza—. ¿Y tú?

Ole esbozó una sonrisa.

—De hecho, sí. ¿La quieres oír?

Cato se encogió de hombros.

—Me da igual —dijo sin mostrar interés alguno.

—Te lo voy a contar de todos modos —dijo el inspector, decidido—. Has intentado moverte entre las áreas de cobertura de las dos

estaciones base. Crees que no podré demostrarlo, pero tal vez que te equivoques en eso, Cato.

—No lo creo. —Cato sonrió, desafiante—. Solo hace falta que pidas los listados de los móviles y lo verás.

Ole también sonrió.

—Es curioso que lo menciones, porque nos los acaban de dar —respondió—. Sí, de hecho, ese es el motivo por el que te estamos interrogando. Por cierto, ¿no sabrás cuántas estaciones base tienen las compañías telefónicas en esa área?

—Sí…, son dos —respondió Cato, alerta.

—Correcto. —Ole se volvió hacia Arne—. Dame el plano antiguo.

El suplente lo encontró y se lo pasó, y Ole lo extendió sobre la mesa.

—Ahora presta atención, Cato —dijo, concentrado—. Según este viejo plano, la estación base uno, la de Vardefjell, cubre gran parte de Fjellberghavn, hasta el puerto; mientras que la estación de base dos, en Fjelltind, cubre, entre otras, Strandveien y las islas cercanas. —Señaló los círculos del mapa—. Aquí, al final de la calle Strandveien, hay una zona sin cobertura, donde los círculos apenas se tocan, antes de que la estación base uno entre en acción en la zona del puerto. Pero supongo que eso ya lo sabes.

Cato asintió sin mostrar interés.

—Hay varias zonas sin cobertura por ahí —dijo.

—Ya no. —Ole lo miró a los ojos con dureza—. Las han eliminado.

—¿Eh? —La mirada de Cato se alteró unos instantes, luego se recompuso.

Ole se giró hacia Arne.

—Pásame el mapa nuevo —dijo con calma—. El mundo avanza, ya lo sabes. —Ole lo desplegó ante ellos—. Las empresas de telefonía terminaron su trabajo hacia finales de noviembre. ¿No lo sabías?

Cato movió la cabeza, pálido.

Ole rio entre dientes.

—Bueno, yo tampoco, hasta hace un momento. —Se inclinó sobre el plano—. Para explicarlo de forma sencilla: lo han solucionado reforzando la estación base dos, que ahora da cobertura a un área más extensa. —La señaló—. Así eliminan dos zonas que hasta ahora no tenían cobertura, una junto a la autopista y otra aquí, hacia el final de Strandveien. —Golpeó el mapa con el índice y esperó a Cecilie, que le había indicado con un gesto que iba un poco retrasada—. Eso no lo tuviste en cuenta cuandoechaste tu carrerita, ¿verdad que no?

Cato estaba rígido, observando el plano. Unas gotas de sudor microscópicas brotaron de su frente—. La primera llamada de tu padre —siguió Cato— la respondiste con tu móvil de trabajo a las diecinueve cuarenta. Según tus explicaciones, en ese momento te encontrabas en una zona que tiene cobertura de la estación base uno, mientras que el registro muestra que no estabas fuera del área de influencia de la estación base dos. —Se inclinó sobre el mapa otra vez y golpeó los círculos con el dedo índice—. Añado que te encontrabas en la misma zona cuando, al instante, me llamaste a mí, al igual que la noche siguiente —dijo con severidad.

Llamaron a la puerta y Eva asomó la cabeza.

—Tengo a Arne Bårdsen al teléfono —dijo en voz baja—. Parece importante.

—Gracias, lo cogeré en recepción.

Se puso de pie. El rostro cincelado de Cato, que un instante antes solo expresaba una confianza arrogante, de repente estaba inexpresivo.

—Enseguida vuelvo —dijo Ole—. Mientras tanto, piénsatelo, Cato. Te aclaro cuál es la alternativa: pon todas las cartas sobre la mesa aquí y ahora, o niégalo y enfréntate a una batalla larga e infructuosa en los tribunales ante la atenta mirada de toda la prensa nacional.

Con paso firme, salió del despacho y cerró la puerta.

Regresó al cabo de cinco minutos. Cecilie había puesto al día sus notas, Arne estaba silencioso en el extremo de la mesa y Cato parecía casi apático, mirando al infinito.

Ole apoyó los codos en la mesa.

—Bueno, veamos —dijo—. Kristin Holm acaba de confesar sin reservas. —Clavó la mirada en Cato—. Me temo que es el fin para los dos. Sigamos con la declaración. ¿Estas lista, Cecilie? —Ella asintió—.

Cato, eres agente de policía y entiendes la situación. —Golpeó el plano con el índice—. La respuesta está aquí, en las pruebas. —Deslizó el mapa y la documentación de Telenor hacia él—. Mira esto a fondo y piensa qué quieres hacer. Si quieres consultarlo con tu abogado, no tienes más que decirlo, por supuesto. Nos aseguraremos de que se respeten todos tus derechos.

Se cruzó de brazos y observó a su excolega, sin prisa. Cato estaba mudo e inexpresivo. El sudor brillaba en su frente, sobre la que había caído un mechón que apartó con mano temblorosa mientras miraba los papeles. Pasó las páginas con aire distraído, sacó una hoja, luego otra, y pareció evidente que no se estaba enterando de gran cosa. Al final las apartó y levantó la vista. Tenía los ojos húmedos.

—¿Qué, qué ha dicho ella? —dijo con dificultad.

—¿Te refieres a Kristin Holm?

Él asintió.

—Ha confesado —respondió Ole, contenido—. O, por decirlo de otro modo, ha puesto todas las cartas sobre la mesa.

Cato se desmoronó. Empezó a pasar los papeles de nuevo; sus manos temblaban sin control.

Ole lo observó.

—¿Estas listo ya, Cato? —preguntó en voz baja.

Cato levantó los ojos hacia él y Ole leyó en su mirada que se había rendido. Le temblaban las comisuras de los labios, y al cabo de un rato suspiró profundamente.

—¿Tú también quieres poner todas las cartas sobre la mesa?

Cato clavó la vista en la mesa y se quedó inmóvil un largo rato. Oyeron que sollozaba bajito.

—Nadie puede hacerse a la idea de lo que es criarse con un padre como él —tartamudeó, y miró a Ole rogándole comprensión—. Y todo, absolutamente *todo,* quería dárselo a él, ¡a ese… bastardo!

—Cato Holgersen, ¿debo interpretar que estás dispuesto a poner todas las cartas sobre la mesa? —repitió Ole tranquilo.

Una lágrima se perdió por la mejilla de Cato y la secó, tembloroso.

—Toda la vida me he esforzado por cumplir con las exigencias imposibles de padre y el maldito ansia de dinero de esa tipa con la que estaba casado. Me he rebajado, he rogado que me diera un adelanto de la herencia. He trabajado día y noche, intentando ganar dinero suficiente. Lo he intentado todo. —Frustrado, golpeó la mesa con la palma de la mano—. Siempre pidiendo más dinero, siempre dando la lata, dando la lata…

—¿Hablas de tu esposa? —Cato asintió y se apartó un mechón húmedo de la cara—. Pero ella dice que eres tú quien quiere dinero —objetó Ole—. Que deseas desesperadamente comprar un montón de cosas que no te puedes permitir.

Cato negó con la cabeza, sin comprender.

—Eso es mentira —respondió, alterado—. Charlotte siempre ha sido un pozo sin fondo.

—Pero ¿y Kristin? ¿Qué tiene ella que ver?

Cato se encogió de hombros.

—No fue difícil convencerla. —Hizo una mueca—. Conocía a mi padre de la última vez que estuvo ingresado.

—Así que, ¿habéis planeado esto juntos?

—No. —Cato tomó aire, tembloroso—. Kristin se apuntó después.

—¿Y es tu amante? —Él asintió de manera imperceptible—. ¿Desde hace cuánto?

Cato se encogió de hombros.

—Unos dos años. Desde que ingresaron a mi padre la última vez. La conocí entonces.

—¿Sabía Charlotte que tenías una amante?

—Le daba igual. —Cato tenía la voz llorosa—. Creía que yo era un rico heredero y, en realidad, nunca me ha querido. —Temblaba—. Cuando supo que no lo era, cambió por completo. Casi de un día para otro. —Cato miró suplicante a su jefe—. Yo solo quería… vivir —añadió con un hilo de voz.

Ole abrió el expediente del caso sin hacer comentario alguno.

—Puesto que los hechos que formarán parte de la acusación y posterior proceso son muchos, procederé a hacer un repaso de los puntos principales —dijo en tono formal—. Volvamos al domingo, siete de enero, a las diecinueve…

Cuando acabaron, Cato firmó una confesión provisional y reconoció su culpa. Aún faltaban largos y detallados interrogatorios que los ocuparían varios días. Ole se alegraba de no tener que implicarse en ellos. Sería labor para la comisaría del distrito policial de Hordaland.

La patrulla se llevó a Cato y Ole rogó a Cecilie y Arne que lo dejaran a solas.

Se acercó a la ventana y contempló el puerto, la helada bruma que se desplazaba por la superficie del agua, la actividad de la gente que se movía por la pequeña plaza, que era el centro comercial más visitado de la comarca. Un pesquero de gambas se acercaba al puerto, un barco que transportaba mercancías se alejaba, los coches subían y bajaban por Havnegata; una actividad frenética.

Pero Ole Vik se sentía vacío. Un caso complejo estaba resuelto, pero no le producía ninguna satisfacción. Cato Holgersen había sido un colega cercano, de confianza, y lo más parecido a un hermano que tendría nunca. La decepción le pesaba en el pecho y lo desgarraba, le producía un dolor físico.

Capítulo 29

Ole pasó la tarde y la noche en casa de Hilde, que se había preocupado porque pensó que, tal vez, él ya no quisiera tener nada que ver con ella, puesto que no había tenido noticias suyas desde que se había marchado el lunes por la mañana. Pero comprendió lo que había sucedido cuando vio la prensa el martes y fue de lo más comprensiva.

Pasaron otra velada romántica y Ole volvió a dormir en el sofá. Cada vez estaba más fascinado por ella y sentía que ella lo correspondía. La idea de lo que les esperaba lo hacía temblar. Era una sensación agradable.

Las primeras horas del miércoles fueron tristes en la comisaría de la Policía Rural. Todos estaban consternados por la confesión de Cato. Ole no se había presentado a la prueba de nivel en la ciudad, a las diez, y daba vueltas, agobiado, esperando una reacción contundente.

Poco antes de las once Eva le llevó el diario *VG*.

—Pues sí que le dan cera al superintendente —comentó, perpleja.

Ole agarró el diario. El rostro de Berge ocupaba toda la portada. Leyó con interés:

EL SUPERINTENDENTE DE BORG QUIERE DESHACERSE DE LOS FUNCIONARIOS DE MAYOR EDAD.

Rebelión total: el sindicato de funcionarios monta en cólera.

Página 10

Ole pasó las páginas del periódico, llegó a la diez, y siguió leyendo:

EL SUPERINTENDENTE RECIÉN INCORPORADO YA ESTÁ ENFRENTADO A LOS SUYOS

Cambiando las normas para que un grupo de funcionarios y funcionarias ya no cumplan con los requisitos para ocupar su puesto, el recién incorporado superintendente, Jonas Berge, quiere prescindir de los empleados de más edad.

Avisan de que habrá protestas

«Se trata de una repugnante discriminación de los mayores», dice el representante del sindicato de los funcionarios, que se siente engañado por el superintendente. Según el *Fjellbergposten*, ellos mismos participaron en la aprobación del nuevo reglamento, en forma de instrucción especial, pero su interpretación de las intenciones de la norma que aprobaron era otra muy distinta de lo que resultó ser en realidad…

Ole siguió ojeando el artículo y leyó un poco más abajo:

¿Una manera de saldar cuentas con la «desastrosa generación de los padres»?

A la pregunta de *VG* de si estamos ante la rebelión de un joven mando contra una generación anterior que «todos sabemos que no sirve para nada», el superintendente declinó con brusquedad comentar la cuestión, y hace referencia a que los asuntos internos del distrito policial no atañen a la opinión pública.

Un conflicto latente desde hace tiempo

Según el *Fjellbergposten,* hace tiempo que se respira el descontento en el distrito policial, después de que el superintendente Berge, con mano dura, tomase una serie de medidas impopulares. Una disciplina rígida y el temor a represalias han impedido que los funcionarios y funcionarias se opusieran al nuevo reglamento…

Ole cerró el diario, lo dobló y lo dejó sobre la mesa. Había leído suficiente. La guerra era la guerra, y no la había empezado él. Pero, ahora, él, y otros muchos funcionarios muy capaces, tendrían un respiro.

Tanto la televisión estatal NRK como el canal privado TV2 habían tratado el tema de forma crítica el jueves. De repente, Jonas Berge tenía que pelear por defender su puesto. Pasó casi una semana hasta que las cosas se tranquilizaron, y el superintendente seguía ocupando su cargo, pero con una mancha en su expediente, después de que tanto el director de la policía como varios políticos le reprocharan su actitud.

Ole nunca más oyó hablar de la prueba de capacitación informática, algo que contribuyó a reducir aún más su respeto por el superintendente y sus dotes.

Berge lo llamó por teléfono cuando la intensidad de la presión sobre él

disminuyó. No hizo referencia alguna a la atención que le prestaban los medios de comunicación, ni a la prueba, y tampoco mencionó el caso Holgersen y la brillante labor que habían realizado el inspector y su reducida plantilla. Su tono era seco.

—Te llamo para informarte de que hemos nombrado un sucesor para el puesto de Cato Holgersen —dijo sin más—. Es un serio problema para nosotros el escaso control que tenemos de lo que sucede en las demarcaciones rurales, por lo que he escogido a uno de mis mejores hombres y lo he ascendido a subinspector. Será tu segundo de manera provisional, algo que puedo decidir, como sabes, sin consultar contigo ni con la sección de Recursos Humanos.

—En esta oficina tan pequeña no me hace falta un subinspector —objetó Ole, desesperado—. Además, suelo escoger a mis colaboradores yo mismo.

—Lo lamento, pero se hará como digo. El subinspector Kristoffer Kvamme se incorporará el lunes por la mañana a las ocho. Espero que lo recibas con amabilidad.

—Por supuesto, pero yo hubiera preferido que…

—*Se hará como digo.* —El superintendente casi escupió las palabras—. Que te quede clara una cosa, Vik —añadió en el mismo tono—: en este distrito policial, soy yo quien toma las decisiones, no los reyezuelos de aldea.

Ole lo comprendió antes de colgar: solo había obtenido un aplazamiento.

La investigación que siguió puso de manifiesto que la Colt hallada en casa de Petter Moene era la misma que se había empleado para asustar a Ingolf la primera vez. En los interrogatorios subsiguientes se supo que Cato había escondido dos altavoces, conectados con un receptor, bajo la cama de su padre, y que había puesto un temporizador y grabado antes la voz del hombre de negro. Luego lo retiró todo. Era un plan muy sofisticado y casi había tenido éxito.

En efecto, Kristin y su hijo habían ido a Strandveien 8 a echar un vistazo. Sobre todo, porque sentía curiosidad y tenía ganas de mudarse allí cuando todo acabara, no de vender, como quería Cato.

Ya a primeros de febrero, convocaron a Arne para entrevistarlo en la Academia Superior de Policía; después siguieron las pruebas físicas y más conversaciones. Tendría respuesta a su solicitud en junio.

En abril, el superintendente llamó de nuevo a Ole.

—Me dicen que tienes un empleado sin formación policial —dijo con brusquedad—. ¿Qué quiere decir eso? ¿Has empezado a coger gente de la calle, sin más?

—Arne Thorsen es uno de mis colaboradores más imprescindibles —respondió el inspector con firmeza, y explicó por qué.

—Tonterías —dijo Berge con crudeza—. Ese hombre es una vergüenza para el cuerpo y debe desaparecer. Despídelo de inmediato.

—Lo lamento, pero Thorsen es un orgullo para el cuerpo. Se queda —respondió Ole sin dar su brazo a torcer, y colgó.

Total, no significaba nada. Si había un conflicto, pues había un conflicto.

El martes 27 de febrero, catorce días después de que Cato confesara, Ole obtuvo permiso del hospital comarcal para hacer una breve visita a Ingolf Holgersen.

El viejo chatarrero estaba sentado en la sala común. Ahora que la medicación estaba controlada, su mejoría era evidente. El jefe del área de Psiquiatría, el doctor Petersen, opinaba que era prematuro informarlo de la cruda realidad, y dio instrucciones al inspector para que tuviera cuidado.

Ole se sentó con el anciano. Hablaron de todo un poco y el inspector obtuvo la información necesaria para acabar de encajar todas las piezas del puzle de la investigación.

—Te vamos a cuidar muy bien a partir de ahora —dijo al despedirse —. Nadie te molestará, te lo prometo.

—Querido inspector —respondió Holgersen con suficiencia—, ¿te refieres al hombre de negro?

Ole asintió.

—Sí, por ejemplo.

—No hace falta que te preocupes por él —dijo Holgersen—. Nadie puede estar más seguro que yo, que tengo un hijo en la policía. —Una sonrisa satisfecha iluminó su rostro, y dijo, con respeto—: Cato me cuida.

Epílogo

Un día soleado pero frío de finales de mayo, el corazón de Ingolf Holgersen dejó de latir. Lo encontraron en su silla, en el jardín, bien tapado con una manta y una expresión beatífica. Al final, los sucesos habían resultado demasiado traumáticos.

Kristin Holm y Cato Holgersen fueron condenados a veintiún años de cárcel tras un juicio que tuvo muchísima repercusión mediática.

El juzgado de sucesiones tardó muy poco en reconocer a Petter Moene como heredero de Ingolf Holgersen. Lo primero que hizo Petter al conocer la noticia fue firmar un precontrato con Olav Nilsen, por un importe de diez millones de coronas, para que adquiriera la propiedad en cuanto el patrimonio estuviera disponible.

El acuerdo se celebró con una sencilla ceremonia en la que Ole, sus colegas y Birk fueron invitados de honor.

En el patio de Unni y Andreas Nilsen, Olav dijo unas sentidas palabras y luego entregó una copia del acuerdo a sus padres, que no sospechaban nada, y les anunció que la propiedad pasaba a pertenecerles.

El círculo se había cerrado.

Olav alabó al inspector y su gente por la labor que habían hecho. A Birk le dieron un hueso enorme, acompañado de un comentario que arrancó muchas sonrisas.

—Cuidado con este perro, amigos, porque los rumores dicen que os podría echar de la carretera. Parece que pastorea gente en lugar de ovejas.

Cuando Unni y Andreas recuperaron la calma tras el *shock* inicial, fueron todos juntos a explorar.

Bajaron en fila india por Strandveien y entraron por el portón de la esplendorosa finca de Ingolf Holgersen. Unni y Andreas iban delante, cogidos del brazo; los seguía su hijo; luego Ole y su gente. Detrás del todo, Petter Moene.

Andreas puso rumbo a la caseta del embarcadero, pero se detuvo a observar la idílica villa blanca.

—Ese tugurio tiene que desaparecer —resopló con desprecio.

Unni le soltó el brazo y lo miró con dureza.

—¡¿Quieres tirar la casa?! —exclamó.

—Sí. Se me pone la carne de gallina solo con mirarla. Piensa en todo lo que ha ocurrido tras esos muros de aspecto inocente.

—Sí, pero esos tiempos ya pasaron, Andreas, cariño. No se puede tirar una preciosa casa antigua como esta. Solo los nuevos ricos, los *yuppies*, hacen cosas así. ¡Lo prohíbo!

Andreas miró de soslayo hacia la vivienda y tuvo un escalofrío.

—Pues la dejaremos en pie, como un monumento a una persona desagradable. Pero una cosa te voy a prometer, Unni: no tengo intención de poner los pies en ella mientras viva. —Se volvió hacia la caseta de las barcas, que apenas se distinguía entre los pinos—. Ahí abajo pienso pasar el otoño de mi vida —dijo, conmovido—, y nadie, nunca más, me echará de allí a bastonazos.

Siguieron su camino hacia el mar. Andreas aceleró, más emocionado cuanto más se acercaban. Olav redujo el paso y se sumó al inspector y el resto de la comitiva.

—Tal vez deberíamos dejarlos solos un rato. —Hizo un gesto para que se pararan—. Creo que ha sido una impresión muy fuerte para mi padre.

Se detuvieron y observaron a la pareja, que iba de la mano hacia la caseta de las barcas. Andreas señalaba emocionado a derecha e izquierda.

—Lleva este lugar en el alma, forma parte de él —dijo Ole con voz queda—. No había vuelto desde que tenía diecinueve años—. ¡Aquí pescábamos cangrejos! —Oyeron que Andreas explicaba—. Esa roca grande, fíjate, sigue aquí. En esta peña me sentaba para mojarme los pies cuando tenía cinco años, y ahí aprendí a nadar. En ese pino tenía mi cabaña del árbol….

De repente, se dio cuenta de que estaban solos. Miró al sendero y sus ojos se encontraron con los de su hijo. Ole tuvo que tragar saliva. La mirada del padre estaba llena de una profunda e intensa alegría, y dos lágrimas se deslizaban por sus mejillas arrugadas.

Olav los saludó con la mano.

—He sido bendecido con unos padres maravillosos —dijo, emocionado —. Habría sacrificado toda mi fortuna sin pensármelo dos veces por ver esa mirada.

Cuando regresaban, sonó el móvil de Petter Moene.

—Hola, cariño, ya puedes venir a recogerme. —Oyó Ole que decía antes de guardarse el teléfono otra vez en el bolsillo.

El grupo siguió caminando sin parar de hablar. Cuando llegaron a la carretera, diez minutos más tarde, un Mercedes descapotable blanco estaba aparcado junto al seto. Tras el volante iba una mujer de largo cabello rubio y grandes gafas de sol que casi ocultaban un rostro alargado, con arrugas producto de sus sonrisas.

Petter se despidió con educación, se sentó en el asiento del copiloto y dio a la mujer un cálido beso en la mejilla.

—Arranca, cielo —le oyeron decir—. Vámonos de aquí.

Cuando el Mercedes pasó por su lado, Charlotte Holgersen se colocó las gafas en la cabeza y dedicó a Ole una breve sonrisa. No era un saludo, era una sonrisa triunfal.

© Jørgen Jæger, 2018

© de esta edición: Word Audio Publishing International/Gyldendal A/S, Copenhague 2022

Klareboderne 3, DK-1115

Copenhague K

www.gyldendal.dk

www.wordaudio.se

Título original: Skyggejakten

ISBN 978-87-02354-98-0

Traducido por: Lotte Katrine Tollefsen

Diseño de cubierta: Emma Graves

Esta es una obra de ficción. Todos los personajes, organizaciones y eventos retratados en esta novela son productos de la imaginación del autor o se utilizan ficticiamente.

Todos los derechos reservados. Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con autorización de los titulares de la propiedad intelectual. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal.